

Alfredo Gómez Morel



El Río



BIBLIOTECA CLAVES DE CHILE
Editorial Sudamericana

Diseño de Portada: Carlos Altamirano
Diseño interiores: Gilabert&Domeyko Ltda.

BIBLIOTECA CLAVES DE CHILE
Asesoría literaria: Matías Rivas

Edición al cuidado de Jorgelina Martín

© Editorial Sudamericana Chilena
Santa Isabel 1235
Teléfono: 274-6089
Providencia - Santiago

© Alfredo Gómez Morel
I.S.B.N. N° 956-262-050-5
Impreso en Productora Gráfica ANDROS LTDA.

LA VIDA DE GÓMEZ MOREL: UNA NOVELA

Reconstruir con exactitud cronológica la vida del autor de *El Río*, no es tarea fácil.

Se sabe que nació alrededor del año 1917. Sus padres, Ana Morel Serrano y Agustín Gómez Aránguiz, se conocieron en Punta Arenas.

Cuando tenía tres meses de edad fue abandonado por su madre a las puertas de un conventillo situado en la Alameda de las Delicias de la localidad de San Felipe. Recogido por la señora Catalina Oliva viuda de Osorio, a los dos años de edad es internado en un orfanato de las monjas Carmelitas de San Felipe.

Tiene siete años cuando se fuga del orfanato y vuelve a vivir con Doña Catalina Oliva viuda de Osorio hasta más o menos los once años. A esta edad su madre lo busca y lo traslada a Santiago. Vive con ella cerca de tres años.

El padre gestiona su ingreso al internado La Gratitude Nacional en donde permanece tres años. Es durante este tiempo cuando entra en contacto con los pelusas del río Mapocho y, según su propio testimonio, se va acostumbrando a delinquir y es echado del colegio donde está viviendo.

Llega al Internado Barros Arana de donde también es expulsado, así como posteriormente del Instituto Zambrano.

Continúa en el camino del delito y es llevado a la Casa de Menores; su estancia en el reformatorio le sirve de excelente academia para diplomarse de “choro”.

Hasta los dieciocho años su vida transcurre entre el río, el reformatorio y la cárcel.

En una de sus primeras estadías en el penal mayor de Valparaíso (hecho narrado por él mismo a la Revista *Paula* en noviembre de 1971) es instruido por uno de los “príncipes del hampa”, “El Ñato Tamayo” quien fue su “ideólogo” y le enseñó las normas básicas de todo “buen delincuente” :

“Mira Toño, si quieres que los “falter” (ladrones) te consideren uno de los suyos, debes cumplir “al rompe”(sin titubeos) con los siguientes principios :

1. Nunca delates.
2. Jamás “des filo”(quedarse con la mayor parte de un botín ganado con uno o más compañeros de robo).
3. Nunca preguntes lo que no te digan, pues si no te dicen algo es porque no quieren que lo sepas.
4. No te metas nunca con la mujer de otro choro.
5. Si “te caes en una biaba” en el Juzgado debes “limpiar” a tu compañero y tienes que “cargarte” tú.
6. Jamás falles a un “apuntamiento” (cita que se dan dos o más delincuentes).
7. Cuando caiga en cana un compañero tuyo, tienes que “mandarle el paquete” (ayudarlo semanalmente con alimentos) mientras él esté en cana.
8. Nunca debes enseñarle lo que sabes a un “gil avivado”(novato).
9. Cuando otro choro te haga algo, tienes la obligación de

“avivarnos” si lo que te han “sapeado” o de “cobrar tu plata tú”, si es que te “verduguearon” o “te dieron harina” (debía alertar al grupo delictual en caso de una delación o estaba obligado a hacer su propia justicia si un “socio” lo apuñaleaba o se quedaba con parte del botín).

10. No te olvides jamás que un verdadero delincuente, nunca usa la violencia sino la cabeza ; por eso tienes que detestar a muerte a los “sarteneros” (asaltantes) y a los “cuelga de ajos” (cogoteros).

Con este decálogo bien aprendido, sale de la cárcel de Valparaíso y conoce a Margarita Elgueta con quien se casa en el año sesenta y de quien posteriormente enviuda en 1967.

Una vez “graduado” en el país parte al Perú. Cumpliendo “misiones” recorre Venezuela, Cuba y Centroamérica. De aquí pasa a México donde se especializa en desvalijar residencias.

De nuevo se dirige a Colombia y se radica allí entre los años 1939 y 1948, tiempo en que el país vivía una especie de guerra civil no declarada. Aquí forma su propio grupo delictual integrado por un peruano, un colombiano, un ítalo-francés y cuatro jóvenes panameños. Los instruye en un específico código al que podríamos llamar “Reglas básicas de un antisocial” y que son los consejos que le da Alfredo Vidales Correa, alias “El seco”, líder hamponal de la región de Chaparral, departamento de Tolima, Colombia.

“Sigán esto pero sean prácticos. Recuerden que como delincuentes, ustedes están en guerra contra el sistema. Exploten las pasiones. Nunca tomen partido por uno de los bandos que se disputan el poder. Aprendan a odiar como ellos los odian a ustedes. No quemen ni destruyan nada. Vayan y busquen a los que se odian y comercien con el

temor que infunden. No cometan el error de creer en algo o en alguien o lo pagarán muy caro. Esta es una sociedad corrompida y ustedes deben tratar de sacarle un jalón antes que se derrumbe. El delincuente debe tener de todo, menos ideales. Y vivan : eso es lo único que interesa”.

De Colombia pasa a Buenos Aires donde es guardaespaldas del general Perón, y le toca ser el único testigo del suicidio de Juan Duarte, hermano de Evita.

A los cuarenta y dos años de edad ya lleva contabilizados treinta y dos entre el delito y la cárcel.

Conoce los penales de diecisiete países de América. Ningún tipo de transgresión le fue ajena, salvo el homicidio: fue ladrón, traficante de drogas, matón a sueldo.

*

Sin embargo, todo este prontuario policíaco está salpicado de incursiones en lo literario. Preocupado del tema y estando en Brasil visitó a Gabriela Mistral quien lo envía a hablar con Stefan Zweig, también radicado en ese país.

En 1945 recibió un premio por su poema *Canto al café* estando preso en la cárcel de Cúcuta (Colombia).

En su habitual condición de detenido y ya en Chile recibe de la Sociedad de Escritores de Chile un premio por el cuento *Doce pesos de amor* y una mención por *Quien*.

En la década de los sesenta comienza , bajo la protección de algunos benefactores como Blanca Grove, los doctores Milton Calderón Dosset, Francisco Hofman, Guillermo Varas, Claudio Naranjo y sus respectivas esposas, su dificultosa carrera como escritor.

Comienza escribiendo *El Río* el primero de una serie de libros autobiográficos del cual él mismo dice : "... la mugre está envuelta en poesía, ésta es la única ficción que contiene este libro".

"Novela excluida del canon literario, habita, junto a otras producciones similares, un lugar minoritario, paralelo a la oficialidad literaria, un espacio en cierto modo mítico y romantizado, en donde se refugia la escritura proveniente ya no del sujeto letrado, ni siquiera del sujeto tradicional subalterno, sino el sitio fundamental donde confluyen los signos tajantes y morales del sujeto del hampa, del personaje que deja impresa, desde la materialidad del delito mismo, los esplendores y la desdicha que porta la epopeya delictual" nos señala Diamela Eltit en el texto *Lengua y Barrio : La jerga como política de la disidencia* leído como ponencia en el Congreso LASA (Latin American Studies Association) de Guadalajara, 1977.

*

Alterna su nueva profesión de escritor con trabajos periodísticos en la revista *Aquí está*, de la que llega a ser subdirector. Colabora también con *La Nación* de Buenos Aires, *El Telégrafo* de Guayaquil y esporádicamente con *El Tiempo* de Bogotá

Sus otras obras *La ciudad*, *El regreso*, *Yo me fugué del infierno verde* y *Pobre Tomás*, no alcanzan ni la difusión ni el éxito de *El río*.

El Diario Austral de Temuco del domingo 18 de febrero de 1968 publica una reseña crítica de *El río* firmada por Héctor Tolosa Fierro que incluye también reflexiones acerca de esta especie de desnudamiento personal realizado por Morel tanto en su obra como en sus artículos

periodísticos en un afán de redención que no sería tal : “Sigo sintiendo deseos de delinquir. No estoy regenerado. No busco redimirme por que haya fracasado como delincuente. Triunfé y fui rey del hampa continental, pero fracasé como hombre, como ser humano” (sic)

En 1974, la prestigiosa editorial Gallimard publica *El Río* en francés, con prólogo de Pablo Neruda, dentro de la Colección *Le monde entier*. Esta colección incluye a prestigiosos escritores como Mario Vargas Llosa, James Joyce, el cineasta Federico Fellini.

El crítico francés Charles Gateau lo compara con Jean Genet y sostiene que “en la autobiografía del escritor chileno se encuentra la misma tensión paradójal que en la obra de Genet, el mismo rechazo de la sociedad, la misma solidaridad con sus víctimas, el mismo testimonio insoportable y la misma salud para escribir”.

*

A pesar de estos elogios literarios la situación personal del escritor no es de las más agradables. En 1976 aparece una carta al Señor Director firmada por Alfredo Gómez Morel en *Las Ultimas Noticias* en donde éste solicita ayuda y dice vivir en una “rancho” ubicada en Once Poniente n° 8380, San Gregorio, La Granja.

En el año 1977, enfermo y pobre, apela a su condición de escritor y periodista de varios medios, para solicitar ayuda humanitaria debido a la triste situación por la que está atravesando.

Es comparado por la prensa de ese tiempo con O’Henry, el gran cuentista norteamericano de los bajos fondos.

El mismo Neruda, en el prólogo a la edición francesa, designa a esta obra como “un clásico de la miseria” y

Alberto Fuguet, en la presentación de esta edición, la considera "la piedra angular de un movimiento literario subterráneo que fructificó en nuestro país entre los años cincuenta y sesenta".

En una nota publicada en *El Cronista* de Santiago de veintitrés de noviembre de 1977, estando hospitalizado desde hace tres meses, denuncia la intención de grupos políticos exiliados de utilizar políticamente su libro *El Río* para realizar una película en la que se denostaría al gobierno de Augusto Pinochet y se desconocería la labor social de la señora Lucía Hiriart de Pinochet. Es innegable que Alfredo Gómez Morel sigue fiel a uno de sus "principios" rectores: "lo único importante es seguir vivo".

En 1981 tiene entre sesenta y seis y sesenta y ocho años, está casado, tiene dos hijastros : Clara y Luis Fuentes Alvial y un par de mellizos de cinco años de edad : Andrés y Alfredo Gómez Alvial. Esta separado, reside en un Hogar de Ancianos de la calle Tomás Moro 200 de Santiago perteneciente a Conapran.

En 1982 anuncia a la prensa que su libro *El Río* va a ser reeditado en el Ecuador y que comenzará a rodarse una película con libreto basado en esa obra y que recibirá una importante cantidad de dólares por concepto de derechos de filmación.

Estos son algunos de los últimas señales del escritor.

El último rastro hallado es su Certificado de defunción, en el que escuetamente consta que murió el quince de agosto de 1984 a las siete horas, de una cardiopatía hipertrófica e insuficiencia aguda miocárdial y traumatismo de hombro izquierdo, en la localidad de San Rafael.

J.M.

Santiago, setiembre de 1997

PRÓLOGO A LA EDICIÓN FRANCESA

(Gallimard, 1974)

El Río, a decir verdad, no es ni un libro ni un río. Ha almacenado en su fondo pústulas y dolores, como una especie de historia abominable incorporada a la materialidad de lo humano, inscrita a fuego sobre la piel de cada uno de mis coterráneos latinoamericanos.

Como todos los chilenos, como Gómez Morel, abrí los ojos al mundo teniendo frente a mí a las más altas de las cumbres. En Santiago de Chile, los Andes son una especie de marco que nos acompaña a lo largo y a lo ancho de todo el año. De su regazo provienen las nieves insondables. La cabellera del frío baja desde la altura. De esos senos inmutables nace un río, un río de vértigo que atraviesa las simas, penetra en la ciudad y llega al mar, para allí liberarse con esfuerzo.

Bajo los puentes de este río Mapocho (así llamado por araucanos y conquistadores), viven y sufren un puñado de niños difíciles, duros, familiarizados con el frío, el hambre y la más perversa inocencia.

El corazón de Gómez Morel se moldea debajo de uno de estos puentes, signado por el abandono enorme que lo conduce, delito tras delito, algunos años más tarde, hasta la misma cárcel.

Fui testigo, sin conocer al autor, del origen de estas páginas nacidas en una celda. Me llegaron por intermedio de un amigo común. Publicadas sin afán de sensacionalismo, hace ya algunos años, este libro ha sido un deber esencial para el autor : acarrear bien lejos, hasta el mar, el mal encontrado en su camino y liberarlo, liberarse a través de una lucha cara a cara consigo mismo. *El Río* produce un gran escalofrío y el hombre salido de esa prisión es un ser inseparable de su cauce.

Los años han pasado. Más de alguna vez se ha reimpresso este clásico de la miseria. Pero siempre fue bajo el sayo español... La misma lengua, la misma amarga verdad que nos hace sentir este horror de compartir desde entonces la conciencia de los destinos humillados y de la ignominia que ensucia las manos de América Latina....

Por primera vez este libro asoma su rostro más allá de los mares. Ahora se prepara a mirar a los ojos a los europeos elegantes y a cuestionarlos, clavándoles la mirada sin remedio. No hay exotismo en estas páginas, pero sí el estiércol humano, como dice el mismo Gómez Morel. ¿Cómo será recibido este libro en el país de Mallarmé, en el jardín de Ronsard, que es también la tierra de Zola? ¿Con piedad, con furia, con repugnancia o con ternura?

Deseo que a su terrible luz no se presenten solamente la vida y los sufrimientos de un hombre, sino la existencia misma, la lucha y la esperanza de nuestros pueblos.

En este continente, Chile y Cuba trabajan difícilmente, atacados por todos, para cambiar los hechos desmentidos por las realidades que de una manera desgarradora se encarga de denunciar el libro de Gómez Morel.

¡Cuidado!

Escuchen : aquí comienza la más amarga de las barcarolas.

La canta para ustedes un río amargo y un hombre que no ha
sido vencido ni por el mal ni por el sufrimiento.

PABLO NERUDA

Isla Negra, enero de 1973.

(Traducción de Jorgelina Martín)

PRESENTACIÓN

ALFREDO GÓMEZ MOREL Y “*EL RÍO*”: EL CLÁSICO DE LA MISERIA

El río es la piedra angular de un movimiento literario más bien subterráneo, pero no por eso menos popular, que fructificó en Santiago durante los años cincuenta y sesenta. Que esta impresionante novela de Alfredo Gómez Morel vuelva a circular es casi un milagro y, sin duda, marca un hito literario importante y, hasta hace unos años, impensado.

Con el regreso de *El río* (hasta hace poco ni siquiera era posible encontrarlo en librerías de segunda) se salda una deuda con este movimiento criollo que en algunos ambientes se llamó “los malditos” y, en otros más sofisticados, los “ejes de la pícara chilena”. Lectores más modernos y, acaso, posmodernos, los han tildado como los representantes de la “ficción pulpa nacional” (es decir, nuestra propia literatura barata).

Todos, de algún modo, están en lo correcto. Y sea como sea que se denominen, básicamente son tres los autores que se destacan y representan al resto de este movimiento literario-lumpenesco. Estos son: Armando Méndez Carrasco, alias Juan Firula, autor de *Mundo herido*, *Cachetón Pelota*, *La mierda* y *Chicago chico*; Luis Rivano, dramaturgo y famoso librero de la calle San Diego (escenario clave para

este movimiento literario), autor de libros como *Esto no es el paraíso*, *Tirar a matar* y *El apuntamiento*; y, por cierto, Alfredo Gómez Morel, ex presidiario, responsable de esta gran novela sobre la miseria y los pelusas que es *El río* y que ahora está en nuestras manos en una edición limpia, clara, sin manchas ni arrugas.

Llegué a *El río* y al resto de nuestra “ficción pulpa” (impresa en papel roneo) investigando material que, luego, se convertiría en *Tinta roja*, novela de mi autoría que le debe mucho a este movimiento y a sus autores. El descubrimiento fue tan impactante como inesperado, puesto que nunca había siquiera escuchado hablar de estos autores. Terminé devorando todas esas novelas sucias, mal armadas y amarillentas. Hacía mucho tiempo que no me entusiasmaba tanto. Fue como entrar a una máquina del tiempo y pasearme por un Chile que ya no existe (o a lo mejor sí, pero juramos que ya no porque nadie quiere verlo).

El mayor punto en común que posee esta llamada “literatura barata” es la manera descarnada cómo retrata la bohemia nocturna santiaguina y el mundo del hampa. Su visión es “desde adentro”, no la vil mirada del turista o la condescendencia de tanta narrativa en tercera persona. Lo que estos autores malditos hicieron no fue poco: crearon toda una onda literaria que funcionó paralela al sistema. Fueron rechazados por la crítica, las editoriales, los premios y el público “culto”. Se autoeditaban y vendían como locos, en bares y ferias, prostíbulos y restoranes. Nada de librerías o aulas académicas. Aquí todo era vereda, olor a alcantarilla, la luz que se cuela del clandestino de la esquina.

En una época en que no había televisión, estos autores captaron la imaginación del proletariado alfabeto y le entregaron historias tanto o más crudas, como las que estaban acostumbrados en su diario vivir. Estas historias, escritas

para ser consumidas y devoradas, estaban hinchadas de sexo, violencia, droga, machismo, cuchillos y honor. Y se escribían con el lenguaje —y el coa— de la calle.

El universo literario de ellos era el mundo del hampa, pero lo suyo nunca fue la novela negra propiamente tal (no son sobre detectives, carecen de cinismo y nada tienen de intelectual). Estos autores, autodidactas todos ellos, no eran literatos en el sentido clásico. Su prosa pecaba de exceso y es probable que sus libros posean más ripio de lo necesario. Pero lo que carecen en pulcritud lo ganan en espontaneidad y garra. Los autores de la “ficción pulpa” tenían sentido del espectáculo. Entendían quiénes eran sus lectores y los seducían con un estilo que perfectamente se podría tildar de “populista”.

El río, como ya lo señalé, es, sin exagerar, la obra cumbre de este movimiento. Y Alfredo Gómez Morel es uno de esos autores más grandes-que-la-vida, cuya existencia en sí da para un libro biográfico (ese respetable género tan poco practicado en nuestro país). En efecto, Gómez Morel es de esas figuras míticas, de culto, que ya no se hacen y que, lo más probable, ya no poblarán nuestro civilizado ambiente literario plagado de talleres y becas.

Tan literaria fue la vida de Gómez Morel que, más allá de *El río*, el resto de su producción novelística palidece comparada con las anécdotas que él mismo contaba o que, en bares y lenocinios, contaban sobre él.

“Mi propia vida ha sido truculenta, fantástica, y no hay nada que pueda sorprenderme”. Así no más es. Huérfano, hijo de prostituta, “pelusa” del río Mapocho, violado por pandilleros, delincuente juvenil, lanza, varias veces reo (de hecho, *El río* se publicó cuando su autor estaba en la cárcel), guardaespaldas de un traficante de droga oriental, polizone, mercenario en Colombia, Haití, Méjico y Argentina,

periodista, escritor, padre de familia y muerto de hambre.

Si Gómez Morel hubiera publicado hoy su novela *El río*, los expertos en marketing de las editoriales se habrían vuelto locos de felicidad. Su vida y sus rollos dan para páginas y páginas de artículos de prensa. El intuía este atractivo que ejercía y bautizó a su novela, la que promocionó en los tabloides de la prensa amarilla de la época, como “el clásico de la miseria”.

Gómez Morel, a pesar de haber sido casi un analfabeto y de tener cero formación académica, fue el más “real” de los otros escritores malditos del *under* santiaguino. Tanto Luis Rivano como Armando Méndez Carrasco, por bohemios que fueron, tenían en su currículum el hecho de haber sido carabineros. Gómez Morel, en cambio, era “del otro lado”, un príncipe del hampa. Claro que, por eso mismo, Gómez Morel se quedó corto y lo único que lo redime del olvido es *El río*, la primera parte de su tetralogía titulada “Mundo adentro montado en un palo de escoba”. Con los años, aparecieron otras novelas irregulares y autoconscientes como *La ciudad y El mundo*, en que el autor, en forma majadera, insiste en hacer crónica de sus miserias y picardías y se sobrepasa con sus crímenes y aventuras. Olvida que lo biográfico es más un punto de partida que uno de llegada.

En ese sentido, Gómez Morel es un tipo con un solo libro. Pero qué libro. La gracia de *El río* (publicado en 1962) es que es tan espontáneo, tan lleno de fallas, tan pero tan ambicioso e irregular, que termina siendo genial. Como toda gran primera novela autobiográfica, posee tanta verdad que uno termina siendo arrastrado por la barroza, traicionera y contaminada corriente que fluye de sus analfabetas páginas. Lo que uno quiera, está. Como en una novela de Dickens, este Oliver Twist del Mapocho denuncia, entiende y apoya. Hay incesto, crimen, sangre, miedo, violaciones, hambre y

sueños. Y un lenguaje tan criollo y al pie de la letra que llega a dar vergüenza ajena. Pero se lee. Y no se cree lo bueno que es. En este sentido, el título de la novela es perfecto. Porque si alguna vez ha existido eso que algunos críticos llaman “una novela río”, es decir, esas narraciones totales, ambiciosas, que todo lo abarcan, éste es un ejemplo claro y preciso. El río, en este sentido, es populismo literario al mejor nivel. Excesiva y ruidosa, coprolálica y espúrea, hermana bastarda de *Hijo de ladrón*, la novela de Gómez Morel es quizás la más cruda expresión de aprendizaje moral jamás escrita en Chile.

Pablo Neruda opinaba parecido y puso el libro en contacto con la prestigiosa y muy literaria editorial Gallimard de París, donde la novela salió traducida con bombos y platillos, prólogo del poeta de por medio.

Así, Gómez Morel saltó de la autoedición a compartir editor con Proust y Balzac. Un crítico francés dijo: “Tal como Jean Genet, Gómez Morel descubre desde la cuna la hipocresía, la frustración y el odio.”

Como todo gran hombre, el autor de *El río* fue un cúmulo de contradicciones. Así y todo, en medio de un deseo sicopático por vivir experiencias “de novela”, tuvo momentos de gran lucidez. “Quien presuma de escritor, o desee convertirse en tal, jamás debe posar de héroe ni de víctima”, dijo una vez, ya viejo, y viviendo en la más desolada inopia. “No deberá opinar sino presentar exclusivamente hechos. Tratar de decir la mayor cantidad posible de verdades, aunque éstas lo perjudiquen en lo que podría llamarse su buena fama. También tener presente que no existen hombres malos ni buenos. Sólo existen hombres auténticos o falsos. Y no olvidar corregir, corregir todo una y otra vez. Y si se encuentran con la mugre y la porquería, tengan el talento suficiente para describirlas en envoltura de polvo de estrellas.”

Alfredo Gómez Morel murió a comienzo de los ochenta. Poco había avanzado desde su origen. Se fue de este mundo parecido a como llegó. Pobre, al margen, desconocido y olvidado.

El río, en tanto, sigue fluyendo, arrastrando a sus aguas a todos aquellos que tengan el coraje de sumergirse. A diferencia de otras novelas que se quedan en la superficie, esta obra de Gómez Morel va contra la corriente y destruye el dique de los prejuicios. *El río* es una novela indispensable y, con esta edición, por fin encontrará los lectores que nunca debió haber perdido. Ya era hora.

ALBERTO FUGUET
Santiago, 1997

Dedico este libro al doctor Milton Calderón y a su esposa doña Gisele. Les entrego esta obra con amor y gratitud. Ellos están entre los seres en quienes creo, por encima de la humanidad. Espero que perdonen algún día mi insistencia en incluir en el libro tantos pasajes que desaprueban y que a su juicio no debieron publicarse.

A. G. M.

Santiago, 17 de Marzo de 1962.

Señora Loreley Friedman V.,

Directora del Centro de Investigaciones Criminológicas. —Universidad de Chile.— Presente.

Estimada Loreley:

Me pregunta Ud. qué me movió a escribir, pero para contar cómo, por qué y para qué se escribió este libro, creo que debería escribir otro.

Vengo de un mundo muy particular en el que se miraba desde arriba a los seres humanos. Sucedía a veces que se nos perdían de vista, y a duras penas lográbamos divisar el valor que contenían.

De los hombres, nos importaban la distracción o ingenuidad del rostro y la plenitud de su billetera; de las mujeres, los senos y la cartera, únicamente.

Viví muchos años en esas "alturas". Un día, de tanto mirar hacia abajo, comencé a sentir mareos. Me sobrevino un vértigo lento y progresivo, hasta que caí. Y cayendo empecé a subir, me parece.

Ahora estoy bamboleándome, como ocurriera en mi infancia, cuando —dudoso, pero encantado, lleno a la vez de pena y regocijo— bajé a vivir al río Mapocho.

En ambas transiciones he sufrido desgarramientos y lastimaduras, sorpresas y decepciones. Ayer quería negarme. Hoy deseo confirmar una posición del espíritu que quizá resulte útil para algunos.

Mis dudas, la poca solidez de mis propósitos, mi amor a la vida fácil, la pereza en que viví por más de treinta años, mi inclinación a la bebida, la desesperante fiebre erótica que me corroe, el desprecio que por mucho tiempo sentí hacia todos los valores, mi afán de huirle a la verdad —o de

aprovecharla con fines ocultos— y el violento líder que llevo en el alma desde que fuera aceptado definitivamente por el grupo delictual, son mi batalla de cada día y creo que poco a poco voy venciénolos. A veces me pregunto qué me mueve. Creo que el amor. Me parece que el amor a lo humano, reflejado, sin medida, en mi propio yo.

Mi caso nada tiene de extraordinario, Loreley. Fue la mía una vida vulgar, como tantas otras. Sólo creo que sea singular el haber tenido valor para contarla. Y si en ella hubiese algo importante, creo que estaría en la lucha que libro conmigo mismo. A veces, con dolor, descubro que vuelvo a ser el mismo solitario inerme, el amargado de ayer, el destructor de otrora. Para mí lo importante está en que angustiosamente trato de salvarme, porque sé que todos los días estoy naufragando un poco. Y lo peor es que no me espanta ni disgusta la idea del naufragio.

Si continúo en esta lucha, no es mío el mérito ni será sólo mía la victoria. Es de algunos que me rescatan cuando el charco está a punto de devorarme. Me aferro a ellos (unos se cansaron antes de tiempo), y a poco andar, avergonzado, me sacudo el barro. Me enfrento nuevamente al charco fascinante. Sigo hacia él. Creo que nadie me mira. Cuando ya me voy a revolcar otra vez en la porquería, retrocedo apenado: alguien me estaba observando con lástima ¡yo mismo!

Necesito mucha ayuda para salvarme de mí mismo.

Ciertas cosas y sucesos, aparentemente insignificantes, en un momento dado deciden el curso total de una vida.

Casualmente me crucé por el camino de un hombre al que debo la mayor parte de lo que soy, y que algún día podría llegar a ser. Era el doctor Milton Calderón D.

Lo conocí en la Cárcel de Valparaíso cuando realizaba una visita al establecimiento. Le hablé de mi propósito de escribir una autobiografía y me le presenté como un "genio". Creo que no se impresionó con mi autocalificación. No obstante, me estimuló a que escribiera el libro que aseguraba poder entregarle. "He aquí lo que necesitaba", pensé, mi oportunidad de llegar a la cumbre, a una vida de satisfacciones: dinero, mujeres, comodidad, notoriedad, todas aquellas cosas, en fin, que acarrea la gloria literaria.

Al principio creí al Dr. Calderón un "snob".

Después pensé que... "era una buena persona, dada a practicar la caridad cristiana". Decidí utilizarlo.

Pero es verdad también que siempre quise escribir mi autobiografía, aunque nunca había pensado seriamente que fuera capaz de ello. Incluso había escrito un poco, y con éxito: narraciones cortas, poemas, por los que fui premiado en Colombia, hace más de quince años, y últimamente en Iquique, Antofagasta, Valparaíso. Comencé a escribir sin propósitos muy serios y sin saber hasta donde llegaría. "Sigamos alimentando esperanzas, sigamos haciendo creer".

Traía cigarrillos, café, cajones con vituallas. Yo seguía escribiendo, pero ahora, el asunto se me estaba convirtiendo en necesidad. Empecé a ocultar mis escritos.

Un día, Loreley, en mi celda me sorprendí llorando, junto a un gato tuerto y negro que me acompañaba. Era un llanto puro que surgía de no sé qué estremecimientos y emociones.

Sufría frente a la tumba de uno de mis personajes, y acaso eran las únicas lágrimas sinceras que había vertido desde hacía tanto tiempo. El demonio de la creación me estaba poseyendo.

No era ya el Dr. Calderón un snob ni un caritativo. Me sentí comprometido con él, con mi libro. Fue una trampa que me tendió a mí mismo: habiendo querido acercarme al triunfo material, terminé descubriendo el placer de escribir, y me acerqué al triunfo sobre mí.

Por esa época apareció el hombre que hizo posible la redacción clara de esta obra.

Tengo un amigo, Loreley. Lo es suyo también. Usted sabe que como este hombre hay muy pocos. Cada vez que empecé a escribir algo, él se clavó en mi mente. Se me tornó fastidioso a veces. No me dejó mentir, y eso me produjo bastante impaciencia. No me dejó ocultar, y eso me dio vergüenza. No permitió que desviara mis emociones hacia un falso sentido de la heroicidad, ni aceptó que viniera a dárme las de víctima cuando precisamente yo era el victimario. En ciertas oportunidades, con sólo mirarme, me daba a entender que no debía decir mi versión sino la verdad. Me obligó a que no hiciese del libro un medio para explicar y justificar mi conducta anterior, ni para presentarme como una persona regia, genial, óptima, única en el mundo.

Por él comprendí que el verdadero valor de una obra radica en su sinceridad y autenticidad humanas. Si de esta obra brotara alguna grandeza, a él se debe.

No sé hasta dónde pude lograr la autenticidad. Creo, sí, saber que si

este libro logra mostrar algo de la vida y el dolor, del llanto y la sonrisa, el resultado no me pertenece totalmente. Su mayor parte es del doctor Claudio Naranjo Cohen. Yo puse las vivencias, los hechos, los recuerdos: él me ayudó a evocarlos y puso el orden, la correlación, la suavidad y belleza. Colocó la ternura elegante, limpiando de malezas sentimentaloides aquellos pasajes en los que yo caí en el folletín grotesco.

La autenticidad de los hechos relatados es total.

Si alguna responsabilidad derivase de lo narrado, me pertenece.

Este amigo, enfrentado a mi necesidad de decir, me sacó del laberinto del recuerdo y me enseñó a dar forma a eso que en mi mente siempre había estado incongruente.

He debido sacarme del alma mucha vanidad, soberbia y odios. Aún me queda vanidad, pero en medida bastante humana, según creo. Me place descubrir que mis odios se han ido diluyendo a medida que fui recordando y relatando cosas.

Hoy son pocas las cosas que detesto, y muchas aquellas en las que creo.

¿Estoy liberado, redimido? No sé.

¿Lo estuvo alguien, alguna vez?

¿...?

Fui condenado en primera instancia a cinco años y un día de presidio mayor. La Ilustrísima Corte de Apelaciones de Valparaíso consideró mi caso con benevolencia y disminuyó a tres años y un día la pena.

Salí en libertad.

Busqué a Margarita, la única persona que en mi ayer de hampón me fuera fiel. La encontré en una cocina fregando ollas, soledades y recuerdos. Le pedí que empezáramos una nueva vida.

El Dr. Naranjo me presentó gentes.

Todos —menos yo— coincidían en que mi existencia estaba tomando un nuevo rumbo y declaraban el deseo de ayudarme. No les creía. No podía, como aún no puedo, dejar de mirar con ira y soberbia a los demás. En las noches, pensaba cosas. Hasta medité en la mejor forma de hacer un gran robo. Pensaba que lo ocurrido era pura buena suerte, otro brote novelesco de esta vida mía tan llena de cosas increíbles por lo ciertas. Los periodistas me entrevistaban y no podía dejar de mirar, en las oficinas, con no poca disimulada codicia, las cajas de fondos y las lapiceras de oro de sus directores.

Lentamente fui introduciéndome en un mundo que me desconcertaba. Era grandilocuente. Hablaba horas de horas, tratando de convencerme —y

convencer a los demás— de que mi proceso de purificación había llegado a su fin. Ahora (que más escucho y menos hablo) sé que me toleraban esperando que al final la trampa se cerrara y el cambio aparente que exhibía se pudiera convertir en cosa real y genuina. Me ayudaban a seguir tejiendo la red que me estaba envolviendo poco a poco. ¡Si hasta dejé de pensar que era un genio!

Por esos entonces conocí a otra persona que ha sido decisiva en mi existencia: la señora Blanca Elena Grove Valenzuela. Era la mujer que hubiese querido tener como madre. Al principio me enamoré de ella, cosa que no me resulta difícil porque siempre ando enamorándome de las mujeres hermosas y por ellas suelo sentir amores eternos que duran, a lo sumo, dos o tres meses.

Con finura, comprensiva y generosamente doña Blanca Elena puso entre los dos un muro, pero abrió las compuertas de una de las más valiosas amistades que haya tenido en mi vida. Por su iniciativa se formó el Comité Editor de mis libros y se decidió auspiciar suscripciones.

Fern Mayo comenzó a traducir esos libros en los que ni yo mismo aún creía, totalmente.

Hube de empezar a trabajar duro y constante.

Me molestó.

De noche salía por los arrabales y alternaba con las gentes de mi mundo. No podía sustraerme al encanto de mi ayer: vida fácil, farras, mujeres hermosas, emoción del delito.

Simultáneamente me fui relacionando con gentes que cada vez me resultaban más tolerantes, y tolerables. Me dejaban hablar porque sabían que gustaba de escucharme. Los sorprendía mirándome con compasión. Hoy veo que era ése el sentimiento. Lo creía admiración que atribuía a la "grandeza" que surgía de mis palabras.

En casa de los artistas Giorgio y Nieves Jankovic conocí al Padre Franz, un cura belga, humilde y de talento superior. Cierta tarde nos encontramos junto a la mesa de un café. Hablamos.

Mirando hacia la pared me dijo: "Tuve un amigo que contenía un gran talento, pero lo desperdiciaba con su falta de sinceridad. Nunca trató de ser él mismo. Mentía simulando amar lo que más odiaba. Lo hubiese querido más simple, más sencillo, sin que aparentara tener todas sus cosas resueltas: nadie las tuvo jamás. Predicaba que estaba purificado: nunca nadie lo estuvo..." Y seguía mirando hacia la pared del café, como pidiéndome perdón por haber tenido un amigo tan poco auténtico.

Estuve —y todavía estoy— desconcertado.

Sigo siendo brusco, vanidoso, violento y destructivo. Deseo, eso sí, que la sencillez, el amor y la humildad penetren en mi corazón. Me complace saberlo. Antes, no tenía esos deseos.

Para verlos cumplidos completamente, sigo escribiendo.

Pero ahora no quiero triunfos ni riquezas.

Tengo bastante con pararme a la vera del camino y ponerme a contemplar cómo desfilan la vida, los seres y las cosas para después poder rendir mi testimonio: poder decir sin temor, sin vergüenza, decirlo todo.

¡Uno se siente, así, tan feliz y tan realizado, Loreley!

¿La trampa está cerrada?

Hubiese querido entregar una obra llena de fe en todos mis semejantes. Para muchos habría resultado "muy aleccionador y ejemplarizante porque el bandido de ayer se nos ha convertido en un buen chico. Está contrito y arrepentido. ¡Jóvenes descarriados: seguid su ejemplo!..."

Pero mi verdad es otra, Loreley.

Sé que sólo he dejado de ser ladrón, mas no por eso soy un buen o un mal chico. Después de haber vivido como viví, nadie puede calificarme en términos de bondad o de maldad. No estoy arrepentido. Recibí más daño del que inferí, y hoy no siento rencor. Lo sentía, que es distinto. Cuando herí o atacué lo hice con quienes podían defenderse y a quienes nada debía: ni gratitud, ni afecto, ni solidaridad. Estaba empeñado en ganar mi guerra. Antes, no recibí ese mismo trato. Sólo ahora estoy recibéndolo. Y porque lo veo, lo siento y lo vivo así, mi conducta y mis motivos de lucha están modificándose paulatinamente.

Cuánto convendría que con todos los equivocados, la sociedad —o parte de ella— se comportara como hoy lo está haciendo conmigo el grupo de personas a quienes debo en parte el comienzo de esta nueva vida: los esposos Calderón, don Rafael Silva Lastra, la Sra. Grove, el Dr. Naranjo, usted, los esposos e hijos Hoffmann, Fern Mayo, los esposos Varas-Schnake, los Mankewitz, Sara Gálvez, Graciela Farías, Rolando Toro y Pilar, su esposa. Ante ellos quiero responder, pues, si llegué a comprender y agradecer lo que se me está dando, ha sido porque por primera vez en treinticinco años estoy recibiendo, no dádivas sino comprensión y amor; no teatrales exhibiciones de "caridad" sino lecciones calladas de dignificación; no lástima o conmisericordia espectacular sino silenciosa y edificante solidaridad.

Esta podría ser la receta para disminuir la delincuencia, ya que terminar con ella es imposible.

Si me fuese dable nacer de nuevo y elegir un género de vida distinto, lo rechazaría.

Es por la vida que viví, por el triunfo de ciertas facetas de la condición humana, que algún día, pienso yo, podré mostrar lo noble y constructivo que vive en lo hondo del espíritu: del suyo, del de todos los seres de buena voluntad...

Una existencia como la mía no se vive impunemente, Loreley.

Uno queda marcado para siempre.

De un salto nadie llega a la purificación. Hay que sujetarse a un proceso. Si para hundirse uno pasa por fases, para salvarse y subir también hay que pasar por fases, y que son más duras y terribles que las de la caída.

No puedo decirle que amo lo que en conciencia sé que odio en extensión y profundidad. Sólo creo en algunos seres humanos: no creo en la Humanidad. Sé que estoy frente a sistemas injustos y mal hechos, llenos de zancadillas y principios falaces. Me desplazo dentro de una convención falsa de la que cada cual trata de sacar el mejor partido. La misión del Escritor—del verdadero—consiste en indicar, con coraje y claridad, cuándo el Hombre se equivoca, y cuándo acierta, cuándo la convención debe ser reemplazada por la autenticidad.

Sólo así se hace algo por la felicidad común.

No puedo, Loreley, sentir ni pensar en otra forma. Si dijese cosa distinta, éste sería un libro mentiroso, destinado, quizá, a agradar, a triunfar y venderse. Y no me interesa ahora el triunfo literario.

Dije que debo sentir y pensar así porque ayer he bajado al río. Ahí estaban, en el Mapocho, los mismos sauces melancólicos, las mismas piedras mudas, las mismas aguas turbias y parsimoniosas. Otros chicos—abandonados y golpeados desde que nacieron—empezaban mi trayectoria anterior. Se escuchaban las mismas protestas y blasfemias que oí en mi infancia. Como dioses arrodillados y vencidos, algunos magníficos mendigos—espectros humanos, descabezados, con sus brazos y pupilas suplicantes—paladeaban en silencio sabrosos restos de tachos basureros. Varias figuras grotescas, ensombrecidas por el vino y la lujuria e iluminadas terroríficamente por los rayos de una luna mordaz, vagaban y vagaban, hollando con sus pies desnudos las losas del río. Apretaban sus dientes y aullaban como queriendo notificar al mundo de sus vidas insignificantes y miserables. Tres o cuatro perros tristes gruñían iracundos

y miraban desafiantes hacia el puente. El Mapocho traía voces antiguas, las mismas que oí de niño cuando miraba su lejanía hecha de mar y de leyenda. Traían los mismos llantos en sordina, llenos de ira y estupefacción que escuché en mi infancia.

El drama era el mismo, y aún peor.

Miré hacia arriba, en dirección a la ciudad: una mueca de culpa y misericordia, un alarido de burla y un ventarrón de soledades me vinieron desde sus casas, calles y plazuelas.

Como sucedía ayer.

¿Como seguirá sucediendo siempre?

Ayer he comprendido para qué se escribió este libro.

Pretendí mostrar la historia de un Río; ¿hasta dónde coincide con la historia de cualquier Río del mundo?

Pretendí mostrar un momento de mi conducta humana: ¿hasta dónde coincide con la conducta de todos los hombres?

Quisiera saberlo...

Con hondo afecto la saluda, su amigo.

ALFREDO GÓMEZ MOREL

Santiago de Chile, 1962.

Reservada, confidencial. San Felipe, Chile, a 13
de Octubre de 1961.

... "Estimada Sor..., el caso a que usted se refiere es bastante delicado y peligroso. Conozco a Luis Alfredo desde mi llegada a ésta, y sé de toda su novelesca vida y rara historia, pues la buena señora que lo recogió al nacer, encontrándolo tirado en un conventillo próximo a la muerte, fue doña Catalina de Osorio, persona muy allegada a esta parroquia... etc., etc".

(Fragmento de una carta dirigida por el
Reverendo Cura Párroco de San Felipe, Pbro.
don Guillermo Echeverría M., a una religiosa
de servicio en un hospital de Santiago, Chile.)

MAMÁ ESCOBA

Te notifico que este niño es mi hijo y ese hombre es el padre —dijo mamá mientras daba un portazo. Me botó al suelo, del pelo me arrastró hasta el dormitorio.

Quebró una escoba en mi cabeza, siguió con el plumero. Mamá solía comprar todos los meses escoba y plumero nuevos.

Yo no tenía por qué haber dicho a nadie que había estado en un orfelinato. Debí ser más consecuente con la mamá. Debí darme cuenta que Mono era mi papá. ¿Qué me creía yo? ¿Acaso podía venir a poner problemas en la vida de mamá? ¿Dónde estaba la obligación que ella tenía de cuidar de mí? ¿Acaso no me daba cuenta de lo que ella estaba sacrificándose por un huacho como yo? Por mí perdía sus admiradores, sus amistades, su libertad. ¿Por qué yo era así? Y viendo que ya nada quedaba por tirarme a la cabeza, salió. Debe haberlo pensado mejor porque se devolvió, y para que no siguiese siendo así me partió la cabeza con el taco de su zapato. Al poco rato me mandó donde el remendón para que les pusieran tapillas.

—Bien delgaditas. Repítele al hombre: bien delgaditas. Se usan así.

Salí a lo del zapatero.

Lloré bastante mientras caminaba por la calle.

Mamá quedó exhausta, tirada sobre su cama.

Frente a la casita en que vivíamos residía una familia de origen italiano. Fátima era la única hija. Los domingos mamá me permitía pasarlo en un patio grande que había al fondo del pasaje. Siempre me decía: "Anda a jugar si quieres". Ahí conocí a Fátima.

Tendría unos diecisiete años de edad: alta, tez blanca, ojos azules, graciosa. Muy estudiosa. Como yo, también ella iba al patio los domingos y se paseaba leyendo. Yo jugaba. Recuerdo que me lo pasaba horas de horas pensando en San Felipe y jugando mentalmente con Chochón.

Un día Fátima me preguntó cosas. Le conté cosas.

Desde aquel instante nos hicimos grandes amigos. Me dio consejos.

Durante los días de semana —cuando mamá recibía a sus amigos— me marchaba al patio de la casa. Mamá me decía que poniendo sal en la cola a las palomas, ellas se dejarían tomar. Lo creí y lo hacía. Pero cuando hablé con Fátima desistí de cazar palomas. Fátima un día le preguntó a mamá por qué me zurraba.

—Es un chico incorregible e intruso. Siempre me está mirando como si fuese una extraña.

—Pero ésa no es razón para pegarle tanto, señora.

—¿Qué se mete en lo que no le importa? ¡Mocosa insolente!

—No soy una mocosa. Soy una mujer ya. En mi casa no ocurre lo que sucede en la suya.

—¿Y qué sucede en la mía que no ocurra en la tuya?

—Usted está podrida.

—¡Chiquilla insolente! ¿De dónde sacas eso? —gritó la

mamá. Estaba verdosa. Sus hermosos ojos azules fueron cerrándose poco a poco como tentáculos de algo mortífero.

—¿Y esos hombres que todos los días vienen a su casa? ¿Por que no vienen cuando está el "otro"? —replicó Fátima con tono acusador y sardónico. Se refería a Papá Mono.

—¿Y a ti qué te importa?

—Usted no es la madre de este muchacho. Debe tener secuestrado a este chico —agregó la buena de Fátima poniendo en su voz un acento de cavernoso misterio. Era italiana, por los padres.

—Te notifico que este niño es mi hijo y ese hombre es el padre —respondió sumamente indignada la mamá mientras daba un portazo.

Por notificación supe que el Mono era mi papá.

Fue el primero. Vendrían más.

Un día al salir de aquel cine encontré diez pesos en el suelo. La mamá dijo a su amigo:

—¡Qué oportuno este chiquillo! La tarde está salvada, querido.

Todas las tardes mamá se pintaba los labios, vestía su mejor traje de terciopelo azul —tenía varios parecidos—, calzaba sus aguzados zapatitos de charol, se colocaba un sombrero extremadamente grande y alón y salía conmigo al centro. Entraba a varios edificios. Yo quedaba en la puerta. Al borde de las siete de la tarde íbamos al último, en donde se reunía con un amigo abogado. Lo supe porque un día el cuidador me preguntó:

—¿Ya saldría el abogado?

—No, ahí está adentro con mi mamá —respondí afirmándome en el umbral de la puerta de la oficina del

abogado. Ahí la esperaba siempre hasta que saliera. El hombre me miró extrañado. Rió y continuó por el pasadizo. Me preocupó su risa. Llegué a creer que tenía la cara sucia. No entendí.

Cuando la mamá salía con su amigo íbamos a tomar "once" al salón Olimpia. Junto con el té se exhibían películas mudas. Mamá y su amigo se acariciaban tiernamente mientras yo veía la película. Luego, él pagaba la cuenta, ella le hacía prometer que al otro día se encontrarían, caminaban hasta la salida juntos y ahí se despedían con un beso. Cierta día, por coincidencia, los tres nos encontramos con Papá Mono. El abogado no lo conocía. Mamá, al verlo, soltó el brazo de su amigo y yo me quedé esperando lo que vendría. Lo supuse desde el primer momento:

—¿Qué haces acá con este rufián?—preguntó indignado Papá Mono.

—Exijo una explicación —gritó el abogado más indignado aún.

La hubo: se desató una gresca entre los dos hombres. Resultó bastante entretenida. Se dieron trompadas, puntapiés. Y hasta yo toqué algunas patadillas: "Debías haber avisado que venía él. Tomá, **huacho**. Ni para eso sirves". Mamá reía al ver que unos caballeros y damas estaban observándola mientras me pegaba: "Este niño: supieran ustedes lo desobediente que es".

Con este abogado sucedían cosas que nunca me expliqué bien y que al pasar los años vine a entender. Todas las tardes, por ejemplo, antes de despedirse en la puerta del cine-café, preguntaba a la mamá

—¿Y... se salvó la tarde?

—Sí —respondía ella casi siempre, y le tendía su bolso de mano. El abogado lo revisaba, sacaba unos billetes y se despedía. A veces ocurría que mamá le decía que la tarde

no se había salvado y el abogado se mostraba visiblemente disgustado. Se alteraba.

Aquella tarde estaba en ese caso. Cuando salíamos del cine vi el billete de diez pesos. Lo recogí y lo pasé a mamá, diciéndole en voz alta:

—Mamá, mamá, me encontré diez pesos.

—¡Qué oportuno este chiquillo! Tenemos salvada la tarde —dijo ella poniendo cierta ternura en su acento.

—¡Qué mocoso tan inteligente! —comentó él.

Me sentí orgulloso y satisfecho porque había ayudado a salvar la tarde, aunque no entendía por qué todas las tardes tenían que ser salvadas.

—Señora —dijo un caballero mientras estiraba la mano—, ese dinero que acaba de pasarle el niño es mío. Se me acaba de caer.

—Por supuesto, señor. Si usted lo dice deben ser suyos. Tómelos. Afortunadamente el niño se los encontró.

—Eres un buen chico —dijo el caballero palmoteando suavemente mi rostro.

Me sentí más satisfecho y orgulloso que antes. Me sabía admirado por la mamá, por el abogado y por aquel desconocido. Concluido el incidente, el caballero se alejó con sus diez pesos y nosotros abandonamos la puerta del teatro. Lejos ya de la gente, mamá me dio un furioso puntapié en las canillas:

—**Huacho** de porquería. Eres un imbécil. ¿No podías quedarte callado después de haber encontrado ese dinero?

—Nos arruinaste la tarde —coreó el abogado.

MUNDO ADENTRO

¿Año en que nací? No sé.

En la penumbra de mi infancia recuerdo a una monjita que me pegaba en las posaderas, porque según ella, yo era la reencarnación del Diablo. Ponía mucho de mi parte para alimentar esa creencia: era sucio y feo. La religiosa trataba de expulsarme del cuerpo a don Mandinga y me sacudía las posaderas con frecuencia; por aquella época debo haber tenido unos seis o siete años de edad.

De día me largaba para la arboleda, al fondo de la huerta del convento-orfelinato y subía a los perales. Las otras madrecitas sostenían que yo andaba a la caza de nidos. Jamás estuve de acuerdo: subía a robar peras. Pero para las religiosas era más poético y puro creermelo a la caza de nidos. Robando nidos, un niño sólo interrumpe el curso natural de la vida; eso no ofendía mucho a las religiosas. Pero robar peras era una ofensa contra la propiedad ajena, y eso sí violentaba al mundo moral en que ellas se movían.

Corría una acequia por el fondo de la arboleda. En ella jugaba a las carreras de barquitos. Junto a la acequia había un hueco ancho. Yo me quedaba horas mirándolo. Imaginaba aventuras, viajes, muchas cosas. Con los otros muchachos

observábamos las basuras que venían flotando por el cauce. Cada chico elegía una: un palito, la hoja amarillenta caída del árbol más cercano, algo, en fin, que de llegar primero al final de la acequia, ganaba la carrera.

Llegó un día en que me dije: "Bien, chico. Esto debe concluir". Me fui a la despensa, hurté unas vituallas y unos panes y busqué la salida del orfelinato. Cuando iba a cruzar el patio que separaba al convento de la calle, vi un palo de escoba apoyado en una vieja y larga palmera. Se me ocurrió que sería muy agradable salir mundo adentro montado en un palo de escoba.

Lo hice.

No atinaba adónde ir.

Al anoecer me encontré en una chacra: "Santa Catalina". Aún debe existir en las afueras de San Felipe. Busqué un lugar donde dormir. Estaba cansado. Por fin di con un acogedor montón de paja. Cuando estaba arrellanándome me descubrió un peón de la chacra. Me tomó de la mano y a grandes trancos me condujo ante la presencia de una señorona grandota, enorme y brusca como él, pero que rezaba. Entre sus dedos desgranaba las cuentas de un rosario hecho de cuescos de duraznos. El peón le dijo algo al oído y ella hizo una señal con la mano. Me tomó él por el cuello de mi camisita y me condujo a la cocina. Había una mujer alta, flaca, fea y fétida. Me tendió un plato de sopa.

—Come despacio, niño.

El peón me observaba tragar y se alisaba unos bigotazos que parecían anexos a sus orejas: "Este par de viejos ni siquiera me ofrecen pan". La veterana parece que adivinó mis deseos y me dio en la cabeza con un enorme trozo.

Concluida la sopa, el peón me tomó nuevamente en el aire para llevarme donde la doña del rosario.

—¿Sabes rezar?

Antes que pudiese responderle que eso era lo único que me habían enseñado me interrumpió:

—Te quedarás acá conmigo. Te llamarás... (se paró; cuando llegamos estaba sentada). Te llamarás... (empezó a pasearse sin soltar el rosario, fue hacia uno de los muros de la habitación y examinó el Santoral). Hoy... es... San Vicente... Te llamarás Vi... No... Mejor te llamarás Luis. Vicente se llama el hijo del intendente. (Se le cayó el rosario).

Luis.

Tal fue mi primer nombre. Me duró varios años.

Cerca de tres meses estuve comiendo en aquella cocina. Siempre me acompañaba la vieja flaca, alta, fea y fétida. Un día llegó un matrimonio de la capital. Ella se llamaba Lastenia. Fea. Varias veces me dio pescozones. Creía que yo venía a destronar a su hijo. El, Adolfo, era fofo, blandengue y frío como el labio inferior de una vaca marina. Tenían un hijo: Choche. Doña Catalina le llamaba Chochito, yo le llamé en la misma forma hasta que nos trenzamos por primera vez a bofetadas por un juguete. De ahí en adelante, Chochito se llamó Chochón. No perdía oportunidad para mordirme las orejas. Yo le daba bofetadas y puntapiés, pero siempre ganaba él. Sus mordiscos me hacían llorar. Por lo menos en eso también fui niño. Sin embargo, a veces nos entendíamos con Chochón. Hurgábamos en la despensa hasta dar con los dulces. Doña Catalina los escondía bien, pero era inútil. Ibamos por la tarde a bañarnos en las acequias, jugábamos a los piratas y en el atrio de la iglesia tirábamos cacahuets al cura y al sacristán.

No fui buen chico, en verdad. A Chochón siempre le robé

sus bolitas de cristal; cierta vez le rompí un volantín con el único objeto de verlo llorar. Sentía envidia de Chochón, odio; veía que cuando él cometía una falta, todos trataban de aminorarla. Pero, ¡que lo hiciera yo! Recuerdo que a veces nos metíamos bajo la mesa del comedor para mirar las piernas de las damas que acompañasen a doña Catalina. Siempre se nos andaban cayendo la cuchara, el tenedor o el cuchillo. Una noche al buscar mi tenedor le vi los calzones a doña Catalina. Recuerdo que eran larguísimos y concluían en unos encajes de cáñamo blanco. Le hice una "seña" a Chochón y él estuvo de acuerdo en que doña Catalina no se veía muy bien con esos calzones.

En las tardes doña Catalina se ponía a tejer en el patio, bajo un cedrón. Patio solariego, con tina de greda, con sauces y magnolias, una caseta para el perro y una jaula para el loro. Chochón y yo nos cruzábamos apuestas: él sostenía que el encaje era para el mantel del comedor y yo que era para los calzones de doña Catalina. Como siempre, ganaba Chochón. Otra vez no pudimos resistir la tentación de reventarle un "huatapique" bajo la sotana al cura párroco.

¡Y cuando nos íbamos para la huerta!

¡Qué de cosas soñábamos juntos y qué de huevos robábamos!

Todas las tardes doña Catalina nos llevaba al templo. Ahí estábamos por horas. Chochón y yo teníamos hermosa voz... Nos gustaba ir al templo: de vuelta nos regalaban plátanos confitados. Yo comía el mío primero y luego me las arreglaba para quitar el suyo a Chochón. Sé que se lo dejaba arrebatarse para acusarme.

Después venía el correspondiente tirón de orejas o el encierro en la pieza de los cachivaches. Cuando ocurría,

Chochón me lo hacía insufrible diciéndome desde afuera: "Ahí viene el viejo con el saco, te llevará al infierno".

Una tarde, por chanza acaso, la doña nos dijo que esa noche se acabaría el mundo. Había una luna horrorosa, llena, pálida, con lunares negros: como un pedazo de queso redondo suspendido en el cielo. La vieja fea, en la cocina, nos había contado aquella historia del Arcángel que luchó con un dragón. No costó gran cosa que creyésemos en lo del fin del mundo. Chochón se lamentaba que eso ocurriera justamente cuando estaba por estrenar el nuevo triciclo que su padre le había traído de la capital. Nos miramos aterrados al concluir que doña Catalina hablaba en serio. Lo dedujimos al ver llegar a monseñor, al cura y al sacristán. Venían a tratar sobre una efigie de la Virgen que doña Catalina había prometido donar a la iglesia parroquial. Interpretamos que acudían para ayudarnos a bien morir junto con el fin. Había que hacer algo para evitar que el mundo se concluyese. Confieso que yo era el más aterrado. Después de cenar y a una señal preconvenida, Chochón y yo nos levantamos de la mesa y fuimos al segundo patio de la vieja casona. Eran, más o menos, las nueve de la noche. Verano: grillos, naranjos, estrellas, un viejo jazmín de Arabia. Y la luna.

Había paz de fin de mundo, ciertamente.

Del viejo campanario de la iglesia vino un ronco doblar: monótono, solemne, trágico. Estábamos junto al jazmín, al lado exactamente de una tina de granito y greda que servía para potabilizar el agua. Sobre ella tenía su jaula un loro: viejo, bellaco, melancólico y chismoso. Acurrucado en su palo hacía como que dormía, pero era muy notorio que seguía todos nuestros movimientos con el rabillo de su ojo amarillo. Lo sorprendimos tratando de sorprender hasta el último de nuestros pensamientos, con mirada de enano torvo. De vez

en cuando se encrespaba un poco para notificarnos que no era muy cierto su sueño y hacía: "coro-loc, coro-loc".

Bajo nuestras camisas el espanto siguió aumentando. Se nos venía a la boca el miedo, derramándose en salivas amargas y muy líquidas. Nos sentíamos inermes, desesperados. No podíamos explicarnos por qué debía terminarse todo aquello que al fin y al cabo nos parecía bastante bueno. En el comedor estaban haciendo la sobremesa todos los que habían venido a cenar. Los oímos cuando pasaron al salón. Escuchamos las conversaciones de monseñor, el cura, el sacristán, Lastenia, Adolfo y doña Catalina. Pronto llegaron unos vecinos.

Desde nuestro rincón hicimos un avance hasta llegar frente a la puerta del salón. Queríamos saber algo más sobre el fin del mundo. Aún no estábamos bien seguros de lo que deberíamos hacer. Fue en ese instante cuando todas nuestras dudas quedaron confirmadas. Monseñor decía:

—Y al final del mundo los malos tendrán que quemarse por toda la eternidad y los buenos deberán hacer un sacrificio si desean salvarse... Porque la vi ...

No quisimos escuchar más y volvimos corriendo al patio con la tina de greda y granito. Ambos llevábamos en la mente un mismo pensamiento: el único malo que había en esa casa era el loro.

Convinimos, también, que los únicos buenos éramos nosotros.

Como en ese momento y en tales circunstancias no podíamos quemar al loro, hicimos el sacrificio de ahogarlo en la tina.

Antes de salvar al mundo decía: "Corolo —la patita Catalina— coroloc".

Lo ahogamos con honda ternura, iluminados y movidos

por un espíritu de servicio público. Para que no sufriese mucho precipité su ahogo poniéndole mi piececito sobre la cabeza: el agua estaba bastante helada. Muerto el loro, nos fuimos a dormir completamente tranquilos.

Doña Catalina lloró mucho a su pajarraco. Dijo: "Se habrá pegado una resbaladita el pobrecito".

Así fue transcurriendo mi primera infancia.

Como al año de estar con doña Catalina —mujer a la que considero como mi única y verdadera madre—, ésta me internó en un kindergarten, colegio atendido por las religiosas a cuyo cargo se hallaba el orfelinato. Volví a mi "base", pero ahora lo hacía en calidad de niño bien. Era un alumno más. Doña Catalina me había tomado profundo cariño y yo la adoraba sin medida. Pero en el kindergarten no aprendí cosa alguna. Me lo pasaba riñendo con los otros chicos. Mis antiguos compañeros de orfelinato no olvidaban quién había sido yo y se las arreglaban para hacérselo saber a quienes lo preguntaran o no. En venganza, les hurtaba los sandwiches y cada vez que me miraban muy fijo —intuyendo lo que pensaban— me les lanzaba encima como una fierecilla: tampoco yo podía olvidar quién había sido y cómo había llegado allí.

La monjita que me creía demonio continuó creyendo lo mismo y con más razón que antes. La diferencia consistía en que ahora yo era un demonio intocable. Tras de mí había una señora que me protegía y tenía una chacra. El convento consumía muchas verduras. A mis posaderas sólo tenían acceso los puntapiés de Chochón, al que seguía odiando y envidiando porque también sabía que él sabía.

Llegó el día de mi primera comunión. Fue un gran día.

Vestí algo semejante a un frac: camisa blanca, libro de tapas de concha y perla, rosario de marfil en la mano

izquierda y en la derecha una azucena. Gran cinta en la manga correspondiente y gesto de imbécil en la cara.

Recuerdo el día con honda melancolía. Con el vehemente deseo de revivirlo. Todos me decían Luisito y me gustaba oírlo. Con Chochón tuvimos que ir al templo varias veces y con bastante anticipación. Nos hablaban de cosas que no entendíamos y que aprendíamos de memoria. Lo importante para Chochón y yo estaba en que a la salida de cada lección nos regalaban unos vales con los que podríamos cobrar premios en dulces y juguetes luego de haber bien comulgado por primera vez. Yo cambiaba mis cupones por bolitas de cristal, pero como mamá Catalina exigía que le mostrara mis vales, naturalmente me veía en la obligación de robar los suyos a Chochón

Llegó el día.

Canté.

Comulgué.

Tomé bastante chocolate. Eso fue todo.

Se me dijo que desde ese día sería muy bueno y que Dios me favorecería mucho.

PAPÁ MONO

Llaman al Lucho.

—¿Dónde estará, señora Catalina?

—¿No estaba recién con usted en la cocina?

—Sí, pero de repente salió corriendo, como asustado. Iré a buscarlo.

La cocinera pasó a mi lado. Yo estaba escondido en un pasillo entre el salón de recibo y uno de los dormitorios de la casa. Había salido corriendo, ciertamente, pero iba en dirección al huerto. Ahí estaba Chochón, esperándome. Fui a la cocina en busca de cáscaras de huevos que dejábamos en lugar de los recién puestos por las gallinas. Esos los vendíamos para comprar dulces y volantines. "Estas gallinas, tan glotonas. Se comen sus propios huevos"—, decía doña Catalina.

Cuando salía de la cocina vi a la mujer.

Sentí gran curiosidad, y en vez de ir al huerto con mis cáscaras me escondí en ese pasillo. Quería saber de qué se trataba. Desde mi escondite escuché el diálogo:

—Pero, señorita, ¿cómo es que viene a recordar esto ahora? ¡Después de tanto tiempo! El niño ya está criado. He velado por él desde que nació, casi. Lo encontré tirado en la

puerta de un conventillo, próximo a morir, y lo traje a casa. Hube de llevarlo al orfelinato porque mi marido no permitió que lo tuviésemos con nosotros. Hace tres años se fugó y por una rara coincidencia vino a dar a mi casa nuevamente. En este momento lo considero hijo mío. Soy viuda y no tuve hijos. ¿Sabe usted el mal que le ocasionará? Le repito: ¿por qué recuerda ahora, solamente, que es usted la madre?

—Señora Catalina: eso es asunto mío. No tengo por qué darle más explicaciones. Acá tengo los documentos que demuestran que no miento. Hay más: este caballero es el padre, ¿no es verdad, querido?

—Sí. Soy su padre —respondió un señor alto, delgado.

—Usted no ha cumplido con sus obligaciones, señora. Dígame: ¿cómo supo que este niño es su hijo? Y usted, que dice ser el padre, ¿cómo supo dónde estaba, después de tantos años? No olviden que lo botaron en la puerta de un conventillo. Hay más aún: no les puedo entregar al chico mientras no hablen con el señor cura párroco. Este pobre ser está encariñado con nosotros y ustedes sólo le harán sufrir. La separación le hará profundo daño.

—No interesa, señora. Lo importante es que...

En ese momento entré al salón porque vi que la cocinera se acercaba a mi escondite. Mamá no alcanzó a explicar cómo había sabido de mi existencia y paradero. Pocas semanas antes de entregar este libro a las prensas, por petición de mi madre —que aún vive— fui a su casa y me explicó que mi padre la había fecundado en Magallanes, de donde ella viajó a San Felipe por orden de él. En esta ciudad me dio a luz y como mi padre no diera señales de vida, me dejó en un lenocinio mientras viajaba a la capital para entrevistarse con papá. Según ella, tenía el propósito de volver por mí, pero mi padre le dijo que no era necesario, porque él viajaría a San Felipe para que me tomara bajo su

cuidado la señora Catalina. Tranquilizada con esa promesa, ella se volvió a Magallanes, acompañada de una tía que estaba en el secreto de lo ocurrido. (La explicación es oscura y cojea por muchos lados).

Al entrar al salón, mi madre se acercó con los brazos abiertos: "¡Hijo mío!".

—¡Usted no es mi madre! —le grité retrocediendo. Aún no sé de dónde saqué fuerzas para decirlo. Ni siquiera sé por qué lo dije.

Tal fue mi primer encuentro con la mujer que me dio la vida.

Vendrían muchos.

Se hizo un silencio frío. Nos miramos uno por uno. Doña Catalina, en el centro del salón, estaba con su cabecita cana ladeada. Su gesto era doloroso y tierno. La mujer con los brazos abiertos aún no atinaba si a seguir o devolverse al lugar de donde había salido. El caballero —a quien recuerdo con rostro de asno— sacó una pitillera dorada, extrajo un cigarrillo, lo encendió y le dio una honda chupada. La cocinera que estaba adentro, sin saber por qué, se me acercó y me puso una mano en el hombro. Sentí su calor humano. Yo debo haber estado desafiante, agresivo. Sentí que por la columna vertebral me corría un chorro de hielo líquido.

—No digas eso, Luis: esta mujer es tu madre. Sólo falta averiguar si este hombre es tu padre. Estos documentos demuestran que ella no miente. Mostró un legajo de cartas. Años después supe que eran de mi verdadero padre. En ellas informaba a mamá sobre el lugar en que yo estaba y la autorizaba para que me retirase. En su ingenuidad, ni el cura párroco de San Felipe ni doña Catalina tuvieron la precaución de exigirle al caballero con cara de asno que se

identificara o de hacer el cotejo de letras para cerciorarse si había escrito o no esas cartas. En aquellos tiempos las cosas se creían por el simple hecho de que alguien las decía. Ni siquiera cayeron en la cuenta que si el asno era mi padre no tenía por qué dar carta alguna.

Bastaba su presencia.

Después de haber hablado, doña Catalina advirtió a mamá que esa misma tarde irían todos donde el cura párroco y que si insistía ella en llevarme, tendría que esperar al menos dos días para juntar mi ropa y efectos personales.

A los dos días se produjo la separación.

Lloré mucho antes de partir. Descubrí que me amaban cada uno a su manera, incluso Chochón. Doña Catalina preparó un pollo para el viaje, lo acompañó con algunas empanadillas fritas, me lo entregó guiñándome un ojo y advirtiéndome que también había colocado en el paquete uno de esos tentadores dulces de membrillo de la alacena. La cocinera me dio un estruendoso beso. El peón me regaló el pañuelo rojo que todos los domingos se colocaba en el cuello y que con Chochón tantas veces intentáramos robarle. Me colocaron un sombrero enorme y ridículo y me vistieron con un trajecito de terciopelo honestamente femenino. Se hizo el traspaso. Mamá, cara de asno y yo empezábamos una nueva vida. Esa tarde me llevaron por las librerías de San Felipe y compraron varios libros de cuentos. No sabía leer pero entendía las ilustraciones. Había reyes, príncipes, dragones, bellas damas que dormían custodiadas por enanitos, bosques de melancólicas encinas, pero no cosas como las que hasta ese momento tuviera en mi vida: loros asesinados, monjas con zurriagos, calzones con bordados de cáñamo blanco, viejas largas y fétidas y feas.

Esa noche comimos en el hotel principal de la ciudad. Sirvieron unos pajaritos y uno saltó del plato cuando lo

estaba trinchando. Fue a dar al medio del suntuoso comedor. Mamá se excusó con los vecinos de mesa, coquetamente se paró, lo recogió y ordenó al mozo que lo llevara a la cocina: "Para los gatitos". Volvió a su asiento, miró en derredor con su cara más ruborizada, se empolvó la nariz y por debajito de la mesa estiró el pie para darme la primera de muchas patadas que debería recibir en mi vida. Papá Mono (ya se me había advertido que así tendría que llamarlo) exigió que nos levantáramos rápido:

—Observa cómo nos está mirando todo el comedor. Es ridículo. Te dije que comiésemos en el cuarto. ¡Qué bochorno!

—Modérate, querido: que no se den cuenta de tu estado de ánimo. Conserva las apariencias.

¡Cómo recuerdo esa frase que me persiguió tanto tiempo!

Nos fuimos a la pieza. Dos camas. Una pequeña para mí, otra grande en la que ellos se acostaron.

—Mañana tendremos que llevarle la estatua ofrecida al cura —dijo mi madre cuando ya estaban acostados.

—¿Para qué ofreciste esa virgen? —dijo el otro.

—Sabes cómo son los frailes. Les das algo y ellos hacen la vista gorda a todo.

Apagaron la luz.

Al poco rato sentí que mamá se quejaba: ayes fuertes, suspiros hondos. La cama crujía. Pensé: "deben dolerle las muelas". Recordaba los ayes que había escuchado cuando la vieja fea en San Felipe decía estar con dolor de muelas.

—No debes salir. Hazte a un lado: yo y el niño, solamente.

—¿Por qué, mi linda? De todas maneras tendremos que hacerlo como prometiste.

—No, Ricardo. Debo pensar mejor las cosas. No nos casaremos. Deseo ser completamente libre. Tengo mis planes. Este niño tiene un padre y a él es a...

—¿Listo? No se muevan, por favor. El niño que mire el pajarito —dijo el fotógrafo. Adoptamos aires de posteridad. El mozo se hizo a un lado: "¡Ya! Siéntense un momentito. Estará en cosa de minutos".

Esto era al otro día, aún en San Felipe. Salí acurrucado junto a mamá. El asno siempre alcanzó a salir. En la tarde fuimos al templo y entronizamos una efigie de San Vicente, muy a disgusto del cura que esperaba una de la Virgen. Miraba con recelo al Mono. Me confirmaron. Al salir de la iglesia llevaba el segundo nombre que tuve en mi vida: Vicente.

En el tren nocturno nos fuimos a Santiago.

Llegamos a la estación Mapocho y el río fue lo primero que vi, iluminado por los rayos fantasmales de una luna somnolienta. En taxi llegamos al lugar donde vivían mamá y Ricardo. Me gustó y asustó el espectáculo de la urbe: autos, coches de posta, gentes, ruidos, mucho perfume dentro del taxi, el asno y mamá amorosamente tomados de la mano. Yo, solo, arrinconado, absorto, meditando para tratar de comprender bien qué estaba ocurriendo en mi vida. Los miraba con odio, sentía rencor: recordaba a Chochón; a esa hora ambos tendríamos que estar en el salón de la vieja casona, aburriéndonos horriblemente con las sonatas de una hija del vecino. Su padre la escucharía arrobado comiéndose un sandwich y su primo estaría oyendo a la ejecutante situado tras el piano con la galantería y cursilería de aquellos tiempos. El taxi nos dejó frente a un pasaje situado en la calle Diez de Julio. Papá pagó la carrera y entramos en una casita que quedaba casi al fondo del pasaje.

—Mono, voy a comprar algo de comer para el niño.

Quedamos con el hombre en una pieza, mirándonos cara a cara. Fumaba y me lanzaba sobre el rostro las bocanadas de humo. Me sentí observado con exageración. Estaba completamente desorientado porque en San Felipe había

oído decir que ese hombre era mi padre y luego en la plaza mamá habló de que "el niño tiene padre". ¿Cuántos padres tenía al fin? ¿Por qué crujía aquella cama del hotel? ¿De quién era la casa donde estaba ahora? ¿Por qué había tenido que venir con ellos a Santiago? ¿Qué cosa era un conventillo? ¿Y un niño podía ser encontrado en un conventillo? El Mono me miraba y reía. Se tendió en la única cama que había en la alcoba. Mamá llegó, me sirvió jugo de carne, preparó una camita frente a la grande, nos acostamos. El Mono apagó la luz y a los diez minutos a mamá le volvió su dolor de muelas. No pude dormir a pesar del cansancio: los ayes de mamá eran estruendosos y siguieron hasta más allá de la madrugada. Hubo una breve pausa y el dolor de muelas retornó hasta que se hizo de día.

Cuando el sol entró por la ventana vi a papá y mamá durmiendo desnudos y tendidos sobre la cama. Recordé que doña Catalina había dicho una vez a la cocinera: "Nunca te quedes dormida sobre la cama. Te resfrías y por eso te duelen las muelas". Confirmé mi suposición. Mirando los dos cuerpos desnudos descubrí que las mujeres no tenían el pecho plano como los hombres. Pensé que estaría enferma al ver esas hinchazones. Traté de asociar muela con pecho, pero me resultó muy difícil encontrar el punto de contacto.

Despertaron. Vieron que los estaba mirando:

—Tápate, Ricardo: el niño está observando.

Nos miramos con el Mono, reía estúpidamente.

—Dile que se dé vuelta hacia la pared.

Recibí la orden de mamá y me di vuelta.

La habitación se llenó de luz. En la pared vi una litografía que brillaba con los rayos del sol. Representaba a dos seres que desnudos y abrazados se besaban. Una ráfaga de luz cruzó mi cerebro.

Lo vi todo.

Se cumplía el segundo día y la mamá aún no había regresado. Me sentía feliz: gozaba con esa soledad. Estaba encerrado, pero no me molestaba. A la hora que lo deseara podía salir a la puerta de calle; si quería acostarme lo hacía y hasta cazaba palomas si se me antojaba. Me resultaba hermoso vivir sin tener que esquivar escobazos y patadas. Me alegraba saber que papá Mono andaba con ella.

Cuando partieron, deduje por lo que hablaron que saldrían de la ciudad: "El corso de Viña es mañana en la noche. Si nos vamos hoy, querido, lo pasaremos mejor".

Tenía hambre, pero en gran medida lo disimulaba mi libertad. Me bastaba eso. No tenía miedo de estar solo, sino de dejar de estarlo. Sentía horror de oírlos llegar.

Al segundo día y a la hora de la siesta vino Fátima:

—¿Y tu madre, Vicente?

—Salió.

—¿Cuándo?

—Antes de ayer.

—¿Sola?

—No. Con él.

—¿Y te dejaron así, acá, solo, encerrado, solo...?

—¿... ..?

—¿Comiste?

—Sí. Me dejó unos sandwiches. Me dijo: "Si quieres ve donde el carnicero y pides unos bistecs. Los pagaré al regreso". Fui, pero no quiso fiarme. *El anafe no tiene parafina*. Pero me encanta estar así, Fátima.

—Ven. Vamos a mi casa.

—¿Y si llegan?

—¡Que lleguen! ¿Tienes la llave de la puerta?

—Sí.

—Vamos. Estarás con nosotros hasta que lleguen.

—¿Y después?

Fátima se encogió de hombros. Fui a su casa.

Cuarenta y ocho horas antes papá Mono y mamá Escoba habían llegado muy alegres a casa. Venían disfrazados. Creo que estábamos en carnaval. Ella vestía de Madame Pompadour: peluca platinada, bucles rubios, blusa estrecha que hacía resaltar vigorosamente los pitones de su seno, pollera de raso ancha y rosada, zapatitos dorados, lunar en el rostro. Papá Mono: dominó de seda negra; parecía un brujo, un asno nigromante. Antes de salir dijo a mamá:

—Apúrate, querida. El baile empieza a las nueve de la noche. Son las dos de la tarde. Mañana será el corso.

—¿Cuántos días estaremos en Viña?

—Depende. Creo que mañana mismo podríamos regresar.

—¿Y el niño?

—Déjale unos sandwiches. Sabe bien la hora en que debe acostarse.

—¿Y si demoramos más?

—Que pida unos bistecs fiados. No te preocupes. Dormiremos en un buen hotel.

Mamá se convenció. Al salir me advirtió:

—No te asomes a la puerta, no le abras a nadie, acuéstate a las ocho. Come sandwiches. Hasta luego.

Se fueron.

Me asomé a la puerta cien veces al día, no me acosté a las ocho sino a las doce: en la cocina me pasé meditando en la escena de una película en la que el héroe envenenaba a su mujer dándole a beber en el agua la mugre que recolectaba de sus propias uñas. Miré las mías y me hice el propósito de no volvérmelas a comer. Saqué su mugre y la envolví en un papelito: lo escondí bajo el asiento de una silla. Abrí a cuanta persona tocó y cuando era

algún amigo de mamá, respondía con sorna: "Salió con mi papá". Se iban y de atrás les seguía mi risa.

Al segundo día llegó Fátima.

Papá y mamá Fátima eran dos italianos que vivían frente a nosotros en el pasaje. Llegué a esa casa como a las cuatro de la tarde de un día que pasó hace más de treinta años. Aún estoy en ella, especialmente cuando necesito consuelo o tengo mucha pena. Allí recé mi primera "avemaría" sincera. Viví sin temores, mamá Fátima varias veces me besó y sentí gran alegría con ello: papá Fátima me regañó a menudo, pero como hubiese deseado yo que me regañaran el peón de la chacra, las monjas del orfelinato y mamá Escoba. Lo hacía riéndose, produciendo la impresión que estaba consultándome algo en vez de censurar. Ambos decían las cosas como pidiéndome consejo: "¿No crees que esto es malo, Vicente? ¿Será bueno, qué opinas?" Antes que la niña fuera a acostarse, mamá Fátima le daba un beso. Al principio me parecía ridículo. Después entendí la belleza de esa manera de despedir el día. Cuando quería salir, papá Fátima pedía permiso a mamá, confabulándose con su hija para que lo ayudase a conseguir la autorización. Mamá se la daba regañando un poco: "Esa úlcera cada día va peor. No comas nada si te encuentras con tus compinches. Regresa temprano para que te acuestes a tu hora. No olvides tu reuma".

El hogar producía tal impresión de ternura y paz que decidí ser en él un buen chico. Quería ser útil, recogía los puchos que papá desparramaba por la casa. Sabía que me amaban y los amaba. El martes llegó mamá Escoba. Desde entonces siento horror por los martes.

—¿Está Vicente?

—Sí, aquí está. ¡Vicente! —llamó papá Fátima.

Salí a la puerta.

—Gracias, caballero. ¿Por qué viniste a esta casa? Debieras haber cumplido lo que te ordené. ¿Te faltó algo, lindo?

Me tomó de la mano.

—Espere un momento, señora. Debo hablar con usted —dijo el viejo poniéndose entre mamá y yo.

—Más o menos sé lo que quiere decirme, señor.

—Mejor así. Resultará más fácil. Se trata que...

De casa de mamá Escoba salió un joven rubio de unos veinte años de edad. Cruzó la angosta callecita que separaba las casas en el pasaje y mi madre al verlo le dijo:

—Estoy en un lío, Santiago. Ya voy. Espérame en la salita. ¿Estás cansado? Ve, querido, ve —y lo empujó coquetona y amorosamente.

—Se trata, querida, de que...

—¡Sí! Ya sé de qué se trata. Tienes miedo, ¿verdad? No seas tontín. El Mono quedó en Viña, estaba completamente borracho.

El mocetón regresó a casa de mi madre.

—Señora, mañana iremos a denunciarla ante el juez de menores. Al viejo le costó decir eso. Miraba el suelo mientras hablaba: "Sí. Le pondremos un denuncia ... "

—¿Denuncio de qué, y por qué?

—Estuvo casi siete días fuera de su casa y este niño quedó entregado a su propia suerte. ¿Qué hubiera sido de él si mi hija no lo trae para acá? ¿Qué es usted de este niño?

—La madre, señor. —Lo dijo como en susurro, avengonzada, sin convicción, con sentimiento de culpa. Tenía gacha la cabeza, empezó a subirla lentamente hasta que mostró el rostro cubierto de lágrimas: estaba hermosa, impresionante—. "Tienen ustedes toda la razón. Por favor, no lo hagan. Prometo que no se repetirá. Hice una locura,

necesito que me ayuden". —Y se desmoronó en los brazos del anciano; éste no encontraba qué hacer, si rechazarla, abrazarla o dejarla caer al suelo. Conmovido y débilmente la separó:

—Estamos desconcertados, señora. No sé qué pensar. No cre...

—Por favor, por caridad, ¡no me diga más! —Sentí profunda compasión por su tono de voz. Volvió a tomarme de la mano y retornamos a casa. Al entrar miré hacia atrás: papá Fátima giraba sus pulgares sobre su panza y me miraba con una risa sollozante en el rostro. Sus ojos azules y hermosos brillaban como estrellas humildes. Sentí lástima por todos: por mí, mamá Escoba, papá Fátima. Tuve piedad de mi vida, del fondo de mi alma surgió un estertor de angustia y conmiseración; lo amé todo: el ayer, el mañana, la consolación que no tenía, las ilusiones no cristalizadas. Papá Fátima me hizo un gesto con la mano, leve, "adiós..." Entramos a casa.

Mi madre seguía llorando. Vio al joven a quien había llamado Santiago. Se lanzó en sus brazos, lo besó con pasión de bestia celosa; nunca he visto a otra mujer besar a un hombre en forma igual. El muchachón me miró con vengüenza, la estrechó fuertemente, como a veces tomamos un haz de leña, entraron al dormitorio, pero mamá se detuvo un poco y me hizo un gracioso mohín:

—Vaya a comprar medio kilo de carne para bistecs. No se apure mucho. Me pasó un billete de cinco pesos que le sacó del bolsillo del vestón al hombre mientras lo abrazaba y se hundía en la pieza. Cerró lentamente la puerta, se dieron un beso apasionado y ella concluyó de cerrar con el taco de su zapatito de charol.

Cuando regresé con la carne fui a la cocina, me senté

frente a una mesa y tocaron a la puerta. Al ir a abrir pasé frente al dormitorio de mamá: se oían alaridos. Abrí. Era un hombre andrajoso y sucio. Me encogí de hombros, lo miré sin verlo y hubo de ser muy extraña mi cara porque el hombre se retiró sin decir nada. Probablemente era un mendigo. Volví a la cocina. Llegó mi madre en ropas menores apenas cubiertas por una bata rosada de seda. Sorpresivamente se me abalanzó y me dio una de las más grandes pateaduras que recibí a su lado:

—¡Canalla! ¿Pidiendo protección? Ya verás, huacho infame. Te enseñaré a comportarte en mi casa.

Me tomó por los pelos y me arrastró hasta una piececita que hacía las veces de recibí, frente al dormitorio. Me empujó al suelo. Había una mesa de caoba negra y sobre ella una estatua de bronce que el Mono ganara en un concurso de equitación. La levantó para dejarla caer sobre mi cabeza:

—¡Mujer, cuidado, que lo matas! —gritó entrando el Mono. Venía con la llave de la puerta en la mano.

Le entrabó los brazos y dándole un brutal bofetón la arrojó al suelo. Cayó a mi lado. Santiago salió del dormitorio abrochándose los calzoncillos y con el torso desnudo. El Mono lo miró sorprendido e indignado.

—¿Y usted, qué hace aquí?

—Vine porque ella me pidió que viniese a dejarla...

Mamá y yo continuábamos en el suelo.

El Mono se puso las manos en las caderas y empezó a acercarse a Santiago; éste retrocedía automáticamente, caminando de espaldas en dirección al dormitorio. Su perseguidor avanzaba con lentitud atroz: usted era, ¿eh? Los nenes se encontraron en Viña, la prostituta creyó que yo estaba borracho, ¿eh? Me dejó durmiendo en el hotel y se vino con el jovencito, ¿eh? ¡Qué bien! ¡Se amaron! ¡Qué bien! Desnuditos ambos en mi cama, ¿eh?

—¡Ricardo! —empezó a decir mi madre.

—¡Silencio! Haremos todo con perfecta tranquilidad, como lo acaban de hacer, allá adentro, en mi cama. Y continuaba acercándose al joven despavorido. Le lanzó un bofetón en plena boca. Sangrando, el agredido quiso decir: "Don Ricardo, yo..."

—¡Marica! —gritó mi madre desde el suelo dirigiéndose al Mono—. ¡A ti te digo, marica! Te acuestas en mi cama como un imbécil. Tengo que suplicarte... Cien veces marica: degenerado, eso eres. Sabes montar caballos, nada más. Y tú —dijo mirando furiosa al jovencito —¡eres un cobarde! ¡Defiende lo que dices amar! Salgan ambos de acá. Esta es mi casa. Necesito hombres, varones: no quiero más maricas... Se abalanzó sobre Santiago y después de rasguñarle el rostro lo empujó en dirección a la puerta de calle:

—Déjalo que se ponga la ropa: ¡está desnudo! —gritó el Mono.

—Anda a vestirte, rufián —concedió mi madre.

Poco menos que corriendo el muchachón entró al dormitorio y salió apresurado poniéndose la ropa. Al llegar a la puerta mi madre le dio un puntapié en las posaderas. Mamá se devolvió, me miró, vio la escena, no la entendió. Con el paroxismo estaba semidesnuda y su cuerpo nívoo se retorció de furor. Se acercó insinuante y lasciva a papá Mono y éste la rechazó con repulsión. Se le cayó totalmente la bata y quedó envuelta por una enagua de seda negra que hacía más notorio su cuerpo maravilloso; se la sacó a tirones, como si la seda estuviera ardiendo y quedó cubierta por un sostén pequeñito y un calzoncito blanco transparente. Siguió acercándose al Mono, y éste ahora la miraba entre asombrado y sudoroso, jadeando, como si hubiese estado frente al más hermoso caballo que jamás tuviera, su cuerpo

se estremecía por el deseo, chasqueaba su lengua, no podía retirar los ojos de aquellos senos erectos y punzantes y la dejó que siguiera acercándose hasta que ambos cuerpos entraron en contacto: venció la hembra y el varón cayó aniquilado por el ardor de aquel cuerpo febricente. Le tomó el rostro con ambas manos, hundió su boca en esa boca suplicante, la tomó del talle y empezó a conducirla hacia el lecho; en la puerta ella se devolvió, me miró ausente como si hubiese sido yo un recién nacido y con su acento más tierno me dijo:

—¿Quieres ir a jugar al patio del fondo? Anda, lindo. No te ensucies mucho.

Entraron.

Con su pie desnudo ella cerró la puerta.

Me levanté del suelo, me sacudí, fui a la cocina. Caminaba encorvado como un enano que volviera del infierno: arrugado, estupefacto, lastimado como nunca estuve antes, como jamás lo estaría después, y para siempre.

Llegué a la cocina. Miré aquella mesa en donde muchas veces me quedé dormido con la cabeza apoyada entre los brazos, miré el clavo donde colgaba mi chaquetita parchada, la tomé, me dirigí con ella bajo el brazo en busca de la puerta de calle, y al pasar frente al dormitorio oí los alaridos de mamá:

—¿Aún más? —gemía él.

—Sí, mi amor...

Volví la mirada y me encontré con la salita, frente al dormitorio. Sobre la mesa, justamente junto a la estatua de bronce que pudo despedazarme el cráneo, me miraba un antifaz escarlata, con sus ojos mudos y huecos. Lo metí en mi alma para siempre. Me puse la chaqueta y salí de aquella casa.

Vagué, vagué, vagué...

LOS PANTALONCITOS DE GOLF

Llegué a la orilla del Mapocho. No me di cuenta cómo. Reconocí dónde estaba al recordar mi primera visión de la ciudad. Debo haber presentado un aspecto risible con los pantalones de golf y la chaquetilla parchada porque de pronto me sentí observado despectivamente por unos muchachos de caras torvas y gestos cínicos. Traté de desentenderme y esquivarlos, pero me persiguieron descaradamente con sus burlas. Di media vuelta. Los enfrenté. Sentía miedo, pero me sabía libre de lo peor: estaba fuera del alcance de estatuas, escobas y plumeros. El mayor de los chicos fue el primero en hacerse oír.

—Miren el caurito con guardapeos(*).

La expresión me colmó de furor. Pretendí lanzármele encima pero sentía pánico. Opté por conversar con ellos. Debo haber dicho tonterías. Convine conmigo mismo en que debía contar lo que me sucedía: no tenía dónde dormir. Era invierno: "Tengo frío, no sé dónde pasaré la noche". Poco rato después, el que se había burlado me decía:

(*) El pantalón de golf.

—No te preocupés, cauro. Sabimos donde poís dolmil. ¿Querís acompañarnos?

Los seguí. Confié. Tuve un gran momento de felicidad. La noche fría y sin techo espanta como un pulpo avanzando bajo la almohada. Llegamos a un suburbio. Allí está hoy la Plaza Chacabuco: en un solar abandonado se veían varias casuchas de lata, madera delgada y cartón.

—Entra, cauro —ordenó el guía señalándome una de ellas—. Poís acostalte ahí —señaló unos jergones sucios y pestilentes. Los compañeros también entraron. Uno sugirió:

—Sácate los guardapeos, poís arrugalos.

—Claro, veldá: pueen arugáseles —coreó el mayor chasqueando la lengua y haciendo un guiño a los otros—. Sácatelos, caurito.

Lo hice. Quedé desnudo. Nos acostamos y tapamos nuestros cuerpos con los jergones. Sentía la tibieza de las piernas de mis compañeros de cama. Me sentí seguro.

Eran mayores que yo, más fuertes y decididos. Apenas comprendí sus intenciones, salí corriendo desnudo de la casucha. Reían hasta desternillarse. Empezaron a perseguirme, pero produciéndome la impresión que no podían alcanzarme. Les estaba haciendo el juego, sin saberlo. Únicamente querían acorralarme en un punto donde fuese imposible seguir arrancando. Caf. Me pegaron bastante, el mayor me hirió levemente con un cortaplumas en la nalga, siguió amagándome el vientre, hizo el ademán de darme una puñalada: grité espantado, me arrodillé y pedí piedad.

—Soy muy farruto, caurito. No tenís ni calne siquiera. ¿No comíais en tu casa? No te vamos a hasel na. Pero tenemos que vendel esos pantalones, ¿sí? —dijo el que esgrimía el arma, compadecido acaso con mi postura genuflexa.

—¿Y qué me pongo después? No tengo más.

—Te damos otros. Leántate. Camina: vamos a olmil.

Regresamos a la casucha y nos acostamos nuevamente. La insistencia continuó. Me besaban y uno se masturbaba con su pierna puesta sobre mis nalgas. Otros a mi lado se abrazaron. Me di vuelta hacia la pared del rancho y vi una botella cervecera vacía. Se espejaba en ella parte de lo que estaba ocurriendo a mis espaldas. Un hervor extraño me subió por los muslos.

A la mañana siguiente volvimos al río. También había casuchas, similares a las que viera la noche anterior en la Plaza Chacabuco. No quise entrar en ninguna. Me miraban extrañados y burlones. Llegaron más chicos del río: se secretaron algo:

—Se parece al Toño —apuntó uno.

Desde entonces me llamaron Toño: mi tercer nombre. Creo que aún lo llevo porque tengo mucho río en las venas.

Comprendí que me tenían lástima. Me dejaron partir. Huí río abajo seguido solamente por las risas burlonas de aquellos demonios diminutos. Cuando me sentí fuera de peligro tomé asiento en una roca y largo rato estuve viendo correr las aguas color chocolate del Mapocho.

Ahora veo que aquél fue un momento cristalizador, definitivo para mi vida: empecé a amar el río. A pesar de lo ocurrido en la noche, el jolgorio, la sensación de libertad que me dio la vida de los chicos, la violenta ternura con que se agredían y jugaban, el horizonte plateado de las aguas, la modorra excitante y meditabunda de los perros, las casuchas con sus puertas semiabiertas como la sonrisa de un ciego, la calle ancha y misteriosa que formaba el cauce y la lujuriosa cabellera de los sauces —semejantes a viejos que estuviesen hablando cosas de amor— se me metieron en lo más hondo del alma. Con el firme propósito de volver algún día, subí

los tajamares y me hundí en las mandíbulas feroces de la ciudad.

Al enfrentarme nuevamente con la noche tuve tanto miedo que regresé a casa. Mamá Escoba estaba esperándome, muy alarmada. Al verme me dio un beso. Nos miramos a los ojos un segundo eterno: ella desconcertada, yo con odio intenso bien disimulado.

Escobas y plumeros descansaron por varios meses: algo había cambiado en ella.

LA BOTELLA

Nos acostamos.

—Date vuelta para la pared.

Lo hice.

—Trata de dormirte pronto.

Era, justamente, lo que yo deseaba. Tenía sueño y cansancio. Durante el día había encerado el piso de la sala. Ella cuidó que la faena se hiciera bien.

Me despedí: "Buenas noches".

—Buenas noches. Tienes que levantarte temprano mañana. Trata de hacerlo sin despertarme.

Intuí que estaba desnudándose. Su voz me llegaba de muy lejos.

Entendía, solamente, que debía levantarme temprano y sin hacer ruido. Empecé a cerrar los párpados. En uno de los pestañeos anteriores al sueño, por casualidad miré una botella para el agua que había encima del velador, entre la pared y el lecho. Era de cristal y tenía su historia. Mientras la limpiaba cierta vez se me cayó. Afortunadamente no se quebró. Tan grande fue mi susto que cuando ella llegó tuve la sensación de que la botella hablaría para acusarme. Por eso no la miraba muy a menudo. Le confería vida, voz, sentimientos.

Pero ahora...

En ese cristal empezó a dibujarse un cuerpo de mujer que lentamente se desnudaba. Vi cuando alzaba los brazos para sacarse la bata, la enagua, el sostén. La parte inferior del cuerpo reflejada era extraordinariamente visible y clara: aquellas nalgas robustas y redondas, el nacimiento de esa pelvis que se avizoraba fugazmente al darse ella vuelta; el vientre deformado y ancho, con una especie de ojo en el medio, los muslos curvos, sinuosos y semejantes a tentáculos de nieve, ¡y aquel olor a hierba húmeda, a flor podrida y a sudor humano!

Su enagua cayó sobre mis pies. La botella me fascinaba. Sentí un temblorcillo extraño. En la superficie del cristal se reflejaban sus senos inflados, enormes y coronados por unos sombrerillos negros y puntudos. Seguía aumentando mi hervor. Sobre mis pies, paulatinamente, seguían cayendo las prendas íntimas: las medias, los calzones, ¡hasta que al fin ese cuerpo desnudo y al borde de la cama, se sacó los zapatos! Invadió la pieza un aroma de selva y sangre, cálido y pútrido, fragante y repelente a la vez.

Yo estaba acostado con una camisita de dormir hecha de franela blanca. Sentía que me cubría una tela de fuego. Traspiraba copiosamente. Las tetillas de mi pecho empezaron a erguirse. Un chorro de lava me subía desde los pies para encontrarse con otro que me bajaba de la nuca. El calorcillo de aquel cuerpo desnudo se me introducía en los poros. Y esa botella se me quebraba en la garganta, cual pudo quebrarse cuando se cayó. Me sentí amigo del cristal. Los filudos trozos me herían el vientre bajándome velozmente por el esternón. Me martirizaban haciéndome gozar inefablemente. No podía retirar los ojos del cristal. Lo miraba con temor de ser descubierto. Trataba de cerrar los ojos porque mi conciencia me decía que **debía** estar

dormido, pero se me abrían nuevamente y a pesar de mí. Algo se violentaba en mi organismo. No sabía bien qué era. Sobre los pies y al través de la ropa de cama sentía el mórbido calor de carne que se desprendía de aquellas prendas que antes, a pesar de haberlas visto colgadas en el ropero, no habían tenido ese contenido espasmódico que ahora poseían. Los dedos de los pies y los talones me ardían. Una caravana de agujas punzantes me subía por las piernas y me impulsaba a restregarme los dedos sudorosos. Como si mi cuerpo hubiese sido una cañería o el tallo seco y hueco de una planta, por su interior me iba subiendo un jugo quemante y áspero hasta que llegaba al corazón. Y una angustia deliciosa me salía por los ojos y la boca. Con los dedos de los pies besé las prendas. Por entre mis nalgas se abrió un canal que lentamente iba aumentando de tamaño hasta desembocar en algo que crecía y crecía.

Con maña y miedo, lentamente, fui bajando la mano derecha hasta que aprisioné entre mis dedos aquella masa semiósea, tan mía, ahora aguda y dura como un cono de piedra. Mi ser entero se concentró en ella. Creí tener el mundo entre mis dedos. Las sienes me palpitaban resonando cada golpe en la oquedad de mi cerebro, como acaso podría resonar al golpear un cajón vacío con el tacón de acero de una muleta.

Seguía mirando la botella. Por medio de ella me adueñaba de aquellas espaldas reflejadas en el cristal. Y un ¡"Bom-Bom"! de tambor gigantesco repercutía en mi nuca. Mi mente estaba repitiendo y recordando el golpe producido por las prendas que antes fueron cayendo sobre la cama. Los golpazos interiores me estaban aturdiendo. El cuerpo entero me pareció que se incrustaba en esas carnes desnudas, en esas espaldas muelles que a pesar de hallarse un poco lejos de las mías, las sentía en contacto directo con mi

columna vertebral. Ella se agachó a recoger algo del suelo: una gruta de carne y vellos se reflejó en el cristal.

Ella se acostó.

Al levantar las sábanas para cubrir su cuerpo despidió un aroma de selva, sangre y lirios putrefactos.

Empujándome con las rodillas me dijo: —Córrete un poco más allá.

No me di por aludido. Tuve temor que ella se diera cuenta que no estaba dormido. Estaba desnuda. De nuevo me empujó con la rodilla y al ver que no me movía colocó una de sus piernas encima de mi cadera.

Sacó un libro que tenía debajo de la almohada y empezó a hojearlo. Sus pezones me apuñalaban la espalda. Récordó tal vez que no se había untado las cremas faciales y se levantó para alcanzar el frasco del *boudoir*. En la botella, nítidamente, se reflejaron sus nalgas. Un dolor agudo y delicioso se me clavó en el ombligo.

Volvió a acostarse. Pero antes se quedó un minuto sentada dejando al descubierto dos colinas de carne, erectas y filudas. Cuando concluyó de untarse las cremas, apagó la luz, intempestivamente. Se estiró en el lecho poniéndose de espaldas boca arriba. Su muslo y especialmente una de sus rodillas quedaron en contacto con mi cuerpo. Pronto se dio vuelta y colocó uno de sus brazos sobre mi cuello. Semidormida volvió a cruzar su pierna, dejándola caer en mi cadera y sus senos se aplastaron con mi espalda. Su corazón me golpeaba los pulmones sin piedad. Sin percatarse iba acercándoseme más y más. Me ensamblé con ella. Mis nalgas se hundieron en el Monte de Venus y una vellosidad cosquillosa empezó a acariciármelas. Aprisioné con desesperación el cono óseo que tenía entre mis dedos. Saltaba convulso y porfiado, con la frecuencia siempre igual de un péndulo, con la monotonía persistente de una gotera.

Por entre la oscuridad de la alcoba yo trataba de ubicar **mi** botella. Ahí estaba: ojo pálido y frío —pulpo de vidrio— recogiendo hasta el último vestigio de luz que penetraba por los postigos semientornados. En la calle, frente a la ventana del dormitorio, había un farol. Una bolita de fuego se reflejaba en la botella. De pronto vi que esa bolita se me venía encima aumentando de tamaño velozmente, como podría ocurrir si de repente viéramos que el sol desciende en carrera loca sobre la tierra.

Ella empezó a respirar, honda y pausadamente.

Cuando supuse que estaba dormida me di vuelta con lentitud hasta quedar frente a ella: parecía una muerta, un cadáver de mármol que respiraba. De sus fosas nasales surgía una brisilla intermitente, suave, perfumada, casi húmeda. Empecé a crujir desde muy adentro. Crují como lo escuché al pisar suelos alfombrados por hojas y ramas secas. Mi rostro quedó frente al suyo. Puse mi boca en su barbilla y la fui bajando disimulada y temerosamente. El resto de mi cuerpo no se movía. Llegué al nacimiento de su garganta. Me agazapé, inmóvil. Las mandíbulas se me juntaron refregándose entre sí.

Dormida me abrazó.

Quedé aprisionado.

De aquellas axilas surgía un perfume ácido que se podía palpar. Con las rodillas encogidas le topaba el vientre. Una de mis rótulas penetró suavemente en su ombligo. Estiré las piernas y me aproximé más. Coloqué mi barbilla en la grieta que hacían sus senos.

Me hundí en ellos, desafiándolo todo...

Con la nariz llegué hasta su esternón. Mis mejillas quedaron aprisionadas entre dos muros de carne tibia, palpitante y perfumada.

Debo haberla molestado porque se dio vuelta. Sus nalgas se posaron suavemente en mi vientre.

Algo mío penetró entre dos nuevos muros de carne tibia. Seguí...

Traté de convencerme que estaba dormido. No pude. Me supe tan despierto como aquel que en un cuarto oscuro espera que un enemigo le dé una puñalada. Volvió a darse vuelta. Lanzó un gemido, mezcla de inconciencia y placer. En su "no ser" del sueño, sin proponérselo, puso su boca junto a la mía.

La besé.

No despertó.

Amaneció.

Me levanté con los primeros rayos del sol. La miré. Estaba pálida. En sus labios se dibujaba una sonrisa y respiraba con cierta dificultad. Miré sus senos, cuidando mucho de convencerme de que no quería mirarlos. Sentí un fuerte dolor de estómago, me levanté y fui al baño. De una percha cercana a la bañera colgaban unos calzones de seda blanca. Los tomé y los cubrí de besos. Fue una especie de rito religioso. Semiaturdido fui a la cocina y empecé a preparar el desayuno. Lo traje. Todos los días le daba desayuno en la cama; aquél fue particularmente hermoso para mí. La desperté:

—Aquí tiene el desayuno —le dije.

Despertó. Me miró estupefacta, como si hubiese preguntado: "¿Pero, entonces, eras tú?" Me hirió con sus ojos acerados. Ambos nos miramos como una sola vez en la vida dos seres humanos pueden mirarse: cual se mirarían dos monstruos o dos santos. En las pupilas tenía honda sorpresa y una sensación de sacrilegio. La miré con pavor, con infinito amor, con esperanza, angustia, miedo, desafío: complicidad de crimen compartido. Sentí un nuevo deseo: lanzarme otra vez en esas carnes. Al fin ella hizo aquella señal con la que uno a veces echa a un lado los minutos más

hondos y terribles, y me indicó que le dejara el pocillo de café humeante encima del velador. Sentí temblor de culpa cuando al colocar la taza vi la botella. Quise destruirla. Pero seguía siendo **mi** botella: el cristal me miraba, reía, acusaba, cobraba forma humana y vida. Ese cristal contenía a mi madre: **a ella**.

Anduve como volando todo aquel día.

Esa tarde, cuando fuimos donde el abogado, al caminar por las calles no veía las gentes ni los vehículos. Imaginariamente continuaba acostado junto a un pulpo nacarado, blanco a veces, de ojos acerados, inmensos y verdes.

Llegamos donde el abogado. Odié a ese hombre. Sentí la necesidad de matarlo.

Regresamos a casa. Un telegrama del Mono avisaba que esa noche tampoco vendría a dormir. Mi madre comentó:

—¡Ya lo suponía! Este imbécil se quedará afuera otra vez. Está con sus famosas tías.

Nos miramos mientras ella apretujaba el telegrama entre los dedos, desgarrando el papel con sus uñas. "Otra noche que tendré que dormir sola", susurró.

Con audacia anoté:

—¿Y... yo, mamá?

—¿Tú? ¡Psh! ¿Tú qué? Tú: anda a comprar los bistecs. Eso es mejor —ordenó con desprecio mientras se alejaba de mí, como envuelta en llamas. Fue a su dormitorio.

Salí a comprar, gozoso y brincando. Amé aquella casa. Amé las escobas partidas en mis lomos. Amé los zapatos puntudos. Sentí un inefable placer al revisar mentalmente aquellas cosas que antes tanto me habían lastimado, pero que ahora consideraba llenas de encanto y ternura. De todas ellas surgían aromas de selva y sangre.

Entré corriendo en lo del carnicero:

—Estás muy alegre, muchacho.

—Sí. "Esta es otra..." (me detuve, iba a decir...: "ésta es otra noche que dormiremos juntos"). No debía decirlo, era un secreto muy mío, sólo mío. Tan mío como son aquellos secretos ingenuos que tienen algunos niños: miran a su padre y lo coronan Rey. Observan a la madre y la visten de Hada. Ellos mismos a veces se creen famosos bandoleros o grandes y audaces navegantes.

Corriendo, como entré, salí de la carnicería. Preparé los bistecs. El anafe se me inflamó. Mamá sentía horror cuando tal cosa ocurría. Se me venía encima y me golpeaba. Esta vez no lo hizo: me produjo enorme descontento que no lo hiciera. Lo esperaba. Cuando le hablé en la pieza de lo sucedido en la cocina, se levantó y me dio una deliciosa zurrilla. Cada golpe me produjo un maravilloso placer.

Nos dirigimos a la cocina y comimos.

Concluida la cena corrí al dormitorio:

—Eres un perezoso. ¿Ya quieres acostarte? Se me acercó sinuosa al andar. Me tomó las mejillas con ambas manos, apretándomelas hasta que la boca se me hizo protuberante: nos besamos.

Inmediatamente después, reaccionó violentamente.

—Antes de acostarte debes limpiarme los zapatos." ¡Mis zapatos!" —recalcó en un acceso de histeria—. Me acostaré yo primero. ¡Yo primero! —insistió para reafirmar su brote impulsivo, para protestar por aquel telegrama que la condenaba a dormir sola.

Se fue al lecho: ondulante, sensual, con fiebre hasta en el mas íntimo rincón del cuerpo. Se lanzó sobre la cama y se puso a llorar con tal angustia que aquel llanto mucho se pareció a la forma más auténtica del dolor humano. Desde el lecho me miraba al través de los ojos cubiertos por una espesa cortina de lágrimas:

—Anda a limpiarme los zapatos, te dije. No quiero estar sola. Apúrate. Anda. ¡No! ¡Ven! Anda, ¿qué te quedas ahí? ¡Vete! Sepárate. Ven... ¡Ven...! ¡Ven! Se levantó. Empezó a acercarse. Tuve miedo. Huí. Cuando me vio partir, regresó al lecho: un llanto rubricado por alaridos me perseguía mientras huía.

De un cajón que había en la cocina saqué los zapatos y con rapidez los limpié. Les vi pantorrillas. Apagué las luces y como si viniera de un mundo gelatinoso y lleno de misterio, me dirigí al dormitorio. Al llegar al umbral de la puerta ella estaba untándose sus cremas. La cubría ahora una bata rosada, delgadísima, que permitía adivinar sus protuberancias y redondeces. Con voz ausente y tono despectivo me dijo:

—Acuéstate y date vuelta para la pared.

Acrecieron al otro día las azotainas. Ninguna tuvo importancia para mí. Diría que hasta las provocaba. Hice ex profeso todo mal. Enceré el dormitorio mientras ella estaba en la calle. Me acosté muchas veces sobre aquel lecho tan mío y tan de ella. Miré **mi** botella y estúpidamente le guiñé el ojo como dándole a entender que ambos poseíamos un secreto sobrecogedor. El cristal me parecía un ojo humano.

En el decurso de mi vida poseí a muchas mujeres.

Para sentir el placer sexual en todo su esplendor, sobre una mesa —si no había velador— tuve que colocar antes una botella de cristal.

También me di maña para que hubiesen una escoba, y zapatos de mujer, muchos zapatos...

MI PADRE

—**E**speras la respuesta. Si pregunta por mí, dile que estoy enferma. **En-fer-ma, ¿entiendes?**

—Sí. ¿Y si no está?

—Esperas en la oficina hasta que llegue.

—Pero, mamá, las otras veces quise entrar y un caballero me dijo que debía esperar afuera.

—¿Le dijiste que era tu padre?

—No.

—Ahora lo dices. Anda. No te demores. ¡Ah!, si no estoy en casa, a tu regreso, vete a la peluquería. Allá estaré esperándote. Anda. No vayas a perder la carta.

Salí de casa con ella en el bolsillo. Tres veces al mes, por lo menos, tenía que llevar una carta similar.

Llegué a la oficina de mi padre: la gerencia de una cooperativa de consumos. Papá no estaba. Una dama que reemplazaba al secretario me atendió: "El señor gerente llegará a las siete de la tarde. Puede esperarlo afuera".

—Señorita, yo soy...

—Espérelo ahí afuera. Tome asiento en uno de los bancos del hall.

Lo hice. Desde la distancia, mamá controlaba mis actos y pensamientos. Faltaban horas y podría ir a la Estación Central, daría una vueltecita.

"¿Pero si llega él mientras estoy afuera, y se me va?"

No podía evitar la presencia de ella. Me sentía manejado, tirado como por el hilo que mueve a las marionetas.

Seguí esperando.

Hacía tres años que nos conocíamos. Lo amaba, sentía por él una especie de compasión. Su dulce mirar, su hermosa cabeza y ondulado pelo, esa apostura varonil, la serenidad para hablar y las suaves inflexiones de su voz me obligaban a quererlo y admirarlo. Después de haberles oído a mamá y papá Mono muchas cosas sobre él, nos vimos por primera vez una tarde en la casita donde mi madre vivía con un médico. El Mono seguía siendo su amante, pero ya no en forma oficial ni permanente.

—Vengo por mi hijo, —dijo al entrar.

—¿Por tu hijo? No tengo inconveniente en que te lo lleves, pero ¿qué dirá tu esposa?

—Conoce la situación. No me dejaré extorsionar más. Me lo llevo.

—Veremos... Recuerda que tienes una familia a la que no hará gracia saberte padre soltero. Tu mujer podrá aceptarlo, pero ¿qué dirá tu familia cuando lo sepa?

—No me importa. Puedes hacer y decir lo que te plazca: Alfredo, vamos.

Alfredo: era mi cuarto nombre.

Me sacó de aquella casa y me llevó donde una tía: doña Melania. Enjuta, alta, rostro de blancura mística, vestimenta a la antigua, devota, cascarrabias, gato, perro, muy económica, estampitas sagradas: solterísima.

Cuando con mi padre estuvimos en la calle, se agachó,

me miró a los ojos y desde muy adentro de su ser dijo sonriendo: "¡Hijo mío!"

Fuimos a una juguetería y me compró un trompo de los que al bailar emiten música. Feliz con mi trompo y papá, llegamos a casa de la tía Melania.

Al desayuno —dos días después— sentimos fuertes golpes en la puerta de calle. Abrió la sirvienta y una tromba humana irrumpió en la sala de recibo. Desde la mesa del comedor pude verla:

—Vengo por mi hijo.

La tía se paró pausada y aristocráticamente. Su tono y gestos eran los de una abadesa:

—Salga de esta casa. Usted no merece ser madre. Salga antes que la servidumbre la tenga que expulsar.

Mi madre la enfrentó como tigresa presta al zarpazo. Entró al comedor, arrastrándome de una mano y a tirones, dando gritos estentóreos llegamos a la calle:

—¡Vieja bruja! ¿Crees que voy a permitir que me arrebaten el fruto de mis entrañas? Vieja estéril, santurrona. No pudiste tener hijos porque nadie quiso casarse contigo, ¡y vienes ahora con arrebatos maternos!

—¡Prostituta! Salga de esta casa ... —cayó desvanecida.

El vecindario se había arremolinado frente a la puerta. Naturalmente, abundaban las cocineras, aunque la tía vivía en un barrio por demás aristocrático.

Sin darle importancia al desvanecimiento, mi madre continuó vociferando hasta que decidió salir conmigo a la rastra.

Pasaron varios meses. Siguieron los golpes. Un día mi padre regresó. Mamá no estaba en casa. Me metió en su automóvil y me llevó a San Felipe, dejándome al cuidado de doña Catalina. El regresó a la capital. Fue un mes lleno de amor. Con Chochón regresamos a nuestra huerta, robamos

huevos, escarbamos y destrozamos nidos, jugamos en la acequia a los piratas y sacamos ramas del viejo durazno para hacer hondas. En las tardes corríamos por la vieja plazuela aldeana, nos escondíamos tras los acacios centenarios, poníamos huatapiques bajo la sotana de su paternidad y algo hurtábamos para poder comprar frutas confitadas. Mamá Catalina había sabido la verdad sobre "la resbaladita" de su loro: quince días sin postre y dos horas parados cara a una pared del primer patio.

Estaba olvidando lo de Santiago: era niño.

Una tarde llegó:

—Señora, usted se está prestando para una infame maquinación. Vengo por "el fruto de mis entrañas". Esto ha sido un rapto.

—Hable con el padre, él lo trajo.

—¡No me diga!

—Lo que oye.

—Si él lo trajo, yo me lo llevo.

—Este niño no sale de aquí sin la autorización del padre.

—La tengo.

—A usted no se le puede creer. Cuando vino la primera vez por el niño, presentó como padre a un amante. Muéstreme la autorización.

—Aquí está.

—Tendré que confirmarla por telégrafo.

—Hágalo.

Al otro día llegó la respuesta: "entréguelo".

Eran las siete de la tarde cuando llegó mi padre. Me vio. Se acercó, me acarició y tomándome del brazo me hizo entrar a la oficina:

—Le traigo una carta.

—¡Lo de siempre! Dámela.

—La leyó con rapidez, como suelen leerse los

documentos oficiales: buscaba la cifra, el dato clave. Al encontrar la cantidad exigida, me miró:

—¿Cómo te trata?

—Igual.

—¿Te pega?

—Mucho.

—¿En dónde viven?

—En la calle Arturo Prat, frente a un cine.

—¿Vive sola?

—No. Con un caballero que se llama Carlos; parece que es médico.

—¿Y esa cicatriz que tienes en la nariz?

—Me pegó con un cuchillo.

—¿Por qué?

—Me mandó comprar leche: me caí. La botella se rompió y la leche se derramó. Iba jugando.

Papá lanzó un suspiro y nuevamente clavó sus ojos en los míos. Sé que en ese instante se sentía más débil y desvalido que yo. Eramos dos niños de diferentes edades, pero con iguales cansancios y miedos.

—¿Te gustaría tener una mamá buena y cariñosa?

—¿Las hay así?

—Sí. Las hay. Recuerda a doña Catalina. —Sacó la chequera y se puso a llenar una hoja. Pensó un rato, firmó, metió el cheque en un sobre, titubeó, tomó su lapicera nuevamente, de una agenda arrancó una hoja de papel y escribió algo. Unió papel y cheque con un alfiler, los introdujo en el sobre y lo cerró.

De un bolsillo del pantalón sacó un fajo de billetes de cien pesos, me tendió uno junto con el sobre cerrado:

—Dale esto a tu madre. Esto, para ti.

Otra vez nuestros ojos se encontraron. Sé que hice una mueca similar al presagio de aquellas sonrisas sin sentido

que uno esboza entre los dientes cuando alguien nos da un bofetón sin que sepamos por qué lo recibimos. Me lancé a llorar: sin estruendo, casi en silencio, con la cabeza gacha y apoyada en el escritorio de mi padre. Lloré con el esternón más que con mis lágrimas. La espalda me daba saltos y las lágrimas me brotaban de la laringe, asfixiándome. Se estremecía todo mi cuerpo. Se llora así cuando uno descubre que siente infinita piedad por sí mismo. Papá se levantó precipitadamente:

—Alfredo, ¿por qué lloras?

—Por todo...

Se acercó a pasos lentos, cansados, lo veía con mi nuca. Parecía venir de otros siglos, avejentado, aterido. Se detuvo a mi lado como si hubiese salido recién de una selva y estuviese mirando hacia atrás para convencerse que las fieras ya no lo segúan. "¡Por todo!", lo repitió en un susurro, cual si una débil lucecilla estuviera apagándose en su alma. Decidido y poniéndome la mano en la cabeza pasó del susurro interior a las palabras inteligibles:

—Sí. Las cosas pudieron ser de otro modo, serán de otro modo. El **serán** lo gritó, rebelándose contra el pasado y el mañana. Me tomó de un brazo y me condujo fuera de la oficina. Creí que la entrevista había concluido:

—Adiós, papá...

—No. Ven. Te irás conmigo —y con la prisa propia del prófugo salió conmigo hasta la puerta de la cooperativa, me empujó dentro del automóvil, pisó el botón de partida y nos hundimos en la calle, velozmente. Frente al volante tenía un aire de dignidad. No miraba el tránsito, sus ojos estaban cubiertos de lágrimas, pero lloraba como el varón heroico que ha recibido un bofetón y no puede devolverlo porque su agresor es ciego: la vida.

—Lucrecia, traje al niño.

—Entra, sabes que hay un lugar para él.

—¿No temes a las consecuencias?

En el rostro de aquella mujer brotaban la dulzura y suavidad propias de los seres armónicos y sanos de espíritu: pequeña, delgada, facciones finísimas —figulina de papel cortada a tijera—, desparramaba señorío y gracia. Vestía una bata de seda azul no muy ceñida, miraba con ese silencio escrutador de los líderes mongólicos. La mansión era amplia, limpia y ordenada. Llegamos a un pequeño dormitorio con una sola camita:

—Acá dormirás. Acompañarás a tu hermanita.

—No tengo hermanitas, señora.

—No me digas señora, soy tu madre. "¡Lucía!" —llamó desde un amplio ventanal que daba a un jardín.

—¿Mamá? —respondió de lejos la voz de una niña. Escuché su trotar, llegó, miró extrañada la escena, detuvo los ojos en su madre:

—Este es Alfredo, tu hermanito. Dormiré acá contigo.

Jugamos todo el día. Tiré sus orejas, me dio suaves y femeninos puntapiés, en el fondo del jardín jugamos a "las visitas" y tuvo que tolerar mi superioridad; mentalmente la comparaba con los chicos del río y sentí necesidad de demostrar audacia y fortaleza. En la noche fuimos al dormitorio, después de comer. Encontré dos camitas albas, sus paredes estaban adornadas con dibujos de ranas, aves, enanos y niños corriendo en caballitos de madera. Recordé el orfelinato y mi escoba. Sentí grandes deseos de llorar. Miré a Lucía y recordé que frente a ella yo era el "jovencito de la película". Doña Lucrecia intuyó mis próximas lágrimas:

—¿No estás contento?

—Mucho... Mucho, señora.

—Te repito: soy tu madre.

Poco después mi padre llegó cargado de juguetes. Besó a su esposa:

—¿No ha venido?

—No, ni creo que lo hará.

—Ya sabes cómo debes actuar. No temas.

—¿Qué tendría que temer?

Estuve en casa tres días inolvidables y maravillosos.

Al cuarto, llegó.

—Vengo en busca del "fruto de mis entrañas". Esto es un rapto. Este caballero levantará un acta, es funcionario del Juzgado de Menores. ¿Dónde está mi hijo?

—Tendrá que irse sin él. Mi esposo lo trajo a este hogar y se quedará con nosotros.

—Señor receptor, haga la notificación del caso. Muestre a esta señora la orden de su juzgado.

—Aquí está, señora —dijo el hombre gris: olía a papeles antiguos y arrinconados.

—Tendremos que verificar la autenticidad de este documento. Mi marido llegará pronto. Usted es una mujer muy audaz. Podría suponer que este señor no es tal receptor, sino su amante.

—Modérese, señora, usted no puede recusarme... Sólo eso alcanzó a decir el funcionario.

Como deben haberse desatado todas las grandes ofensivas de guerra, surgieron de mi madre miles de mujeres. Saltó del asiento, se abalanzó sobre doña Lucrecia: "Araña peluda. Quieres robarte a mi hijo. ¡Auxilio! ¡Ladrón!" El hombre gris, subido en un estrado imaginario, trataba de imponer orden golpeando el mamotreto que traía. Mamá abrió la compuerta con que siempre retenía una magnífica cantidad de lágrimas de ocasión y con "ayes" espantosos incitó a todas las cocineras del barrio a que acudiesen presurosas a la puerta.

La señora Lucrecia perdió la serenidad y doblada como un número tres cayó sobre un sofá. Mi madre comprendió que ya era suficiente, me tomó de la mano y me llevó a la puerta tiernamente:

—Vamos, hijito. Usted tiene madre y hogar.

La seguía el receptor. Ya en la calle quedó rezagado, escribiendo algo frente a la casa, levantaba el acta seguramente.

Nos seguían varios curiosos: "Pobrecita, querían robarle al hijo", dijo uno de ellos. Mamá adoptó la pose que correspondía. Seguimos calle abajo. Un automóvil en dirección contraria corría a toda velocidad: pensé lanzarme bajo sus ruedas. No lo hice. Me faltó el valor.

LAS TACITAS

—Velo si viene. Desde acá. Si ves que se acerca me avisas inmediatamente. Ponte acá. ¡No! Ahí no. Acá. ¿No entiendes? Eso es. Un poquito más cerca.

—¿Y si él me escucha?

—¡Tonto! ¿Para qué vas a gritar desde afuera? Te acercas corriendo. Total, si no quedarás ni a cinco pasos de mí. Corres, ¿oyes?

Abandoné la salita.

Me paré al lado afuera, donde se me había ordenado. Sentí que adentro desdoblaban unos periódicos. Luego escuché ruido como de cristales chocando entre sí. No resistí la curiosidad, y en puntillas me acerqué a la puerta para mirar: mamá envolvía, una por una, aquellas tacitas de porcelana que tantas veces había visto antes. Eran pequeñas, con dibujos negros en fondo colorado. Estaban siempre allí, en el estante del rincón.

Era aquél un molino situado en un costado del cerro San Cristóbal. Papá Mono hacía las veces de gerente. La empresa pertenecía a una de las tías de las que se esperaba la herencia para un viaje a Europa. Cuando mamá sentía el deseo de verlo durante el día, iba allá a buscarlo.

Mamá seguía envolviéndolas. Cuando concluyó, buscó otra hoja de papel periódico y aseguró más el paquete. Eran doce. Hecha la envoltura, me llamó:

—Alfredo, ¿viene?

—Parece que sí, mamá.

En efecto: desde el fondo del pasillo en que estaba la oficina se oían pasos. Era él.

—Ven. Toma. Sal por esa otra puerta. Andate para la casa.

Me empujó luego de pasarme el paquete. No sé qué ocurrió después entre ellos dos.

Llegué a casa y las desenvolví. Las puse sobre la mesa del comedor y desde un diván me puse a contemplarlas, sentado. Tenían dibujadas unas siluetas. Me pareció que cobraban figura y formas de mujer.

De repente me sentí circuido de muchas mujeres. Todas tenían el rostro de mi madre. Sentí odio hacia aquellas tacitas. Pero sólo ahora sé que mi animadversión no se debía a que las figuritas dibujadas se pareciesen a mamá, o que yo quisiese verlas como ella. No. Desde el interior de cada pocillo, veía salir también la silueta larga y flaca de un hombre: Papá Mono. Y mi odio era contra esos hombres de rostro igual que, imaginariamente, veía emerger del fondo de las porcelanas.

Odiaba a los amantes de mamá. Los sentía mis rivales. Me creía el único dueño, el que no tenía por qué dejar su presa ni permitir que otro la tomase. Cada vez que escuchaba los alaridos de la hembra posesa, me preguntaba por qué no podía poseerla yo también, y sentía traicionados mis derechos. Sentado a veces en el hall, me estremecía de furor, imaginando que habían arrebatado algo muy mío. Ejercía idealmente el rito mirando por el ojo de la llave, atisbando, aunque sólo veía dos cuerpos enredados, varias piernas

flameando contra ese viento húmedo y caliente que imaginaba al interior de aquella alcoba.

De aquella época datan mis primeras masturbaciones.

Sin embargo, lo que me resultaba más difícil de aceptar, era la indiferencia que Ella —"mi hembra"— mostraba frente a mis anhelos. Sé que ella se daba cuenta de mis sentimientos más íntimos. Lo sé.

Conversábamos a veces con mamá, sin decirnos una sola palabra. Conversaciones que en toda una vida no suceden a menudo, y son sacrílegas o santas. Intuíamos ciertas cosas. Ella se sabía codiciada por mí. No lo aceptaba, y eso era lo que más me mortificaba. Con los ojos yo recorría su cuerpo hecho de lujurias y misterios: estatuario, presto a la posesión más ruda o apto para el pecado más divino e inconfesable. Hablábamos sin decirnos nada; con los ojos, con los gestos y con el pensamiento. Ella, beligerante y rechazando mis ansias; yo, desafiante y altivo.

Una tarde, estando mi madre en la sala y frente a mí, nos miramos. Me sorprendió cuando con mis ojos le escarbaba los senos, débilmente dibujados al través de su bata de seda color rosa. Vio cuando yo regresaba de un viaje imaginario que con la mente había realizado hacia los rincones más mórbidos y ocultos de su cuerpo. Hasta diría que presintió la erección rebelde que, en ese instante, estaba aguzándose deliciosamente.

—No me mires así —gritó iracunda, pero sosteniendo mi mirada.

—¿Cómo, mamá? —repliqué desafiante.

—En esa forma. No podríamos... —No concluyó la frase.

Creo que desde ese día la idea de madre que ella moralmente aún podía producirme, gradualmente fue desapareciendo de mi alma. Arrancó arrastrada por un imperativo biológico irresistible. En su reemplazo me quedó

la idea de hembra. Le perdí el último vestigio de respeto. Sólo quedó mi miedo; pero ya no miedo a que me golpeará. Muchas veces me sorprendí dejándome caer al suelo para que al golpearme tuviese que agacharse: así podía verle los senos. Temía durante el día que llegase la noche porque me producía horror verificar que yo no podía ser, y sí podían los otros.

Rápidamente —en menos tiempo del que ocupé para confesarlo— fui sintiendo aquellas cosas: ahí, frente a esas tacitas, sentado en aquel diván.

Antes del robo de las tacitas yo había sentido una especial fascinación por ellas. Hacían hervir mi sangre. Las miraba con un deleite que sólo ahora empiezo a explicarme. Después del robo las odié. Cierta vez quebré dos de ellas, intencionalmente. Mamá ya las tenía en casa. Buena zorra me dio, por cierto. Años más tarde, en cada casa que entré a robar y vi tacitas parecidas a éstas, las quebré sin ninguna contemplación. Dentro del lugar del robo meditaba cosas. Sabía que las podía vender bien, pero era más poderoso mi impulso de romperlas. Muchas destruí con meticulosidad, diría que como practicando un rito.

Me ocurrió varias veces que invitara a tomar el té a alguna mujer. Ex profeso lo hice servir en tacitas de porcelana. El asunto empezó siéndome agradable, pero al final concluí por lanzarlas disimuladamente al suelo. Muchas ocasiones hubo en que pedí excusas a mi acompañante, como haciéndole ver que yo era un atolondrado que no sabía comportarse en un salón de té.

—"Esta tarde estuve muy ocupado. Estoy hecho un lío. ¡Haber roto esa taza tan preciosa! ¿Me perdonas, querida? La pagaremos. ¡Mozo!" Me deshacía en explicaciones, pero no me atrevía a mirar hacia donde yo sabía que estaban rotas unas siluetas femeninas con aspecto chinesco y con olor a sangre y selva...

Creo que ella simplemente fue un ser humano desvencijado y envejecido prematuramente que gemía dislocado antes de caer para siempre. Algunas puertas terminan por ceder y salirse de sus goznes porque las abren y cierran mucho, inútilmente.

Mi padre quiso casar con ella, pero no pudo hacerlo: mi abuelo paterno era un gran señor, y por añadidura político muy notable y distinguido. En el hogar de mi padre los hijos ilegítimos no podían ser aceptados. Engendrados, sí. Pero no criados.

Cuando ella se vio abandonada por mi padre, dejó de creer en los seres humanos. Se repetía el fracaso de su propia madre, mi abuela. La puérpera empezó a moverse en un universo lleno de rencores, recelos y fastidios. Lejos de mi padre, y sola, buscó un responsable de su fracaso: estaba yo. Vio en mí al que la dejó vapuleada y sacudida, como un trapo sucio y maloliente. El hijo se convirtió en la meta visible de su revancha. En sus entrañas lo había fabricado con el objeto de saberse digna: resulté la razón de su indignidad. Me llevó en su vientre, no me abortó, para constatar y proclamar un acto de amor y fe: fui la prueba de una burla. En mí, cobró la venganza contra el medio. Al querer destrozarme intentaba despedazar un mundo injusto y sucio. Es maravilloso constatarlo. Un artista debe maravillarse frente a lo más cruel o más hermoso. Sólo así surge el creador.

Eso es todo.

En los insaciables se reconocen la venganza y la avaricia; poco a poco fueron apareciendo más víctimas. Sus amantes —exceptuando a uno— recibieron el trato que ella tenía reservado para cuanto prójimo se acercase a su vida: los explotó. Sólo se libró, quien más la humilló y vapuleó: el abogado. Era el explotador por excelencia. Ella lo dejaba

hacer porque lo amaba. Era feliz entregándole el producto de su tráfico. Siguieron un pintor, un comerciante, un hacendado, un aristócrata. Todos viven, menos uno. Actuó con ellos como su padre actuara con su madre: sin ningún respeto, medrando con sus sentimientos, viviendo en función del placer sexual que le producían, atacándolos, destrozándolos sin piedad. Desde niña le enseñaron a recibir golpes: ahora era ella quien los daba.

Me tocó recibirlos.

Ahora —por la misión que le he impuesto a mi vida— me alegro que haya sido así.

EL TRAJECITO DE TERCIOPELO

El Padre Luis era alto, delgado, de ojos pequeños y penetrantes; tenía un rostro rectangular en el que las mejillas se confundían con un mentón como cortado de un hachazo. Los pabellones de sus orejas semejaban riñones y sus espaldas hacían una grotesca curva dromedaria. Era un signo de interrogación que caminaba y hablaba. Vestía una sotana negra, lustrosa y desgastada.

Desde la oficina del Director habíamos venido caminando juntos. Cuando salimos, comprendí algunas cosas y supongo que él intuyó otras. Mi padre había sostenido una discusión con mi madre ante el señor Director. Antes que él me hiciera salir de la oficina, pude oír a mi padre:

—De ahora en adelante mi hijo llevará una vida digna. Jamás volverá a tu lado.

—Ustedes, ¿no son casados?

—No, señor —respondió mi padre—. Le suplico que se desentienda de eso y me ayude: quiero hacer de mi hijo un hombre de bien. Aquí aprenderá principios y normas que la madre jamás podría enseñarle...

—Debieras haberlo pensado el día que lo engendraste —gritó mi madre, sin ningún respeto por el lugar ni las

personas que ahí estaban. Al fondo del salón se encontraba el Padre Luis, callado, observando y oyendo.

—Usted, señor, ¿es casado con otra mujer?

—Sí, señor Director.

El anciano quedó meditando largo rato. Reparó recién entonces en mi presencia y ordenó que me retirara. Salí de la oficina y me senté afuera, en el hall. Desde allí podía ver las sombras de papá y mamá que se traslucían al través del cristal grande y empavonado de la puerta cerrada del Director. Papá manoteaba y mi madre agachaba la cabeza. Los dos curas estaban inmóviles: imágenes negras sobre un telón blanco, como en el Teatro Chino de siluetas. Papá y mamá salieron. El Padre Luis se acercó, me tomó de la mano y pasamos al interior del colegio.

Llegamos a un patio de aspecto militar en cuyo centro se alzaba una centenaria palmera de tronco perforado, como pata de elefante. Pasamos a un segundo patio, más amplio que el anterior. Al fondo se veía un edificio de tres pisos en que se hallaban las salas de clases, los salones para estudio y los dormitorios.

—Vamos al comedor. Conocerás a tus compañeros. Aquí puedes ser feliz.

"¿Feliz?", pensé. Me sentía desconcertado. Imaginaba el aspecto ridículo que ofrecería con ese trajecito de terciopelo negro que mi madre me había puesto antes de traerme.

Llegamos junto a una escalera que conducía a un sótano. Cuando empezamos a bajar quiso tomarme la mano. La retiré. No sentía al cura como ser humano.

—Siéntense —dijo el Padre Luis cuando entramos al comedor. Los chicos —unos trescientos— se habían puesto de pie al verle entrar.

De una de las mesas salió una risilla aullante. Me sonó como ladrido de hiena. Luego se produjo un silencio absoluto. El sacerdote miró la mesa de donde había provenido y el silencio empezó a herirme más. Aquella mesa y las restantes clavaron sus ojos en mí. Pasé fugazmente la mirada y en todas veía diminutas pupilas como hechas de agujas. Varios pequeñuelos hacían esfuerzo para contener la risa. Bajé los ojos y creo que también reí. Vi los zapatos del cura: me parecieron negros cañones de barco pirata. Largos, de nunca acabar. El cura que los estaba vigilando cuando entramos agitó una campanilla, y, parándose de su asiento, un chico avanzó hacia el centro del comedor con un libro en la mano. Subió a un piso y empezó a leer:

"Capítulo Cuarto".

"El Beato en el Oratorio... "

"...—Padre: anoche tuve un sueño espantoso— dijo el Beato—. Soñé que un niño se confesaba conmigo y que de su boca empezaban a salir sapos y culebras..."

"...Culebras... Culebras... Culebras..." La palabra me perforó el cerebro. Mi mente se diluyó, perdió contacto con lo que me rodeaba, en tanto que una ola de emociones turbulentas me aplastaba e inundaba de imágenes eróticas. Entraban la monja del orfelinato, los golpes de mi madre, la estatua de bronce, las escenas en casa de tía Melania, mi primera llegada al río, aquellos chicos masturbándose sobre mis nalgas, todo lo que fue hiriendo y rasguñando mi subconsciente, las emociones contradictorias de mi pasado que estaban atajadas como por una compuerta y que sólo esperaban algo —un hecho, una palabra— para que esa compuerta se alzara y el torrente de locura me invadiera... Como si despertase de un extraño sopor me di cuenta de pronto que ya no estaba en el comedor, sino en medio de

aquel segundo patio por el cual recién había pasado con el Padre Luis: "**¡Culebras!**" La palabra seguía hurgándose por allá adentro. Veía que cientos de culebrillas me empezaban a rodear a pesar de saber que estaba solo. Unas reían, me miraban fijo las otras. La más larga estaba parada sobre un piso, ahí, en el medio del patio. Lefía algo en un libro monstruosamente grande. El sol se me antojaba el ojo amarillo y gelatinoso de un reptil antediluviano envuelto en llamaradas; lo vi perdiéndose entre las nubes. Sentía pavor. Quería estar acompañado. Me sentí esqueleto, simple esqueleto. Una figura gigantesca empezó a acercárseme. Bajé la mirada: en el suelo dos cañones de barco pirata venían avanzando y tendrían que aplastarme. Levanté la vista y quedé hundido en la noche remendada y negra de una sotana.

Como un martillo, una mano con libro negro golpeaba sobre la otra con la palma extendida. El cura había salido en mi siga y se me acercaba golpeando su Biblia: "tac-tac-tac". Había una sincronización diabólica entre los golpes de la Biblia y el taconear de aquellos zapatos gigantescos. El Padre Luis avanzaba y yo caminaba hacia atrás sin poder mirar otra cosa que esa Biblia cayendo acompasadamente sobre su mano extendida. No me atreví a mirar su rostro; horrorizado sentía que se había desprendido del cuerpo y hasta imaginé que no se acercaba un ser humano sino un pino, un fantástico pino rectangular y carnoso, semi pétreo, sin boca, ni ojos ni nariz.

Continuamos, él avanzando y yo retrocediendo. Grité hacia adentro. El aullido me bajó hasta los intestinos. Sorprendido descubrí que el grito no había interrumpido el silencio que reinaba en el patio. Estaba hundido en un mundo astral, de pesadilla, y quería salir huyendo en busca de una luz, de cualquier luz. Aquella sotana relampagueaba por sus

lustrosidades y esos ojillos penetrantes me aprisionaban como si hubiesen sido largas y viscosas cintas de algas marinas. Llegó un momento en que ya no pude retroceder más. Topé la pared con mis espaldas. Los golpes de esa Biblia seguían acercándose: "tac-tac-tac". Me afirmé con las manos poniéndolas atrás, en contacto con el muro helado. Cerré los ojos y me vi como un liliputiense acosado por una enorme grúa mecánica. Desde una lejanía enmarañada y submarina me llegó un acento suave, cálido. Una voz surgida de un abismo. "¿Por qué huyes? ¿Qué temes? ¿Quieres sacarte ese trajecito?". Pero en el centro del patio una vocecilla puntuda y ratonil repetía monótonamente: "De su boca iban saliendo sapos y **culebras, culebras, culebras**".

Hice el gesto de arrancar, pero no pude. Una tenaza de acero prendió dolorosamente mi muñeca:

—Ven. No temas. Soy tu amigo.

Quiero irme.

Insistentemente el Padre Luis seguía preguntándome qué temía. No recuerdo cómo llegué a narrarle cosas de mi vida. Me escuchaba en silencio, con un gesto de compasión en el rostro. Poco a poco esa figura fue haciéndose humana, suave, dulce, amigable. Guardó su Biblia en uno de los anchos bolsillos de su sotana y me acarició la cabeza. El contacto de su mano con mi pelo me hizo mucho bien. Cuando concluí el relato sonreí levemente:

—Así me gusta: ríe. Los niños no deben llorar. Vamos al dormitorio. ¿Tienes tu uniforme en el baúl? ¿Sí? Te lo pondrás.

De la mano me condujo al dormitorio. Me ayudó a vestir el trajecito azul y las medias largas y negras que el colegio exigía a los alumnos. Mamá no había querido traerme vestido de tal manera por considerarlo poco "chic". Mientras me desvestía, el Padre Luis se sentó en una cama contigua a

la que se me había asignado. Me miraba con dulzura. Bajamos al patio. Los chicos estaban en el recreo:

—¿Vamos al comedor?

—No tengo apetito, padre.

Varios chicos pasaron corriendo junto a nosotros.

El cura llamó a uno:

—Eh, tú, Juanito. Este es Alfredo Gómez. Un nuevo compañero. Déjalo que juegue con tu grupo. Será tu compañero...

Con Juan Stone nos hicimos amigos desde ese momento. Fue mi primer día de colegio.

EL BOQUERÓN

—¿Y si nos pillan?

—Nos venimos antes que acabe el recreo.

—No. Yo no voy. Si quieres, anda tú pa la calle.

—No seas tonto, Juanito. Parecís marica.

—Es que si nos pilla el Padre Luis nos dará una tanda de reglazos.

—Si tú no vas, voy yo.

—Apúrate. Vuelve ligerito. Antes que acabe el recreo.

—Chao.

—Chao, tráete unos dulces.

Salí por el boquerón y llegué a la calle. En la esquina me devolví corriendo al colegio, temeroso. Pero me gustó salir.

Después, cada dos o tres días, hacía mis incursiones por la ciudad. Elegía los recreos que nos daban después del almuerzo, por ser los más largos. Los otros chicos lo sabían, pero no me delataban por miedo a Stone, el guapo de mi curso, del que yo era amigo.

La Dirección del colegio había dispuesto la construcción de una nueva ala del templo y ella daba justamente a nuestro patio. Cuando estábamos en recreo podíamos ver a los obreros que, tendidos entre los sacos de cemento vacío,

reposaban su almuerzo. Entre esa nueva construcción y nuestro patio había una comunicación por la que podía pasar una persona. Cruzando ese boquerón se llegaba a la construcción misma y de allí se pasaba a la calle fácilmente. Lo descubrimos un día al buscar una pelota que un chico había lanzado fuera del patio. Al regresar, todos teníamos en mente el mismo pensamiento: por ahí se podía salir a la calle. Esa noche llamé a Stone, que dormía en la cama vecina a la mía:

—Stone ...

—¿Qué querís? Deja dormir.

—Ese boquerón...

—¿Cuál?

—El que encontramos cuando fuimos por la pelota.

—Hummm... No friegues.

—¿Salgamos mañana?

—¿Adónde?

—A la calle.

—¿Y pa' qué?

—Veríamos la calle.

—Yo la veo cuando voy a mi casa.

—Yo no. Me quedo acá. No salgo. O si salgo me voy a cualquier parte menos a la casa.

—¿A mí qué? Culpa tuya. Anda a tu casa.

—No me gusta, me revienta.

—Eres enredao. ¿Cómo te gusta la calle y no sales?

—Esta calle es otra cosa.

—¡Quién te entiende a vos! Táí hablando puras tonterías.

Chao. Tengo sueño.

Hasta muy avanzada la noche pensé en lo hermoso que sería salir otra vez del colegio. Con más decisión, eso sí. Vagar por las calles, ir por las plazas, observar a los chicos, jugar con los perros vagabundos, tocar timbres en las puertas

y arrancar, montarse en la parte posterior de los coches tirados por caballos, ir al río y volver a contar mis hazañas a los chicos de mi curso. Pensé que equivaldría al placer que ellos sentían cuando periódicamente salían a sus casas. Yo nunca iba. Prefería quedarme en el colegio o enfilaba hacia el río. No bajaba, naturalmente. Desde el puente me quedaba mirando los juegos de los pelusas, sus abrazos, sus risas. Un día que fui a casa, mamá estaba atendiendo a un militar con quien tenía líos. Yo estuve todo el día en la cocina.

Cada vez iba decidiéndome más. Seguía saliendo en las horas de recreo. Me distanciaba más y más y en algunas ocasiones me veía en apuros para regresar antes que empezaran las clases. Un día vino a visitarme mi padre. Me buscaron por todo el colegio. Los chicos estaban jugando, era mediodía, yo había salido. Cuando regresé me llamaron a la Dirección:

—¿Dónde andaba usted? Lo hemos buscado por todo el colegio y no apareció. Su padre vino a visitarlo. Le trajo esta pelota y estos dulces. ¿Dónde estaba metido?

Fue tan sorpresivo que no hallaba qué decir. De repente se me ocurrió una idea:

—Estaba en la Capilla, señor Director.

—¿En la Capilla? ¿Qué hacía ahí?

—Rezaba.

El buen viejo se me acercó emocionado y me puso la mano sobre la cabeza. Se enderezó para mirarme bien. Agaché la mirada como convenía al momento. Estaba en un perfecto trance de misticismo. El sacerdote se acercó nuevamente.

—Niño, ¿quién es tu confesor?

—El Padre Francisco, señor.

Se puso a pasear por la Dirección con los brazos cruzados

a la espalda. Meditaba en voz alta: "¡Extraordinario!..." Hay que tratar este asunto. Hablaremos con el Padre Francisco. Así empezaron a manifestarse las vocaciones de algunos santos. ¡Extraordinario!... Me miró luego de haberse detenido frente a mí. Desde los gruesos y telescópicos cristales de sus lentes surgía un respeto místico por el malandrín que tenía ante sí. Nuevamente adopté postura angelical. Al verme tan celestino y cuitado me dijo, alzándome la frente con su mano regordeta y húmeda:

—Hijo, ¿sabes ayudar a misa?

—No, Padre.

—¿Te gustaría aprender?

—"Maldita sea. En el lío que me metí. Esto me pasa por mentiroso y comediante." —Sí, Padre.

—Yo mismo te enseñaré. Desde mañana, en vez de ir a la Capilla, vienes a mi oficina a la hora del recreo. Vete, hijo, al salón de estudios.

Hube de aprender a ayudar a decir misa. En ninguna medida me gustaba vestir hábitos que me daban risa en los demás. Pero como de alguna manera la mentira jamás resulta ciento por ciento perjudicial, si no pude salir por el boquerón, al menos podía comprar dulces y bolitas de cristal con la moneda de a peso que el señor Director me daba cada vez que ayudaba su misa. Y esto de mentir resulta a veces bastante agradable: hubo un momento en que me convencí de mi supuesta santidad y hasta llegué a mirar con buenos ojos la sugerencia constante que me hacían los frailes para que ingresara al Seminario. Agrego a esto que me causaba especial placer oír al señor Director en su charla nocturna al alumnado:

—Apréndanle a Gómez Morel. Mientras ustedes están jugando en el patio, él se va a la capilla y reza.

—¡Farsante! —me decía en voz baja mi buen amigo

Stone que tenía su pupitre tras el mío.

—Eres un perfecto hipócrita —me decía el Padre Francisco en su confesionario—. ¿Hasta cuándo seguirás saliendo a vagar? Creo que deberás buscarte otro confesor. Porque no puedo decir nada, debido al sigilo de la confesión, me tienes maniatado. Eres el más rufián de los rufianes. Llegará el día en que todo esto concluirá.

Yo sabía que con o sin sigilo de confesión, el Padre Francisco jamás diría o haría algo para que la situación concluyese.

Nos unía cierto secreto.

EL PADRE FRANCISCO

He oído bocas hediondas, pero ninguna como ésa. Cuando me besaba, me daban náuseas. No huía porque era de noche. Los chicos al despertar se habrían burlado de mí y temía que me pegara o denunciara mis salidas clandestinas.

El Padre Francisco tenía un fuerte ascendiente sobre los curas del colegio. Los dominaba con la apostura y mirada: alto, rubio, colorado, ojos azules, cabeza prusiana. Al caminar, su sotana flameaba como bandera de barco corsario. Las usaba muy anchas. Ceñía su cabeza con un negro birrete de tres puntas, coronado por un borlón de hilillos de seda negra. Sólo se lo sacaba cuando estaba ante el altar oficiando misa. Hasta comía con él puesto.

Daba clases de canto, dibujo y cartonaje. De todo él emanaba un efluvio especial y fortísimo. Imponía respeto y miedo, tanto, que cuando hablaba, ni el mismo Padre Director se atrevía a interrumpirlo.

Sólo el Padre Luis le hacía frente y contrapeso

Pero, de los dos, el más fuerte era él. Procedía de una familia alemana y había participado en la Primera Guerra Mundial. Solía relatar experiencias bélicas tan a lo vivo, que eso, creo yo, influía en el temor y respeto que todos le

teníamos. En los consejos de profesores su opinión condenaba o salvaba. Para las reparticiones anuales de premios, los familiares de los alumnos se dirigían a él cuando querían quejarse de algo, o agradecerlo. Al Director lo ignoraban. En las noches, cuando entraba al salón de estudios, todos observábamos un silencio impresionante. Uno podía oír el latido del corazón del vecino. En vísperas de exámenes los jefes de curso nos hacían estudiar a la hora del recreo. Nadie podía jugar. El Padre Francisco, con sólo pasearse por las galerías laterales, leyendo su Biblia, lograba que ninguno hiciera cosa distinta a la ordenada. Para las fiestas aniversarias del colegio —¡nos hacían representar unos dramones tan insípidos y fofos!— él era quien distribuía entre los niños los papeles de mayor importancia; y en los ensayos, por presencia, imponía disciplina militar. No aceptaba que alguien ignorase su papel. Había que aprenderlo de memoria en el término que él señalaba como plazo fatal.

Como también era el enfermero del colegio, hasta los enfermos debían sometersele. Por eso no opuse la menor resistencia cuando se acercó a mi cama y ordenó: "Levántate". Estaba semidormido. Traté de ponerme los pantalones. No me dejó. No me extrañó que me hiciera levantar en camisa de dormir. Pensé: "Será para curarme". Ese día, jugando en el patio, había caído de rodillas sobre unos cascajos y varios se me incrustaron en las carnes, infectándolas. El no quiso curarme. "A la noche", me había dicho.

Así fue, limpió las heridas y me vendó. Me ordenó que me recostara sobre la cama: "Debes descansar un poco antes de volver a caminar", explicó. Sin darme cuenta, me quedé dormido.

Ahí estaba frente a mí. Despacio me subía la camisa de

dormir, mientras ardorosamente besaba mi cuerpo. Llegó a mi boca; sentí asco, repugnancia y miedo. Cuando entendí de qué se trataba, pensé: "Mañana tendré que confesarme". Pero era él mi confesor. Me sentía confuso. Se había sacado la sotana, estaba en camisa y calzoncillos, pero con el birrete en la cabeza. Quise reírme porque el espectáculo resultaba cómico: ese cura, al que tanto respetábamos y temíamos, con ese birrete negro que le daba el aspecto de una lechuza, su rostro congestionado por el deseo y más colorado que nunca, los ojos en blanco pero surcados por leves destellos azulinos, esa camiseta colorada, la pretina de sus calzoncillos tan ancha y burda, aquellas piernas encucilladas que resultaban más delgadas por estar como envasadas por los calzoncillos, esa cosa tan poco frailuna y tan de potro, punzándome las piernas, aquel acento de súplica que se veía entre sus cejas, este "heroico soldado" que de pronto se me derrumbaba, las vertiginosas asociaciones que hice con papá Mono, la sensación física y evidente que tuve en ese instante de ser **yo mi madre**, y el hilillo de baba que colgaba de su boca fétida, me hicieron reír nerviosamente.

Me miró. Sonrió. Ladeaba la cabeza porque se sentía en conflicto al encontrarse con mis ojos. Se acercó más, pero lento, como he visto que a veces alguien se acerca a examinar, en la Morgue, el cadáver de quien puede ser su pariente; y al fin se decidió, triunfal. Me besó una y otra vez mientras se movía para refregar su miembro entre mis piernas. Vino la eyaculación: se le cayó el birrete. A pesar del espanto, no pude contener la risa. Ahí estaba al desnudo su calva lustrosa, brillante y sudorosa. Con la satisfacción sexual no pudo contener una mueca: peló los dientes amarillos como suelen hacerlo los perros cuando son amenazados. Eran tan enormes y amarillos como acaso serían los que Caperucita vio en las fauces de su Lobo. Me sentí

como ante una serpiente descuerada que en vez de lengua tuviese dientes gigantescos.

Noche a noche se repitió la cosa. Al poco tiempo descubrí que el asunto no me disgustaba mucho. Sólo sus besos me seguían fastidiando y repugnando. A veces, cerrando los ojos, imaginaba que no era él, ni un hombre...

Gané bastante con todo eso. Me nombraron Decurión, oficio muy ambicionado por los chicos: cabecera de mesa, comía primero, puntero en la fila, los mejores papeles en las representaciones teatrales, las preguntas más fáciles en los exámenes, solista en las clases de canto y podía romper todo el papel y cartón que quisiera en las de dibujo y cartonaje. Por mi cuenta tomé otras concesiones: en los comedores, robaba cubiertos, los vendía, y lanzaba el dinero a los pelusas del río. Ellos, en cambio, me invitaban a bajar. No lo hacía. Me quedaba en el puente. Temía que se repitiese lo que ocurrió en mi primera incursión. Hurtaba lápices a mis condiscípulos, compases, libros, sus dulces, frutas y sandwiches. Cuando quería, ayudaba a la misa de él, no comulgaba, pero recibía mi ración de rosquillas y chocolate; cuando íbamos de paseo escolar, no formaba en la fila de los alumnos, marchaba junto a él, marginado, y me compraba helados cada vez que se lo pedía. Inventaba imaginarias necesidades y él me daba dinero; podía salir por el boquerón cuantas veces quisiera, siempre que regresara antes de concluir el recreo; y —lo mejor— **alguien** le sacó de la cabeza al Padre Director su intención de convertirme en Santo. Pequeños anexos: figuré —a veces sin merecerlo— en los cuadros de honor, jamás bajé de seis en la nota de conducta y en las reparticiones anuales de premios obtuve las más valiosas medallas.

Para ir a cualquier parte teníamos que formar en fila de a

uno: al comedor, al estudio, a clases, a los dormitorios, etc. Estaba terminantemente prohibido hablar en ella. Quien infringiera la regla, era anotado en una libreta. Durante el recreo más largo —el de la tarde— el anotado debía permanecer parado, cara a una pared en la terraza. Confeccionaba las listas, en su mayoría, el Padre Luis, el único que no se sometía al Padre Francisco. Me creía a salvo de tales castigos porque era Decurión y por la buena protección de que gozaba.

Una tarde, al leer las listas, tras un breve e intencionado silencio, el Padre Luis dijo:

—¡Alfredo Gómez !

Creyendo que deseaba encomendarme alguna misión propia a mi condición de Decurión, salí corriendo de la fila:

—Diga, Padre.

—¿Qué te voy a decir? Estás en la lista de castigados. Te sorprendí hablando en la fila. No debieras hacerlo. Olvidas que eres Decurión. ¡A la terraza!

Me abochorné. Mis compañeros —excepto Stone— se complacieron de mi chasco. Yo era insolente con ellos, mandón, golpeaba a los más chicos y no obedecía las órdenes de los seminaristas que nos supervigilaban en el estudio; me sabía respaldado y sacaba partido de la situación. No tuve más alternativa que colocarme en la fila de los castigados. Sentí el peso de las miradas de los chicos. No me dio vergüenza, propiamente, sino ira. No entendía la actitud del Padre Luis; me creía intocable. Cuando marchábamos hacia la terraza, el Padre Francisco me vio y corrió a la fila. Su sotana flameó como pocas veces. Llegó cerca del Padre Luis:

—¿Gómez va castigado?

—Sí.

—¿Por qué?

—Lo sorprendí hablando en la fila. No debió hacerlo... "Niños, sigan caminando. Ya voy..."

Ambos quedaron atrás. Desde ese día no volverían a saludarse, hasta mucho después. Seguí marchando. Arriba, el Padre Luis me hizo colocar a su lado: durante dos horas sentí sus ojos clavados en mi nuca. Y el asunto siguió igual todas las tardes. Sé que no hablaba en la fila. Dejé de ser Decurión.

Cuando en las noches el "otro" iba por mí, me llenaba de ira tener que acompañarlo. Lo calificaba de cobarde. Creo que sentí lo que puede sentir una mujer ultrajada impunemente por el amigo de su esposo. Una noche dije al Padre Francisco:

—No vendré más acá.

—Ten paciencia. Arreglaré eso.

Pero eso no se arregló: empeoró. Un jueves —día en que los alumnos salían de paseo colectivo— dijo el Padre Luis:

—Esta tarde no vas a paseo.

Corrí a comunicarlo al Padre Francisco. Lo encontré en los baños:

—No seas tonto. El Padre Luis te llevará con Conchita. Irán al Cerro San Cristóbal. Ya está todo arreglado. No te castigará más.

Fuimos al Cerro los tres. Subimos a la cumbre en el funicular, comimos dulces, el Padre Luis nos hizo rezar varias **Avemarias** frente a la monumental efigie de la Virgen. Con Conchita estábamos felices, y yo más, porque creí que eso se había arreglado: "Seré Decurión otra vez. Ya verán cómo los andaré trayendo a esos cabros".

Al descender en el carro del funicular, el Padre Luis me besó. Conchita lo vio y se hizo el desentendido. Pensé: "Este, al menos, no tiene la boca tan hedionda".

Decidí contárselo todo a Stone, pero tenía sueño y no

quiso escucharme. Sentí pena. Traté de dormir. Pensé que debía irme. Ansiaba que llegara el día.

Como a la hora de estar acostado llegó el Padre Francisco:

—Levántate.

—No voy.

—Ven, te digo.

—Si no se va, lo acuso.

Me hizo caer en la cuenta que nadie me creería. La idea me desconsoló. Me levanté y fuimos a su pieza. Mientras se dio vuelta para tomar algo del velador, del bolsillo de la sotana le saqué el portamonedas; y cuando estaba subiéndose a la cama salté de ella, arranqué semidesnudo hacia la mía. No me persiguió.

Me levanté muy de mañana con el propósito de irme a cualquier parte. Los niños aún dormían. Cuando salí por el boquerón, ya casi en la calle, miré hacia atrás. La campana del colegio estaba ordenando "levantarse". Pronto se formaría la fila para que los chicos viniesen al templo. La torre lanzaba los campanazos que anunciaban la primera misa. Ya empezaba mi evasión cuando algo —no sé qué— me obligó a devolverme. Fui a la capilla. Estaba sola. Al entrar los chicos, yo estaba arrodillado en el reclinatorio colectivo de mi curso. No rezaba: estupefacto miraba la figura de un Cristo crucificado que se erguía a un costado del altar mayor. No podía explicarme esos clavos, ni aquellas heridas y los brazos abiertos e implorantes.

Ellos dos entraron encabezando la fila; discutían acaloradamente. Después de varios meses habían vuelto a hablarse. Cuando el Padre Francisco me vio, lanzó un suspiro de alivio, se me acercó y el Padre Luis, sonriendo, lo empujó hacia mí. Sin sacarse el birrete y con acento tierno me dijo:

—Me robaste el portamonedas.

Lo miré desafiante, con odio, sentí el deseo de pararme

para lanzármele encima y pegarle, pero me dominó su estatura: "¡Acúseme!"

Fue en ese momento en que yo me supe capaz de hacer muchas cosas. A mediodía volví al boquerón con la intención de salir un rato.

Vagué, vagué, vagué...

Me sentí como me sintiera tiempo atrás cuando con mi chaquetita bajo el brazo salí de casa de mi madre, llevando en mi alma un antifaz color escarlata...

EL RÍO

Era un perro pequeño. ¿Qué traía en su hociquito? ¿Un trozo de palo? ¿Un zapato viejo? Salí a su encuentro. Se me acercó a trotecito corto, como comprendiendo mi curiosidad.

Era un muñeco de trapo.

Se sentó en sus patas traseras, dejó el muñeco en el suelo y me miró: "Tómalo, es tuyo". Acaricié sus lanas sucias, grises. Con deleite entornaba los ojitos y uno de ellos —como en compota— me miraba inquisitiva, pero afablemente. Sacó su lengua roja, produciéndome la impresión que reía. Me lamió la mano, recogí el muñeco y empezó a brincar tratando de arrebatármelo.

Corrimos juntos varias cuerdas, saltamos pequeños charcos, tocamos timbres para después huir de las cocineras que salían a abrir, lanzamos piedras contra los troncos de los viejos acacios.

Corre que corre, juega que juega, fuimos a dar a una plazoleta. Me senté en un banco y él saltó ágilmente a mi lado. Destripamos el muñeco, para ver lo que contenía en su interior.

Varios campanazos salieron de la torre de una iglesia, a un costado de la plazoleta. Miré el reloj: las tres de la tarde.

El recreo concluía a las dos. Los chicos ya deberían estar saliendo de la primera clase vespertina: era imposible regresar.

El perro me miraba con tristeza y de vez en cuando se rascaba. Tiraba uno que otro tarascón a las moscas inoportunas que se le prendían del rabo.

Creo que me sabía en apuros. Siempre sobre el banco, se sentó sobre sus patitas traseras, y me clavó sus ojillos picaruelos y vagabundos. Lo acaricié y demostró que le gustaba. Decidí irme a alguna parte, pero no al colegio. Me paré. En el camino veríamos...

Mientras cruzaba calles, pensaba cosas. Había algo importante: no regresar al colegio. Me molestaba vivir en esa forma: el tener que pasármelo rezando, no sentir deseos de ir a casa cuando los chicos salían a las suyas, la proximidad de unos ejercicios espirituales que obligaban a varios días de oraciones y lecturas especiales, la carencia de una libertad que en el río... "**...que en el río...**" "¿En el río?"... ¿Cómo no lo había decidido antes?

Sigamos caminando: ¡al río!

Quise comunicarle la nueva decisión a mi amiguito. No estaba. Se había quedado rezagado en alguna parte. Pensé que no era todo lo fiel y constante que había imaginado. Por seguirlo y jugar con él, se me había pasado la hora de regresar.

De no haberme encontrado con ese perro, acaso mi vida hubiese tomado otro curso.

Al verme solo sentí melancolía. Continué caminando. Estaba un poco perdido, desubicado. Demoré en encontrar las calles que otras veces había seguido para llegar al Mapocho. Mientras avanzaba, dramatizaba el momento que vivía: sentía íntima satisfacción al imaginar lo que pensarían

esa noche los padres Luis y Francisco. Los vi dándose trompadas por mi culpa. "Esto les pasa por desgraciados. ¿Qué dirán al señor director cuando les pregunte por mí?" A estas alturas, mis reflexiones empezaron a girar en torno del padre superior y sus cófrades. Sentí pena por todos ellos. Descubrí que los amaba, y convine que siempre habían sido buenos y afables conmigo: "De no haber sido por estos dos degenerados".

Cuando divisé el río sentí una clara impresión de libertad. Me puse a mirar hacia abajo, afirmado en una de las barandillas del puente. Varios "pelusas" jugaban al caballito de bronce". Uno de ellos alzó la mirada y me reconoció:

—Ahí está el caurito que nos tira plata. Baja, caurito.

Bajé. Quería ubicar a los muchachos que conociera la vez anterior.

—¡Ta güena! Buscai a tres cauros y no sabís cómo se llaman. ¿Pá'qué los querís?

Les relaté lo que me sucedía y les dije de dónde venía. Me escucharon en silencio. Quedé con la sensación de que no me habían creído. Sin embargo, el que hacía de jefe me dijo:

—Güeno: si no tenís ónde olmil, te queái con nootros.

—¿No me molestarán?

—¿Molestalte? ¿Qué querís'isil con eso?

Les conté lo de mi bajada de tiempo atrás. Se rieron.

—Cauro: hace re halto tiempo que 'stái viniendo pa'acá y nos tirái guita. No te poímos hasel na.

—Claro —coreó otro—. Aquí poís estal tranquilo. Na te va pasal. Espués traajái con nootros.

—¿En qué trabajaría?

—Ya lo sabrís —respondió el líder, cauteloso.

En el resto de la tarde los chicos se bañaron, corrieron por las losas del río, mendigaron monedas a los que

transitaban por el puente, despulgaron a sus perros, se despiojaron mutuamente, algunos lavaron sus zurcidas camisitas y al llegar la noche, junto al calor de un quinqué, formaron rueda, sentados en el suelo. Eran los comienzos de la primavera. Bebimos el café que preparó un pelusa, comimos pan, queso, mortadela y mermelada. Me extrañó que pudiesen comer tanto y tan bien. El jefe entendió lo que estaba pensando y explicó:

—Esto no es de toos los días, caurito. No te creái. Hoy nos jue re contra bien, pero hay veces que no ganamos ni pa' la sal.

Mientras avanzaba la noche —sentados siempre en rueda— hablaron sobre cosas que yo no entendía y en un lenguaje que me resultaba sumamente enredado. Me pareció que lo hacían intencionalmente porque a veces me miraban de reojo y recalcaban sus extraños giros. Tenían la seguridad de que el asunto me intrigaría cada vez más, como en verdad fue. Pero nada pregunté por temor al ridículo y porque quería asimilarme a sus modos de ser y vivir. Al filo de la medianoche nos dirigimos a las casuchas. Unas estaban situadas a la vera del tajamar; otras, en medio de pequeñas bifurcaciones del río, y las menos, bajo los puentes cercanos a la estación ferroviaria. Cuando habíamos caminado un poco, el grupo se dividió y el que me había invitado a bajar preguntó:

—¿Quién lleará al caurito?

Se miraron. Uno respondió:

—Que elija él mismo.

—¿Oíste? —preguntó el líder—, ¿con ellos o con nootros?

—Con ustedes —les contesté.

—¡Güena! Li'achontaste. Vai a olmil en la mejol casa.

Los seguí. El otro grupo siguió en dirección al puente y nosotros entramos en una casucha de lata y cartón, situada

en el medio de una de las bifurcaciones naturales. Para vadear, hube de sacarme los zapatos. Entramos: jergones sucios, tarros vacíos, hedor.

Dormí hasta el otro día. Las pulgas, chinches y piojos no me hicieron mella. El día había tenido muchas emociones.

—¡A traajal —ordenó el líder.

Los chicos, semidormidos aún, empezaron a estirarse. Discutieron sobre quién prepararía el café. El líder decidió: "Vos, Empaná". El que recibiera la orden se levantó inmediatamente, aunque un poquitín refunfuñón: "¡Quéstái isiendo, guanaco! Te'ije que vos se acaó el asunto", reafirmó el líder. Los otros chicos observaron un respetuoso silencio. Hice ademán de levantarme.

—¿El cauro también va a il con nootros? —preguntó uno con cara de ratón.

—No. Se quea acá. Que espere que bajemos con la **carga** (*). Si los pacos bajan, te encaletái en cualquier palte, ¿oíeste?

Asentí a la orden del jefe.

Como en la noche los pelusas no se habían desvestido, sólo tuvieron que levantarse. Corrieron al río y se lavaron la cara y puente arriba se internaron en la ciudad.

Regresaron bastante tarde. Al almuerzo no tuve problemas porque restaron trozos de queso y pan. El jefe ordenó:

—Priende juego, cauro. Hacís **pato** (**). Nos jue re mal. Traían varias huascas usadas y unas botellas llenas de

(*) Producto de un robo.

(**) Café.

aceite. Prendí el fogoncillo que estaba a un costado de la casucha y coloqué un tarro lleno de agua. Cuando hirvió, el mayor trajo del interior un paquete con café y lanzó varios puñados dentro del tarro. Ordenó a otro:

—Vos: hásete los sánguches.

—¿Por qué no los hace el cauro?

—Te'ije que lo hisiérai vos. ¿Creís que llegaste con valet, acá? Aquí, naide es mozo de naide.

Rápidamente el rebelde se puso a cumplir la orden. Tomamos café y todo sucedió como en el día anterior. La cosa me estaba resultando monótona, cuando estaban en silencio pregunté:

—¿Por qué no puedo ir a trabajar con ustedes?

—¿Y a asel qué? ¿Te creís que esto es juego pa'guaguas?

—Podemos probar.

—No, caurito. Yo sabré cuándo tenís que ir. Por algo lleo ri'alto tiempo en el río. Sabimos cuándo un cauro puee chorial y cuándo no. Estái muy tielnecito toavía. Ya te tocará. Güeno: ahora contemos cuentos.

Y otra vez empezaron a hablar en su jeringonza indescifrable. Cerca de la medianoche llegaron aquellos muchachos que la noche anterior habían ido a dormir en la casucha bajo el puente:

—Vimos al "Pera". Recién estaa hablando con un comisionado —dijo uno.

—Ya dee estal **sapiando** este condenao —comentó nuestro jefe.

—¿Y pá'qué lo ejan entral aquí?

—Si no lo ejamós. Se nos pega. Y como es baldao de una pielna no poímos hasele na. Y a propósito —preguntó el jefe, como iluminado por una sospecha—, ¿el "**Pera**" estaa aquí ayel cuando llegó este cauro?

—Sí —respondió el cara de ratón.

—Caurito, es mejol que te vai. Nos poís metel en el tremendo cahuín. Puén venil los pacos y nootros pagaríamos el pato.

La razón fue convincente. El mundo del río ya me estaba fascinando con su encanto y por ningún motivo haría algo que pudiese perjudicarlo o ponerlo en peligro, pero me cautivaba como todo lo arriesgado. Sentía que el río era mi verdad, mi vida. No lo entendía bien, pero me atraía como atrae todo lo prohibido y singular. El río, para mí, era un lugar de donde podría salir, pero dejando siempre las puertas abiertas. Diría que aún sigue siendo igual. Con humildad en el gesto respondí:

—Me voy, con una condición.

—¿Cuál?

—Que **eso** se acabe.

—No hables tan fuerte. Ya lo discutiremos. Ven.

Los muchachos me miraban. Todos, menos el jefe, agachaban la cabeza; creo que sentían pena por lo que estaba ocurriendo, pero tenían prisa porque concluyese la situación. Como grupo, se sintieron en peligro. Yo no era del grupo, aún. ¿Por qué dar cabida al sentimentalismo si podían perjudicarse? El jefe lo vio así:

—Güeno: aquí no se pueen queal. Los ven los pacos y ahisito no más bajan pa'bajo pa'vel de qué se trata. Sería re malo pa' nootros.

El Padre Francisco extendió su mano para tomar la mía. Se la rechacé. Diciéndole adiós a mis amigos me largué solo puente arriba, seguido por el fraile.

Llegamos al colegio. Me sorprendió que el asunto no tuviera la trascendencia que yo le atribuía y esperaba. El padre superior ni siquiera me llamó para reprenderme. Sospecho, aún, que el bueno del director siempre ignoró estas cosas.

Desde ese momento, con el Padre Francisco nos dimos a la tarea de explotarnos recíprocamente y en forma descarada. Yo más que él. No me infundía respeto ni le temía. Calculaba, lo hacía hervir de impaciencia para sacarle más dinero. Me le enfrentaba como si hubiese estado frente a un delincuente; le exigía dinero, advirtiéndole que, de no dármelo, contaría a todos quién era y qué hacíamos. Y al "otro" —cuando quiso sacarme de paseo—, y como no abriera la bolsa: ¡"Viejo maricón! Si seguís con ésas te voy a acusar al director". El rostro rectangular se retiraba vencido, atónito y lleno de ira. Terminaron los castigos. Sé que el Padre Francisco gozaba al verme independiente del "otro", y éste, con la mirada lo culpaba de mi rebeldía. Dialogaban mirándose, sin hablar. La pasión del heroico cura soldado seguía en aumento. Astutamente yo lanzaba más gasolina a la hoguera, resistiéndome cada día más. Continué con mis salidas por el boquerón. Los frailes sólo se constreñían a suplicarme que regresara antes del fin de recreo. Lo importante para ellos era que volviese. Llegaron a coordinar las cosas para permitir que me pudiera largar al río en vez de ir los jueves al paseo estudiantil colectivo. Ponían una sola condición: que regresara antes de las seis de la tarde, hora en que los chicos volvían del parque.

Con más descaro que antes seguí hurtando cosas. Empecé a romper los baúles de mis compañeros de dormitorio y cuando denunciaban los robos, **ellos** se encargaban de acallarlos con promesas, dádivas o retribuyéndoles parte o todo lo perdido. Creo que se sabían en una encrucijada, porque desde mi regreso yo era otro muchacho: audaz, díscolo, cínico y atrevido. Sabía que una cosa me podía asegurar la permanencia en el colegio: que ellos siguieran en sus viciosos afanes. Por añadidura les sacaba dinero y era casi completamente libre.

Se acercaban las fiestas aniversarias del colegio cuando huí por segunda vez.

Logré que me asignaran un papel de importancia en una de las piezas de teatro santurronas que preparaba el Padre Francisco. El establecimiento decidió vender las entradas, dejando su valor a juicio y generosidad de quienes las adquiriesen; pretendían reunir fondos para concluir la nueva ala del templo. Robé a mi cura un talonario completo y en una de mis tantas salidas por el boquerón —casa por casa— fui vendiéndolas, haciéndome pasar por delegado de los alumnos. Me las compraron todas y reuní bastante dinero. Cuando sospeché que la cosa estaba por descubrirse, me largué.

Fui a la casucha que ya conocía. Al principio los pelusas me miraron con desconfianza, pero cuando les mostré el dinero me hicieron pasar. El líder ordenó:

—Manda compral algo p'al mastique.

—Toma —le dije tendiéndole toda la plata.

—Así me gusta: güena. Parecís choro. Pol ahí vai bien, cauro.

Mandó a uno. Pronto regresó con carne, queso, pan y frutas. Trajo hasta licor. Nos pegamos una farra mayúscula. Dormimos tranquilos, respetuosos y contentos. Esa noche, entusiasmados por el alcohol (al hampa la hace hablar el licor solamente), me explicaron algo sobre su lenguaje, métodos y costumbres. Me sentí el chico más importante de la casucha. Me agradó mucho oírles relatar sus robos. Vibré.

Tres días duró el dinero; al cuarto, los pelusas, nuevamente empezaron a mirarme con recelo. Me fastidió. Lo atribuí a la ingratitud. No comprendí que era la defensa del grupo. Estaba bamboleándome entre la ciudad y el río, pero con el íntimo deseo de caer definitivamente en el delito.

Amaba. Me amaban. Eso era todo.

Del sexto día en adelante dejé de ser el centro de las atenciones, y **no era uno de ellos**. Claramente me lo daban a entender, hablando en apartes, saliendo solos, obligándome a que todos los días hiciera el desayuno y lavara los tachos. Pronto tuve la explicación:

—¿Hasta cuándo va a estar este cauro acá —preguntó el cara de ratón.

—No poemas echalo —respondió el jefe.

—Pero si ya se le acaó la plata.

—¿Y qué querís que hagamos con él? ¿Lo cocinamos en un tarro y lo comemos?

—Es que este cauro no es del río, no traaja con nootros, viene a veces pa'acá, ¿y porque trae guita vamos a aguantal que también viva con nootros? No, compaire: ésa no es la ley.

—Mañana me iré —dije con pena y humildad.

No podía entender la actitud de ellos; en medida bastante fuerte aún, seguía pensando y razonando como a veces lo hiciera en la ciudad. Si alguien me ofrecía su amistad y yo la aceptaba no tenía por qué hacerlo a un lado cuando me viniese en gana. Me dieron ganas de llorar porque sentí que me tenían simpatía como yo a ellos, pero comprendí que no podían comportarse en forma distinta a lo señalado por sus leyes. En un comienzo me disgustó que fueran tan rígidos, y me molestó ver que simulasen violar sus normas por dinero; sin embargo, fue una razón para que me incorporase al río en definitiva, justamente aquella decisión, ese temperamento siempre igual que el río mostraba para impedir la entrada de cualquiera y por cualquier motivo.

—Te vai. Es lo mejol que poís hacel —decidió el jefe luego de haber pesado y meditado el discurso del cara de ratón.

No necesité irme.

Estaba encucillado, haciendo fuego para tomar un poco de café antes de partir. Vestía un pantaloncito remendado y sucio porque mi ropa había sido vendida cuando se acabó el dinero de las entradas. Tenía el torso desnudo y andaba descalzo y desgredado.

Al agacharme a soplar la llama, por entre el humo espeso que se forma cuando un fuego empieza a prender, vi una sotana flameando contra el viento. Quedé inmóvil. Haciéndome el desentendido di vuelta la cabeza y me encontré con la punta de unos cañones de barco pirata. Entre esos zapatos y aquella sotana, me sentí atrapado. No me dio temor. Me impresionó. Dejándome caer hacia atrás, quedé sentado en las losas con las manos apoyadas en ellas. Los miré, y creo que reí. Los vi distantes, largos, fantasmales, como de noche se ven los cipreses en los cementerios.

No dijeron una sola palabra. Con la cabeza gacha, debido a mi postura, ambos estaban mirándome.

De los ojos del Padre Francisco caían lágrimas. Creo que mi sonrisa, esbozada al principio, se convirtió en mueca circense. Me produjeron pena y asco. Esos ojos bovinos y azules, cubiertos de culpa y llanto, me resultaban ridículos y aborrecibles. Su calva estaba sin sombrero; seguramente se le había caído cuando agachó la cabeza para mirarme y no le dio importancia o no se dio cuenta. Los tres quedamos inmóviles —un minuto entero— en la misma postura del encuentro. Ambos, después, se miraron profundamente. No a los ojos: cada uno trataba de introducirse en la conciencia del otro, escarbando la juntura de las cejas del contrario. Se diría que pensaban en una misma cosa y que querían expresarla con la espeluznante mudez del crimen mutuo. Cada uno le seguía al otro en silencioso proceso, como tratando de concederse perdones, como queriéndose culpar menos o culpar más, cual si para ambos hubiese llegado el

instante de morir y anduviesen a la búsqueda de alguna excusa que los salvara.

Silenciosamente —al unísono— tendieron sus manos hacia abajo.

Tres seres humanos salimos del río.

Entramos por la puerta falsa y cuando pasamos por aquel patio que debíamos cruzar antes de llegar a los dormitorios, la luna nos iluminó: tres sombras silenciosas y gigantescas se proyectaron contra la pared frontal del edificio. Eran dos enormes pinos y un arbustillo en el medio, lleno de espinas pequeñas pero ya hirientes y destructivas.

Al otro día —en la misa— nos encontramos nuevamente.

Yo estaba arrodillado en el reclinatorio colectivo de mi curso.

Ellos, con la cabeza gacha, las mejillas hundidas entre las manos y genuflexos, frente al altar mayor en sus reclinatorios, meditaban...

Así fueron mis primeros años de colegio. Luego me matricularon en otro, porque, a pesar de las incursiones al río y mi inconstancia en los estudios, en tres años (léase catorce a quince meses) hice los seis cursos preparatorios. El colegio en el que estuve estos tres años, no tenía humanidades; pasé a otro de la misma institución.

—Niños, en el primer día de clases debo deciros que empezáis un nuevo ciclo de estudios. Serán seis largos años. Si los aprovecháis, después ingresaréis a la Universidad. Que Dios os acompañe. La primera clase de hoy corresponde a historia. La historia se divide en varios períodos, a saber prehistó...

Nos hablaba el **padre Gordo**. Desde un comienzo le llamamos así. Su apellido era difícil.

A pocos meses de estar en este nuevo establecimiento, llegó el Padre Francisco. A los siete meses cometí mi primer robo técnico y grande, solo. Con una ganzúa que aprendiera hacer en el río, abrí la oficina del cura gordo y le hurté una máquina fotográfica, junto con gran cantidad de dinero. Gasté la plata con los chicos de mi curso: me gustaba aparentar. Regalé la máquina a un vagabundo: no sabía usarla.

Cuando quise insistir me sorprendieron.

Me expulsaron, pero el Padre Francisco logró que me permitiesen dar exámenes. Pasé a segundo año.

El padre gordo y mi ex amante (ya no me requería, sólo me contemplaba) convinieron en que debían expulsarme con certificado de buena conducta. Me lo dieron.

Dos largos y feos meses pasé en casa. Mamá siguió con sus malos tratos; ahora, eso sí, justificadamente, puesto que me habían expulsado por ladrón. Por esos años ella era la amante de un hombre singularmente bueno y tonto: dulce, manso, hijo de españoles, pequeño, con ojos grandes abiertos como el mar. Ella a veces le daba sus palizas, y los domingos, él me lavaba la ropa. Nos entendíamos. Nos unía un mismo terror.

Con Rafael explotaba un garaje, situado en una calle plagada de burdeles. Mamá declinaba, tenía sus años. En esa calle conocí y amé a la hija de una prostituta retirada: aprendí muchas cosas. Todos los días me emborrachaba con los obreros del garaje. Manejaba y chocaba los automóviles que mandaban a componer o guardar. Los obreros, para evitarme la paliza, arreglaban los daños.

Mi padre exigió que continuara mis estudios. Me internaron en un colegio fiscal y el asunto de la expulsión quedó disimulado con una tarjeta de recomendación para el rector que a mi madre le diera uno de sus ex amantes.

Nueve meses después, cuando estaba a punto de robar el dinero que un compañero tenía en su baúl, me llamaron a la rectoría:

—Usted se ha robado un valioso álbum de sellos.

—No, señor rector.

—Sí. Y pertenece a un compañero de su curso.

—No...

—¿Lo niega? Bien, aquí hay alguien que le conoce muy bien. Por consideración a un amigo de su madre le aceptamos en este colegio, pero usted sigue en las andadas: "¡Mozo! Haga pasar al Padre".

Entró el gordo. Le hallé cara de máquina fotográfica.

Me expulsaron antes de exámenes. Mamá andaba de paseo por el sur de Chile. Estaría dos meses. Con Rafael analizamos la situación:

—¿Robaste ese álbum?

—No.

—¿Y qué harás ahora?

—Irme.

—¿A dónde?

—No sé.

—Tu madre no está. Debes dar exámenes. Con el rector puedo conseguir que te permita hacerlo. Más adelante te convendrá. Puede servirte.

—¿Para qué? Nada me atrae en esta casa. Por ustedes no siento nada. A veces a usted le tengo lástima; a ella, odio permanente. Me gusta ser libre, vivir como yo quiera. ¿Estudiar? ¿Para qué? Veo que mi vida ya está decidida. Con o sin estudios llegaré donde quiero.

—¿Qué quieres?

—Tener dinero, fortuna, vivir, ser libre; amar y que me amen.

—Eso sólo se consigue trabajando, luchando.

—Yo también lucharé, pero a mi manera.

—Por lo menos, rinde estos exámenes. Tienes el año casi hecho, ¿qué ganarías con perderlo?

Di los exámenes y pasé a tercer año. El mismo día en que concluí de rendir la última prueba, con la libreta de notas en la mano, me fui por tercera y última vez al río.

Era la definitiva.

Treinta años después intentaría mi regreso a la ciudad.

¡Tanto que fatiga recordar!

¡Y tanto que lastima!

PANCHÍN

Los chicos de las otras casuchas estaban en el reformatorio: una redada policial los había llevado. No sabiendo dónde ir ni qué hacer, me acerqué a la casucha de Panchín. Tenía más o menos dieciséis años, era un poco mayor que yo: pequeño, de ojos vivos y piernas ágiles. Nos hicimos amigos y me quedé a su lado. No hacía preguntas ni daba golpes. Nada pedía y no me quitaba nada. En el río teníamos nuestro estado. Nos asociamos con un perro: Pelotón. Nunca supimos de dónde vino y cuándo llegó. Ni se lo habríamos preguntado, aunque hubiese podido hablar. Nos quisieron expulsar del río muchas veces, pero regresábamos. Nos llamaban: el perro, las noches, las basuras que traía el Mapocho, sus rocas, nuestros amigos, el amor.

En nuestros dominios abundaban huesos, tarros vacíos, esperanzas y desencantos. El río frecuentemente amanecía de buen humor y traía cosas aprovechables o comerciales. En el peor de los casos nos regalaba trozos de leña que una vez secos servían para nuestras fogatas invernales. Formábamos una sociedad muy singular. Lo compartíamos todo: perro, choza, miseria y risas. De vez en cuando también debíamos compartir las carreras que dábamos para huir de

Mostachín, el paco del puente: bajo, regordete, bizco y colorado. Calmoso al hablar, caminante pausado y circunspecto. Todos los días realizaba su turno, paseándose por el puente de punta a punta. Cuando no lograba vernos bajo el puente se sentía intranquilo y molesto. Bajaba y empezaba a buscarnos matorral por matorral, adoquín por adoquín, y sauce tras sauce hasta que nos encontraba. Se las ingeniaba para queuviésemos oportunidad de huirle. ¡Gozaba tanto persiguiéndonos! Y escapando, ¡nos reíamos tanto! Su paquidérmica y glotona humanidad, los discretos dos quintales que pesaba su uniforme, sus botas majestuosas e imponentes y el correa que lo maniataba eran una gran ventaja para nosotros.

No era precisamente arrancar lo que hacíamos: simplemente nos alejábamos, como quien se hace a un lado para que pasen un elefante o una grúa. Le concedíamos la oportunidad de cumplir su misión de vigilancia, y él hacía como que nos cazaba: las partes guardaban las apariencias. La ciudad gozaba con la "caza". Tomaba tribuna en las barandillas del puente y se divertía viendo huir a la miseria. Algunos querían saber cómo corre el hambre.

Panchín había quedado solo frente a la vida cuando tenía nueve años. Lo abandonó su madre por seguir tras un amante. Lo dejó en la pieza de un hotel, como quien tira un paquete de ropa sucia. No volvió. El niño vagó, primero, por las calles de la ciudad y al atardecer tomó rumbo hacia el lugar que recoge a los desamparados de todas las ciudades del mundo: el río.

Con su cauce inmundo y su rumor de angustia, con su silueta larga como una pena, el río lo recogió y le dio el calor de sus hielos, la blandura de sus rocas y la amable voz de sus silencios.

Allí nos conocimos aquella vez que con mi libreta de

notas en la mano bajé al río para siempre; seguíamos allí porque para los dos el río tenía personalidad de viejo querencioso y gruñón. Daba una extraña clase de amor, ruda, tenaz, áspera, suave y rencorosa.

A los pocos días de haber formado nuestra sociedad, Panchín empezó a enseñarme métodos de **lucha**. Como sucediera con los pelusas de la plaza Chacabuco, también él me halló parecido a un tal Toño, y así siguió diciéndome hasta que nos separamos, años después. Al oírme hablar de algunos muchachos que yo conocía no tuvo recelo en recibirme y enseñarme lo que sabía. Naturalmente que no fue totalmente correcto su proceder porque él debiera haber pedido autorización a sus líderes para recibirme y subirme al rango de compañero, pero como los guardadores de la ley del hampa estaban en el reformatorio y él quería ser también "maestro", desconoció ese principio fluvial de... "Al río no entra cualquiera".

Yo le debía obediencia, primero por mi experiencia y luego en homenaje a su antigüedad: llevaba ya siete años en el río.

Teníamos nuestros "sistemas".

Al llegar el día, por ejemplo, sacábamos lentamente la cabeza por entre los arcos del puente, subíamos a la plataforma, pero sin perder mucho de vista aquel pilar por el cual habíamos subido, que era nuestra única ruta de evasión. Esperábamos que pasara alguna vieja y si llevaba colgada su cartera no teníamos inconveniente en aligerarla de tan molesto peso. Jamás una anciana que iniciara su cruce del puente, con maletín de mano, pudo llegar al otro lado con ese maletín, si Panchín y yo andábamos por los contornos. Cuando era mayor nuestra audacia nos lanzábamos a la ciudad, muy sueltos de cuerpo y a pasos marciales y seguros. Naturalmente que primero nos era in-

dispensable esperar que Mostachín se descuidase. Las veteranas que no nos conocían, decían al vernos pasar, **maternalmente**: "¡Pobres angelitos!"

Ibamos hacia la Vega y empezábamos a **trabajar**: aquella coliflor, este paquete de zanahorias, ese montón de cebollas, todo era bien venido para los angelitos. A veces pescábamos gordo: una gallina, un pato, un bolso lleno de carnes y verduras.

Sucedió en primavera y antes de las Fiestas Patrias. Como buenos chilenos necesitábamos hacer una "obra de arte", mostrar nuestro coraje. Panchín se me había adelantado y de acuerdo con nuestros convenios, estaba esperándolo afirmado en un poste del alumbrado público. Vi venir en mi dirección un maravilloso zapallo: húmedo, exuberante. Me preocupé, porque de las cosas raras que ya había visto en el río, ésta me parecía la más extraordinaria: ¿un zapallo caminando?

Cuando el zapallo estuvo junto a mí, de atrás salió Panchín. La pieza poseía un evidente glamour económico. Lo tasamos a vuelo de pájaro: *mínimum* tres pesos, *máximo* cinco. Lo rematamos donde un *reducidor* en dos pesos con ochenta y cinco centavos. Gran día. Desde entonces, Panchín empezó a hacerme sentir el peso de su autoridad sin ningún recato profesional. Confieso, no obstante, que desde ese momento Panchín me resultó un *ratero* respetable.

Estaba salvado el día. Nuestro presupuesto de gastos había sido cubierto:

Desayuno: 2 panes, 0,10 cts.; queso, 0,40 cts.; té, 0,20 cts.; azúcar, 0,10 cts.

Almuerzo: 2 platos de porotos, 0,80 cts.; 2 té puros, sin pan, 0,40 cts.; carne para Pelotón, 0,40 cts.

Once: té, 0,20 cts.; 2 panes, 0,10 cts.; carbón, 0,20 centavos.

Comida: Pelotón, únicamente, 0,40 cts.

Cine: 2 entradas a 0,10 cts. c/u., 0,20 cts.

Total: \$ 3.50.

Naturalmente que había un pequeño déficit puesto que el zapallo no cubría el ítem diario, pero las cosas tenían arreglo: nos robamos dos huascas y las vendimos a razón de 0,40 cts. cada una. Cuadramos.

Nos dimos la gran fiesta y al atardecer regresamos a nuestro hogar.

La casucha no estaba.

En su lugar había un montón de basuras. Algún carretonero del aseo había dejado ahí su carga sin considerar lo que tapaba. Bajo el montón de desperdicios estaban enterrados los cartones y latas que formaban los muros, el tarro para hacer el té, las cucharas, azúcar, mendrugos y trozos de queso que constituían nuestras reservas para los días malos; también alcanzábamos a divisar las pretinas de nuestros pantalones remendados, nuestras camisitas zurcidas, todo lo que formaba nuestra única fortuna.

De no haber sido por Pelotón habríamos seguido mirando, estupefactos, los restos de nuestro hogar: corrió al montón de basuras y con sus manitas empezó a escarbar furiosamente. Rasguñando las basuras con odio animal, con intención redentora. Quizás también él se preguntaba por qué los desperdicios de la ciudad asfixiaban nuestra vida miserable, pero llena de amor.

Dos horas después nuevamente teníamos a flote nuestro hogar. Trabajamos duro, pero ganamos. La lucha no fue en vano porque entre los desperdicios encontramos una efigie sagrada, la que limpiamos y vendimos en dos pesos. Era como si la religión hubiese querido indemnizarnos.

Cuando concluimos, limpiándonos el sudor y alegres con

el esfuerzo, dimos hacia el puente una mirada desafiante: "¡Les ganamos. No pudieron!"

En medio del puente y mirándonos fijamente, con los brazos caídos, no podíamos decir si avergonzado o sorprendido, en silencio y lleno de ternura, estaba Mostachín.

Tuvimos conciencia de que mientras desenterrábamos lo nuestro, él pudo bajar y detenernos.

Y así fueron discurriendo los meses de aquella infancia llena de emociones. Cualquiera pensaría que fueron tiempos tristes. Lo eran de privación y miseria, de hambres, fríos y vejaciones; eran tiempos duros, pero no tristes. Algo había en ese mundo que invitaba a seguir y vivir: ¿era el mínimo de amor que ahí encontrábamos? Teníamos instantes de extrañas felicidades, tan extrañas como es la lágrima de amor que uno lanza frente a la persona que cree odiar. De niños fuimos aprendiendo cosas que sólo se aprenden cuando ya se es hombre formado, entre ellas, la de cobrar revanchas. Se me enseñó a detestar la delación, la falsedad y la hipocresía, cosas estas que ni siquiera de adulto hay tiempo para aprender. Conocía las bondades del mal y cuanta maldad algunos esconden tras la palabra bien. Me fui empapando, guiado por Panchín, de la ley del río, clara y simple como un anochecer de primavera. Supe que la ciudad empezaba en el puente y que la vida auténtica tenía principio en el río. Del puente hacia arriba, empezaba nuestra lucha, y era sin cuartel. Del puente hacia abajo, empezaba nuestra libertad, y era sin medida.

—Toño: ¿tái ahí?

Era la voz aflautada de Panchín. Pelotón, que la conocía de sobra, se enroscó un poco en el trozo de cartón que nos servía de cama y saludó con un gruñido entre alegre y rezongón.

—Entra. ¿Pa'qué te quedái ahí? Acomoa los huesos. ¿Pa'ónde juiste? —había tenido que acostumbrarme a su modo de hablar porque para ellos la correcta pronunciación de las palabras era signo de mal gusto.

—Jui pa'l tiatro. ¿Quién será ese **Alquélo Verde**?

Se refería al personaje central de una cinta de aventuras que por esos entonces exhibían los cines de arrabal.

—Ese soy yo —contesté para que se durmiera pronto.

—¡Qué vai a sel vos! Si ni siquiera juiste capaz de roale las naranjas a la vieja de ayel.

—Quéate olmío.

—Tengo algo grave que isilte, Toño.

—Córrete y duélmete, será mejol.

Pero sentí inquietud. Jamás mi compañero había usado la palabra "grave", tan de ciudad.

—Mañana me voy...

"¿Panchín, irse? ¡No puede ser!" En ese "mañana me voy" había algo definitivo y atroz.

—Yo también me voy con vos —respondí decidido.

—No puee sel. Vos no. El caallero del cilco dijo que es pa'uno no más.

—¿El caallero del cilco? ¿De cuál cilco?

—Es que me voy con un cilco.

—Le isís que yo también me voy con vos. Que nos llea a los dos. Yo no me queo aquí solo.

—Tenís a los otros cauros. Ya te conocen. Poís chorial con ellos.

—No, Panchín. ¿Cómo me vay a ejal solo? Pa'mí se acaa too...

Lo dije con angustia, con temor a la vida y a las gentes, con un amargo aletazo de soledad entre los dientes. En el curso de mi vida posterior, cuando me enfrenté con los

adioses definitivos, al sentir mis ojos llenos de agua salobre y ardiente, cuando empecé a recorrer los duros senderos de la ausencia o al caer de bruces en brazos de las horas más solitarias, volví a vivir aquel instante del río; aquel "se acaba todo" me sonó en el corazón con la misma intensidad de otrora y con iguales temblores de orfandad: siempre sentí que un hombre pequeñito y miserable se me acurrucaba en el fondo del alma y desde ahí lloraba, desesperado. Supe de aquella muerte lenta, larga y eterna que se esconde en la frase "me voy".

—¡Qué le hasimos po Toño! Hay que tenel juelzas. Mañana hablamos.

Se dobló en dos y frío adentro se fue en pos del sueño.

Al día siguiente, Panchín convino en que fuéramos juntos a conversar con el dueño del circo. Trataríamos de convencerlo que nos llevara a los dos.

Por la ruta que hoy lleva a Barrancas, muy de madrugada, íbamos todos en busca de ese circo. Nos veíamos ya cruzando caminos y rutas polvorientas, viviendo las noches de la farándula miserable y tierna que acompaña a todas las carpas remendadas y viajeras.

El dueño del circo tenía mucho de gitano y algo de pirata: alto, delgado hasta la elasticidad, moreno, corto chaquetín calé, gran sombrero ladeado a un ojo, pierna de palo, ancho y lustroso cinturón de cuero —incrustado con monedas de varios países— que le sostenían unos pantalonzos de pana gris. Le faltaban el ojo tuerto tapado con un trapito negro y redondo, el gancho de acero en vez de mano, y un loro en el hombro.

El circo constaba de una vieja carpa remendada y prendida de un eje central —como palo de mesana— con ciertos aires de viuda a punto de desmayarse. Pista, butacas

desvencijadas y galerías de tablas angustiosamente afirmadas y equilibradas las unas con las otras.

Le expusimos nuestra pretensión: "¿Nos lleva a los dos?" El hombre nos miró, meditó y riendo sonoramente, decidió, al par que escupía sonoramente por un colmillo:

—Los lleo, pero sin el quiltro. En las junciones salen a vendel fotografías de los altistas, pa'los desfilen se "amononan" bien y salen a la pista con el elenco, en los intermedios venden frutas y alfeñiques y si aprienden alguna gracia los meto en la plana de altistas. Viajaremos hasta el Ecuao! Pero ya saen: sin el quiltro. Eso es too.

Panchín me miró.

Miré a Panchín.

Ambos miramos a Pelotón.

Lentamente, sin decirnos nada, sin una señal de mutuo entendimiento, con la espontaneidad del que defiende su predio del invasor y con esa entereza que sólo los niños ponen cuando toman una decisión, dimos media vuelta, lanzamos sendos escupitajos que cayeron junto a los pies del empresario y salimos despaciosamente, en fila india. Con Pelotón a la cabeza —como si nos estuviese señalando el camino— nos fuimos en dirección al río.

Afirmo que el perro entendió nuestro gesto: al asomar nuevamente su nariz al camino, se detuvo, nos miró con los ojos y el rabo, una bella humedad brotó de sus pupilas picaruelas, intentó como abrazarnos parándose sobre sus patitas traseras y dando con sus manitos rápidos golpes en el vacío y después de un humano "guauguau" —era su manera de besar— en loca carrera se lanzó camino polvoriento adelante. Con Panchín, corrimos como locos tras él, la sangre hirviéndonos de ternura y esperanza, orgullosos y altivos. Por el valle y las colinas, muy arriba —más allá del sol y las nubes—, el eco de nuestros gritos

invadía el mundo con un mensaje de amor: "¡Pelotón! ¡Pelotón!"

Poco antes de llegar al río, robamos de una carretela un buen atado de cebollas: mínimum, un peso.

A veces resulta buen negocio ser leal.

JUICIO EN EL RÍO

El tiempo pasaba. La vida me parecía algo hermoso, a pesar que los otros pelusas aún seguían detenidos en el Reformatorio.

Al fin los pusieron en libertad.

De noche, una vez pasada la euforia del regreso, Panchín fue llamado para que diera cuenta de las novedades ocurridas en la **ausencia**. Asistí al primer juicio fluvial:

—Y vos tenés compañero, ahora, ¿no? —preguntó un muchachón de unos veinte años de edad, que, delgado, desnutrido, de ojos huidizos y con el rostro cruzado por una impresionante cicatriz hacía el papel de Magistrado sustanciador.

—Sí —respondió Panchín.

—¿Cómo llegó pol acá?

—Güeno: llegó...

—¿Y pol qué lo aguantaste?

—Me habló di'unos cauros que viven con nootros, no tenía pa'ónde il, lo llevé pa'la casucha y salimos a traajal juntos.

—¿Y vos no sabís que pa'salil a chorial con cualquiela, de primera hay que funálo bien? ¿Lo funai? ¿Onde lo conociste? ¿Cómo se llama?

—Le dicimos el Toño —respondió otro. Era uno de los que me trajeran al río, años atrás, cuando por primera vez me fui de casa y llegué a la Plaza Chacabuco. Me había reconocido a pesar del tiempo transcurrido.

—Y este caurito hace re halto tiempo que estáa viniendo pa'l puente y desde arriba nos tiraba guita —agregó otro de los jueces.

—Na tiene que vel eso. No tiene pol qué stal aquí. Que haya tirao plata no impolta. Los giles también tiran toos los días —recalcó pausadamente el presidente del tribunal.

—Pero ya no hay na que haséle —anotó Panchín, defendiéndose.

—¿Cómo que no hay na que haséle? Pa' stal aquí y quealse aquí, primero hay que **dal prueba**.

—Ya dio prueba. Chorió conmigo too este tiempo.

—¿Robal? Eso no es **prueba**. Cualquiera roa. ¿Pero vos sabís si será capaz pa' guantal la biaba en la pesca? Vos sabís cómo zumbear los tiras a estos cauritos nueos. Aemás: yo tée que stal cerca de tres años ulmiendo al lao del tajamal y en recién 'espués ustees me ejaron vivil en el río. Po'ái tiene que empezal este cauro.

—Pero si es mi compañero.

—Será. Acá no se puee queal. Se lalga altiro.

El asunto estaba decidido. Debería irme. De pronto, uno de los mocetones que integraban el tribunal y que hasta ese momento no había hablado, preguntó:

—Oye, Panchín, ¿y lo que se han chorio en este tiempo, a quién se lo jueron a vendel?

—Algunas cosas al viejo Toro; otras, en la Picá de On Segua.

—¿Y juiste con él pa' esas paltes?

—Pá'onde el viejo Toro, no más.

—¿Cuántas veces jueron?

—Unas... cinco veces.

—¿Te dai cuenta de lo que habís hecho? —preguntó con indignación el de la cicatriz en la mejilla.

—Hiciste **palque** a un compraol. Lo entregaste. El cauro no tenía pol qué conocel a los que nos compran los choreos.

—La embarraste medio a medio —coreó el más joven del tribunal.

—Pero si está choriando conmigo —siguió defendiéndose mi compañero.

—Que haya chorio con vos, es cosa de la que vos no más poís salil peljudicao; si te sapea serís vos el que irís en cana; pero ¿y si sapea a los compraores? Nos complicai a toos. Supónete que encanen al viejo Toro y lo atrinquen los tiras y no aguante la biaba: entregará choreos que nos haya compra a cualquiera de nootros. ¿Qué isen ustees? —preguntó el líder.

—Que tenís toa la razón y que el Panchín se cayó recontra feo —gritó una vocecilla aguda que estaba cerca de mí: era el cara de ratón.

Panchín y yo miramos a los jueces. Estábamos en el medio de un círculo; ellos sostenían nuestra mirada, impávidos y fríos; con una fijeza acusadora que hacía temblar. Panchín, imprudentemente, había puesto en evidencia —**hecho palque**— a uno de los principales mecanismos del hampa. Lo condenaban por dos razones: porque me hubiese admitido de compañero, así, de buenas a primeras, sin consultarlo con ellos, y porque me había presentado un reducidor. El ladrón cuida a los reducidores a pesar que los desprecia. Es el engranaje principal del delito. Sin ellos no se podría robar, ya que resulta casi imposible vender el producto de un robo a cualquiera.

Transcurrido aquel silencio —que en sí ya era un fallo— el jefe del grupo, luego de meditar un poco, reanudó el interrogatorio.

—¿Tenís paire?

—No.

—¿Y maire?

—Creo que sí.

—¿Cómo te criaste, entonces?

—En unas monjas.

—¿Olfelinato?

—Sí.

—... (“Igualito que yo”) ¿Cómo viniste a dal acá?

—No tenía otra parte donde ir.

—¿Y pol qué viniste pa’ cá?

—Pol casualiá —estaba tan nervioso que a veces respondía tratando de imitar su manera de hablar. Intentaba impresionarlos.

—¿Di’ónde sacaai la plata que tiraai del puente?

—Me lo choriaba.

—¿Cómo? ¿A quién?

—A unos frailes.

—¿Qué hacíaí onde esos curas?

—Estudiaba.

—¿Era algún colegio?

—Sí.

—¿Quién te lo pagaba?

—Una mujer que isfa sel mi madre. Me zumbiaba mucho.

—¿Cuándo viniste acá pol primera vez?

—Hace algunos años. Ahí están algunos cauros que pueen isilo.

—Eso es cielto —dijo uno de los que había conocido en la Plaza Chacabuco—. Yo lo traje pa’ cá y se nos arrancó.

—¿Pol qué te arrancaste?

—Tuve miedo.

—¿A qué le tuiste mico? ¿Al río?

—Es que esa noche no’ulmió bien —explicó el mismo muchacho de antes, con sarcasmo.

Los otros sonrieron. El líder me miró detenidamente: vi un destello de simpatía en sus ojos, y albergué una remota esperanza de quedarme. Se me acercó:

—Caurito: parece que habís sfo como toos nootros. Toos empezamos así. Te vai a queal con nootros, pero no creai que pol eso vai a sei como nootros. Tiene que pasal mucho tiempo toavía. Te 'ejamos polque paresís un desamparao. Pero tenís que prometel una cosa...

—Lo que ustees quieran.

—Nunca vai a il onde un compraol mientras uno de los grandes no te mande. ¿Oíste? ¿Lo prometís?

—... Sí, lo prometo.

—Hablai muy ajutrao. Tenís que empezal a hablal como nootros, ¿oíste?

—Güeno.

Todos los chicos se me acercaron. Varios me pusieron la mano sobre el hombro. El líder que hacía de juez supremo dijo:

—Ya, cauros. Ahura contemos cuentos. Se acaó el cahuín.

LAS HUASCAS

Panchín seguía puliendo a su **novato**. Robábamos huascas a los carreteleros y en forma especial a un pequeño viejo contrahecho, sucio y borrachín que adoraba a los policías y les contaba todo lo que veía. Lo apodaban el “Guatón Tripero”. Por llevar muchos años estacionando su carruaje en el paradero de la Vega, conocía a todos los pelusas, y sin ser ladrón, dominaba el mecanismo del robo. Cuando una víctima se presentaba a reclamar y la policía se veía desorientada, él aportaba datos e indicaba quiénes habían merodeado por el lugar. Gustaba tanto de “ayudar” que muchas veces él mismo detuvo a los pelusas en acción. El río le tenía fastidio y se lo expresaba cortándole la cola a su caballo, tirándole paquetes con suciedades en su carretela, robándole sus huascas. Todo eso era para nosotros entretenido y fácil, una pequeña aventura de suspenso y hasta un espectáculo.

Panchín me explicó esta situación, al poco tiempo de estar a su lado:

—Vamos a il a choriale la huasca al Guatón Tripero.

—Ayer no más le choriamos una.

—¿Y qui’hay con eso? Hay que choriáselas toas.

Capeamos el temporal de Mostachín y salimos en misión de venganza.

El Guatón Tripero, tomando el sol, vigilaba su carruaje junto a un poste del alumbrado. Sabía que no podía descuidarse:

—Mientras yo te lo arranco pa' un lao, vos te subís, le sacai la huasca y si te quea un tiempito le hacís cualquie peljuicio. Nos juntamos onde sabís.

—Dicho.

Se le acercó por detrás, tomó vuelo y le dio un aguerrido patadón en cierta parte. El viejo se dio vuelta y miró desconcertado a su atacante. No podía convencerse de lo que estaba ocurriendo. Después de una breve paralogización, desabrochó el cinturón del pantalón y empezó una persecución inútil: Panchín era el cabro más veloz del río, después de mí.

Subí al pescante, saqué la huasca, y, tomándome tiempo, desabroché las maneas del flaquísimo rocín. Le di un huascazo en el lomo y la carretela salió disparada. Me gustó sentirme sin miedo. Me vi dándole un huascazo en los lomos a Papá Mono. Cuando Panchín llegó al punto de reunión, yo tenía ya la huasca escondida entre un montón de basura.

—¿Vamos a **estrujarnos**(*) con el viejo? —invitó Panchín.

Nos situamos a media cuadra sobre los andamios de una construcción y observamos al viejo cuando llegó. A su siga tranqueaba —sudoroso y rojo— Mostachín. Traía lápiz en la mano y libreta. Casi podíamos oír cuando le preguntaba su nombre al viejo. Mojaba el lápiz en la lengua y esperaba

(*) Burlarse a costa de alguien.

que el atacado hablase. Pero éste no estaba en son de responder al ver que la carretela, en su loca carrera, había destrozado el quiosco de un frutero, asiduo y añejo enemigo suyo. Manoteaba, vociferaba y ponía agresivamente los puños bajo los bigotes del policía. Mostachín se defendía a barrigazos, y de cada empujón lanzaba al "tripero" hasta el medio de la calle.

Vendimos la huasca a un carretelero enemigo de aquellos de la Vega. Nos dio por ella cuarenta centavos. Fuimos a almorzar.

Esa tarde fuimos a robar la segunda huasca, al mismo tripero.

Seguiríamos haciéndolo por mucho tiempo.

EL ZANAHORIA

Regresábamos un día con Panchín de nuestra diaria faena. En casa había quedado Pelotón: flojera o frío. Estábamos en invierno. El río enseña que toda decisión debe respetarse, hasta la de un perro.

Traíamos un buen botín, si se consideraban el frío y la pereza con que habíamos trabajado: dos maceteros de barro cocido, media docena de paltas, un sombrero de hombre, casi nuevo, y un paraguas de mujer con poco uso. Cálculo: diez pesos, más o menos. Acontecimiento: varios días de descanso, doble ración de huesos para el quiltro.

Nada vimos hasta que nos faltaban pocos metros para llegar a nuestra casucha: sorpresivamente salieron dos "comisionados". Estaban escondidos tras los matorrales. En aquel tiempo estos hombres eran la versión sin uniforme de Mostachín.

Al frente marchaba el más robusto:

—Ni'uno se mueva. Usted, don Rupa, agarre al cabro del paquete. Al otro lo **cazo** yo aquí.

El río venía caudaloso, había llovido bastante.

Panchín dio un salto inexplicable para esa humanidad tan débil y pequeña; y antes que el tal don Rupa pudiese

aprehenderlo ya estaba sobre uno de los acantilados que se formaban con los tajamares naturales del río. Me asombró que corriera con el **paquete**. Era evidente que alejado del peligro se arrojaría al agua. Así lo hizo.

—Don Rupa, ¿qué se quea parao ahí como tonto? Por lo menos agarremos al otro —amonestó el robusto jefe cuando vio que irremisiblemente Panchín se le escapaba.

Me capturaron. Parece que era la señal que los otros comisionados esperaban. Salieron de sus escondites arrastrando a la mayoría de los otros chicos, que ya tenían capturados: el Medio Té, el Pipa, el Naranjero, el Firpo y tantos más: gran pesquisa.

Nos llevaron a la comisaría más cercana y de a uno por uno nos dieron la consabida dosis de trompadas, puntapiés y palmetazos.

—Tú eres el compañero de Panchín. Tenís que saber algo. ¿Onde está el Zanahoria? ¡Habla!... o te rompemos el alma. ¡Habla! —barbotaba el jefe, acercándoseme con el puño cerrado, “ablandándome”. Luego vino la violencia cruda y despiadada. Tenían sus “sistemas” de investigación.

El resto de pelusas recibió el mismo trato e iguales preguntas.

—¿Qué sé yo! Si ni siquiera conozco al Zanahoria —lloré y hablé, presa de un miedo animal.

—¿Y qué llevaba tu compañero en ese paquete? Seguro que era un choreo. ¿Onde está el Zanahoria? ¿Vai a hablar? Ustees: péguenle un apretoncito más firme a los otros...

Decía la verdad cuando afirmaba no conocer al Zanahoria. Había oído hablar de él, solamente. Era el personaje legendario del río, y acaso el más importante.

Como muchos de nosotros, se había criado junto a las aguas del Mapocho. Por la descripción que los cabros hacían,

por las hazañas que relataban y por el coraje que le atribuían, era para mí un ser fabuloso e inalcanzable. Tal vez era como ese ser de mito y leyenda que todo niño necesita idealizar y amar en su infancia para que su personalidad se realice. Para muchos suelen ser el padre o la madre. Gran título de honorabilidad delictual poseía el que sin mentir, en las **ruedas** de pelusas, dijera, inflando bien el pecho: "Cuando el Zanahoria y yo juimos a robal aquella vez..." Quien así pudiese hablar, ante testigos que ratificaran su afirmación, era un "príncipe del hampa".

Cuando el río salía de ronda por los adoquines y calles de la ciudad, en voz baja, parapetados en los cauces de las alcantarillas, se hablaba sólo del líder máximo del río: se recordaba al gran vengador. Evocaban sus robos y las puñaladas que diera a tanto **paco**. Tales relatos iban metiéndose en lo más hondo del espíritu y por ellos construíamos sólidos edificios de venganza y revanchas sociales. Nos desquitábamos de la ciudad, mentalmente; injuriábamos e insultábamos al puente. Cada victoria del Zanahoria era nuestra; con ellas y por ellas abofeteábamos a la noche helada, a la estrella escondida y a la gente que dormía amando, soñando, fraguando ambiciones y gestando seres tristes. Como lobos lanzábamos aullidos interiores, llenos de odio y melancolía; nuestros corazones de niños, poco a poco, iban asimilándose al mundo del delito, a sus leyes y revanchas, a sus consignas y conductas; relampagueaba la furia en nuestras pupilas, estrujábamos los dientes sorbiendo hasta la última gota de aquel licor paradisíaco que embellece la vida del paria. Teníamos nuestro personaje heroico.

Año y medio hacía que el Zanahoria estaba en la cárcel. En riña de **guapos** mató a otro muchachón del río que fue

sorprendido en delación. Se lo llevaron los "comisionados", pasó a la cárcel y de ahí al reformatorio, donde perfeccionó sus dotes y condiciones de hampón. Cuando el reformatorio no pudo con él, lo retornó a la cárcel. Aquella mañana se había fugado; por eso, a las diez de la noche, aún estábamos detenidos. Se presumía que el prófugo había regresado al río. No hay refugio más seguro que el río para sus hijos.

—Oiga, On Joaco, estos pelusas no van a decir na. Y ese flacuchento que usté está traajando a lo mejol ni conoce al Zanahoria. Lo mejol que poemas hacel, es dejalos irse.

—¡Ya! Se largaron cabros del carajo —decidió el aludido, luego de haber meditado con el consejo de don Rupa.

Nos dieron otras patadillas y nos empujaron hacia la puerta del cuartel; cuando estábamos por emprender el vuelo, don Joaco me llamó:

—¿Y vos, cómo te llamái?

—Toño, señor.

—¿Toño? ¿Desde cuándo estái vos en el río? Antes no te había visto. Y pa' que andís con Panchín tenís que sel un guen lairón. Ya, péguenle otra chuleta y que se vayan —concluyó el jefe sin esperar mi respuesta. Cuando íbamos saliendo, agregó uno de los comisionados:

—Díganle al Zanahoria que no se engañe: él es uno. Nosotros somos muchos. A la final ganamos nosotros.

Salimos en bandada de la comisaría y enrumbamos como flechas hacia el río. Cuando bajamos hubo cónclave entre los más antiguos. El Medio Té llamó aparte al Naranjero y se dijeron algo. Después me ordenaron que los siguiera. Avanzamos por entre matorrales y breñas.

Dos kilómetros más allá del último puente vadeamos las aguas y llegamos a una isla natural formada por una bifurcación del Mapocho:

—¡Alto! —gritó alguien desde el interior.

—Mostachín —dijo el Medio Té.

—¡Paco lesó! —respondió el que había dado la orden de detenerse.

Hubo una espera: ruido de pasos apresurados que quebraban ramas, voces sigilosas que llegaban como un susurro, el viento entre la fronda de los sauces, el croar de las ranas.

Cuando un rayo de luna, ácido y seco, rasgó por un instante la bóveda enfermiza del cielo plomo, un vozarrón semejante al presagio de un rodado, voz de volcán con bronquitis, gritó: "¡Sigan!"

El río nos había dado permiso para que entráramos a su santuario más exclusivo e ignorado.

En un claro del bosquecillo natural que formaba esa isla, sentado en el suelo —a lo faquir— junto a unas brasas de fuego tan lacres como una arteria rota y fluyente, con su pelo rojo desordenado y sus enormes ojos de color indeciso, robusto, desnudo el torso a pesar del aire helado, bronceo, hercúleo y patinado por ese tono antiquísimo que sólo pueden exhibir las viejas panoplias o los delincuentes auténticos, estaba el Zanahoria. Nos miraba pisoteándonos el cráneo.

Me sentí como el último sobreviviente de un planeta desintegrado. Hoy lo veo así, pero en aquel entonces me creí un indiecillo humilde e insignificante que por casualidad se enfrenta en la calle con su Inca.

Creo que sentí la tentación de arrodillarme. El Medio Té inició la conversación:

—Güenas noches, Zanahoria. Venimos de la cana. Nos zumbieron de lo lindo.

—Ya sé. ¿Se largó alguno?

—¿Que nos creís **sapos**? —terció el Naranjero—. El viejo Joaco te mandó salúos.

—¡Güena, cauros! Mi'alegro que se estén poltando como machitos desde chicos. Ahura tienen que comel algo. Aquí hay pa'l mastique. Arrímense al fogón. Arrímense no más. Esto lo trajo el Panchín —explicó mostrando un paquete con comestibles—. Se jue reciencito. Andaa buscando al Gitano. Dijo que si el Toño venía que masticara algo y endei se juera pa' la casucha; allá lo espera. ¿Cuál es el Toño? No conozco a ese cauro.

—Yo soy —dije adelantándome un paso.

Oí que mi voz venía de muy lejos e iba hacia el mundo dramático y sorprendente en que reinaba ese ser. Me llenaba una rara, profusa y extraordinaria mezcla de sentimientos encontrados. Miedo, asombro, veneración, respeto, admiración. Por una pierna me subía la gruesa uñota del dedo mayor del pie correspondiente; rasgándome las carnes llegaba a mi espalda y el tórax se me achicaba como si una bomba estuviese sacándole el aire para producir el vacío; la uñota seguía merodeando por mi espina dorsal y escarbaba, una por una, mis vértebras. Luego seguía como perforándome los pulmones para lanzarse en picada hasta atravesarme el corazón. Sentí que la boca se me llenaba de sangre, se me nublaron los ojos con una cortina gris y viscosa. En los hombros sentí una tonelada de piedras filudas y mordientes. Empecé a disminuir de estatura, cada vez me hice más chico, hasta sentirme del tamaño de un feto, y cuanta cosa estaba frente a mis ojos comenzó a bailar. El techo tiznado del cielo me pareció tierra y el suelo un firmamento próximo a estallar en tormenta. Me sentía como parado cabeza abajo, con las piernas hacia arriba, bamboleantes y desarticuladas. Regresando de aquella fantasmagoría turbia, me encontré frente a un hombrón de cabeza roja, ojos azufrosos, nariz semejante a un espadón

que estuviera asomándose por la visera de un yelmo y de tórax robusto como el tronco de un cedro milenario: a los dieciocho años ya había dado muerte a cuatro seres humanos, luchado a puñaladas con otros tantos y dirigido innumerables delitos. Este era el hombre que se había apuñaleado a sí mismo en la barriga para ser trasladado a la enfermería del penal del cual se había fugado.

—Acélcate, cauro, quiero conocelte.

Creí recibir un espaldarazo. Me sentí como si en ese instante me hubiesen armado Caballero del Río.

—Pero es que... (Iba a decirle que no lo conocía y que sólo por eso no había podido delatarlo; estuve a punto de agregar que no sabía de la existencia de su escondite, pero comprendí que no debía cometer tal error.) Me acerqué en silencio.

—Dame la mano. ¡Chócala! Güeno, ahura ándate pa' qu'el Panchín no se priocupe. ¡Ah, veldá! Me'ijo que ya tenía too vendío.

Se paró y se hundió en su selva: había concluido la audiencia.

Volví a la choza, caminando muy lentamente, como deben hacerlo quienes reciben el grado de Doctor Honoris Causa en una gran Universidad y luego quedan solos frente a ellos mismos, paseándose por los parques vetustos de su ciudad. En el trayecto creo haber tomado conciencia de la nueva personalidad que con tanta vehemencia deseaba y luchaba por obtener: me sentí delincuente.

A lo lejos, ladraban unos perros.

EL PARAGÜERO

A punto de acostarnos apareció un hombre singular. Su figura con ese viejo sombrero que parecía equilibrarse en su cabeza se perfilaba contra la claridad nocturna (después nos percatamos que jamás se lo sacaba, sosteniendo que un caballero sólo debe descubrirse ante una dama hermosa o un poeta inteligente), su chaquetón raído, pero lleno de un no sé qué de rancios abolengos y esos pantalones, cayendo sobre sus zapatos, sus orejas rosáceas, tumefactas y enormes, su nariz decadente —como pico de águila con las alas cortadas—, los profundos surcos de la nariz a las comisuras, los ojos perforando los gruesos cristales de sus lentes. Todo esto agregado a sus espaldas curvas, pero siempre en lucha altiva con una muerte agusanada que lo corroía, le daban el aspecto de un payaso de civil.

Bajo el brazo traía un estuche de latón y varios armazones de paraguas. Nos miró con cierta dulzura distante:

—¿Podría dormir acá esta noche, señores?

Panchín se sintió bastante inconfortable con el título que nos daba.

—¿Y usted, quién es?

—Uno más...

—¿Cómo qui'uno más?

—Sí. Uno más que por esta noche busca un lugar para reposar un poco. Mañana, temprano, me iré.

Panchín estaba desconcertado. Salió a la puerta de la casucha. Lo miró. Parecía un pelele, un grotesco polichinela. El hombre de los paraguas sostuvo su mirada sin inmutarse. Al fin, mirando las aguas del río, como si estuviese pidiéndoles permiso, Panchín tomó su decisión:

—Si es por la noche, camine. Entre, acuéstese ahí, en ese rincón. Ahí tiene café, si quiere. Mañana de madrugaita tendrá que ilse y antes que despielten los emás cauros.

—Gracias, muchas gracias. Sí, mañana me iré.

Estuvo tres años en el río.

Poco a poco fuimos sabiendo más de él. Con melancolía nos iba relatando cosas en las noches invernales. Citaba antiguos apellidos con olor a pergaminos. Con lentitud y sabia elegancia nos iba describiendo el telón de su historia. Una noche, semiborracho, con la pupila desvaída del suicida, nos dio a entender que pertenecía a un círculo muy distinto al nuestro: "Soy un artista, un exponente de la sangre. Un aristócrata. ¿Ellos me rechazan? Bien. Me gusta la morfina; amé a quienes tenían formas armónicas y esbeltas, sin importarme su sexo ni condición. Ellos me rechazan, pero ¿dejaré por eso de ser lo que fui desde mi cuna? ¡No! Sigo descendiendo acaso de un marqués asesino, o de audaces bucaneros. Sigo siendo la rama del tronco augusto; vengo de la historia trayendo en mis venas las sangres de aventureros intrépidos o locos conquistadores".

A veces lo vimos salir de noche con muchachones que se dedicaban a explotar ciertos vicios, pero nunca quiso entrar en intimidades con nosotros. Se preservaba del juicio mordaz y mortal de los delincuentes. Quisimos a veces

vapulearlo y ponerlo a nuestro nivel, pero le bastó defenderse con un gesto, una mirada y a veces con el movimiento semiimperial de un meñique. Llegamos a respetarlo en su condición de aristócrata venido a menos, expulsado por un grupo social, como puede respetarse a un rey destronado.

Y lo aceptamos también como fabricante de ilusiones, de ensueños.

En las ruedas de chorros por las noches, contaba historias, nos hablaba de mundos remotos, de gentes para nosotros legendaria. No hablaba: redactaba, e iba desgranando las frases con la pureza idiomática de un académico. Hoy, al recordar su forma de construir las sentencias, siento reverencia y quisiera escribir como él hablaba.

No fue expulsado del río porque cumplía una función: perfumaba la cloaca, embellecía la misma. Hay más: no robaba y en consecuencia, no ponía en peligro al grupo. Mucho más aún: tenía un vicio y sabía hacérselo perdonar con la atávica majestad de su inconfundible personalidad virreinal.

Y así durante años, nos contó cosas, hermosas mentiras, viajes, aventuras imaginarias; y matizaba sus relatos con tanta ternura, que de payaso grotesco se nos convertía en Dios.

Era para nosotros el artista y como tal se nos hizo indispensable.

MAYITA

En aquella época Mayita era una chica de las noches mapochinas. Vivía en el puente, ciertamente, pero tenía derecho a ser del río. A mujeres como ella, el río las ampara y protege y cuando llega el caso las defiende. No es la prostituta en sí. Es la mujer que se prostituye ocasionalmente porque no tiene otra salida. El río teme y desprecia a la prostituta profesional. La desprecia por su sentimiento de servidumbre y degradación, porque se da al explotador —al que teme— y para asegurarse el dominio de la calle en que ejerce su tráfico, delata. La policía sabe que ella necesita de la calle, y le impone la condición de delatar. Ella acepta ese compromiso.

Mayita era de mediana estatura, regordeta, carirredonda, de nariz pequeña y ojitos que parecían a la espera del bofetón; cabellos lacios y negros, boca acorazonada; ingenua, siempre dispuesta a servir a quienes más la arrastraban.

Como Mayita quiso vivir al estilo de las chicas del amor triste, hubo de buscarse un protector. La prostituta tiene que defenderse de quien busca gratis el amor que se vende; más aún: la que trota por las calles tiene muchos enemigos. Por

eso, el **merengue**(*) le pertenece al protector, quien, a cambio de los pesos que ella da, le propina pateaduras, golpes y humillaciones.

Al de Mayita le apodaban el Nene.

Fue vencido por el de otra **patinadora** en una de las "bravas" luchas que suelen tener los de su oficio: a mordiscos y tirándose el pelo. Un policía los llevó a la cárcel. Mayita quedó sola. Fueron tantos los que quisieron protegerla, que Mayita decidió protegerse de los protectores y ejercer su oficio sola. Se prostituiría sin intermediarios, vendiéndose al azar y la suerte. Si los viejos no le pagaban, bien: correría el riesgo. Si la detenían, bien: pagaría la multa. Quería independizarse, pero naturalmente chocó con el inconveniente de que a una mujer sin protector, sus colegas la ahuyentan y maltratan y debe andar a la deriva. La prostitución callejera respeta ciertas jurisdicciones: "tal calle pertenece a la loca Rita, la otra a la María Moño. Ambas tienen cafiche". Si una calle que pertenece a una patinadora empieza a ser explotada por otra, entra a la lucha el protector; es a él a quien corresponde defender los derechos de recorrido que tiene su mujer.

Por esa jurisdicción, Mayita fracasó en sus sueños de libertad; debía buscar un reemplazante para su Nene. Frente a los planteamientos que le hacían la vida y la ciudad, Mayita decidió buscar la protección de un hombre verdadero.

En su busca bajó al río aquella tarde que la conocí.

Y el río la dejó bajar, sin preguntarle nada. La encontramos a nuestro regreso del trabajo, en el umbral de nuestra casucha.

(*) Cartera.

—Oigan, cauros: pol faol llévenme a la Isla. Quiero hablal con el Zanahoria.

—Medio difícilón lo encuentro —respondió Panchín—; primero hay que preguntáale al Zanahoria si quiere hablal contigo.

—¿Y por qué no habría de querel? No sabís que el Nene está preso.

—Tú sabís que al Zanahoria no le gustan estos enreos. Eso de andal cafichando minas no le gusta naíta. El Zanahoria **chorea**: no vive de las minas.

—Llevémosla. ¿Cómo sabís si quiere estal con ella un rato? —tercié sin saber bien por qué lo hacía.

—¡Güena, tonto! Tenís razón, pero primero voy a hablal con el Zanahoria. Ya güelvo.

Salió hacia la Isla.

El río tiene también su protocolo, su mecanismo diplomático. Para hablar con el Zanahoria era necesario pedirle audiencia primero.

A los diez minutos regresó mi compañero:

—El Zanahoria dice que vengái no más.

Fuimos a la Isla.

—Quiero que seái mi hombre, Zanahoria —empezó cuando estuvo frente al Rey del Río—. Estoy aburría con tanto palomilla que se las da di'hombre. Me quitan la plata, y a la final na ni na. Fíjate que al Nene le doy más de cuatro gambas semanales. Yo me las gano traajando. Cuatrocientos pesos es guita güena, pero cuando llegamos a la pensión no tiene ni pa' peil un poroto siquiera. Affjate qui'antes de **encanálo** los pacos, tuimos que il a olmil a una construcción. Se la gasta con otras patinaoras polque tiene minas pol toas paltes. No sé qué le ven a este piojento. Con la plata que le doy a él creo que vos, Zanahoria, me daríai una güena vía.

La pobre desgraciada quería seguir hablando, diciendo

su historia y mostrando su miseria, pero el Zanahoria la interrumpió con un gesto:

—Hay algo, Mayita, que vos lo habís olviado. Sucede que yo no soy cafiche. Yo me la gano choriando, ¿comprendís? ¿Qué diría el río si me viera cafichando?...

“¿Qué diría el río?”... En esta pregunta estaba encerrada toda una manera de ver la vida, la filosofía del hampa. Un delincuente que se estime, jamás vive del tráfico sexual de una mujer. Es una razón para que el grupo lo deteste, tanto o más que al cogotero, ese que de noche asalta a los transeúntes, y no sólo se conforma con robarlos sino que también los mata. Un choro puede hacerlo todo, menos delatar, cafichar y cogotear. Sin embargo, por esas contradicciones sin sentido que tiene el universo de un hampón, sí le está permitido retirarse de la actividad delictual y establecerse con un prostíbulo. El hampa lo sigue respetando, siempre que ahora no robe. O roba o explota su lenocinio, pero no las dos actividades a la vez. El cambio se considera como un justo premio —una especie de honrosa jubilación—, un descanso para toda una vida que se ha dedicado al robo. En este aspecto, el hampa obliga a las definiciones.

Sentimos orgullo de nuestro jefe: “¿Qué diría el río?”

Mayita estaba desconcertada. No esperaba que el Zanahoria la rechazara. Lo miró angustiada:

—¿Y entonces, qué hago yo?

El Zanahoria, comprendiendo la angustia de ese “¿qué hago yo?”, trató de darle una solución.

—¿Por qué no te vai onde la Ñora María? En eso sí te pueo ayual. Conozco a la Ñora: traaja al paltil con las minas que tiene. Y les da di' un too.

—Si vos me lleai, claro que voy al tiro —respondió la pobre mujer—. Al il con vos la Ñora no me mirará en

menos, como ísen que lo hace con las otras “niñas” que tiene en su casa. Lléame pol faol, Zanahoria. Si querís t’ihago mi lacho —agregó la muy pilla para convencer al líder—. La Ñora te ejaría entral a la hora que vos quisierai. Sus ojitos de lechucita herida se llenaron de malicia y risa.

—Oye, caura: a mí no me venís con esas cosas. Ya te lo’ije. Aemás: vos querís que te vaya a ejal pa’entral con juelza a esa casa. Sabís que si yo te lleo la Ñora María cuando se cure no te pegará. Güeno, lo haré. —Se paró mirando fijamente a Panchín

—Naiden tendría que isilte na, pos Zanahoria. Vos no vai a ejal de chorial ni vai a explotal a la mina.

—Así no más es, pos cauro. Vamos.

El líder comprendió que por boca de Panchín había hablado el río: estaba en su ley.

El Zanahoria fue por una acera, Mayita por la otra y nosotros más adelante, por el medio de la calle. Teníamos la misión de **sacrificarnos** en el caso que vinieran los pacos: había que evitar la detención del Zanahoria. El problema planteado por Mayita era muy importante y se debía correr el riesgo. Ella siempre había estado a nuestro lado y más de una vez dio todo su dinero para comprarle remedios a un enfermo o ayudar a quienes nada ganaron luego de haber tratado todo el día de robar algo. El río tenía sus compromisos con esa mujer y ahora los estaba cumpliendo, a su manera.

Llegamos .

—Güenas taldes: ¿tá la María? —preguntó el líder.

—¿Y este piojoso que pregunta: ¿tá la María?, ¿quién es? —exclamó indignada una asilada que estaba parada en la puerta. Era una mujeruca siniestramente fea, gorda, con el rostro atravesado por una puñalada. Hizo la pregunta en

tono bien audible. Sabía que la señora la escucharía desde adentro y le estimaría esa demostración de lealtad y respeto.

La prostituta vive odiando a la **señora**, mas no se lo demuestra, y por el contrario le finge aprecio y lealtad. Las cosas cambian cuando se emborracha: surgen los rencores y mueren las inhibiciones. También la **señora** cuando se embriaga, de explotadora se torna tierna, dulce y afectiva con su asilada.

El Zanahoria se acercó más a la puerta del lenocinio. Miró a la **niña**.

—Mira, vieja arrugá, ¿no sabís con quién estái hablando? ¿No sabís que soy el Zanahoria?

Por la cara de sorpresa y miedo que la mujer puso al escuchar ese apodo de labios de su mismo propietario, el ofendido consideró vindicada la dignidad de su rango; se infló de satisfacción y para expresarla lanzó un escupitajo.

Del interior de la casa vino una cosa obesa, prehistórica:

—¡Zanahorita! Ricura, pase, m'ijito. Si es el Zanahorita en persona. Oye, vos. Laura, sale di'ahí, niña. Deja pasál a **don** Zanahoria. Pase, mi'jito, pase. Chiquillas, ¡llegó el Zanahoria!

Desde el fondo del lenocinio fueron saliendo las "chiquillas". Subconscientemente habían oído el grito de guerra del lenocinio: "¡Llegó gente al salón!"

Venían fastidiadas, a pasos arrastrados, creyendo haber oído el grito anunciador de la triste batalla; ese grito grabado en las entrañas, en la vagina destrozada por cientos de abortos. La prostituta siempre está esperando que algo llegue: el lacho, el cabrón, el cliente, **la señora**, la muerte.

—Oiga, Ñora María, le traigo una chiquilla —explicó el Zanahoria mientras empujaba a Mayita con la intención de lanzarla en brazos de su amiga.

—Pase, mi'ijita —respondió ésta gozosa, observándola

comercialmente. Podíamos oír sus mudas reflexiones: (“bonitas piernas, buenos pechos, jovencita. ¿Tendrá lacho? Si no lo tiene, ya le buscaré uno para que más rápido se enamore de su profesión”).

—Miren, chiquillas, si es la Mayita —dijo una asilada que se había agregado al bullicio. Llegaba pintándose los labios porque también se había equivocado cuando escuchó el verbo **llegar**—. Si esta caura es patín del río —agregó la equivocada.

Cuando la nueva niña dijo eso de patín del río, las otras muchachas corrieron, tomaron en vilo a Mayita y se la llevaron triunfalmente al salón. De atrás entramos nosotros.

En el mundo de la prostitución, “Patín del Río” confiere dignidad especial porque son pocas las que se atreven a traficar junto al hampa; y cuando una lo hace es porque en su historia y conducta hay algo que el hampa estima mucho, como ocurría en este caso, exactamente. Mayita ignoraba su importancia, pues, de haberla sabido, no creo que hubiese bajado al río a pedir que la acompañáramos al prostíbulo: habría ido sola, por su cuenta. Una **patín** simboliza independencia y coraje, así no sea del Río, y cuando lo es, ya infunde respeto a sus colegas. La **patín** debe saber hacer muchas cosas, entre ellas, discriminar rápidamente aplicando una psicología propia. Tiene que saber beber alcohol emborrachando a los clientes sin embriagarse ella, debe distinguir cuándo puede estar frente a un viejo libidinoso o cuándo frente a un inspector de Sanidad que se le insinúa con el objeto de poder comprobarle su calidad de prostituta para detenerla. Tiene que intuir cuál hombre puede pagarle lo que ella estima que vale su oficio, cuál no; en los momentos críticos —cuando queda embarazada— debe perder totalmente el sentido de los valores y abortar sin dilación; es necesario que posea un olfato especial para

reconocer a las lesbianas que de noche salen por las calles en busca del **patín** porque en él encuentran plena satisfacción para su desviación, y a muy bajo costo; y finalmente la guerra que esta mujer libra con la ciudad es sin ninguna ventaja para ella porque no está considerada como una prostituta, por lo que no recibe ni siquiera la inoficiosa “protección” de las encuestas estadísticas. Por eso Mayita, para las asiladas de **doña María**, era una chica muy respetable. La llevaban al salón porque podía darles noticias sobre los últimos acontecimientos ocurridos en el submundo de la noche lujuriosa. Como los soldados que están en la trinchera y de pronto ven que llega el correo, así es de importante un **patín** cuando llega a un lenocinio: trae noticias, comentarios, chismes. Sabe quién está muriendo en un hospital, quién jubiló, etc.

Trae todas las noticias **del frente** ciudadano.

Un lenocinio tiene mucho de claustro, de convento inaccesible.

Laura —aquella mujeruca que tan imprudentemente había desconocido e insultado la majestad del Zanahoria— era la que más preguntas hacía. Las otras **niñas** la tenían acorralada en el salón. El Zanahoria, Panchín, Pelotón y yo tomamos asiento en uno de los sofás.

—Cuenta, pues, niña: ¿qué fue del Patilla? ¿Es verdad que le pegaron el día que detuvieron al Nene? —preguntaba Laura.

—Mentiras, niña —respondía Mayita con la conciencia de su nueva importancia—. Cuando vio a los pacos arrancó como un ratón. Te hubiérai muerto de la risa, **era pa'l estruje**. Y no te olvidís que el Patilla es el **lacho**(*) de La Pelá.

(*) Amante de la prostituta.

—El Patilla también fue **lacho** mío —anotó otra niña que estaba escuchando las buenas nuevas, arrobada.

—Ya, pos, chiquillas, agora viene lo güeno —dijo la **señora** entrando al salón con un enorme jarro de vino en la mano—. Traje este **litriaito** de donde mi compaire Lucho. Que vengan toas las chiquillas. Llamen a la Fresia también. ¡Pobre Fresia! Too el día se lo pasa en la cocina. Díganle que traiga al chiquillo. No quise que lo abortara porque “él” dijo que lo adoptaríamos. En esta casa hoy se emborracha hasta el gato. Lo digo yo: **la señora**.

Cuando concluyó de hablar lo hizo mirándonos a todos: el “lo digo yo: la señora”, era un acto de poder absoluto.

—¡Ay, tan linda la **mami**! —dijo emocionada la Laura. Se le notaba en todos los pliegues del rostro la profunda impresión que le había producido la visión y cercanía del jarro de vino. No le quedaba nada porque su vida había perdido sentido y contenido; sólo en el licor podía justificar la continuación de su existencia miserable.

—Que tomen toas las chiquillas, que **bolseen**(*), pero pol faol bolseen callaítas, es mejor. Na de gritos ni escándalos. Na de celos después, na de venirse a ponel dramáticas o sentimentales cuando tengal el trago en la guata. ¿Oíste, Fresia? A vos que te da por llamar al hombre que te dejó embarazada cuando te curai.

Esa noche se emborrachó hasta el gato y lo hizo en armónica sociedad con Pelotón. Nuestro perro jamás se perdía las ocasiones de bolsear, así se tratara de consumir vinillo. Empezaron a desfilar las **guaguas**(**). Después de la primera **guagua** por el encuentro del Zanahoria, vino la

(*) Beber de gorra.

(**) Jarro de vino mezclado con algún refresco (5 litros).

segunda por la salud del Zanahoria. Siguieron otras por su niñez, su infancia, el reformatorio, la cárcel, su fuga; por la juventud, por su pelo rojo cobrizo, por su coraje y audacia y no faltó el “guaguazo” por los **mueritos** que el Zanahoria había dejado en sus combates fluviales.

El señor río reinaba. Todas las etapas de su ruda y trágica existencia fueron evocadas y cantadas al calor de los litros de vino que inagotablemente desfilaban hacia el salón.

Su pelo rojo, su nariz larga, su cuerpo fuerte, pero encorvado de tanto pasearse mirando al suelo por los patios de la cárcel y sus ojos que relampagueaban al calor del vino y la lujuria, producían una impresión demoníaca y maravillante.

En lo mejor del bailoteo llegó “El”: el amo, el esposo de la **señora**.

—Güenas tardes, Zanahoria —dijo entrando y paseando la mirada en torno nuestro: alto, envejecido prematuramente; serrote, rostro huraño, pelo engominado y negro, ojos recelosos y huidizos—. ¿Dónde está la María? —preguntó con prepotencia de latifundista que pregunta dónde está la vaquillona preferida—. ¿Y cómo ti’ ha’ido, hombre? ¿Pol qué no habíai venío antes? —concluyó semiausente y muy importante, como convenía al rango que tenía, y a la respetuosa consideración que gozaba dentro del hampa. “El” había dedicado toda su vida al delito; en uno de los tantos “negocios” le resultó un buen botín. Con ese dinero instaló aquel lenocinio y se retiró de las lides.

Yo había oído hablar mucho de ese hombre y sentía por él una especie de admiración, distinta, eso sí, a la que sentía por el Zanahoria. Albergaba la esperanza de llegar un día a tener lo que él tenía, luego de haber sido lo que el Zanahoria era. Ambos se me estaban convirtiendo en símbolos, en

espejos de lo que sería cuando mi bamboleo entre la ciudad y el río concluyese en caída.

El Zanahoria no le contestó, como convenía también al rango que tenía. Un hampón en ejercicio vale más que uno retirado y puede permitirse el lujo de dejar preguntas sin responder: es costumbre que nace del sentido de las jerarquías. El sabía de estas cosas, de modo que no dio importancia al mutismo del pelirrojo. Se concretó a mirar a su mujer que en ese momento entraba al salón llevando entre sus brazos regordetes a nuestro inefable Pelotón.

Traía el perro una cara de hipócrita tan pronunciada y en sus ojos había tal gesto de excomulgado que hasta Panchín y yo creímos que algo grave le estaba ocurriendo: “el trago”, pensamos ambos. Pelotón se había bebido dos o tres platillos con vino que nosotros mismos le colocamos en un rincón del salón cuando ya no pudimos soportar más sus miradas de angustia. La Laura se acercó a la “señora” para aliviarla de la perruna carga de modo que pudiese dar a El ese abrazo de oso que ella sabía dar en forma tan aristocrática y fina.

El baile y el espectáculo siguieron:

De los rincones del salón vi salir siluetas de barro cocido y carne, enormes y fantasmales. (Había bebido también). Venían envueltas en llamas, relampagueantes, desmelenadas y leoninas.

Cubierto el rostro de extraños colores —y como tumefacto— venía la Fresia, con sus labios pintarrajeados a lo clown y en los brazos un feto con forma de niño. Bailando al compás de una **cueca**(*) tan pesada, inconsistente y torpe como ella, se me aparecía la señora. Giraba en derredor de su Zanahoria, del que estaba profundamente enamorada,

(*) Baile nacional chileno.

como se enamoran los porcinos del barro: hociqueándolo y deglutiéndolo; la mirada del pelirrojo: gacha, soslayada y desafiante, como esperando que El protestara; rivalidad de fieras en la selva. Venía la colosal y crucificante soledad del hijo de la cocinera, que, como un enano protervo y deforme, hacía “agú” mientras la señora le daba: **“un traguito pa’l niño: que se haga machito desde chico”**. Era ese mismo niño tirado como pelota de fútbol encima de un sofá: “pa’ que se deje de joder y nosotros podamos bailar”, como gritaba furiosa la Fresia. Era el llanto, la angustia, la risa y el dolor de toda la Humanidad confluyendo en el salón de un lenocinio, como algún día los astros, luego de una hecatombe brutal, tendrán que reunirse con la nada y el polvo cósmico; y era ese **cabrón**, que, al recordar sus años de cárcel, miraba con lúbricos ojos a Panchín mientras de reojo se precavía de la “señora”; y era yo que despertaba al infierno maravilloso del deseo y la cópula imaginaria, mirando a Mayita...

Desde aquel día empezó el imperativo sexual de mi conducta: como todos los hampones —de allí en adelante—, hasta los cuarenta años, más o menos, delinquí para satisfacer una exuberante hambruna sexual. Pienso que la ida a casa de **doña María** hizo que mi bamboleo concluyera. Me decidí para siempre por el río. Me costaría mucho el regreso, tanto, que aún no estoy muy seguro de él. Así se completó una etapa de mi formación delictual, acaso la más decisiva y concluyente. Concluían las dudas. Sabía hacia dónde debía dirigir mis actos, mis pasos y conducta: hacia la satisfacción del imperativo sexual. Delinquiría para eso, y no para otra cosa. Llevado por la sed, el hambre, la angustia de poseer y poseer hasta el cansancio y la extenuación, robaba con el único objeto de poder pagar noches de amor. Ningún acto generoso cabía en mis proyectos y propósitos. No sabría, en

adelante, de ninguna actitud con algo siquiera de altruismo y amor. ¿Robo en la ciudad? Placer que se pagaba en el lenocinio: era mi meta y lo sería por muchos años.

Concluyó la farra y regresamos al río.

LA BATALLA

Los esperaba una sorpresa: un fraile estaba conversando con el Paragüero. Pelotón —que se nos había adelantado— olfateaba su sotana.

—¿Lo cree usted, Padre? —alcanzamos a oírle al Paragüero. Lo habíamos visto desde lejos, pero nos parecía raro que pudiese ser un cura.

—¿Y este fraile? —preguntó Panchín.

—¡Qué sé yo! —respondí—. A lo mejor viene a lo mismo que un día vino el Paragüero: no tendrá dónde dormir. Sabía yo que era sin sentido lo que decía, pero en ese instante no hallé otra cosa que decir. Me preocupaba también la presencia del fraile. Panchín se le acercó con lentitud y lo miró de arriba abajo:

—¿Y usted, pairecito, qué quiere?

—Buenas mañanas tengas, hijo. Su voz era amable y dulce.

—Güenas tenga usted, Padre —respondí viendo que Panchín seguía mirándolo sin responderle.

—El curita quiere hablar con el Zanahoria —explicó el Paragüero— y quiere hacerlo así él no lo desee. Vino anoche, como a las once y dice que lo esperará hasta que llegue. ¿Y ustedes, dónde estaban?

—Por ahí—respondió despectivamente mi compañero. El Paragüero era muy estimado, pero no se le permitía que se interiorizara de nuestros pasos ni de nuestra vida.

—Hijos míos, ¿podrían decirme dónde encontraré al Zanahoria? Necesito urgentemente hablar con él. Si no lo hago, sé que lo matarán y...

—El Zanahoria está ocupao —le interrumpió Panchín, con la visible intención de hacerle comprender que no debía preocuparse de cosas que no le importaban.

—Más ocupado estará dentro de poco. A las seis de la mañana toda la policía de Santiago vendrá a buscarlo y se lo llevarán vivo o muerto —dijo susurrando el sacerdote, mientras nos miraba con angustia.

Al oír esto, Panchín puso mucho más atención y miró con cierta deferencia al cura. Comprendió por su rostro angustiado que estaba diciendo la verdad y se hundió en la aurora que ya se acercaba, caminando en dirección a la Picá de don Segua.

Frente a la Picada me dijo:

—Vos vais pol detrás y hablai con el Puntete, ese qui'a veces nos compra choreos. Ile que le avise al Zanahoria y que le iga que se cabree de tomal tanto vino y que venga porque lo necesito.

Yo no tenía derecho, aún, a entrar a la Picada. Puntete y don Segua no me conocían como ladrón y en esa época no me dedicaba a la bebida. Hice llamar al tal Puntete:

—¿Está aentro el Zanahoria? (Veces había que hablaba fluvialmente, como tratando de impresionar).

—¿Y vos quién soi pa' que preguntís con tanta juelza pol el Zanahoria?

Uno sentía la impresión que algo muy punzante le estaba entrando por la barriga; oírlo hablar y saberse rasguñado por dentro, eran una misma cosa: de ahí su apodo.

—Yo soy el compañero del Zanahoria —contesté con diez pavos reales metidos dentro del pecho, creyéndome frente a las orejas de toda la humanidad. En el tan **puntudo** ese descargué mi ya incipiente orgullo hamponal. Puntete no pudo resistir eso de saber que su ídolo el Zanahoria se hubiese rebajado tanto y hasta el extremo de ser mi compañero, y para desquitarse se me vino encima con esta respuesta atroz:

—¿Qué te'stái imaginando, guanaco irreverente?

Como la ciudad, el río también tiene sus jerarquías y los delincuentes son celosísimos de ellas. Hay escalas y cuesta muchos subirlas.

Un “pelusa” es un simple Toño, y nada más.

Panchín ya es un “Cabro del Río”. Escalón superior. Para llegar a él se necesitan unos tres años de permanencia en el río, y demostrar que se posee iniciativa, decisión y otras capacidades. Debe saberse **copuchear** y **escapear**. Hurto ambos que se cometen aprovechando las aglomeraciones de gentes. Hay que soportar sin respingos ni quejas las flagelaciones policiales. De “Cabro del Río” se asciende a “Cargador”, ayudante del ladrón. Uno carga con el producto de los robos y si lo sorprenden tiene que soportar los golpes sin delatar al compañero. Quien subió este escalón, ya puede entrar a la rueda de choros; su voz y opinión son tomadas en cuenta cuando se prepara un delito, pero no decide; es, simplemente, un observador. La decisión corre por cuenta de los verdaderos choros. Sólo cuando ya se pasó por las etapas de “pelusa”, “cabro del río” y “cargador” se puede optar al “grado” de choro. Para licenciarse hay que “dar prueba”, entrando —el primero— al lugar del hecho, soportando las flagelaciones, si hay detención, debe viajar, conocer diferentes cárceles de distintos países:

internacionalizarse. A estos requisitos se unen ciertos “adornos”: cantar cuecas achoradas, beber barniz cortado con limón y violar una que otra vez a los novatos que pretenden entrar al mundo del delito. Esta es una prueba que se exige al principiante: “si éste suelta el culo, también suelta al compañero”.

Cuando se ha pasado por todo esto, se le puede decir a un Puntete, por ejemplo: “Yo soy el compañero del Zanahoria”. Si no se ha llegado a esa jerarquía y uno afirma ser el lugarteniente de un Rey del Río, no es extraño ni impropio que le respondan:

—¿Qué te está imaginando, guanaco irreverente?

—Güeno, ¿lo llamái o no lo llamái?

El Puntete se decidió:

- Oye, Zanahoria, aquí hay un cauro que ise sel tu compañero.

Al poco rato vino nuestro jefe, semiebrio. Se me acercó. Panchín, al verlo ya en la puerta, también vino. Le explicamos lo que había dicho el cura. El Zanahoria sonrió, dando a entender que sabía del asunto y del peligro que corría. Regresamos juntos al río.

—Ya sé, paire, ¿y qué sacan con andalme buscando? Ahora mesmo me les voy pa’ la Isla y naiden me desentierra di’ahí. Déjelos que vengan, no más. Ya verá el **guatacito** que se pegan.

—Mira, Ruperto (recién por primera vez supimos que el Zanahoria se llamaba Ruperto): sabes que tu madre, antes de morir, me encargó de tu suerte y destino...

—Paire —dijo el Zanahoria visiblemente descompuesto el rostro—, usted no tiene pol qué llamalme Rupelto: se jue el nombre que me pusieron ustees. Yo no quiero lleval el nombre de un comisionado, di’ un sapo veldugo. ¡Yo soy el Zanahoria !

—Bueno, hijo. Recuerda lo que hace pocos días hicieron con el “Pelado chico”. Lo mataron sin misericordia porque consideraron que se les había vuelto muy peligroso. Fue un asesinato. Eso mismo quieren hacer contigo. Yo quiero evitarte esa muerte premeditada. De todas maneras te capturarán. Debes entregarte. Te considero como hijo mío.

—Oiga, padre Antonio, tiene razón. Vamos pa’ la Isla. Espués de too lo que ijo no me hallo muy filme aquí. Vamos. Enfiló río abajo: sabía que le seguiríamos.

Llegamos.

El Mapocho se dividía dos kilómetros y volvía a reunirse hasta llegar al mar. En esos dos kilómetros estaba el refugio del hampa capitalina. La policía lo sabía, pero no se atrevía a invadirla, porque en aquellos años el grupo de delincuentes parece que era más valiente y audaz que el actual. O por lo menos, la policía no estaba tan bien armada. El comisionado le temía al ladrón de cierto renombre y a veces se creaba un contubernio entre ellos que sólo se fundamentaba en el miedo que producía el delincuente. Una vez los pacos quisieron invadir la Isla en misión de limpieza. Enviaron a dos para que hicieran labor de observación: murieron asesinados. En otra ocasión el Mapocho devolvió en traje de Adán a dos nuevos exploradores. La ciudad meditaba mucho sus incursiones, desde aquellas veces.

La Isla quedaba situada a tres kilómetros del último puente que cruzaba a la ciudad. Era espesa, llena de matorrales y con filudas rocas que hacían las veces de acantilados: cada roca era una metralla natural. El fortín fluvial tenía puestos de observación: durante veinticuatro horas nuestros perros estaban de turno. Una vez Pelotón desatendió el suyo por dárselas de Romeo: le quemamos la cola. Escarmentó. También tenía puestos de guardia,

renovables cada seis horas. Esta clase de vigilancia hacía poco menos que imposible el acceso si no se portaban salvoconductos, o no se era hijo del río.

Adelantado marchaba Pelotón, y no muy a su gusto.

Tales horas —las cinco de la madrugada— no eran las más apropiadas para andar de verbena, y menos guiando a un señor pollerudo y desconocido como ese cura. Agréguese la sed que el quiltro tenía por la farra de la noche anterior...

Nos acercamos.

Muchachones somnolientos, fogones semiapagados, quiltros tristes, tarros conserveros a medio llenar en acción. Una perra pretenciosa, ansiosa de que Pelotón le solicitara una audiencia o se acercara a rendirle sus respetos, y nuestro quiltro serio e importantísimo, con su rabo bien mojado; más nosotros: tal era el cuadro.

—Güenas —saludó el Zanahoria. El Gitano estaba haciendo de jefe del reducto.

—¿Tomái **pato**, Zanahoria?

—Dale al curita primero.

El Gitano alcanzó al sacerdote un tarro lleno de café. El río se había notificado que el Padre Antonio tenía derecho a estar ahí. Hasta los quiltros cumplieron, cesando en sus exámenes olfativos de la sotana.

—Gracias, hijos míos, no puedo beber nada. Debo irme pronto a decir misa.

—Digales, paire, lo que pasa —ordenó el Zanahoria.

—Se trata, muchachos, que a lo sumo en media hora más la policía rodeará la Isla. Viene en busca del Zanahoria. Lo quieren vivo o muerto. He venido a llevármelo.

Lo entregaré al prefecto, y quedará seguro que no lo matarán.

El río no respondió. Esperaba órdenes. El jefe meditaba. Miraba a los muchachos con orgullo de tener apoyo y seguidores.

Oímos un rumor.

—Ahí vienen —dijo el sacerdote.

El río tomó su resolución. El jefe lo había ordenado con su silencioso egoísmo brutal, con esa ley inhumana del hampa: "primero yo, segundo yo, y si sobra, yo". Había que resistir. Pero nuestra solidaridad con el Zanahoria no era por él mismo sino por nuestro común sentimiento contra la ciudad. Nuestro jefe explotaba el odio común.

Comprendiendo su deber, el Gitano salió apresuradamente del lugar y regresó al poco rato. Venía seguido por los muchachos del barrio Estación, por la pelusería del Matadero y Pila del Ganso. Eran los hijos del suburbio que ya conocían la situación. Llegaban sin saberse cómo. Cuando el Gitano salió en su busca, ellos ya venían. Había tenido que ordenar que los dejaran entrar solamente. El río sabe cuándo uno de los suyos está en peligro y acude sin que lo llamen ni le avisen. No acude a salvar a uno de los suyos: se trata de luchar contra la ciudad, y lo hace con placer y decidido.

Traían garrotes, puñales y odio.

Al frente de cada grupo marchaba un "comandante": otro Príncipe del Hampa. La delincuencia tiene sus fuentes propias de información. Unas son nacionales, otras internacionales. Sucede que a veces no les da importancia porque los delincuentes habituales sienten placer con la autodestrucción: se molestan estando vivos o libres mucho tiempo. Cuando se informan por adelantado de algún peligro, no hacen caso y perecen, **porque querían perecer**. Para la delincuencia no hay detectives astutos: hay delincuentes delatores o descuidados. Como los detectives son persistentes y los ladrones son negligentes, ganan los primeros y pierden los segundos.

Los hampones de la época supieron que se iba a realizar

aquella redada por lo menos con veinticuatro horas de anticipación. Sabían la hora y el lugar exactos; los colaboradores policiales, que jamás faltan al hampa, ya habían dado el aviso correspondiente. Si la dejaron venir, fue, únicamente, porque la cosa les gustó.

Con los recién llegados sumamos unos seiscientos. La batalla estaba por comenzar. Cada sector social empezó a buscar sus respectivas posiciones. Nosotros teníamos en favor una gran ventaja: el conocimiento del terreno. Así, el río casi tenía asegurada la victoria: de morir un policía, se lo debería a otro policía infidente y traidor con los suyos.

El Zanahoria apreció la situación, llamó a un lado al Gitano y convocó a reunión al resto de jefes. Hablaron. Luego se dirigió al sacerdote:

—Pairecito, ya ve usted, la cosa se pone seria. Estamos todos los del río. Déjelos que vengan, usted váyase. Sería mejor. Correrá sangre, Paire.

—Hijos míos: no les pido que abandonen a su amigo. Les suplico que me dejen actuar. Advierto que el sacrificio de ustedes será inútil. Si estos policías no pueden con ustedes, vendrán más; si esos que han de venir tampoco pueden, vendrán mil más. Al final ustedes perderán. Quiero entregar al Zanahoria a las autoridades porque sé que si lo entrego no se atreverán a matarlo. Decidan: no olviden que ustedes aún son niños. Unos niños...

Todo el río quedó en silencio. No calculaba los sacrificios ni los próximos peligros.

—“¿Niños nosotros?”

Nos mirábamos los unos a los otros. Mirábamos al río y hacia el puente. Veíamos nuestras vidas huecas y vacías, observábamos los garrotes y puñales que teníamos entre las manos y nos preguntábamos: “¿Niños nosotros?”

—“¿En dónde está Pinocho con su narizota enorme y quebrada por el manotazo de un furioso gigante?” “¿Y dónde el corazón de Pinocho, aquel que perdiera entre los bosques de Ozmur? ¿Será Mostachín? y Caperucita Roja, ¿será Mayita? ¿En dónde está el Viejo Pascual —el de rojo chaquetín y negro cinturón—, ese vejete humilde y sonriente que trae juguetes a los niños?”

—“¿Niños nosotros?” ¿Y nuestra escuelita? ¿Será la casucha de cartón y lata en que vivimos? ¿En dónde estará todo lo que este cura llama niñez? ¿En el solitario correr del río? ¡Hei, don Rupa! ¿Es usted el Mago de Oz? ¿Dónde están aquellas cosas agradables y cordiales que iluminan la vida de un niño y plasman su autonomía psíquica? ¿Dónde están?

—¿Dónde están? ¿Dónde es ¡tán!... ¡tán!... ¡tán! tán, tán, tán, tán, tán, tán... ¡Tán!... ¡Tán!... El río repetía nuestra pregunta y la respondía con el ¡Tán! ¡Tán! ¡Tán! de los tacones policiales que ya se acercaban avanzando por las losas fluviales.

Ahí venían.

No dábamos ninguna importancia al peligro. Primero queríamos saber por qué ese cura nos había llamado **niños**.

Eran unos sesenta hombres bien armados. Tomaron posiciones. A su mando venía un capitán. En la vanguardia se veía a los “comisionados”. El oficial hacía gestos con el brazo indicando las partes por donde nos podrían atacar y aquellas por donde podríamos escapar.

La Isla medía unos veinte metros de ancho por dos cuabras de largo, más o menos. En su perímetro había matorrales, roquerío, casuchas, troncos de árboles caídos y viejos sauces macizos, al pie de los cuales solían celebrarse los juicios y consejos del hampa. Los brazos de agua que la separaban de la orilla, medían unos doce metros de ancho. El fortín era casi inexpugnable. Para invadirlo sólo había

un camino: cruzar el río con el agua hasta la cintura. Era el único punto de acceso, y lo dominábamos nosotros.

A simple vista se comprendía que la táctica de invasión consistiría en llegar a la Isla avanzando por los costados, en movimiento de tenazas y eligiendo los puntos por donde el agua corriese con menos caudal. Había vados y los comisionados los conocían. El capitán dividió a sus hombres en dos grupos y les ordenó avanzar, separada pero simultáneamente. Empezó la acción policial. Era inminente el choque que se produciría cuando los grupos armados lograran hacer contacto con el ejército de pelusas que los esperaba. El Zanahoria previó aquella táctica. Nos distribuyó en fracciones, cada una al mando de un líder. Recibimos orden de tirar primero. Luego tendríamos que entablar la lucha cuerpo a cuerpo, cuidando, eso sí, que el policía que a cada uno le correspondiese no tocara tierra. Con puñales se le haría frente a las balas. Si la cosa se ponía crítica —a una señal del Gitano—, varios muchachos teníamos la consigna de vaciar unas latas de gasolina. Prendiendo un fósforo a aquella alfombra oleaginosa e inflamable, correría río abajo formando una protectora cortina de fuego. La policía ignoraba eso. La orden final fue arreglárselas como pudiera cada uno, y en la mejor forma posible. Había una sola misión: herir, matar y huir al interior.

Nos entusiasmaba pensar en lo que vendría. Esa era la primera vez que me enfrentaría con algo serio, acaso con la muerte. Los policías venían decididos a llevarse al Zanahoria, vivo o muerto.

Tuve miedo. Mucho miedo y odio. No me lamentaba del lío en que estaba metido. Deseaba que se diera la orden de vaciar la gasolina sobre el agua. Quería ver lo que sucedería: me sentí río, totalmente río. Me identifiqué con todos los delincuentes, a la espera del avance. Los sentí hermanos,

como si hubiesen sido los únicos seres respetables por los que se deba luchar. Recuerdo que miré hacia la ciudad y escupí despectivamente. Hubo un momento en que al mirar al fraile también me dio ira. Lo identifiqué con otros...

Comenzó el avance policial.

El capitán, con una bocina de latón puesta en la boca, dirigía la operación. Daba las órdenes de rigor. La aurora despuntaba y en las orillas del río empezaba a agolparse la gente para no perder el espectáculo. Varios hombres, oficiosamente, daban consejos a los policías, y eso me produjo más odio, más ira contra la ciudad...

Se hizo un silencio astral, interrumpido únicamente por el chapotear de los cuerpos que avanzaban. Los mirábamos y una fiera íntima nos hacía desear que se acercaran más para lanzarles nuestros proyectiles.

Una de las patrullas ya estaba a punto de lograr el contacto con nuestra ala izquierda, cuando de un extremo de nuestras filas alguien gritó:

—¡Ruperto! ¡Haz detener a esa gente!

Todo quedó inmóvil.

Nos pareció que la tierra se había detenido y por un instante las patrullas no avanzaron. Panchín a mi lado, quedó con su mano derecha encogida detrás de la nuca, su pierna izquierda estirada hacia adelante, como puede verse en esas estatuas que representan a un lanzador de la bala. Mi compañero quedó como petrificado, justamente en el momento en que iba a tirar un trozo de roca al rostro de un policía. Los hombres de la fuerza invasora, como obedeciendo a una muda orden, se volvieron para mirar hacia el punto de donde había partido el grito. Nosotros también miramos.

Ahí estaba: con los brazos abiertos en cruz, forrado en

su sedosa y vieja sotana, pedía el Padre Antonio misericordia. Había en él algo transparente y sobrenatural.

Estoy seguro de que a policías y ladrones, aquel grito nos desmenuzó el corazón, cual si un mortero nos hubiese dado en pleno pecho.

—¡Ruperto! —insistió el fraile, fuerte siempre, pero con acento pálido y semivencido; parecía el alarido de un muribundo que surgiera desde el fondo de un templo vacío—. Te suplico que pidas al capitán te permita venir a la Isla, acompañado de dos policías desarmados. Tú, con dos hombres, solamente. Te prometo que de aquí saldrás con Zanahoria. No te ... —Un violento bofetón lo interrumpió. Se lo había lanzado el Zanahoria, que estaba a sus espaldas. Al dar el golpe se le cayó una gorra que tenía puesta en la cabeza.

El cura se agachó con humildad, la recogió y se la devolvió, al par que le decía algo para nosotros inaudible por la distancia que nos separaba de ellos.

Entretanto, en la orilla opuesta, el capitán gesticulaba discutiendo acaloradamente con don Rupa, el comisionado. Sólo entonces vinimos a comprender a cuál Ruperto se había dirigido el Padre Antonio. Los que sabíamos que ése era también el nombre del Zanahoria, al principio nos confundimos.

Algún acuerdo surgió entre el comisionado y el oficial porque éste ordenó a los que avanzaban:

—Atención a las patrullas: ¡devuélvanse!

El Zanahoria hizo una señal al Gitano para que se le reuniese. Todos nos fuimos acercando. Parecíamos una caravana de esclavos egipcios. La ciudad nos miraba, formando larga fila en la orilla. Todos, completamente inmóviles, semejaban estatuillas de yeso. Cuando estuvimos junto al grupo formado por el cura, el Gitano y Zanahoria, éste nos explicó:

—El pairecito dice que lo arreglará too. Quiere que venga

ese verdugo de on Rupa con los dos pacos pa' que convelsemos. Cuando concluyó de decir esto guiñó su ojo amarillento y con el brazo izquierdo nos hizo la señal convencional del **cogoteo**: un gesto como el que hacen los luchadores cuando aplican la **llave** de pescuezo.

Comprendimos inmediatamente la intención de nuestro jefe: al admitir la conferencia propuesta por el cura, tanto don Rupa como los policías quedarían prisioneros en la Isla. Servirían de rehenes y podríamos imponer condiciones. Nos gustó.

Miramos al fraile con burlona piedad.

Desde la orilla en donde estaban los invasores vimos venir a don Rupa y los dos hombres, caminaban ahora con toda comodidad por un senderillo de acceso —formado con grandes piedras— que teníamos habilitado y que con anterioridad al ataque ningún policía se atrevió a tomar porque hacía un blanco magnífico. Mientras tanto el Padre Antonio conversaba con el Zanahoria:

—Te prometo que a lo sumo dentro de unos tres meses te sacaré de la cárcel. Te lo juro.

—Sí, pairecito —respondía el pelirrojo al par que nos miraba con complicidad burlona.

Sin que nadie lo ordenase empezamos a ocupar el lugar exacto que nos correspondía en tales circunstancias: cada cual eligió el punto desde el que podría saltar con mayor efectividad sobre la garganta de los que venían. Por selección natural los más grandes y fuertes se aprestaron para el salto feroz del **cogoteo**, y los más pequeños y débiles hicimos la rueda que en estos casos se hace para rematar la agresión de los primeros: para propinar los puntapiés que se dan a la víctima en el estómago de modo que quede atacada por dos frentes decisivos.

Así sucedió.

Con un salto automático, como si hubiese estado

contenido por un elástico, el Zanahoria se abalanzó sobre la garganta de don Rupa, apenas éste pisó el fortín. Los policías, al verse traicionados, hicieron amago de huir hacia el torrente, pero también fueron alcanzados por los otros muchachones. De la ribera opuesta salió un rumor de colectiva indignación. Los policías dispararon sus carabinas. Varios proyectiles pasaron silbando por encima de mi cabeza. Repentinamente cesó el fuego: no podíamos creer lo que estábamos viendo.

El Zanahoria, puñal en mano, estaba colgado por detrás del pescuezo de don Rupa y con la aguzada punta del arma amenazaba partirle el corazón. El comisionado tenía el rostro hacia el cielo, como si en la angustia de la asfixia tratase de salir de un pozo lleno de barro. A la vez, parecía un monacho, uno de esos espantapájaros que se ven en medio de las campiñas. Y el Zanahoria asomaba su nariz enorme por encima del hombro de su víctima que lanzaba el quejido peculiar del que hace un esfuerzo superior. Atenaceándolo más duramente por la espalda, alzó la mano en que esgrimía el puñal, para asesinarlo. Cuando la punta del arma estaba a escasos centímetros del corazón, el Padre Antonio alcanzó a prendérsela y doblándosela con una rápida **llave**, se la contuvo, gritándole:

—No, Zanahoria, ¿que es tu padre!

Han pasado muchos años. Si hubiese de vivir mil más, nunca olvidaría aquel instante. Todos los presentes —el Gitano, los pelusas, Panchín, los policías que habían acompañado a don Rupa y hasta el mismo Zanahoria—, todos quedamos estáticos y mudos con el nuevo grito del cura.

Parecíamos una instantánea.

Una instantánea captada por la vida, con una cámara fotográfica monstruosamente grande y negra.

Pero continuó el rodaje: poco a poco el Zanahoria fue soltando el pescuezo del comisionado; los policías que le acompañaban, sin pedirlo, fueron dejados de lado por los muchachones. La tropa que estaba en la ribera opuesta, se abrió en abanico como para recibir a un personaje. El capitán, con su bocina en una mano y su espada en la otra, miraba estupefacto la escena, caídos los brazos y semidobladas las rodillas. A mi lado, Panchín estaba con la boca estúpidamente abierta; y el Padre Antonio, con los brazos prestos, esperaba que don Rupa se moviera para no permitir que cayese al suelo. El Zanahoria dejó caer los brazos como si los hubiese tenido en alto durante muchos años, y sus manos —apuntando al suelo— parecían verter lágrimas por los dedos.

Libre ya de la presión, don Rupa viró con lentitud desesperante hasta quedar rostro con rostro ante su hijo. Lo miró cual si hubiese estado ante un cadáver cuyo rostro le resultara familiar; se unió a él —pupila con pupila, asombro con asombro— y le habló sin pronunciar palabras: le habló con el idioma de los pensamientos atroces que encierran una culpa, con las lágrimas frías y ácidas que confiesan un gran crimen y luego —sonambulesco, con una voz metálica que parecía salir del pecho de acero de un robot— preguntó el Padre Antonio, sin darse vuelta y sin dejar de mirar al otro Ruperto:

—¿Mi hijo? ¿Quién lo dice?...

—Yo. (Era una voz mosaica, tremenda, absurda). El cura se acercó, arremangó la camisa del Zanahoria y exhibió una cicatriz que tenía éste en el pecho: era la huella de una quemadura: “¿Recuerdas esto? Este hombre es Ruperto, aquel niño que tanto buscaste después que murió la Zulema. Es el hijo de la Zulema: tu hijo.”

—Mi madre... —susurró con una especie de ternura el Zanahoria.

—Sí. Tu madre. Jamás quise decirlo a nadie porque tu madre me obligó a prometerlo antes de morir.

Y tomando al pelirrojo de un brazo, violentamente lo arrojó en brazos del policía civil:

—Toma. He cumplido mi pacto: ¡Puedes llevártelo!

De una garganta salió un sollozo, algo semejante al “¡puf!” que se puede lanzar cuando por equivocación bebemos un poco de hiel. ¿Era el sollozo, realmente? No: era un alarido interior, blasfemia unida con oración, y lanzada hacia adentro. Don Rupa con la cabeza gacha —muy gacha— mirando el suelo, como tratando de encontrar la huella de su propia vida, rebuscando en la tierra los huesos acusadores de una muerta, como si sus arterias estuviesen llenas de aserrín, sangrando y en silencio, lloraba...

Y el río —nuestro viejo padre río— seguía bajando en busca del mar, mudo, silencioso, expectante...

Con los ojos espantosamente abiertos, el policía tomó a su hijo, y callado, con andar de buey herido, se dirigió con él hacia el senderillo que nos comunica con la orilla:

—¡Paso! —dijo masticando la palabra.

Le hicimos calle, con respeto y sorbiendo salivas amoniacales. Nuestro jefe seguía humildemente al hombre que le diera vida. Se soltó del brazo de don Rupa y agachado, como si quisiese caminar al uso de los perros de presa que en el suelo siguen una huella, lo siguió, solo, totalmente solo, sin que nadie le obligase a andar.

Los muchachos del río, de a uno por uno, fuimos pasando por el senderillo, detrás de los dos hombres.

Parecíamos una fantástica hilera de resucitados.

Llegamos a la orilla, el capitán hizo ademán de esposar al Zanahoria, pero su padre miró desafiante al oficial, y luego puso en sus ojos tanta mansedumbre y angustia, que éste no se atrevió a cumplir su intención. Los dejó seguir.

Los policías que formaban las patrullas invasoras, ya de nuevo con sus compañeros, abrieron calle y por el medio de aquel corredor uniformado, siguieron caminando el padre, el hijo y el sacerdote.

Sin darnos cuenta —ni ellos ni nosotros—, policías y pelusas seguíamos a esos seres; parecía que estábamos comulgando en silencio, bajo un templo de roca y agua sucia, adornado con sauces majestuosos que con sus ramajes inclinados sobre las aguas producían la impresión de unos viejos divinos y barbudos...

Al llegar al punto por el que los pelusas subíamos al puente, don Rupa esperó a su hijo. Desde la distancia vimos cuando se abrazaban y el muchachón partía hacia arriba, para hundirse en la ciudad...

Tras él, presuroso, pero triste y como victorioso, marchaba el Padre Antonio. Su sotana se agitaba contra el viento, llevaba la cabeza en alto, con majestuosa dignidad.

Don Rupa, junto al tajamar por donde habían subido el cura y su hijo, se quedó un rato inmóvil con las piernas abiertas, los brazos caídos y la cabeza gacha. Luego lentamente se dio vuelta, con pasos largos y pausados se acercó al oficial, lo saludó respetuosamente, juntando los tacones, le tendió sus manos y como el policía dudara, él mismo se puso una de las esposas.

Se colocó en medio de los dos guardias y partieron río arriba en dirección a la ciudad.

Al frente de la tropa marchaba el capitán: erguido, marcial, con los ojos llenos de lágrimas.

Por las losas del Mapocho sonó el tan, tan, tan, tan, tan, tan, de los policías que se iban... taconeando.

HERR KARL

Salimos a trabajar.

Nos vio Mostachín al cruzar el puente y lanzó su consabido saludo matinal: “¿Ya se van a chorriar, pelusones del carajo? ¡No pillarlos yo!”

Trotandito, Pelotón marchaba adelante. Nos detuvimos junto a uno de los pilares del puente. De pronto vimos venir, desde lejos, la imagen de algo que había roto todas las barreras de la delgadez biológica: con polleras larguísimas, gafas ahumadas y paraguas. Se acercaba rápidamente. Le hicimos calle para examinarla bien. Tras aquellas gafas venía un rostro de mujer montado en una armazón ósea tan aguda que producía sensación de alfilerazo. A la siga trotaba, muy mononito, un perro absurdo, mezcla vaga de Von Pilsener y Cocked Spanied, injerto extraordinario de longaniza y “colcha de flecos”. Donde se veía gato, se debía leer perro.

Seguimos caminando junto a ellos para observarlos mejor. Pelotón observaba lo suyo. La extraña pareja se detuvo al final del puente. Esperaban algo. Nos acercamos más. Nuestro perro se acercó a su prójimo, lo miró con displicencia, sin respeto ni temor. Como el “hijo de mamá” lo notase, trató de ponerse en evidencia con un “guau” muy

educado, aunque sexualmente sospechoso. Era el gritillo de su estirpe. Pelotón le respondió con un veguino y aguardentoso “¡guarra-guau!”. El **perrito bien**, un tanto desmelenado, se acercó a nuestro amigo y lo amenazó con un conato de femenino mordisco.

Pelotón empezó su batalla.

Hubo un nudo.

El “chico bien” se comportó como tal: gritó valientemente y con audacias heroicas se tendió en el suelo, junto a las faldas de mamá, y suplicó su intervención. Pelotón lo sacudió con ira fluvial. De un mordiscón patriotero y pueblerino lo obligó a pararse y se le enrolló en el cuerpo, como una faja. La flaca de las gafas la emprendió a paraguazos: el aire quedó lleno de flecos, trozos de longaniza y colmillos veguinos.

Cuando aumentaba el número de paraguazos, intervenimos nosotros. No estaría bien seguro si actuamos para salvar a nuestro perro o con el objeto de aumentar la confusión y poder robarnos el paraguas.

Nos duró poco el rato de lealtad.

Desde la lejanía del puente apareció Mostachín.

—¡Ya están en las mismas, pelusones del diablo! ¿Qué le pasó, señora? —La miraba. Estamos seguros que meditaba: “¿nació, brotó, bajo qué y cómo diablos pudo producirse esta mujer?”

Inglaterra —que era inglesa— desde su flacura miraba a Mostachín, aturdiéndolo con sus siglos de cultura: miraba a los perros, a nosotros y su paraguas que ya le habíamos quitado para con él mismo sobarle los lomos. No entendía.

En Mostachín habían confluído el policía, el hombre y el delincuente por contagio. Ninguno de los tres hallaba qué hacer. Como funcionario quería restablecer el orden, como contagiado por el río, se sentía vengado, y creo que el

hombre aplaudía secretamente la conducta de Pelotón y la nuestra. Mostachín también sabía amar. Comprendía que nosotros al agredir a la flaca estábamos reafirmando una posición efectiva.

La gringa empezó a retirarse, pero Pelotón volvió a la carga. Se lanzó sobre "Tití" y le dio el segundo sacudón: la risa que el asunto nos produjo nos hizo descuidar hasta el extremo que la flaca nos quitó el paraguas y reanudó sus mandoblazos.

Fuimos todos presos.

A las tres cuabras de andar, Mostachín, el funcionario, murmuró en voz bastante alta:

—¡Por la re flautas! Ahora que miro mejor a esta gringa, ¡si es la señora del gringo Karl!

Por esos años la actual policía uniformada de Chile —una de las más organizadas del mundo— estaba en formación.

"Herr" Karl era psicológicamente policial, y prusiano por añadidura. Ordenado, meticulouso, de dos metros de estatura, hijo de Junkers, con varios siglos de leyes militares en su cabeza rapada y otros siglos más de orden muy incrustados en sus ojos azul-roca: un aristócrata, y de monóculo. Jamás —ni siquiera cuando estaba solo y nadie podría verle— azucaró su té sin usar las tenacillas, nunca dejó de asistir a los funerales de un amigo, ni usó escarbadiantes; no se comió las uñas y cuando renovaba sus calcetines o pañuelos, jamás los compró personalmente. No producía la impresión de Gran Vaca Sagrada en reunión de altos jefes policiales, y estando lejos de ellos para ninguno fue el Gran Imbécil Ausente. No permanecía sentado habiendo una dama de pie, no daba limosna a los mendigos; y como invitado, después de comida, nunca había que insinuarle que se fuera.

Herr Karl era un caballero.

Tenía dos dioses: Wagner y Federico el Grande. Su padre nació y murió militar. Con la disolución del imperio germano el muerto reapareció de policía en la persona del hijo. Vino a Chile, contratado por un gobierno de orden, para que organizara el cuerpo policial (que tanto se necesitaba para evitar el desorden que suelen producir los gobiernos de orden), y antes de embarcarse para Chile, mamá Karl le recomendó hacer varias cosas: comprar bastante jabón, empacar libros, adquirir medicamentos especiales para las flechas envenenadas y aprender algo de castellano. Herr Karl compró jabón, libros, medicamentos y aprendió a decir: **indio, ladrón, mugriento, flojo y borracho**, y se embarcó.

Como su barco hiciera escala en el puerto inglés de Plymouth, bajó a tierra, naturalmente, para visitar la tumba del Soldado Desconocido. Conoció a la flaca. Hubo amor a primera desembarcada y volvió al barco, casado.

Ya en Chile se convirtió en el terror de policías y ladrones; le temían ambos bandos por distintas razones, eso sí.

Miss Karl no nos seguía porque quisiera asegurarse que Mostachín nos llevara a la comisaría. Le importaba que **no** nos llevase. Pienso ahora que quería demostrarle a Prusia que sus sistemas policiales eran tan ruidosos como Wagner, pero tan cojos como su Kaiser. La flaca soñaba con regresar a su patria y Herr Karl no prestaba mucha atención a esos sueños.

Temblamos ante la idea de llegar a la comisaría. La paliza que nos darían sería ejemplar, siendo la afectada nada menos que la esposa del jefe máximo de la policía. También a Mostachín, con seguridad lo arrestarían.

Empezamos a urdir algo. Panchín meditaba en extensión y hondura. Al fin dio con lo que buscaba. Me hizo una señal. Nos detuvimos. Inglaterra se nos acercó.

—Oiga 'ñora, su perrito puee morilse.

—¿What?

—El mío está enfelmo y moldió al suyo.

—¡Oh!

—Tiene que bañálo con agüita bien caliente y re contra salá. Y tiene que haselo ligerito.

—Well ...

—¡Vamos andando, pelusones del diablo! —ordenó Mostachín simulando prisa e indignación. Había oído todo y ya más o menos, entendía lo que pretendíamos. Le convenía que nuestro plan prosperara.

—¡Tese callao, ñol! ¿No se escurre que si llegamos al cuartél con esta vieja atrás, hasta usted mismo va a peldel?

En ese instante, y providencialmente, se acercaba una victoria, esos viejos carricoches del Santiago antiguo. La hicimos parar:

—¿Qué quieren ahura, mocosos del mismo emonio? ¿Creen que no sé que fueron ustees los que me choriaron una huasca? —dijo el conductor del carruaje, que hubo de detenerse por mandato del policía. Es de suponer que estaba enfadado.

—Suba 'ñora —dije al destroyer, empujándolo por la popa—. Le vamos a pasal su perrito. Súa On Mosta.

No hubo gran necesidad de empujarlo mucho porque nuestros propósitos coincidían con sus planes. Panchín me alcanzó a "Tití" y como Mostachín quería esfumarse pronto, bajó, y le pedimos que se llevara a Pelotón. Viéndonos en compañía tan distinguida, a regañadientes, el cochero castigó el caballo y partimos.

—¿Paónde los llevo, señora?

Era un asunto que sólo la flaca podía determinar y ordenar. Comprendía que algo estaba ocurriendo. Antes que lo comprendiera **todo**, ordenamos casi en coro:

—Siga pa'elante. Ya sele 'irá.

—¿Me van a' isil pa' ónde los lleo? No tengo este coche pa' paseos de huelfanitos.

La gringa le dio su dirección.

Seguíamos cruzando calles. Aquella victoria se me convirtió en calesita encantada.

Llegamos a la base de la flota inglesa.

Era algo que quiso ser convento y por extrañas circunstancias se convirtió en casa, quinta y monasterio. En la puerta de entrada se veía un gatuno león de piedra: reposado, dormilón y muy conspicuo. Más atrás una casucha: la residencia de verano de Tití. Al interior, unos aromos cansados y reumáticos. Les atribuí formas de ancianos y hasta me pareció que exclamaron “¡Oh!...” cuando al parquecillo vieron entrar tan extraño cortejo.

Nos abrió el infaltable Parker: librea que cubría unos veinte años de rancia y honrosa servidumbre. Pude oírle: “¿A quién anuncio, mister...?” La flaca se había agachado a tomar en brazos a Tití. Incluyó levemente la cabeza cuando vio a su ama.

—Agua salada, caliente. ¡Quickly, Parker!

El valet asintió y antes de salir revisó las miniaturas. Estaban encima del mármol de la chimenea. Nos miró. Indicó unos sillones. Nos dijo con el índice: “Siéntense”. Se alejó caminando como si tuviese un sable en la garganta. Con Panchín sentimos unas terribles ganas de darle un puntapié o clavarle un alfiler en el trasero. Aún no se había alejado cinco pasos cuando se devolvió, tan rápidamente como cuando alguien olvida su sombrero en un bus y quiere alcanzar el carruaje. Observó el mármol de la chimenea. Revisó, recontó y suspiró visiblemente aliviado. Dobló la espina dorsal como pronunciando un “excuse-me” y salió nuevamente.

Esperábamos que volviera la flaca cuando, debajo de un

estante de caoba, vimos que tímidamente asomaba su culata la caja de un violín.

Entre quienes compraban nuestros hurtos teníamos pedidos de violines, pero nuestra actividad hamponal se movía en torno de verduras, huesos, carnes y legumbres. ¿Violines? Eran cosas del otro lado, como denominábamos a la ciudad. De manera que ver esa culata y desear expropiar aquel violín, fue una sola cosa. Nada dijimos. Ninguna señal nos hicimos, pero la expropiación había quedado decretada. La riña de Pelotón con Tití había hallado su variante.

Puerta del living, completamente abierta.

Parque.

Aromos.

Panchín y yo: la cosa era fácil. Uno de los dos llevaría el violín a los aromos y regresaría antes de que volviera el valet.

Así fue.

Pero cuando estaba ocultando la caja bajo las ramas centenarias de los graves aromos y cubriéndola con unas basurillas, se me ocurrió abrirla: vacía.

Panchín llegó corriendo con el instrumento. Se había dado cuenta que estaba junto a la caja, y no dentro de ella.

Retorné a la base. El trío nos esperaba: la flaca, Parker y Tití.

Gringa y valet miraban las miniaturas y un reloj sobre la chimenea: ahí estaban... "Tantas idas y venidas, tantas vueltas y revueltas, ¿qué será... ?" Parker revisó otra vez. Sin ninguna circunspección recontó con el índice las miniaturas. Paseaba sus ojos por el living, revisaba y revisaba.

—¡Oh, Parker! ¿Y el violín?

—¡Oh, sí! ¿Dónde está el violín? —coreó el valet.

—¡Guau! —adhirió el cobarde pelafustán.

—Entreténlos. Yo me largo para alcanzar hasta los árboles y llevármelo —le aconsejé a Panchín.

Empecé una retirada estratégica.

—¡Stop! —bramó Parker.

—¡Police! ¡Police! —chilló la flaca.

—¡Guaaaaauuuu! —el muy ruin. ¡Y en cuán mala hora para él lanzó su gritillo feminoide!

Cuando todo estaba perdido, cuando Parker tenía la certeza de que le faltaba por lo menos una cosa y cuando el mundo ya se nos venía encima, apareció —cual príncipe que llega a luchar con los dragones— nuestro amado Pelotón.

Sólo después supimos cómo vino. Como una tromba irrumpió en el living, atraído por el “guaaaauuu”. Se lanzó sobre su autor. Hubo el tercer nudo. Panchín y yo nos largamos hacia el aroma. Desenterramos. Agarramos. Nos fuimos. Habíamos corrido unas dos cuadras cuando Panchín recordó:

—Degolvámonos, Toño. Dejamos al quiltro en cana en la casa.

—¿Tai loco? ¿Querís que nos lleen presos?

Corrimos un poco más.

Creo que cuando Pelotón llegó al río en la lejanía cantó un gallo.

Con atroz monotonía movía su rabo, pausadamente, de izquierda a derecha y viceversa. Desde ese ojo en compota nos miraba la conciencia

Nos dieron ganas de tirar la conciencia al río.

Esa tarde nos cambiamos a la Isla. El Paragüero quedó con nuestra choza. Los periódicos dieron gran despliegue a la noticia... “Un importante robo ocurrido a la luz del día y en la residencia del jefe de la misión organizadora de nuestra policía, demuestra claramente el auge que ha tomado nuestra

delincuencia. Los cacos se llevaron un valioso violín...”

Nunca fuimos detenidos por el robo. Herr Karl era todo un caballero. Cuando los diarios empezaron a hacer escarnio de la policía, él anunció que sus cosas habían aparecido, y que los ladrones habían sido ubicados y detenidos.

Para Herr Karl, primero estaban el honor y prestigio de la institución policial.

PRIMERA ENTRADA AL REFORMATARIO

Al concluir el invierno, cuando salíamos de la función vespertina de un cine, una redada policial nos capturó.

De la comisaría fuimos enviados al juzgado de menores por “vagancia, mendicidad, no tener residencia, ocupación y nombre conocidos”. Pasamos al reformatorio. Panchín se fugó a los pocos días sin avisarme. Cosa que me resultó bastante desagradable.

El reformatorio tenía un poco de todo: cocinería, cárcel, prostíbulo, taller, escuela, templo, hospedería, y hasta reformatorio cuando venían a visitarlo las autoridades judiciales, una vez al año.

El personal administrativo y de vigilancia lo componían un director, un secretario, un inspector general, siete inspectores subalternos, una maestra primaria, varios jefes de talleres inexistentes, un ecónomo, un portero y un “tiuque”(*) amaestrado que de noche graznaba cuando algún menor quería evadirse, saltando las murallas.

(*) Ave silvestre semejante a la gallina.

Los inspectores se “ayudaban”. El Guatón Mazuera —inspector general— todos los días nos daba lecciones de soplónaje y delación. El director llegó a ese puesto luego de dedicar toda su vida a la científica tarea de cuidar las vacas de un establo que poseía en el sur de Chile. Un día el Estado le pidió que se sacrificara por los intereses superiores de la comunidad: vendió las vacas y asumió el puesto. Pero no pudo olvidar las vacas... Era gordo, meliflúo, moreno y de potente vozarrón. Su secretario también era gordote: mediana estatura, maduro, rostro color a sala de Tribunal del Crimen. Usaba tres pares de anteojos: para ver, conversar y enojarse. El director tenía uno solo. Enojado, se los ponía en la punta de la nariz. Conversando, al centro. Para ver, se los sacaba. Quizá tras los cristales pretendía ocultar su mediocridad y pequeñez.

Había un capellán: el padre Fermín. Por su justicia y rectitud, director y secretario le odiaban a muerte. Para solaz visual de los mandones había una maestra de escuela: dulce, afable, hermosa, ojos verdes, pelo rubio, vientre embarazado: estaba a salvo.

El Guatón Mazuera era el poder detrás del trono: gris, gordo, semicalvo, nariz rojiza, cara granate desde el labio superior hasta donde se diluía su calva. No tenía frente ni mentón. Tenía ese aspecto que a veces los periodistas llaman “un conocido hijo de vecino”. Tronante, sargentoso, de aliento insecticida. Siempre andaba a la caza de algo: fugas, coimas, chismes o críticas contra la administración. Cuando no podía saber nada, con los chicos de su confianza organizaba “investigaciones” o “descubrimientos”. Parece que amaba el orden externo porque llevaba en el alma mucho desorden. Tenía su legión de “teléfonos con patas”, como denominaba a sus confidentes. Era ésa una maquinaria de delación y espionaje tan bien montada que en el reformatorio no ocurría nada sin que él no lo supiese con anticipación.

El niño —yo fui uno— adquiriría una visión deformada de la relación humana. El instinto de la asociación se le desquiciaba porque veía que en el contacto con las gentes tenía que usar del espionaje. A mí pudo formárase un concepto policial de la vida puesto que observaba que los “teléfonos con patas” creían actuar bien cuando urdían sus enredos y chismes. Las autoridades me aseguraban que éstos eran los futuros miembros de la sociedad, pero al verlos traicionarse, yo pensaba que tal sociedad no podía ser muy respetable. El Guatón Mazuera —para mí— representaba aquella comunidad social de la que con tanto fervor nos hablaba la maestra de escuela. Me resultaba mejor y más respetable el símbolo “Zanahoria” que el “Mazuera”.

Amé más al primero y sentí profundo desprecio por el segundo.

En un orfelinato se me habían dado azotes para que aprendiera a respetar y amar a Dios. No lo toleré. Busqué otra manera de amar.

Ahora —en un reformatorio— se me exigía que fuera un delator para que demostrara mi amor a la sociedad y a las gentes. Tampoco lo toleré. Permanecí en el reformatorio lo necesario para que pasara el invierno, y luego, una noche me fugué.

Llegué al Mapocho al empezar la primavera.

El Paragüero estaba triste y meditaba.

—Casi todos los antiguos se fueron para la Isla. Yo sigo aquí porque me gusta y los pacos no me molestan.*Saben que no robo. Arreglo paraguas descompuestos, como siempre. Estos meses fueron duros. Debe ser agradable pasar el invierno en el reformatorio. ¿No habrá reformatorios para viejos? Se come, se duerme bien arropado, ¿verdad? Más abajo hay unas casuchas nuevas. Las habitan algunos niños

que llegaron después que ustedes se fueron. El Paragüero —como siempre— redactaba al hablar. Algunos lo detestaban por eso. Otros no podíamos resistir el encanto de su buen decir. Yo tenía una vaga idea de lo que es una academia y me sentía transportado a ella. A otros imponía respeto su sello aristocrático, y les hablaba de un mundo desconocido. Prosiguió mirando al río y dándome la espalda: “Entra. Es tu casa. Ahí están el mismo tarro, la misma piedra del fogón y las mismas cosas de antes. Toma café. Puedes dormir ahí, en ese rincón. ¿Recuerdas que así me dijeron ustedes? Te devuelvo la mano...”

—Sí, recuerdo. —Me dio tristeza decirlo—. ¿Y Pelotón?

—Se lo llevó el río. Pude rescatar su cadáver. Lo enterré. Sabía que tú volverías y pensé que desearías ver su tumba. Allá —me señaló un montículo de tierra— junto a esa piedra: anda, velo. Junto a esa roca, en la que retozaba cuando quemaba el sol.

Junto a una roca, bajo un túmulo de piedras, estaba enterrado mi Pelotón. Me acerqué sin poder dejar de mirar la tumba. Ahí estaba mi perro inundo y simpático. Sus lanas grises y sus ojos húmedos —uno de ellos en perpetua compota— estaban hundidos en lo profundo de la tierra. Llegué junto a la tumba y la miré con el deseo de perforar las piedras. Transcurridos casi treinta años, lentamente sigo acercándome a esa tumba: seguiré acercándome cada vez que sienta pena y aflicción.

Estuve parado bastante tiempo. No sé cuánto. Eso, jamás se sabe. El tiempo no cuenta en esos momentos: desaparece bajo la sensación de la vida intensa. Fue aquél un largo espacio de vida y muerte: largo, muy largo, como larga podría ser la sombra de Dios, como extensa es la distancia que recorre un rayo antes de morir. ¡Tengo tantas cosas que decir! Estuvieron en mí más de treinta años. Las repito,

ahora, frente a esta tumba de papel. Pelotón sigue muriendo en mí todos los días, y porque no lo olvidaré, él jamás morirá. Creo que ésa es la idea de eternidad. La muerte ante el amor.

Bajo aquellas piedras estaba enterrado un pedazo trivial y trágico de aquella infancia mía que buscó el estiércol para defenderse de la soledad. Hay emociones que a veces tratamos de explicarlas, pero que no caben dentro de las letras. Son sentimientos que las palabras no pueden reflejar porque contienen la inmensidad de la nada y surgen de la escalofriante grandeza del amor. Para expresarlas, el poeta recurre a la nube, a la estrella, a la flor o al suicidio; el santo al martirio, y el hombre a un beso. Al través de ellas sentimos que el dedo de Dios nos golpea las espaldas como para hacernos detener, como para que miremos hacia atrás y nos enfrentemos con lo eterno. Bronce, roca, diamante: ¡Sensación de eternidad! Palabras emocionales que se confunden y agregan al “tic-tac” de un reloj que nos martillea el corazón. Impresión de niñez y sepultura, visión de hostias pisoteadas, sensación de capullos y pétalos, convertidos en amenazantes puñales...

De lo hondo de la tierra de la orilla me llegaba su “guau-guau”, siempre escandaloso y exigente, a veces canallesco. Estaba frente a él y sentía vergüenza porque en mis manos no tenía un paquete de huesos robados en las carnicerías de la Vega. Mi perro ya no necesitaba huesos (hay tumbas que guardan los restos de niñas que ya no pueden jugar con sus muñecas, y uno ve junto al nicho un mono de trapo que con los brazos abiertos, **espera**).

Supe que sentía necesidad de paz y quietud: se la di con mis lágrimas.

El río iba en busca del mar. Al oírlo correr sentía que su cauce estaba formado por mi propio llanto.

Sentía el “crac-crac” de sus patitas resonando sobre los

adoquines en las gélidas mañanas de invierno cuando con él y Panchín nos levantábamos para ir a robar los tres a la ciudad. El perrito nos seguía a prudente distancia. Se lo habíamos enseñado. Iba ladeado al andar y reía como un chicuelo travieso. Escuchaba su acezar de comediante, aquel jadear suyo tan lleno de maldadasas intenciones perrunas. Lo veía escudriñando el horizonte del puente para ubicar en la lejanía a la anciana cargada de paquetes. Recordé sus ataques estomacales, simulados, y escuché a la vieja: “¡Ladrones! ¡Mi paquete!”

Lo veía reír bajo las piedras.

Era la misma carcajada que lanzaba cuando, a hurtadillas, entraba al cine para ser el primero en llegar a nuestro rincón.

Con palomas de papel —a manera de proyectiles—, ejercitábamos la puntería, tomando como blanco las calvas brillantes de los vejetes de platea. Pelotón, con sus manitas puestas sobre la baranda de galería y con sus ojos picarescos, indicaba si habíamos dado en la calva o si debíamos rectificar el tiro. Cuando hacíamos “blanco”, él se acurrucaba entre nuestros pies descalzos, como pidiéndonos amparo. Era deliciosamente cobardón, como lo es todo aquello que merece ser amado. (Nos incitaba a que hiciéramos de francotiradores, y luego pedía refugio al verse sorprendido).

Tras aquella tumba también estaba su colita. Ese rabo corto, siempre enhiesto, que sólo lo agachaba cuando nos robaba alguna cosa. ¿Cola erecta, cola móvil? ¡Quiltro honrado! ¿Cola gacha, cola quieta? ¡Quiltro ladrón! A veces se daba a la tarea de cazársela y giraba y giraba sobre sí mismo, tratando de capturarla con el hocico. Cuando comprendía que no lo lograría se detenía y nos miraba con su ojo en compota, como diciéndonos: “¿Qué se ríen? ¡Es mi cola!”

Desde lo hondo del río me llegaban sus gruñidos

nocturnos, esos gritillos de caballero molesto porque ha olvidado la llave y no puede entrar. Oía el rasguñar de sus manitas insistiendo sobre los tabiques de nuestra casucha para que le dejáramos entrar. (¿No sabíamos, acaso, que él también tenía derecho a jugar al amor con las quiltras del río?).

—“¿Qué se creen ustedes? ¿Por qué no puedo llegar un poco tarde ? ¡Abran! ¡Abran!...”

Sentí que me tomaban del brazo.

—Toño, ven a beber tu café. De todos modos habría muerto. Los echaba mucho de menos. Ni siquiera me dejaba trabajar con los paraguas. Ultimamente parece que estaba volviéndose furioso. Lo sepulté envuelto en el gangocho que le servía de cama.

Me retiré.

Pensé en un soldado que había visto enterrar envuelto en la bandera nacional.

EL CAUCE

El río tiene su antesala: el cauce.

Allí viven los niños que por cualquier razón abandonan su hogar y al ir al río se asustan tanto que éste los rechaza. Sólo robando podrían quedarse en él, pero esto los atemoriza. Ningún río que se respeta da albergue a chicos honrados.

Sólo un cauce podría ser la antesala de un río. Los niños que ahí viven son raptados por los pelusas. Participé en varios raptos. En primavera el sexo despierta. Un pelusa con hambre sexual se convierte en un monstruo. Nos juntábamos al amanecer, elegíamos un jefe de expedición y nos íbamos a la cloaca “en busca de carne”.

En el Santiago de aquella época —y aún ahora— había varios cauces, a los que se bajaba por unas chimeneas naturales. Al cauce nadie se atreve a entrar si no se lo conoce bien, ni siquiera la policía. Pero no hay pelusa que desconozca los vericuetos de una alcantarilla. Es su refugio en caso de persecución policial. Nos hallábamos en nuestro terreno.

Avanzábamos por la cloaca hasta encontrar a los niños que no se habían atrevido a robar. Llevábamos armas porque sabíamos del miedo que inspira un puñal.

Los encontrábamos acurrucados y les ordenábamos que se levantaran. Entumecidos, los chicos, abandonaban sus jergones y algunos trataban de congraciarse con el jefe de los invasores. Reían con tal estupidez y tanto temblaban que a veces los compadecíamos poniendo mucho desprecio en el sentimiento. Pero poco duraba nuestra compasión: **el delincuente no tiene derecho a sentir piedad.**

Continuaba la "inspección". El jefe tocaba nalgas y miraba piernas hasta que se formaba un criterio sobre la mercadería. Se hacía la selección: los buenos a la izquierda, los malos a la derecha. Se invertían ciertos órdenes religiosos. Separados, el jefe invasor daba la orden preconvenida. Aullando, como horda primitiva, nos lanzábamos sobre ellos. Con el plano de nuestros puñales les pegábamos en la frente hasta hacerlos arrodillarse. A otra señal nos hacíamos los descuidados y los chicos huían: justamente lo que queríamos lograr.

Se iban cauce adentro, pero todos volvían. Mientras más se penetre en una cloaca más aterradora es la impresión: pozos traidores que se forman al romperse las baldosas centenarias, ratones enormes, laberintos por los que uno gira y gira, corre y corre y siempre vuelve al mismo punto de partida, oscuridad rota apenas por una semiclaridad de sepulcro, el eco estruendoso de los propios pasos, un huracán que se escucha cerca y que sólo es el sonido de la propia respiración, el vahído que producen las miasmas al exhalar gases amoniacales, tómulos de excrementos que se acercan al que huye como queriéndolo encerrar, lenta y mortalmente; goteras acompasadas y perforantes, estruendo lejano de los vehículos que pasan por allá arriba, concavidades siniestras, gatos huraños y salvajes que jamás han salido de la cloaca y que al ver a un ser humano maúllan como hienas... y el corredor a lo lejos, inalcanzable, interminable...

Cuando regresaban, los “ablandábamos” a trompadas y puntapiés, y luego los hacíamos formar en fila ordenándoles que buscaran la salida. Temblando llegaban a la calle. Subían por la chimenea de tierra y trataban de huir nuevamente. Los dejábamos correr. Conocíamos las calles mejor que ellos, y es difícil huir de un pelusa. Al verse capturados otra vez se desmoronaban.

El “tratamiento” había concluido.

De ahí en adelante podíamos hacer lo que quisiéramos.

Venía el reparto.

Los jefes primero. Con los elegidos volvíamos al río.

Algunos se quedaban con nosotros para siempre. Eran motejados de “huecos”.

Para el hampa, un “hueco” es un individuo en toda forma despreciable. Los hay de diferentes categorías: los declarados, los que lo son en secreto y aquellos que provienen del cauce.

Un homosexual declarado tiene acceso al grupo, siempre que posea alguna “virtud” especial: que robe bien, que sea un “innovador”, o que proceda de una familia de hampones, que las hay, y muchas.

Los no declarados —o de “tapiña”— son aquellos ladrones que con el correr del tiempo, y por razones que no sabría explicar, desembocan en el homosexualismo luego de ser grandes mujeriegos. Para éstos existe un respeto aparente: tienen voz y voto en el cónclave delictual, deciden cualquier acción, determinan cómo se debe cometer un delito, pero llega un momento en que son “aclarados” (descubiertos en público), y ahí quedan señalados para siempre. Pierden su ascendiente así haya sido muy fuerte.

Los que provienen del cauce tienen un destino singular. Saben que un pelusa de alcurnia jamás olvida cómo llegaron

al río y qué les sucedió al ser traídos. Buscan la “redención”, a través de los actos de violencia ostentosa, y con el tiempo derivan en asesinos. Sin embargo, jamás vi que uno matara a su violador. Les vi rindiéndoles servidumbre. Tampoco vi que un **hueco** proveniente del cauce fuese aceptado en el círculo “aristocrático” del hampa. Puede llegar a convertirse en ladrón, mas no por eso se le considera delincuente, “choro”. El grupo lo rechaza hasta que muere. Lo tolera porque roba, simplemente.

A este “trato” quedaban sometidos para siempre los muchachitos que caían en nuestras “redadas” hamponales a los cauces.

LOS PEGADORES

El río también era invadido.

Los pegadores, a pesar de moverse en torno a nuestro mundo, no pertenecían a él. Un pegador, por lo general, es violento, astuto, bebedor, mujeriego y bailarín. Trabaja de cargador, lustra zapatos, vende periódicos, explota mujeres. Lo atrae el encanto del hampa, sin embargo no roba: sólo se atreve a matar, y pega puñaladas a mansalva. Por eso el río no lo acepta. Como debe demostrar que “sabe pegar”, anda huyendo siempre de la justicia. Merodea en torno a la sociedad y el río sin encontrar la aceptación de ninguno de los dos. Se siente despreciado por el hampa y por la ciudad; tal vez por eso se devuelve contra el más débil. Pero el río, aunque no lo acoge, tampoco lo delata; y la ciudad no lo persigue mucho porque sabe que elimina delincuentes. Habitualmente se le reconoce al mirarle el rostro y el abdomen: llenos de cicatrices por heridas que se ha inferido él mismo; cree que con eso logrará infundir temor al hampa y ésta es otra razón para que el ladrón lo deteste. Sabe de su comedia y él sabe que puede engañar a cualquiera menos a un delincuente. Anda siempre buscando las espaldas, por eso para el ladrón no hay mejor amigo que una pared. Cuando

un pegador es apuñalado por un ladrón, su grupo se ofende y los otros pegadores se sienten en la obligación de vengarlo. Organizan invasiones punitivas contra el río. Lo hacen cuando saben que en el río sólo están los pelusas. Con los líderes no se atreven. Hieren, violan, patean a quien encuentran y raptan a los más pequeños o inexpertos, y a veces hasta matan. En sus tabernas, después, emborrachan a los rehenes hasta que pierden el control de sus actos y...

—Toño, parece que esta noche tendremos “mocha”(*).

—¿Por qué? —No le daba mucha importancia a la advertencia.

—El Zanahoria le rompió la guata al Cafiche España.

Este ejemplar humano existió en los primeros decenios de este siglo: alto, apuesto, rey del Santiago nocturno, bailarín, mujeriego y exacto para clavar su puñal. Andaba siempre buscando a quien pegarle; como pregonaba, tenía “hambre de ladrones”.

—La peliamos, Panchín, con quien sea. Si vienen, ya verán.

—¡Qué vamos a hesel nosotros, tonto! ¿No sabís cómo pegan?

—No tengái miedo.

Quería dárme las de guapetón.

—Ya te veré cuando vengan pa’cá. Habrá que meterle(**).

Llegó la hora. Esa misma noche, cerca de las diez. Había nubosidad y el río estaba embravecido por los deshielos. Los más grandes estaban en el circo.

(*) Pelea.

(**) Luchar

Llegaron.

Eran unos veinte. Pudimos oírlos cuando de a uno en uno saltaron los tajamares de adobes. Lo hicieron al compás de un silbido: señal del hampa; único hábito que se les permitía usar. Los comandaba el Cafiche España. Por su estatura podíamos reconocerlo. No avisaron ni dijeron nada: actuaron. Cuando Panchín los vio reunidos huyó advirtiéndome:

—Arranquemos. Si nos queamos, vamos a cobral(*).

La nubosidad fue perforada por una luna intensa. El río brilló como una serpiente de plata. Se diría que las aguas, al arrastrar piedras y leños, lanzaban macabras carcajadas. Cuando se cercioraron que estaba solo, se detuvieron, hablaron en voz baja y el Cafiche España se adelantó. Venía a pasos pausados marchando contra los rayos de la luna. Su rostro parecía estar cubierto de harina: albo, vidrioso, como carne de pescado. Caminaba con tanta lentitud que se diría que pensaba con los pies. Llegó a menos de cinco metros de distancia del punto donde yo estaba:

—¿Y vos por qué no arrancái también? ¿Que te creís muy guapo? ¿No sabís quién soy yo? Miraba hacia un lado, sin darme el rostro.

En la mano yo tenía una piedra filuda que había recogido cuando los oí saltar:

—Acércate, cafiche, verís lo que te pasa.

—Pelusita del carajo. Te voy a dal una ventajita: tira tu pieira, pero si no achuntái no respondo por lo que te pase después. ¡Ya! Tírala. No me miraba. Hablaba con el río, con las piedras.

(*) Recibir golpes.

El "tírala" me sonó como una orden. Vi a muchos hombres conjugados en ese que tenía frente a mí: entre ellos a Papá Mono. Lancé el peñascazo. No di en el blanco, a pesar de estar tan cerca. El miedo. La piedra rebotó en un tajamar: ¡blom! El cafique lanzó una carcajada, retrocedió un poco como para mirarme y nuevamente empezó a avanzar con la misma lentitud de antes. Era el paso lento que he visto cuando caminan los ciegos. Esbozaba ahora una sonrisa extraña. Su rostro se me hizo más albo. Distorsionaba la boca como si estuviese tratando de comerse los dientes. No lo veía venir: lo sentía. Sus pasos repercutían en mis pupilas y en mi abdomen. Me sentí como puede sentirse el que despierta vivo dentro de un ataúd. Llegó a mi lado. Se detuvo. Inmóvil. Transparente. Pescado por todos los poros. Como el cazador que se agacha a recoger la pieza recién tumbada de un tiro, aquella gigantesca figura humana se agachó y me tomó violentamente de la parte de atrás del pescuezo. Me lanzó boca abajo en el suelo, cruzó mis brazos en la espalda y me amarró con una fina bufanda de seda blanca que había venido enrollando en su mano mientras avanzaba. Me llevó en hombros hasta donde estaban sus compañeros, me tiró sobre las losas del río y me patearon. Perdí el conocimiento.

Dos días después aún estaba en un tabernucho de los extramuros de Santiago. Un hombrón enorme que caminaba lento como un ciego, de bufanda blanca al cuello, me decía: "Bebe, bebe, bebe, pelusita del carajo". Junto a mis labios ponía un tarro lleno de vino ordinario.

Por tres noches bebí mucho.

EXPULSIÓN

Más o menos estuve cuatro semanas luchando entre la vida y la muerte. Todos los pelusas del río robaron para comprarme remedios. Todos, hasta Panchín.

La situación se presentó cuando ya pude caminar. No estaba enfermo, me habían curado y cuidado. A los pocos días de convalecencia vi a Panchín:

—¿Vamos para la Vega? Tenemos que hacerle empeño. No hay plata pal' morfe(*).

—¡Qué morfe! No pensái más que en comer. ¿Te duele todavía? No pensís en hacerle empeño.

Panchín dijo esto como gritando. Con ira. Lo miré fijo a los ojos:

Me insultaba. Su tono era de agresión, de reproche y desprecio. Me sentí como ante un juez. Me extrañaba porque no sabía lo que había en mi contra. Presumí que mi enfermedad hubiese curado más de lo prudente y como no había podido robar... Se me acercó el **Medio Té**:

(*) Comida.

—Toño, tenís que ilte pa'l cauce. Aquí no te poís queal más.

Con él habían venido varios más. Me miraron. Me punzaron con los ojos. Fui mirándolos de a uno por uno.

Vi el mismo desprecio que había notado en Panchín. Mientras recorría el círculo, con el labio inferior estirado me demostraban algo como asco. Estaban mudos. No decían nada y eso era lo que me resultaba más doloroso: se reían. El Medio Té era el único que me concedía una mirada compasiva. Pestañeaba, miraba hacia el tajamar, volvía los ojos al lugar en que yo estaba y me decía sin palabras, eso sí: "¿Qué esperas? ¿No oíste que tenís que irte?"

Traté de hablar e intenté acercarme al más próximo. Rápidamente se me alejó como si yo hubiese sido un apestado. Con él se alejaron todos. Panchín fue a nuestra casucha, entró, sacó mis viejas camisas remendadas y mi jergón, y lanzó todo al medio de las losas. Era el acto por medio del cual se expulsaba del río a un pelusa.

Lentamente fui hacia mis cosas. Las miré una por una. Reflexioné que vestía unos pantaloncitos muy estrechos y no debía agacharme. Las cicatrices me dolían aún mucho. Sentí frío a pesar de que el sol alumbraba fuertemente. Me dieron intensas ganas de llorar, pero me contuve porque con el rabillo del ojo vi que me estaban mirando. Todos estaban parados frente a las puertas de sus casuchas —los nuevos y los viejos— y parecían estatuas como las que uno ve en las ojivas de los frontispicios de algunos templos. Pétreos, inmóviles, mudos.

Subí al puente y encontré a Mostachín. No me miró. Había estado observando la escena. Hizo como que no me había visto. Se alisó el bigote y simuló estar mirando la lejanía. El paco conocía las leyes del río. Me dejó pasar.

Los pelusas seguían inmóviles en las puertas. Mostachín escupió sonoramente. **Sentí** el impacto de la saliva cuando cayó sobre el agua del río.

Iba en dirección a la Vega. No tenía dinero y pensé que debía robarme alguna cosa. Vi al Gitano:

—Toño, si vai pa' la Vega, degüélvete mejor. No poís il más pa' allá. Andate pal' cauce.

Me sentí acorralado. Perdido. Solo. Sabía que mi lugar era el cauce. El **hueco** del cauce. Mientras estuve enfermo no quise admitirlo. Creí que ellos olvidarían. Ni siquiera podía robar en la jurisdicción de los pelusas. El cauce: era mi única salida. Sentí pena. Pensé que podría volver donde mi madre, pero resueltamente y con odio decidí no hacerlo. Eché a andar sin rumbo.

Mientras caminaba iba pateando piedrecillas; quería engañarme con algo para no sentir bien lo que me estaba ocurriendo. Sentí una lástima y una piedad inmensas por mí mismo. Tenía un frío quemante. Las viejas pasaban a mi lado cargadas con paquetes: no sentía ningún atractivo al verlas. Desde la lejanía me llegaban los ladridos de los perros del río. Quise estar muerto como Pelotón, puente abajo. Vi a los muchachos que jugaban entre ellos. Parecían haber olvidado que un día existiera un Toño. No me ocurría lo mismo. Los amaba. Quería regresar. Ansiosamente esperaba que alguno me llamara: habría vuelto corriendo y feliz. Me sentía a la deriva, completamente solo. Más solo que cuando huí la primera vez de casa. Llegué al final del puente. Un carretón se detuvo frente a mí: el dueño había dejado la huasca en el pescante. Si la robaba al menos tendría con qué almorzar. Fui a tomarla pero tuve miedo que me estuviesen mirando desde abajo. Sabía que ya no tenía derecho a robar huascas. Continué bordeando el río. Seguí por el camino. ¿Cuál era **mi** camino? ¡Cualquiera! O ninguno. Tuve asco de vivir.

Un poco más adelante me aflojé los pantalones porque me dolían las heridas. Resolví no ir al cauce.

Me encaminé hacia donde doña María, la del prostíbulo. Creo que iba en busca de alguien que me amara.

LA CABRONA

Doña María estaba tan apenada que la encontré completamente sobria: su marido andaba “de leva”. Cuando los “cabrones” quieren reafirmar su autoridad se apartan de la “cabrona” y salen en gira a visitar los negocios de sus colegas: “la leva”... Toman, comen, bailan, pelean y generalmente regresan al hogar cuando la “abandonada” debe ir a sacarlos a la comisaría.

Mientras dura la leva el lenocinio se torna gris, sin vida, y nadie se emborracha, lo que para los clientes habituales resulta insípido porque una niña sin trago en la cabeza deja de ser prostituta y se convierte en una “dama”. En el salón no se desnuda, no besa en público y en el lecho se comporta como una vaca marina. Se desnuda a la luz apagada y se acuesta con calzones y camisa de dormir.

Es tal la **tristeza ambiente** que el homosexual encargado de tocar el piano ejecuta ritmos intelectualizados: vales antiguos, etc. No viste sus vistosas blusas, no aporrea el “pandero” ni aumenta el consumo de los clientes botándoles el licor. No canta con femineidad ni se le insinúa al cliente más joven a través del espejo enorme del salón.

Y el “campanillero”, que tiene la misión de situarse en la

esquina para avisar la venida de la comisión de alcoholes, puede dormir tranquilamente. El salón está de duelo: pura agua mineral.

Las “niñas” —por su parte— se dedican a consolar a “la Mamy”, como ella exige que le digan en tales ocasiones. Cuando la cabrona tiene a su lado al esposo, es **La Señora**. En los momentos de gran aflicción se materniza con sus chicas y ordena al homosexual que traiga carne para la comida. La vida interna del lenocinio cambia fundamentalmente cuando su dueña siente el azote de la soledad. Doña María tenía la costumbre de exhibir y acentuar su pesadumbre. Cuando él andaba de leva vestía de riguroso luto, y adornaba aquel crucifijo que existe en todo dormitorio de cabrona, con flores y prendía a giorno las lámparas votivas. Tales fervores sólo brotan en estas ocasiones y durante los días de Semana Santa. Ningún lenocinio trabaja en esos días. Cierra sus puertas, las chicas duermen, no se peca, se respeta el drama de la Pasión, no tanto por Cristo mismo, sino para que el “negocio no se fatalice” y vengan muchos clientes durante el resto del año.

El negro vestido de la gorda María, los rostros hipócritamente cejijuntos de las **niñas**, los pasos leves y silenciosos de los homosexuales, la abundancia de comida y carne en los platos, los fuertes ronquidos que en el sofá del salón daba el “campanillero”, el aspecto de sacristía que ofrecía el dormitorio principal y aquel **Mamy** con el cual llamaban a la doña, me hicieron comprender la situación apenas llegué. A pesar de mi estado de ánimo pude apreciar que no era muy oportuna la ocasión que había elegido para llegar. Me equivoqué, sin embargo; la **Mamy** estaba dispuesta a solidarizar con cualquier aflicción, aun con la más genuina. Cuando llegué daba consejos al maricón del piano.

—No debís ser así con tu hombre, **niña**. Trátalo más suave. No te vaya a pasal lo que a mí: ¡es tan re amargo sentirse sola!

El homosexual quedó pensativo. Intentó pararse para ir en busca de su amante: un cojo fétido que acarreaba clientes para los lenocinios. Se contuvo. Sabía que la Mamy hablaba pensando en lo que ella sufría. Sabía que el problema con su cojo poco le importaba a ella, puesto que miles de veces se lo había correteado. No obstante, consideró prudente decir algo:

—Tengo que castigar a este piojento, Mamy.

—No hablís así de tu hombre, **niña**. Tenís que sel considerao con él. No es piojento. Será un poco feo y hediondo, pero naa más. Anda a buscalo. Dile que la Mamy quiere hablal con él. Cuando lo traigai lo hasís pasal pa’ tu pieza: apriende a sel astuto con los hombres, **niña**.

El homosexual salió.

Desde la ventana de una pieza situada frente al salón, pude ver a la gorda. Miraba los muros, revisaba los cuadros que su marido le había regalado, observaba al campanillero con lástima, se espantaba una que otra mosca que se le detenía en los brazos regordes y suspiraba pensando, seguramente, en la buena acción que recién había realizado. Creo que se sentía feliz con su “dolor”. Si lo aumentaba con escenas ridículas, sólo perseguía sentirse más feliz. Me vio:

—¿Qui’hubo, cauro? ¿A qué hora llegaste? No te vi entral. ¿Y el Zanahoria? ¿Tái con la Julia?

—Sí, Mamy. Está aquí conmigo. Yo lo hice entral
—respondió la prostituta, dueña de la pieza en que yo estaba.

—Atiéndelo bien a ese cauro, **niña**. Mira que puee llegal a sel un güen lairón con el tiempo. ¿Y la Mayita ónde está? Ahora que te veo, cauro, mi acordé della.

—Salió, Mamy, parece que jue pa’l policlínico.

—¿Y vos, niña, cuándo vai a pasal la visita?

—No me toca hoy, Mamy: tengo que il los maltes.

La gorda quedó satisfecha con esa explicación. Sus chicas debían asistir al control médico todas las semanas, cada una en días distintos. Tenía especial cuidado que no faltara ninguna porque pregonaba con orgullo a quien quisiera oírsele: "... en mi casa no hay sifilazos ni pringaduras. Mis chiquillas son limpias..." Era lo importante para ella. Cuando alguna chica enfermaba, la cuidaba y medicinaba por consideración al prestigio de la casa, simplemente.

Salí de la pieza y fui al salón con el propósito de conversar ampliamente con la Mamy. Quería contarle todo lo que me ocurría a fin de que me diera un consejo, pero deseaba que Julia ignorara mi situación: me daba vergüenza y la mujer me gustaba.

Hablamos.

Cuando concluí me quedó mirando largo rato. Se cruzó de brazos, paseó la vista por los cuadros del salón, se paró, fue al piano, lo abrió y tecleó pausada y desordenadamente. Despertó al campanillero, lo hizo salir, cerró la puerta, se me acercó, y con una delicadeza que jamás le habría imaginado tomó mi frente y me besó.

¡Cuánto le agradecí ese beso!

No me sentí solo. Aquellos labios ajados por las orgías y pinturas baratas, el aguardentoso aliento que salía de su boca, el olor a sudor que emanaba de sus axilas, los ruidos subterráneos de sus intestinos —que sentí claramente cuando estuvo a mi lado—, todo lo que en otra oportunidad pudo haberme producido repugnancia me entró tiernamente en el alma y un hijo frustrado me brotó al través de las lágrimas. Como creo que podría verse un monigote de estopa entre los brazos de un payaso que se pusiera a llorar en la pista para hacer reír al público, así me vi entre los brazos de la

Mamy. Lloramos en silencio, sin decirnos nada y sin pensar en nada: mis lágrimas le mojaban el vientre y las suyas caían sobre mi cabeza. Nos habíamos encontrado en la bifurcación del dolor y la miseria.

El piano parecía reír con sus maxilares de marfil muy abiertos. En un cuadro colgado en la pared un Satanás de tridente besaba a una mujer desnuda y en otro jugaban tres niños a la ronda en torno de una enorme botella de vino.

Nos separamos y un frío gelatinoso recorrió mis vértebras. La gorda tenía su cara desteñida como suelen estar los escudos heráldicos grabados sobre piedras milenarias.

De pronto se iluminó con una idea de amor:

—Julia, atiende **al niño**. Acuéstate con él y no te preocupés por darme la palte ni por pagarme la pieza: hácelo feliz...

No me importó eso de que me hiciera feliz. Me importó la palabra **niño**.

No estaba frente al río, lo tenía muy lejos, acaso perdido para siempre. Lo extrañaba más que nunca. Hubiese querido pedir a la gorda María que en vez de hacerme acostar con Julia me acompañara al río para que suplicara a los pelusas que me recibieran nuevamente: era lo más importante en ese minuto de mi vida. Presentía que la ternura de la Mamy tendría que pasar, que se diluiría pronto frente a la realidad bruta de su vida, desaparecería cuando llegara su marido y recuperara el amor. Sabía que una sola cosa podía ser segura si quería recibir amor: el río. Pero el amor, aunque sea fugaz, deja huellas, y las soluciones que ofrece nunca son triviales ni desechables.

Estuve diez días con Julia: lo que duró la "leva". Cuando él regresó cambió la Mamy. Había terminado su necesidad de comprender el dolor ajeno. Volvía a ser dueña de lenocinio, **con marido**. Julia me impulsaba y alentaba a

delinquir, en forma sutil y con mucho tacto. Me producía la refrescante impresión que admiraba mi actividad y oficio de ladrón. Me encantaba. Me sentía héroe. Le narraba cómo había realizado tal o cual hurto, lo que me había arriesgado, exagerando la nota y mintiendo. Gastaba con ella todo el dinero que conseguía. Durante ese lapso, hicimos proyectos, nos juramos amor y nos comprometimos a ayudarnos mutuamente, salía de noche y hurtaba algunas cosillas: allí creo que comenzó mi record de ladrón nocturno.

Doña María vino a la pieza:

—Vai a tenel que ilte, cauro. Si te querís queal aquí tenís que hasel algo de provecho. Ya habís bolseado bastante.

—¿Y qué podría hacer, Mamy?

—Ná' de Mamy, cauro. Yo soy la señora. Mira: al Tres Dedos me lo pidieron prestao de la calle Bulnes; le debo plata y licor a esa **Señora** y poiría pagarle prestándole al campanillero. ¿Te querís queal por él unos pocos días? Es re poco lo que debís hacer.

Julia me miró. Esperaba mi negativa. Las prostitutas desprecian el oficio de campanillero por la incapacidad y la falta de virilidad que muestran esos tipos frente a la vida. El campanillero tiene la función de despertarlas en las mañanas para que “despachen” a los hombres que pasaron la noche con ellas, es el que encera el salón, bota las bacinicas con orines, y según una antigua costumbre, puede ser vendido o alquilado por la dueña del prostíbulo. Un ladrón que se estime jamás aceptaría la propuesta de la gorda. A pesar de lo ocurrido, me sabía ladrón, con o sin la aprobación del río. Albergaba la esperanza de la rehabilitación y del retorno al grupo.

Decidí no aceptar.

Dolorido y solo, más desorientado que nunca, más perdido dentro de mí mismo, me fui esa misma noche del

tenocinio. Sabía que debía irme a alguna parte, lejos, muy lejos de todo y de todos: donde nadie me conociera. Me despedí de Julia y Mayita, agradeciéndole a ésta su tácito silencio, abracé con un poco de rencor a **la Señora** y salí a la calle: vi pasar un cortejo fúnebre.

Envidié la suerte del que iba en el cajón.

CÁRCEL DE VALPARAÍSO

A los tres días, en las horas de la tarde, llegué al Puerto. No lo conocía. Caminé mucho, dormía en los pajares. Vagué por las calles y plazas, y al caer la noche vi un aviso en una cocinería: "Se necesita un joven para lustrar zapatos". Me ofrecí. El dueño me miró y me aceptó inmediatamente.

—¿Y habrá algún rinconcito para dormir, también?

—Creo que sí. Veremos. Ahí viene un caballero. Lústralo.

No pude entintarle los zapatos. Los ojos se me llenaron de lágrimas. Sentí intensamente que estaba solo. Recordé a Pelotón. El cliente reparó en que no conocía el oficio y me orientó para que lo hiciera bien. Se lo agradecí. Después, Miguel, el dueño, me llamó a comer junto a él, en su mesa. Me gustó.

—Acuéstate.

—¿Dónde?

—Acá. Junto a mí.

Me hizo un hueco en la cama. Tiritando empecé a desvestirme. Sentía desconfianza y temblaba. Me acosté. Apagó la luz.

Reconocía que tenía algo de culpa en todo eso. Esas situaciones no se producían por “mi mala suerte” o “cosas del destino”: las provocaba yo. Unas veces por curiosidad infantil, otras, en vista de alguna conveniencia, y algunas —como ésta— porque me parecían la única salida.

—¿Estás herido? ¿Qué te sucedió? —preguntó Miguel.

Le conté todo. Prendió la luz y me miró con lástima. “Levántate. Acuéstate en el diván”.

Se lo agradecí. No supe expresarlo, pero lo sentí. La tragedia del niño está en que sufre, siente, aprecia lo que le sucede, pero no sabe ni puede expresarlo. Y el dolor del espíritu, si no es identificado, expuesto y sentido con claridad, tiene poca diferencia con un dolor de muelas.

Me acosté en el diván.

Al día siguiente me levanté temprano y le pregunté si preparaba el desayuno. Quería pagar su bondad siéndole útil en alguna forma. Aceptó. Ya no sentía tanto odio por la ciudad, ni tanto asco por mí mismo. Traje la taza. Al ponerla sobre el velador no pude eludir el recuerdo de una mujer.

Cuando se levantó, me desnudó y curó mis heridas. Me dolió, pero sentí alivio.

Fuimos a su cocinería. Me ordenó que estuviese de pie, en posición descansada. Si llegaba un cliente, él lustraba por mí. Creo que empecé a quererlo. Al mediodía nuevamente colocó el aviso en la vitrina. Leí el cartón con pena. Me sentí otra vez a la deriva. Lo miré interrogándolo, mudamente. Entendí.

—Te quedarás hasta que mejores. Después atenderás las mesas. No lustrarás más zapatos. Rápidamente me besó, al par que acariciaba mi cabeza.

En la tarde se presentó otro muchachón. Miguel lo inspeccionó de arriba abajo y lo comparó conmigo.

—Necesito un muchacho como éste. Tú eres casi un hombre.

El postulante me miró con sorna, y se fue. Bajé la vista avergonzado.

Sentía odio por Miguel. Me besaba más de la cuenta, y en público. Aceptaba porque era mi única salida. No quería robar ni podía trabajar. A veces me miraba con una piedad que me resultaba calculada. Entendía que él "no había podido". Me agazapaba esperando mi oportunidad: quería pegarle el zarpazo.

Estuve cuatro meses con él. Llegó el momento de mi revancha. Miguel estaba enfermo en cama y me había dejado poco menos que al frente del negocio. Me largué con el producto de la venta del día. Puso el denuncia, me capturaron e ingresé por primera vez a la Sección de Detenidos de Valparaíso.

Era un edificio de dos pisos, contiguo a los Tribunales de Justicia. Uno estaba ahí mientras el juez dictara la correspondiente encargatoria de reo. Luego pasaba a la Cárcel Provincial, ubicada en la cima de un cerro cercano.

Parecía una casona. Día y noche los reclusos vivíamos hacinados en grandes calabozos colectivos. Ahí comíamos, dormíamos, hacíamos nuestras necesidades corporales. Cuando venían las autoridades a pasar la visita de cárceles —dos veces al año— estaban en el primer piso los mayores de edad y en el segundo los menores. El resto del año estaba cada uno donde deseara, siempre que fuera dentro de la prisión.

Cuando ingresé, los pelusas porteños, muchos de los cuales me conocían por haber estado en el Mapocho, me saludaron efusivamente. Es norma del hampa: alentar al que cae y recibirlo con una bienvenida. A causa de esta recepción,

el jefe de la Guardia Interna decidió enviarme junto con los ladrones: "Vos tenís que ser como ellos. ¡Ya! Al calabozo de los choros". La determinación me produjo gran satisfacción, aunque albergaba mis temores. Esperaba, pero sin certeza, que en Valparaíso no tuviera importancia lo del Cafiche España.

Me preguntaron sobre las novedades de la capital: "¿Cómo están los cabros?" Les conté muchas cosas, menos una. Me dieron café y cama. El recibimiento me hizo sentir nuevamente amor por el grupo delictual, y ya estaba pensando que todo había sido una simple pesadilla. Me sentí **choro**. Creo que hasta me produjo placer haber entrado por primera vez a la cárcel, diría que lo consideré como una especie de "consagración".

Los choros tenían un "valet". Un **gil** primerizo. Lo que se denomina un "otario". Por unos pocos pesos el jefe de la Guardia les permitía esos lujos: "Háganlo trabajar, pero déjenle el culo tranquilo".

A cambio de protección el **gil** hacía la comida y lavaba los platos. Mientras trabajase bien, las órdenes del sargento se cumplían. Solía descansar cuando llegaba algún choro con "pasado": delator o hueco. Era reemplazado y servido a su vez. Ley del Río.

Todo marchó bien hasta el domingo siguiente. Cuando los delincuentes adultos regresaron de conversar con sus familiares, se sabía todo: "Toño, tenís que laval los platos. El **gil**, que descanse", me ordenó el **jefe de carreta**(*). Me quitaron la cama que me habían prestado: "Tenís que dolmil junto al guátel".

No protesté. Bien sabía los motivos. Se me rechazaba.

(*) Título que tiene el que manda en una reunión de delincuentes que comen de una misma olla.

Fue la única vez en mi trayectoria hamponal en que hube de pedir permiso para estar preso.

Hasta los "novatos" se permitían despreciarme. Sentí asco de mí mismo, nuevamente. "La marea del cauce" perseguía más allá de las distancias. Sin embargo, seguía afirmándome a la idea de continuar con ellos. Trataba de ganarme su consideración. Reía por cualquier estupidez que dijeran, adoptaba posturas serviles y denigrantes. Me estaba hundiendo en un pozo turbio y sin salida. Hurgueteaba el lodo para encontrar un apoyo. Me supe ser humano sin razones, sin un solo motivo para seguir viviendo.

Pero aún vivía. Me defendía. Seguía esperando. Buceaba para no hundirme.

Todo era inútil. Me miraban como al tarro de los orines. Les tomé más odio. De noche pensaba que podría imponerme apuñalando a uno. Lo perforaría y gritaría, victorioso: "¡Esto soy yo!"

Pero consideré cómo detesta el río al **pegador**.

Le escribí a Julia pidiéndole que me ayudara con unos pesos. Vino su respuesta: "Nosotras tenemos dignidad. Si por dinero nos acostamos con un hombre, eso no significa que ustedes nos hayan comprado el corazón. Trabaja, Toño. No robes. Te resultará mejor. No sirves para choro. No servirás jamás. **Te falta algo. JULIA**".

Una cosa me resultó muy clara luego de haber leído esa carta. El Zanahoria decía que el ladrón jamás debe sentir amor por una prostituta ni menos tenerle consideración: "Son como los bueyes viejos, cauro. Si no si'asen a la entrá, si'asen a la salía, pero si'asen. Hay que machucálas y dales duro. Naa más". Yo no podía aceptar esta manera de pensar y muchas veces protesté cuando un delincuente castigaba a una. Pero después de esto me propuse actuar en la misma forma con ellas.

Esbocé el proyecto de no seguir delinquiendo. El delito

me seguía gustando, pero detestaba a los delincuentes por la situación en que me veía frente a ellos. Quise recuperar mi libertad no tanto para ser libre sino para escapar de la indiferencia y desprecio que recibía de mis compañeros de calabozo. Pedí audiencia al juez que conocía de mi asunto y le expresé que era menor de edad. Había oído decir que probando tal condición se podía salir con mayor facilidad. Necesitaba un certificado de mi nacimiento.

Escribí al párroco de San Felipe.

Estaba diciéndole adiós al río.

Recibí el documento. Como madre figuraba una tal Alfredina. Al pie, "padre desconocido". Vino con una carta: "Luis Alfredo, siento mucho lo que te sucede. Escríbele a la señora Catalina que está en Santiago viviendo con Adolfo y Lastenia. Ella siempre se preocupa de ti. Trata de enmendar tu vida. Te mando diez pesos para que compres algo. No puedo obtener tu certificado civil. No fuiste inscripto. Legalmente aún nos has nacido". Letra fina y humilde que evocaba una sacristía de capilla pueblerina. La leí junto al W. C. del calabozo. Me dio mucha pena.

Y aquello de "Alfredina" y "Padre desconocido" me produjo una sensación de soledad violenta. Soledad de animal herido. Soledad en que reaccionamos contra nosotros mismos y lo destruimos todo: las gentes, el mundo, la emoción y el sentido de los valores. Nos vemos atravesando una selva y agazapados nos lanzamos en contra de algo o alguien. El asunto es destruir. Nos endurecemos. Sin lágrimas. Caminamos con los labios apretados y con gestos de perro vagabundo que anda esquivando un puntapié.

Miré en mi derredor.

Ahí estaban otros seres tan solos y tan "hijos de padres

desconocidos" como yo. Querían matar su soledad sangrienta y buscaban al más débil para tritularlo.

Y el más débil, era yo.

Creo que desde aquel momento me hice un propósito: llegar a ser algo, en cualquier forma. Empecé por el delito. Creí que era lo mejor, y lo más rápido. Fui famoso. Triunfé como delincuente. Si busqué otro camino no fue por haber fracasado como ladrón. Hubo un encuentro. Eso es todo. Ahora sigo con el propósito de aquella edad, pero en forma diferente. Me costará mucho porque una existencia como la mía no se vive impunemente.

Ya no quiero fama, ni fortuna, ni comodidades.

Busco otra cosa: impedir que lo mío se repita.

Con los diez pesos del cura compré cigarrillos para todos los del calabozo. Me pareció que el gesto conmovió a uno de los delincuentes más corajudos del grupo: el Matasiete. Tenía la costumbre de asesinar a cuanto prójimo no le gustase. Era amigo íntimo del sargento, Jefe Interno. Conversaban mucho.

Un día le conté que yo tenía padre y que sabía dónde vivía. Me insinuó que le escribiera, pidiéndole dinero. Lo hice. Vino la respuesta. Una hermosa carta más doscientos pesos.

Aún tenía parte del dinero cuando me cambiaron de calabozo. Me mandaron al de los reos mayores. Pedí hablar con el Loro, jefe de la Tropa de Vigilancia.

Se limpiaba las uñas con suma delicadeza y después las contemplaba largo rato con fruición femenina. Era delgado, alto, caricolorado, lleno de verrugas. Cuando hablabaladeaba la cabeza y su voz parecía venir de un pasado remoto. Las palabras le salían con esfuerzo como si hubiese tenido una papa en la boca. En el timbre de su voz, agudo,

feminoide, pero lejano, había un no sé qué de crueldad y ternura, confundidos. Uno sentía estar frente a un resucitado. Tenía la manía de empezar sus discursos como sonriéndose, dándole una sensación de trivialidad y pequeñez a las cosas más horrorosas. “Mi teniente, el Mano Musa se fugó y mató a un vigilante, anoche...” “¿Mató a un vigilante? Vayan a la cuadra y recojan las prendas que tenía de cargo. Vean bien si falta algo”... Y se quedaba mirando una lejanía imaginaria, un lugar indefinible, con los labios en permanente esbozo de una risilla. El vigilante muerto había sido lo menos importante. Con su acento monocorde, como de un disco rayado, seguía comentando: “Ese niño el Mano Musa tendrá que volver por acá. No corren... No corren... No corren”.

Ese día estaba de buen humor: Se le notaba cuando echaba a un ojo su gorra de oficial. Le reclamé por el cambio, haciéndole notar que yo era menor de edad.

—Esta, pues, hijito, no es casa de reposo ni residencial. Aquí tú vienes a pagar las tonteritas que hiciste en la calle... Te cambiamos de calabozo porque esa amistad tuya con el Matasiete nos huele un poco mal. Anda que te rompan el culo en otro calabozo, por lo menos ahí no te matarán. ¿Quién te mandó robar? Yo, no. ¿Verdad? Arréglatelas. Total, ¿qué cosa grave te puede pasar? Una metidita nada más. ¿Qué importa eso? ¡Ya! ¡Te largaste!

El Matasiete hizo un discreto escándalo hasta que lo cambiaron a mi calabozo. No le tenía miedo. Creo que hasta lo apreciaba. Y sentía gratitud hacia él porque me defendía de otro delincuente que se me insinuaba muy a menudo.

Me propuso un plan para cobrar una venganza que tenía pendiente con un gendarme. La idea me gustó.

Tuve la esperanza que prestándome para el asunto podría lograr que disminuyese el desprecio que veía en mi derredor. Con su amigo el sargento jefe de la Guardia Interna,

arreglaron las cosas para que yo pasara a servir de mozo en el pensionado, lugar en que se encuentran recluidos los reos adinerados.

Por medio de una resolución interna, que me leyeron, el Loro me notificó de este "ascenso": "le hará la comida a los reos, hijito, las camas, y el aseo de los dormitorios. Ahí te van a pagar lo que ellos puedan. Pórtate bien y de vez en cuando tráele cafecito a tu teniente..."

EL PACO ACEITUNO

Todo salió perfecto y conforme al plan de Matasiete. Desde mi nuevo oficio tenía ciertas libertades. Me encerraban más tarde, podía hablar con todos los vigilantes, conversar con las prostitutas que traían detenidas por ebriedad o vagancia y me imponía del rodaje interno del penal, conociendo antes que los reos cuáles vigilantes estaban de guardia y cuáles no. De noche dormía en una celda asignada para el mozo de pensionado, separada, eso sí, del resto de la población. Una tarde el vigilante Aceituno me preguntó si no me aburría solo de noche en mi celda.

—¿Te gustaría que en uno de mis turnos de la noche te abriera para que pudieran pasarte a dormir con una putita?

—No me gustan las mujeres —le respondí con acento y gesto feminoides.

—¿Por qué no te gustan?

—Hay algo mucho mejor que eso...

El policía se alejó gozoso.

Llegó esa noche. A las nueve, Aceituno pasó su primera inspección general del penal. Cada tres días le correspondía hacer de cabo de guardia en la vigilancia nocturna. Era un hombre con cierta instrucción. Golpeó la puerta de mi celda.

—¡Uno! —respondí. Es una antigua costumbre de los penales chilenos. Cuando el policía golpea la puerta con su bastón, el que está dentro debe responder indicando la cantidad de reclusos que hay en el calabozo.

—Buenas noches —susurró desde afuera—. A las diez volveré. No te duermas.

Cuando el reloj de una iglesia cercana daba las diez llegó Aceituno. Abrió mi celda. Se desnudó y se acostó junto a mí en la tarima.

Diez minutos después desde la lejanía se escucharon taconazos. Muchos hombres avanzaban golpeando con palos los barrotes de los calabozos. Aceituno se levantó y buscó los pantalones.

No los encontró.

Quince o veinte guardias al mando del sargento amigo de Matasiete invadieron la celda.

Fingí susto y me levanté, sacando, como sin quererlo, los pantalones de Aceituno, que había escondido bajo mi tarima. Vino la apaleadura. A cada sablazo o palo, gritaba más fuerte de lo que correspondía al dolor. Un minuto después todo el penal estaba despierto. Matasiete azuzaba: “¡Maten al paco, pero no maten al compañero! ¡Están matando a un reo!”

Era la invitación más obligante para que se desatara el motín. Las cárceles chilenas son famosas en el mundo entero por sus motines. Gritos, palos lanzados desde el interior de los calabozos, piedras, petardos de fabricación casera, disparos al aire para intimidar. Sonaron las sirenas policiales. En la calle se agolpó la gente: “¡Están matando a un reo!”

Todo perfectamente montado.

Matasiete era un artista.

—Yo sé que ustedes me tienen puesto el nombre de un pájaro. Me creen tonto, ¿verdad? Pero no soy tonto. Habla, pelusa del carajo... ¿Cómo fue la cosa?

—El vigilante me obligó, mi teniente.

—¿Cómo te iba a obligar? Dime, cómo sucedió...

Se paró del asiento. Se acercó amenazante, pero se devolvió. Su acento era más monocorde y lejano que nunca. Parecía que su voz venía del siglo catorce o quince de nuestra Era. Miraba la mesa. Sin necesidad arreglaba unos papeles. Tratava de volver a pararse. Se arrepentía. Tocó el timbre para llamar a su ordenanza.

Estábamos en la oficina del alcaide.

—A su orden, mi teniente —dijo acezando el vigilante recién llamado.

—Tráigame al paco Aceituno. Tú, colócate ahí. Contra la pared. No, así no. Vuelta la cara hacia la pared.

Cumplí la orden, pero no terminaba de darme vuelta cuando me llegó un bofetón en el oído izquierdo: ¡tilíííín! Me dolió. Pero el plan se estaba cumpliendo y aún mejor de lo previsto. No contábamos con la coincidencia feliz de que actuara el Loro.

Llegó el vigilante Aceituno, joven, alto, delgado, rostro aceitunado, más culto que el común de los guardias.

—Vigilante Aceituno, ¿qué hacía anoche en el calabozo del mozo del pensionado? —seguía limpiándose las uñas. Nuevamente empezó a arreglar unos papeles que no estaban desordenados. Yo oía cuando los cambiaba de lugar. Se paró violenta y sorpresivamente. Debió echar atrás la silla con la parte posterior de sus piernas.

Hubo un bofetón.

Luego un gemido salido de un estómago. Después más golpes. Más y más...

—Por favor, mi teniente, no me pegue más.

Me atreví a mirar hacia atrás.

El Loro estaba desenvainando su sable. Sonreía levemente, con su cara más colorada que nunca. Una verruga —cráter de volcán— se agigantaba en su pómulo izquierdo. En la boca un gesto de vómito. El ordenanza, nerviosamente, trataba de cerrar la puerta de la oficina. Se esforzaba por no mirar la escena. Aceituno sangraba por las narices, sin gorra, ojos semiblanos que sugerían un pez agonizante. El Loro me sorprendió mirando. Hizo una mueca similar al bostezo de los gatos. Olfateaba y ponía en punta la boca. Miró a un lado. Se observó fugazmente las uñas y retrocediendo despaciosamente, con el sable desnudo, lo levantó a cámara lenta —cual si fuese a saludar a otro oficial—, tomó impulso, con cansancio, milímetro a milímetro, puso cuidado en que cayera de plano y lo lanzó como un rayo sobre la frente de Aceituno. “¡Cra!” Sonó quebradizo el hueso frontal. Los ojos del hombre se invirtieron por un segundo, dejándole en el rostro una albura propia de las llanuras estériles bañadas por la luna, la frente se le hizo como ondulante, cual si entre la piel y el hueso alguien hubiese estado removiéndola con un uslero y una herida empezó a abrir sus labios, lenta y floreciente, lanzando con suavidad un arroyuelo de sangre roja sobre la nariz, primero, y luego sobre la superficie del labio superior hasta descolgarse, cual trapequista escarlata, por la barbilla en dirección al suelo.

Una gota de sangre saltó hacia la mesa, cayendo sobre una hoja de papel blanquísima. Parecía una hostia roja sobre un trozo de nieve. Como si hubiese tenido un puñal clavado en la espalda, llevándose la mano hacia la columna vertebral, con la barbilla en dirección al techo, cerrando los ojos y apretándolos en la forma que los apretamos cuando queremos evitar los rayos de un sol abrasador, Aceituno empezó a caer, aturdido.

Caído ya, el Loro se acercó al cuerpo exánime, guardó el sable, introduciéndolo con meticulosidad desesperante en la vaina, con la manga de su guerrera limpió concienzudamente una mancha que debió ver en la empuñadura, trató de dar vuelta el cuerpo con la punta del pie y al cerciorarse que le resultaba difícil o molesto se dio vuelta hacia la mesa, miró un legajo de documentos, lo tomó enrollándolo y empezó a golpearse una mano con ellos.

Respiró muy hondo, cual si recién hubiese salido a la superficie después de un largo nadar submarino, señaló a su ordenanza la máquina de escribir y el hombre —con prisa y estupefacción, con esa obediencia instintiva del militar— tomó asiento frente a la mesita destinada para el mecanógrafo. Con las manos semielevadas —en actitud de teclear—, con su cabeza agachada, como la del buey que espera la colocación del yugo, quedó esperando el dictado. El Loro se sintió supremamente halagado con el gesto automático de su subordinado y empezó a dictar, como masticando:

—Ponga ahí... Fecha...

...Oficio N°...

—Aparte... ¡Cláááj! Sonó el carro de la máquina. El escribiente seguía con la cabeza clavada en el tablero de teclas) des... de... la... le... ja... nía... de algu... na... e... dad... muchos siglos fenecida ya, el Loro empezó el dictado oficial:

“...Al Señor Alcaide de la sección de detenidos...”

Se rascó la verruga, visiblemente preocupado por las palabras que estaba escogiendo en su mente.

“...Punto aparte...” Miró al vigilante caído. Meditó. Siempre mirándolo y como preguntándose qué haría ahí ese cuerpo y por qué le faltaba el respeto al permanecer en esa poco militar postura, continuó...

“...Cúmpleme informar a V. S. que anoche, en el calabozo que ocupa el reo encargado del aseo del pensionado...”

—Búsqueme el número de la resolución por la que se ordenó que este reo ocupara ese puesto. —Su voz era la de un asno muy viejo.

El secretario saltó hacia un legajo de papeles amarillentos. Rápidamente, luego de hojear, sacó un papel.

—La número 456, mi teniente...

“...función ésta que realiza según resolución número 456, emanada de esa Alcaldía, el Vigilante Aceituno fue sorprendido por el Sargento de Guardia, y Jefe Interno, en acto infraganti de... ¿Cómo se dice, ordenanza?...”

—¡Sodomía, mi teniente! —respondió el hombre parándose velozmente y cuadrándose con un fuerte taconazo. Quedó mirando a su superior, sin pestañear.

Aceituno, vuelto en sí ya, sollozaba en un rincón. Yo continuaba semivuelto hacia la pared, atisbando con el rabillo del ojo. El Loro se agachó, recogió la gorra del golpeado y con algo así como cortesía se la alcanzó. Como el hombre, aterrado aún, no se atrevía a recibirla, el Loro se la colocó con irónica ternura. Le quedó con la visera caída hacia una oreja. Trató de cuadrarse pero el dolor no lo dejó. El teniente levantó el brazo para espantarse una mosca de la cara y Aceituno hizo el rápido ademán de esquivar lo que creyó sería un nuevo golpe. Complacido por el terror que inspiraba siguió dictando:

“...Sí. Eso es: ponga ahí...” **So do mfa.** En acto infraganti de sodomía, lo que pongo en su conocimiento para los fines que V. S. estimare convenientes.

“...Punto final. No. Espere. ¿Puso ya el pie de firma?”

—No, mi teniente.

...Todavía falta algo... “Comunico a Ud. que el reo sorprendido con el funcionario pasará, esta misma tarde, a la Cárcel Provincial.”

...Ahora sí. Punto final. Coloque bien clarito el **pie**: de firma. Que se lea bien después de mi nombre: "Alcaide subrogante".

—Sí, mi teniente.

—¿Ya? Páseme el oficio.

Parsimoniosamente, con la mano izquierda, tomó la empuñadura del sable, esgrimió con la derecha la pluma y firmó. Hizo un gesto a su ayudante; éste, que parecía adivinarle los pensamientos, se paró rapidísimo, fue a la puerta, atisbó para cerciorarse si alguien había estado espiando, llamó: "Sargento, están listos. Dice mi teniente que se los lleve".

Vino el amigo de Matasiete con varios vigilantes.

Tomaron del brazo a Aceituno. El sargento lo miraba rencorosamente.

—Venís a desacreditar la Institución. Y te las dai de tan educao. Estábai haciéndole empeño a la ginetá, ¿no? Vos caurito, ándate pa tu calabozo. No tenís ni'una culpa vos. Dile al Matasiete que te dé cafecito.

Esa tarde me trasladaron a la Cárcel Provincial. Al pasar frente a los calabozos, en la salida, vi a los reos agrupados tras las rejas. Matasiete me despidió, haciéndolo todo para que le escucharan:

—Mañana mesmo le mandamos isil a los de Santiago. Vai a salil luego, como menol. Anda p'al río. Chao.

Odio y desprecio recibí de los vigilantes, y de los pelusas una mezcla de simpatía con otro desprecio aún más aplastante. Poco podría decir del presidio de Valparaíso y lo que vi, porque todo mi ser estaba atento sólo a ese desprecio disimulado, cubierto con un barniz de aprobación, que me daban los hijos del río. Eso fue aquella cárcel para mí.

Todo el día nos tenían en un patio azotado por el viento. Ahí comíamos. Unos trabajaban en tejidos de crin, otros

miraban las murallas. A las cinco de la tarde nos encerraban en las celdas, cuidando, oficial y aparentemente, que los menores quedásemos separados. Cuando alguno quería dormir en la celda de algún mayor, bastaba que le diera unos pesos al jefe interno.

Delinquentes adultos y pelusas juzgaron mi actitud frente a Aceituno de acuerdo con su valor exacto y no a como quise y esperé. Sintieron que había sido un gesto cuyo único fin pretendía impresionarlos; si yo estaba “marcado” quería mostrar claro que podía actuar como choro para que me aceptaran como tal. Pero vieron en todo esto un acto de flaqueza, y no de fuerza; de temor, y no de genuino espíritu delictual.

Sorpresivamente llegó la orden de mi libertad.

Creo que las propias autoridades carcelarias la gestionaron o apresuraron. No resultaba muy agradable para los jefes tener en la cárcel a uno que todos los días, por presencia, recordaba a los demás reos lo que había ocurrido a un vigilante. Por eso, antes de abandonar el presidio, me llamó el Ñato Tamayo, un viejo líder del hampa, que, además de ser muy instruido, gozaba de un enorme ascendiente en el grupo. Recuerdo con casi total exactitud lo que ese día me dijera. Fue cosa muy importante en mi vida:

—Toño, te vas. Bien: te voy a dar un consejo. Trata de comprender que por medio de ciertas actitudes no nos vas a impresionar. Una sola cosa nos convence: que actúes duro y fuerte contra los **giles**. Cuando pegues, pega firme porque también te darán duro. Atácalos porque los odies, no para buscar nuestra admiración. No lo olvides. Matasiete y varios muchachos estamos de acuerdo en que puedes volver al Mapocho. Vuelve al río. De ti dependerá su trato. La ubicación que te den. Toma: aquí tienes dinero para el tren.

EL BAÑO

Me detuve junto al tajamar de adobes: ahí estaban casi todos. Desde la distancia el Medio Té me reconoció y saludó levantando el brazo. Los otros me miraron y quedaron vueltos hacia mí. Me acerqué más. Tenía la convicción de que no me impedirían la bajada. El Matasiete y el Ñato Tamayo gozaban de un fuerte ascendiente sobre el grupo, acaso mayor que el del Zanahoria. Llevando ambos más de cinco años presos, imponían su criterio y órdenes a los de afuera.

Bajé.

Me uní a una rueda de choros que estaban fraguando algo para hacerlo esa misma noche. Los integrantes me vieron venir y sin cambiar de conversación me hicieron lugar para que me les agregara. Nada me preguntaron, pero no había dudas: estaba reaceptado. El ladrón no es efusivo como el hombre de la ciudad. Llega alguien y se sigue en lo que se estaba hablando o haciendo, así regrese, el que lo haga, de un largo viaje por la India.

Ritual delictual.

Ya en la tarde, uno de los choros empezó a contar lo ocurrido en Valparaíso. Me asombró descubrir lo bien

informados que estaban. Se hacía el relato en presencia de su protagonista, como una suerte de homenaje para él. Por el conocimiento que ahora tengo de las leyes tácitas del hampa entiendo la actitud de Panchín en aquel día. Mientras yo permanecía en una rueda, él recorría las otras, una por una. Escuchaba la opinión que merecía mi retorno. De haber oído una protesta inmediatamente habría promovido un juicio. Si el fallo me hubiese resultado adverso, él, acompañado por el líder más notable, me habría ordenado que me retirase. Le habría correspondido porque un día fue mi compañero.

Llegó la noche. Comimos, y luego Panchín me notificó que el río estaba de acuerdo en albergarme.

—Vamos pa' la casa. Vivimos un tiempo en la Isla, pero como los pacos se aquietaron volvimos pa' onde antes. Too está igual. Mañana salimos a traajal.

Lo movían el respeto al principio de autoridad fluvial y su deseo de seguir delinquiendo con quien ya conocía. Pero si los líderes no hubiesen aceptado mi reincorporación, Panchín también me habría rechazado, aunque delinquir con otro le resultara incómodo y riesgoso.

El baño es un ritual. Tiene sus razones y sigue un ceremonial. Los pelusas, al desnudarse, muestran sus cicatrices y tatuajes: títulos de "honorabilidad" y reciedumbre delictual. Influye a veces el calor, pero más importante aún es el deseo de ofender a la ciudad. Se le suele silbar al que apurado cruza el puente para que, cuando éste mire, los vea exhibiendo sus miembros y testículos. Además, un pelusa, al desnudarse, le está demostrando al resto que a pesar de su juventud y bellas formas es machito. No le importa que lo miren.

Se sabe invulnerable, dada su condición de hijo del río, y no del cauce.

A estas razones suelen agregarse las de higiene.

Fui a bañarme.

Ya estaban en la poza otros chicos. Me desnudé sin recato ni temor. Empecé mi rito como otras veces. Las aguas estaban turbias, pero tentadoras. Existíamos el río y yo. No sentía prevención por los pelusas que estaban junto a mí. Ya me lanzaba al agua cuando oí:

—¡Qué blanquita la carne del pavo!

De pronto me detuve y sentí frío, ira, dolor. Me pareció que alguien me hubiese lanzado una piedra, dándome con ella en el blanco de un ojo. ¿Era por mí que lo decían?

Me costó aceptarlo, pero era así. Lentamente di vuelta la cabeza y los vi. Me miraban todos. Observaban el cuerpo de uno que se creía del grupo, como sólo se hace con el que ha venido del cauce o con el homosexual declarado. Su manera de mirar mi desnudez indicaba que no producía ni respeto ni consideración.

—Habría que **jabonarle la espalda** —dijo uno(*).

No había duda. Volví a mirar hacia atrás. Hacían rueda en torno a una roca situada cerca de la poza. Con un disimulo evidente e insultante retiraban los ojos cuando yo los miraba. Me parecieron unos enanillos torvos, socarrones y crueles. Estaban emitiendo su opinión. Nada había cambiado. Era ése el trato que debía esperar de ellos.

La roca se me antojó una vieja encina y de ella creí ver descolgarse unos diablillos crueles y azufrosos. Refán de soslayo mirándome con ansia y hambre. Varios hacían el movimiento peculiar de la masturbación. El resto reía cada vez más sonoro y fuerte. Se atropellaban para tomar

(*) Término con que se invita a un homosexual.

colocación, y como perros tras una perra en celo me perseguían con los ojos. Chasqueaban la lengua. Alguno movía la pelvis en forma burlona. Me sentí pequeño, insignificante, humillado.

—¿Me vieron bien? —grité con rabia.

Me lancé a la poza con el deseo de no volver más a la superficie. El río sabrá callar, creer y esperar, pero no olvidar. Desde el fondo de las aguas turbias sentí un coro de risas infernales, agudas, grotescas.

Me pareció que venían del interior de un tronco hueco.

EL TONY

Eran las once de la mañana y no teníamos ganado ni siquiera un humilde bolsón con verduras. Tuve una idea:

—¿Vamos a dar una vuelta por la estación? —propuse a Panchín.

—¿Y si nos ven los **lanceros**(*).

—Nos darán unas pataitas pa que nos **piremos**(**) pero diai no pasará nada. Nos iremos en **cana**(***).

—Es que la estación es de ellos. No podíamos robal ahí.

—¿Y no somos lairones como ellos?

—La estación es de ellos y si'acaó.

Varias veces habíamos representado la injusticia al Zanahoria y éste nos había explicado que entre ladrones hay jurisdicciones; ciertos lugares que están destinados para que roben algunos delincuentes, y otros no. Los carteristas roban en las estaciones, con preferencia a los escaperos: el lugar les pertenece y el hampa respeta estas costumbres jurisdiccionales ya tradicionales. En base a eso Panchín me

(*) Carteristas.

(**) Fuguemos.

(***) Cárcel

sugirió que fuéramos a hacer el tony, pero en la sala de espera, no en el interior de la estación. No me gustó mucho la idea:

—¿Por qué no escapiamos?, si lo hacemos mejor —le dije.

—Polque si nos pillan, con un solo gil que grite se nos vienen encima toos los giles. En la estación quearíamos encerraos y pa escapial primero hay que asegurarse la salía. ¿Comprendís?

—¿Y quién hará el tony?

—Yo. Vos agarrái.

—Y por qué no agarrái vos, yo te hago el ropavé(*) .

—Polque pa' eso se necesita cancha. Vos no la tenís.

—Güeno, vamos pa' la estación.

Cuando efectuamos aquella operación me di cuenta que nadie pudo hacer mejor las cosas que Panchín.

—Yo mi' arrimaré. Vos agarráis. En el río nos juntamos.

—Pero, Panchín, el gil tiene dos maletas. ¿Cuál agarro?

—La de la derecha. Un gil nunca acarrea su guita con la izquielta.

—¿Y si es ñurdo?

—Tendría a la izquielta la maleta más chica. Un gil nunca acarrea la plata en maletas grandes: ¡apriende!

—¿Comenzamos?

—Sí: yo ti' hago el ropavé.

Panchín se acercó a ese hombre extraño. Había llegado a la estación precedido de varios hombres negros como él, aunque no tan grandes. Entraron al patio ferroviario y se devolvieron al vestíbulo sin valijas, pero el más grande había conservado dos consigo. Una chica, a la derecha, y una grande, a la izquierda. Nos vio un lancero:

(*) Maniobras para distraer a la víctima.

—¿Ya andan pol acá, pelusones del carajo? ¿No saen que no pueen chorial en la estación? ¡Ya! Se largaron antes que les llegue **la biaba**(*).

No le hicimos caso porque estábamos en nuestro terreno: el vestíbulo. De los lanceros era el patio interior. Además, nos cautivaba ese negro de dos metros de estatura, con labio inferior saliente, cuello de jirafa y ese sombrerito en la cabeza que recordaba un bonete de carnaval. Estaba en el vestíbulo, porque seguramente deseaba conocer a las gentes del lugar y en el medio del hall parecía un periscopio.

Panchín bailaba en su derredor. El negro giraba sobre un talón para seguir la escuálida figura de mi compañero bailarín. Parecía tan intrigado que hasta pudo olvidar por qué y para qué estaba en la estación. Nada lo podía sustraer a los saltos y piruetas de Panchín. Las gentes que pasaban sonreían, presumiendo que se trataba de algún “niñito” que hacía gracias para ganarse unas monedas y al ver tan ensimismado al negro sentirían confirmada su impresión. El atractivo magnético del tony me estaba agarrando y sólo pude recordar mi oficio cuando en uno de los virajes Panchín pasó a mi lado:

—¡Guanaco! ¿**Te tiritó la pera**?(**).

Lo dijo entre dientes, como en susurro. Volví a mi labor. Cuando Panchín me vio en situación, acentuó el baile. Fue un segundo más, lo necesario para que yo tomara la maleta y me fuese. Mi socio hizo una buena **cortada**(***): como un torito se lanzó en picada, amenazando el abdomen del negro y a escasos centímetros hizo un viraje rápido para

(*) Paliza.

(**) ¿Tienes miedo?

(***) Acción distractiva que hace un delincuente para que su compañero pueda huir con el botín.

luego hundirse en el hall con los brazos abiertos y planeando a manera de avioncillo. El tony había concluido, pero no el trance de la víctima, y era eso lo importante. Quise estar seguro y me detuve en la puerta de la estación. Pude ver cuando el negro llegó a la expresión que indica la buena **cortada**: ese rostro oscuro, sus ojos abiertos y el labio inferior más extenso todavía. Aquel poste humano veía, ensimismado, cómo se alejaba el avioncito. La visión me quedó grabada para siempre.

Me fui al río. Rompí la maleta que estaba con llave.

Cuando llegó Panchín, yo tenía una fila de doce hombrecillos sentados, con las piernas cruzadas a la usanza hindú, de coleta y mostachos semejantes a los del paco del puente. Había también, dentro de la maleta, un grueso legajo de papeles de seda azul, treinta billetes extranjeros: largos, blancos, rectangulares, con un UNO dibujado en el centro. Panchín decidió que ocultáramos las figurillas en el tarro de los orines. A los papeles de seda les dimos un destino fácil de suponer, por lo suaves. Mostramos los billetes al Paragüero:

—Es plata inglesa —informó.

—¿Qué hacemos? —preguntó Panchín, con un dejo de decepción.

—Démenlos: veré qué se puede hacer. Trataré de cambiarlos.

—Laburo siumería(*) —comentó mi compañero al salir el Paragüero. La maleta poiría valel algo, pero vos la rompiste. ¿Po qué no me esperaste?

—Taba con el globo(**).

(*) Trabajo malo.

(**) Tenía mucha curiosidad.

—Mal hecho, pos guanaco.

—¿Quí'asemos con los monitos, Panchín? Yo creo que valen re harto. Pueen sel finos.

—Lleemos unos dos pa' la picá de don Segua. Puea sel que los compre.

Saqué del tarro dos monitos y nos fuimos para la Picada.

Don Segua —conocido con el apodo del Tuerto Pillo— tenía una Picada, en la que se vendía licor, clandestinamente. Bien podía compararse con una cloaca. Y por su aspecto personal, su dueño podía ser el alcantarillero mayor, a pesar de su porte mediano. Varias veces nos asombramos de su matorral de pelo rojizo y esa cicatriz que le nacía en la oreja izquierda para llegarle zigzagueando hasta la comisura del labio nos producía temor y respeto. Como siempre, ahora estaba vestido con su eterna camiseta a listas rojas y blancas, y pantalones de sarga semiazul.

Se complementaba con su covacha: era un corralón al que se llegaba luego de haber cruzado un portón desvencijado, pero cerrado siempre. En el fondo, imperialmente, estaba erecta una pipa grande a la que rodeaban otros toneles de menor tamaño. Ahí se bebía, se peleaba y amaba; también se solía orinar. Hacia la izquierda se divisaba misteriosa y solemne la puerta que conducía al Sancta Sanctórum del Tuerto Pillo: que se supiese, nadie fuera de él la había cruzado.

A la Picada llegaba todo lo oscuro y turbio de la ciudad: el malandrín y el vago, el cañiche y la buscona; los pelusas, pistoleros, presidiarios prófugos, reducidos y los cojos comediantes a los que se unía una cohorte de simuladores: ciegos, tuertos, parálíticos y toda aquella fauna turbia que explota los sentimientos de la caridad humana. También llegaban a esa picada el homosexual y la lesbiana; o el

muchachito aventurero que abandonó su hogar en busca del amor; el policía venal, la miseria, el cansancio de vivir y la soledad.

Con las gentes que formaban ese mundo todo se podía hacer y de todo se podía encontrar, menos la fe. El corralón lo compraba todo, desde un botón hasta un caballo y todo lo vendía: desde un trago de vino ordinario hasta una lujosa Biblia antigua. Se tramaba desde un asesinato hasta una honesta elección para diputado o senador. Como en el río, nadie preguntaba nada y nadie jamás contaba cosas. Imperaba la ley del hampa: ver, oír y callar.

En este mundo reinaba el Tuerto Pillo, que no era tuerto y sí era pillito: don Segua, para sus íntimos.

La Picada estaba situada frente a un convento.

—¿Está don Segua?

—Acá no vive ni'un don Segua.

Por el portón asomaba apenas una voz vejancona y aguardentosa. Panchín recordó lo que había olvidado:

—¡Pajarete!...

—¡Y del güeno! —contestó asomándose entero el flaco. Miraba de soslayo—. Pasen, allá aeentro está On Segua.

El Tuerto Pillo era cauteloso y tenía sus razones. Ningún robo se cometía en el bajo Santiago sin que él lo organizara, asesorara o conociera.

Cruzamos una selva de figuras fantasmales. Sentado en una pipa, semejante a un rajá, inaccesible, distante e importantísimo, estaba el Tuerto Pillo. Nos miró. Nos concedió un escupitajo: significa una distinción.

—¿Qui'ay, cauros? ¿Qué se les frunce?

—Le traímos estos monitos pa' que usté On Segua...

—Oiga, On Tuerto: la Pelá quiere otro medio pato'e vino —interrumpió el "maitre" del corralón. Distinguido conforme

convenía al lugar: dos penas de cinco años de presidio, tres de diez y ocho meses, una imponente cicatriz que le partía de la sien derecha, le seguía al labio inferior e iba a morir en la mejilla izquierda: El Chafalote, el hombre más importante del corralón —si se le miraba con ojos de cliente—, pero el imbécil más grande que pudo brotar de la madre tierra, según Don Segua.

—¿Qué no veís, baóso, que esa **maraca** ya nos tiene envacunaos con tres cuentas? Son tres cuentas' istintas pero un solo clavo no más. Pa' esa patúa, ni' agua. Si tiene sé, qui' si' haga unas gálgalas con miaos.

Mientras su patrón hablaba, Chafalote movía la cabeza de arriba abajo, abría desmesuradamente los ojos y con una risa inefable lo escuchaba. Por esas actitudes se sostenía en su puesto de "maitre". On Tuerto —como llamaba a su amo— se sabía objeto de veneración, y le gustaba.

—Güeno, cauros, vamos a vel: pasen los mo... ¡Oye, Puntete! ¿Hasta cuándo vai a creel que esta casa es pista'c cilco? ¿Pol qué no te vai a ponel de caeza junto a un paco, pa'vel si te pega un palo en el culo. Sacárme a este di' ahí, Chafalote.

Puntete tenía la manía de creerse acróbata; cuando bebía, empezaba a darse vueltas por el corralón, boca abajo, caminando con las manos.

Chafalote acudió presuroso al llamado de su amo. Retornó a su posición normal al exhibicionista y esperó a que se bebiera un tarro de vino que le ofrecían los que le hacían rueda. Después, lo engarfió por la parte posterior del cuello, mientras con la otra mano lo tomaba para irlo a depositar en la puerta: por el portón salió volando hacia la calle una figura incisiva, un Puntete cosmonauta: "¡Bloom!"

Don Segua miró complacido a sus ayudantes, continuó observando los monos que le habían pasado, hizo llamar

a su cocinera ancestral —la Tonta Mariana— y junto con Chafalote deliberaron:

—Son de yeso. ¿Qué isen ustees?

—De yeso, On Tuerto.

—Mira, guanaco: te'y dicho que no me igái On Tuerto. ¿No sabís mi nombre?

—Yo creo, On Segua, que no son tan de yeso —terció la Tonta Mariana.

El amo se sintió ofendido porque dudaban de su autoridad. Nos devolvió los monachos:

—Váyanse al mismo carajo con estas cosas. Traigan algo de valol: relojes, ropa usá, rególveres. Y vos, Mariana, ándate.

Quedaron discutiendo. Retornaron los monos al tarro de los orines. La autoridad de don Segua pesaba mucho en nuestro criterio. Yo sabía algo de miniaturas y marfiles y tenía la sospecha de que esos monos pudieran valer algo.

El Paragüero nos estaba esperando.

—Tomen: esto dieron por los billetes.

—Hagamos el reparto —dijo Panchín.

—No me cuenten en eso. Yo no robé. Cambié por dinero chileno, únicamente.

Mi compañero no estaba bien seguro de lo que debería hacer. Me miró con gesto de entendimiento.

Sospechábamos que el Paragüero había sacado ya “su parte”. El hombre tenía un sentido muy curioso de la dignidad. Se beneficiaba con nuestros delitos, pero no aceptaba de ningún modo que el asunto fuera “oficial”.

Lo importante para él consistía en que él estaba muy lejos de compartir nuestras tendencias delictuales. Sentimos que el Paragüero estaba “tan lleno de dignidades interiores” como solía aparentarlo, a pesar de que lucraba con nuestros delitos. Le aceptábamos esas “poses” de honorabilidad porque su mentira nos gustaba.

—Güeno, viejo. Sí. Nootros saemos que vos no choriai. Pero siempre algo te daremos. Habís traajao, y eso vale. Agarra, Toño.

Repartió equitativamente. Me sentí rico. Cada uno dio al viejo tres billetes, pero sabiendo interiormente que él ya tenía lo suyo. Contemplamos el dinero, amorosamente, sin saber aún cuánto era. Decidimos darnos la gran fiesta. Lamentamos que no hubiese estado Pelotón vivo. ¡Cuánto habría gozado! Nos habríamos largado, muy marciales, donde el flaco carnicero —al que robábamos la ración de huesos para nuestro perro— y le habríamos dicho: “Medio kilo de carne, de la mejol”. El flaco, mirándonos con incredulidad, habría empezado a cortar la carne y cuando ya estuviese empaquetando el pedido, distantes e importantísimos le habríamos dado el golpe de gracia: “Moliíta la calne, polque es pail perrito”.

Salimos un poco tristes, es verdad, pero aquélla fue una gran tarde en todo caso. Al caer la noche regresamos con una buena provisión de dulces, queso y pan. Hubiésemos querido traer huesos también: “¿para qué?” No obstante, para que nuestro muerto siguiera viviendo, hicimos el robillo diario y el botín se lo obsequiamos a un perrito pequeño que hacía poco había llegado al río.

Hasta la medianoche continuó el festín. Nos fuimos a dormir completamente seguros del porvenir, que yacía en nuestra almohada con dinero.

Muy de mañana estábamos tirando líneas para continuar la jarana cuando llegó el Gitano:

—Tienen que pirarse di'acá, y al tiro. ¿Vieron esto? Sobre el jergón tiró un periódico.

EN LA ESTACION ROBARON AYER A EMBAJADOR.

Dos pelusas se llevaron valiosísimo botín.

Panchín dio un salto. Comprendíamos que no podíamos sino irnos. Como el tarro estaba lleno de orines, el Gitano decidió no examinar las figurillas. Habíamos robado a un negro africano, embajador, nada menos, de un país que poco nos interesaba. Las Cancillerías habían armado un lío y la policía de la capital andaba buscándonos afanosamente. Sabían que habíamos sido nosotros porque hasta nuestros apodos se publicaban. Esto nos satisfizo mucho. Panchín recortó el trozo de periódico y lo metió en uno de sus bolsillos, doblándolo con gran reverencia.

—¿Pa'ónde vamos, Panchín?

—Pa'cualquier palte. No poemas quealnos acá.

—No las paro cómo no han venío a buscálos al río. Dee sel porque creerán que puen estal en cualquier palte menos aquí. Hágansi'umo, cauritos. Se metieron en la grande. Ya'stán avisaos. Vine paieso no más: Chao.

Se fue.

Ese día anduvimos de cine en cine. Son los lugares más seguros para evadir una persecución policial. En la tarde fuimos a la Picada de don Segua; en la puerta estaba el Chafalote. Nos pidió que fuéramos a conversar con su amo. Nos pareció sospechosa su actitud. No aceptamos. Insistió en su amabilidad y nos pidió que lo esperásemos mientras él iba en busca de don Segua. Seguía sonándonos falso. No obstante, aceptamos esperar, siempre que fuera en la esquina y no en la puerta de la Picada. Regresó poco después acompañado de un don Segua que nunca antes habíamos conocido: sudoroso, apresurado, amable y melindroso.

—Niñitos: ¿dónde tienen los monitos que trajeron ayer?

—En el río —respondió Panchín, luego de haberlo meditado.

—¿Qué lesera! ¿Irían a traérmelos?

—¿No leyó el diario, don Segua? El río dee estal lleno

de pacos. Estamos encalgaos a toa la policía —dijo mi compañero, dándose la correspondiente importancia. También adopté cara y postura de personaje. Y como si estuviese diciendo algo muy simple, agregué, dándomelas de héroe:

—Don Segua, ¿usted compra los monos? Se los traeré.

—Claro, pos, hijito.

—Déjese de tanto “hijito”, On Tuerto, y no nos meta en más líos. Vos no vai pa’ninguna palte, Toño, ¿oíste? Si el cauro le trajera los monos, ¿no cree que espúes se los quitarían, On Segua?

—Yo me las arreglaría. Tengo re altos amigos entre los comisionaos y con uno que libre no impoltaría que los emás monitos se peldieran. Anda, caurito: no te arrepintái.

—On Segua, le advielto una cosa. Pasando y pasando. Yo le traigo los monos, usté da la plata. Tratos son tratos. Cuidao con salilme espúes con otra cosa, ¿convenido? —repetía textualmente las palabras de un gangster, leídas en una película muda que pocos días antes había visto.

—Andá, si querís, pero cuando venga el baile, ya sabís que tenís que aguantal solo los palos de los tiras —me advirtió Panchín, encogiéndose de hombros y perdiéndose en la calle.

Fui en busca de los monos, sin tener por qué hacerlo. Debía sostener una decisión tomada en público.

A pesar de que estaba actuando únicamente para posar de héroe, aquél fue un gran día para mí. Creo que de ahí nace algo del ascendiente que luego tendría dentro del grupo.

Antes de llegar al puente, encontré al primer comisionado. Sé que no me identificó porque no creyó lo que veía. Nos conocíamos desde que me detuviera en una de las tantas redadas anteriores. Cuando me distancié un poco, su conciencia me reconoció. Me había dado vuelta

para mirarlo y aprecié su gesto. Fue gracioso. Algo semejante a lo que puede ocurrirnos si estando parados en una esquina se nos acerca un caballo y nos dijera: "¡Hola! ¿Qué tal?". Ante lo muy inverosímil, nuestro "yo" pensante no manda inmediatamente el mensaje a nuestro ser exterior y el hecho por un instante pasa desapercibido. Sin embargo, el subconsciente reacciona y lanza el trompetazo al ser consciente, el que reacciona dando órdenes a los músculos, piernas y lengua:

—¡Ahí va! ¡Atájenlo!

Corrí. Sabía que era inútil, pero lo hice.

Casi junto al puente fui capturado por tres hombronazos. Me llevaron a la comisaría.

—¿Dónde está la maleta?

—En el río. —Necesitaba decirlo, tenía necesidad de sacrificarme porque me parecía una salida para mi problema con los muchachos del grupo.

—¿Dónde está tu compañero?

—¿Cuál?

—Tu compañero, el Panchín.

—Hace tiempo que no lo veo. Robé solo.

—Eso no es cierto. Habla, ¿dónde está el otro? —y recibí la primera cachetada de las muchas que me darían aquel día—. ¿Y lo que había dentro de la maleta, dónde está?

—En el río.

Empezaba nuevamente la solfa de cachetadas cuando un policía entró y anunció pomposamente: "¡El señor embajador!".

Al recinto de guardia entró, jadeando, una cosa que bien podría ser un poste telefónico, embadurnado de alquitrán. Se me arrodilló, me tendió sus manos suplicantes y empezó a hablar guturalmente. Todos nos reímos, aun yo que no debía ni tenía por qué reír en tales circunstancias. Entró a la guardia

otro negro, un poco menos largo que el señor embajador. Continuaban las súplicas y ruegos del diplomático. En cualquier idioma la súplica es igual y reconocible; tiene el mismo acento de angustia, la misma desolación en el rostro y un mismo temblor de manos, con lágrimas iguales en los ojos.

—El señor embajador suplica que le devuelvan los documentos —explicó en correcto castellano el que debía ser su secretario. El comisario me miró:

—Lo que robaste, ¿está en el río?

—Sí.

—¿En qué parte, exactamente?

—En mi casucha.

—¿Lo tienes todo ahí?

—Creo que sí. No estaba muy seguro; recordaba que en la noche habíamos usado varios papeles suaves...

—¿Cómo es eso de que... **creo que sí?** Sargento, vaya con tres hombres y este pelusa y traen todo lo que encuentren en esa maldita covacha. ¡Ah, espere! Antes de volver queman la casucha, ¡méntanle fuego a todo!

La manera cómo el negro miró la valija, el gesto que hizo al verla vacía, la desesperación con que volvió los ojos hacia la choza, esa desolación con que esperó la salida de más cosas y cómo se arrodilló finalmente frente a ella, a eso yo le llamaría **sensación de morir, angustia**.

Pero la manera cómo se irguió cuando por los aires vio venir el tarro de los orines, mientras de su interior se desgranaban como perlas los monachos de bigote y coleta, su insólito salto de canguro, la forma cómo recobró la apostura de un embajador, su gesto de dignidad recuperada y la exclamación de hondo regocijo que lanzó cuando recogió el primer monacho, a eso... no sabría cómo llamarlo.

Toda la felicidad que puede contener un rostro estaba en

el del embajador, cuando de la casucha vio salir al sargento portando el legajo de papeles.

Tomaron sus monachos y papeles, hicieron una formal reverencia al sargento —creo que hasta de mí se despidieron— y se largaron hacia el puente. Cuando ya subían, los llamó el jefe policial:

—Señores, los monitos y los papeles... No pueden llevarse eso: es el cuerpo del delito.

El secretario se devolvió, miró con los dientes al sargento, reafirmó una decisión:

—Estos papeles son documentos secretos de la Embajada; y estos marfiles son piezas de colección, únicas en el mundo. Si el resto se pierde, no tiene importancia. De presentársele alguna dificultad, diga a sus superiores que reclamen a la Cancillería. Buenas tardes.

Ya era más de mediodía. Se reunió con su jefe, y subieron por el talud que comunicaba al río con la ciudad.

Los policías y yo quedamos mirándonos.

—¿Y qué hacemos con el pelusa, mi sargento?

—Llevémoslo. Total, pasará al Juzgado de Menores, y en pocos días más lo tendremos jodiéndonos otra vez. Vamos andando. Camina: tú, adelante.

Subimos.

Me sentí feliz.

Debido al desconcierto creado por el secretario, no quemaron la casucha. Era lo único que me importaba. Arriba, miré de reojo hacia el río: nuestras camisas, los pantalones, el tarro choquero donde bebíamos café, los adoquines y los viejos jergones, más la casucha, estaban a salvo. Desparrramados como cuerpos moribundos, pero intactos. Enredada en una filuda roca, adonde sin mirar la había lanzado el sargento en su búsqueda impetuosa, una de mis camisas flameaba victoriosa contra el viento.

Parecía una bandera.

Este robo al embajador tuvo mucha importancia en mi formación delictual. Me concedió cierto ascendiente dentro del grupo. Fui enviado al Reformatorio y a los tres días ya se había cumplido el vaticinio del sargento: salí en libertad y regresé al río. Noté un cambio. Ya no se me miraba con desprecio evidente. Se disimulaba metódicamente la resistencia que inspiraba mi pasado y lo que me sucediera con el Cafiche España.

Sin embargo, yo sentía la necesidad de seguir haciendo algo para que el río me aceptara definitivamente y cesara en esas actitudes sutiles que de vez en cuando me recordaban que no podía considerarme un igual a ellos. El rechazo era más suave, pero era rechazo. Quería ser aceptado como delincuente y no como compañero de Panchín, simplemente. De esta época provienen mis primeros hurtos solo. Los cometía cuando Panchín estaba detenido. Veía que el grupo no miraba con muy malos ojos esa especie de independencia, pero también me daba cuenta que las cosas no habían cambiado mucho, en todo caso. Cuando visitaba el río algún delincuente homosexual, se me obligaba siempre a que le sirviera. Lo hacía de mal grado; no tenía alternativa. El grupo, sutilmente, me hacía **regresar** a mi realidad. No se me invitaba a las invasiones al cauce. Y cuando los delincuentes mayores salían de jarana por los prostíbulos, tenía que hacerme el invitado a la fuerza. El asunto proseguía, más tenuemente, pero proseguía...

ROBO ORGANIZADO

Un día, Panchín me notificó que haríamos un robo en grande, dirigidos —e instruidos— por el Zanahoria y el Gitano. **Sentía** que llegaba mi oportunidad; sin embargo, vi que la proposición de Panchín me vino como una orden: no se me invitó a deliberar previamente el plan que se seguiría. Entendía que me llevaban porque no se me podía excluir. Mas no lo hacían de buen grado. El hampa tiene una norma: unir más a los compañeros, a los que se conciertan para delinquir en sociedad: ése era mi caso frente a Panchín. Llevarlo a él, implicaba **tener** que llevarme también.

Llegó el día.

El Gitano y el Zanahoria se adelantaron poco antes de llegar a la esquina donde estaba situado el almacén.

De acuerdo con el plan me detuve frente a la puerta principal. Entraron los grandes. Pidieron algo. El dueño fue al interior y regresó con una escalera. El Gitano señalaba un punto de la estantería que yo no alcanzaba a ver desde afuera. Cuando el almacenero subió a la parte más alta de la escala, el Zanahoria se agachó como para abrocharse un zapato. Crucé la calle corriendo. Me detuve en la puerta. Tenía miedo. Era ese mi primer delito en banda y quería hacerlo

bien por muchas razones. Alguien salió de mi interior y **me miró**. Me veía miedoso e indeciso.

Me decidí y entré.

No todo se realizó conforme al plan. Una vez en la bodega oí cómo los grandes salían despidiéndose del dueño, amablemente. Busqué los tambores desocupados de los que me había hablado el Zanahoria. Ahí estaban, pero no encontré el saco vacío con el que tendría que tapar la boca del tambor después de introducirme en él. Había muchos, pero todos estaban formando un montón ordenado, bien doblados uno encima del otro. En lo alto dormía una gata parida, junto a sus críos. Corría el riesgo de espantarlos y atraer la atención del dueño cuando atravesara la bodega para salir por la puerta falsa. No era ocasión de titubear. Me introduje en un tambor, sin taparlo.

Haría un cuarto de hora que estaba allí escondido cuando oí el pausado taconeo del dueño que pasaba hacia el fondo de la bodega. Sentí que cerró la puerta y a través de los muros le oí caminar por el corredor exterior que comunicaba a la puerta falsa con la calle. Iba a salir: sonó el teléfono.

Una, dos, tres veces.

Me metí precipitadamente en el tambor.

Dejé pasar dos minutos y como no se oyera nada, salí.

Fui hacia la puerta frontal, cerrada por dentro.

Aún nadie había deslizado la hoja del periódico.

Pasó un tiempo.

La señal no aparecía.

¿Qué hacer? ¿Abriría la puerta del fondo para que entraran? Tenía instrucción de no hacerlo mientras no viera la señal. El Zanahoria había dicho: "Na de vinil a correl con colores propios. Hasís las cosas como yo te las 'igo o lo embarrai too". Sin embargo, yo no me había ceñido en todo a lo ordenado.

¿Qué hacer? Así estaba. Parado en el interior del almacén. Solo. Completamente solo. La puerta por donde entrara cuando el Zanahoria se agachó, cerrada por dentro con un candado. Me pareció que ese candado me miraba como burlándose.

Y el almacén mudo y vacío.

Los tarros de conserva, las botellas y paquetes de fideos alineados en la estantería me producían la impresión de nichos en una bóveda. Me aplastaba el depósito de víveres. Lo miraba con la intención de volver a él, pero sentía pánico: me parecía un túnel que condujese al último rincón de la muerte.

Mirando siempre a la puerta de entrada, empecé a retroceder. Quería penetrar en la bodega, pero sin mirarla de frente. El miedo iba aumentándose en el interior del pecho hasta hacerse más ruidoso que el golpeteo de mi corazón. Sentí una picazón en las piernas. Me agaché a rascarme.

Alguien me empujó, blandamente, de atrás.

Fue un leve empujón en las posaderas.

Esperé que alguien hablara, gritara, me diera el golpe en la nuca.

Pero yo sabía que ahí no había nadie.

Agachado aún, sin rascarme, creía que iba a vomitar el corazón. La garganta me hacía "cloc-cloc" y la boca se me llenó de saliva amarga. Seguía agachado como si de pronto me hubiese dado una parálisis y ya estuviera condenado por toda la vida a caminar con la cabeza hacia adelante. No me atrevía a mirar hacia atrás. Sólo meditaba en lo que debería hacer cuando me atacaran. Decidí erguirme repentinamente para tener, al menos, la ventaja de la sorpresa.

Di media vuelta e hice el gesto del que va a dar un golpe.

Era un poste.

Me dio tanta rabia que sentí un poco de valor.

Avancé por la bodega, y ahora de frente. Erguido.

Fui en busca de la puerta falsa. Pero duró muy poco mi audacia. Empecé a aplastarme nuevamente. Me detuve. Oí que golpeaban en la puerta frontal: un golpe seco, monótono, que se repetía tres veces y era seguido por una pausa siempre igual: "Toc-toc-toc". Pausa. "Toc-toc-toc". Pausa. A pesar de la distancia que me separaba de la entrada me sonaban los golpes como cañonazos. "Toc-toc-toc". Pausa. "Toc-toc-toc". Pausa.

Pensé dirigirme, decididamente, al fondo e ir hacia la puerta que tenía instrucciones de abrir. Me dije que el Gitano y Zanahoria ya estarían esperándome. "Pase lo que pase, abriré".

Fui.

En la mitad del trayecto pisé a la gata que se había bajado de los sacos.

—¡Muaaaaaafffff! —maulló, dolorida.

—¡Gata del carajo! —No sé cuán largo fue el salto que di hacia atrás.

Me comprendió. Me miró con sus ojos glaucos. Empezó a relamerse como si quisiera reírse. Le tiré una patada. Me esquivó subiéndose de un salto a los sacos: "Grrrii-grrii", hicieron los gatitos. Parecían grillos. Los grillitos se hundían en mis carnes como pequeños pero agudos bayonetazos. Comencé a sentir que mi pecho se rasgaba lentamente como si fuese un trozo de lienzo que se estuviera partiendo en dos.

Sentí deseos enormes de orinar.

En la parte del fondo flotaba un silencio desconcertante. Llegué junto a la puerta que debía abrir y estiré la mano para alcanzar el pestillo, pero no pude llegar a su altura. Busqué un cajón vacío para subirme en él. Vi uno. Me agaché

a tomarlo: no salía del suelo. Supongo que estaba clavado, pero quedé largo rato mirándolo sin poder explicarme por qué no podía desprenderlo. Creí que estuviese embrujado. Decidí volver a la puerta de entrada para ver si ya se había colocado la señal. Nada. Había transcurrido más de un cuarto de hora, que ya me parecía un siglo. Me quedé inmóvil, petrificado. Recordé la rogativa fluvial de los ladrones: "Virgencita de Monserrat: ayúdame". Por fin decidí contar hasta diez. Si el periódico no aparecía, de todos modos abriría: Uno... dos... tres... cuatro... cinco... seis ... sie ...—¡Riiin!

¡El teléfono!

¿Serían ellos para avisarme que saliera?, ¿o que abriera?, ¿o que me escondiera nuevamente?

¿Contesto el teléfono?

¿Lo descuelgo solamente?

¡Riiin! —¡Riiiiiiiiin! ¡Nuevamente!

Rápido. Debo resolver algo. Rápido.

Antes de que se apagara el último timbrazo, apareció lentamente el periódico. Entraba milímetro a milímetro como si alguien lo deslizara con una regla de precisión y cronómetro.

Automáticamente me fui a abrir la puerta falsa.

¡Qué sensación de alivio y paz!

—Ciego' el diablo —dijo el Zanahoria y entró seguido del Gitano.

—¿Qué pasaba? ¿Por qué demoraron tanto en poner la señal?

—Espués te' isimos. Andate pa' la esquina y nos esperai hasta que salgamos.

La puerta interior de la bodega daba a un pasaje por el que salí a la calle. En la esquina contraria al negocio me paré a esperarlos.

Y ahí comprendí: justamente en la puerta del almacén estaba parado un ciego. En una mano esgrimía un bastón blanco y cada vez que pasaba un transeúnte golpeaba el suelo, implorando caridad. "Toc-toc-toc". Después supe que era amigo del dueño, por lo que el Gitano hubo de esperar que se descuidara para poner la señal.

Salieron a los diez minutos. El Zanahoria traía una maleta y el Gitano un paquete.

—¿Y Panchín? —preguntó el líder un tanto enojado al no verlo conmigo—. Se fue siguiendo al viejo pa' que avisara si se le ocurría degolverse. Nos podía pillal sin perro(*). Pero ya debía habel llegao.

—Allá viene este guanaco —anotó el Gitano.

—Vos, Panchín, llevai la maleta y el Toño el paquete. En la Picá de On Segua nos juntamos. El Tuelto ya sae que vamos pa'llá. Vos, Gitano, te venís conmigo. Nos vamos di' atrasito.

Obedecemos la orden. Ellos nos siguieron a una prudente distancia.

—¡Naiden se muee! ¡Pal fondo too el mundo! —gritó Mostachín. Esgrimía en la mano algo que estaba entre el trabuco y el mosquete.

—Vos, Panchín, deja esa mochilla(**) en el suelo. Epale, don Segua: na de traesuras conmigo. ¿Pa'ónde va? El Tuerto Pillo había descendido de su trono y estaba resbalándose en dirección a su Sanctasanctórum.

—Pa'niuna palte, don Mosta. Quería il a vel la hora. Chafalote, como siempre, asentía iluminado: "¿Acaso, en este momento, mi amo no tiene derecho a saber la hora?"

(*) Infraganti.

(**) Botín.

No hubo conmoción ni desorden. Se notaba apatía. La fuerza de la costumbre.

Todos obedecieron la orden del policía, sin sorpresa ni preocupación. Miraban las pipas. Si en vez del grito policial alguien hubiese dicho: "Se rompió una pipa", eso sí que los habría alterado y conmovido. El Zanahoria se me acercó y me dijo entre dientes:

—Vos no conocís a naiden. Ni a mí ni al Gitano. ¿Oíste? Dile al Panchín que tampoco conoce a naiden. Que 'iga en el cuartel que se encontró esa mochila. Vos 'isis lo mismo. Del Juzgado los sacamos.

—¿Qué estái hablando vos ahí? —gritó Mostachín—. A ver vos, cauro, chico, pónete ahí. Y vos, Panchín, acá. Los grandes, uno en caa rincón.

—¿Qué le sucee conmigo? —preguntó el Gitano.

—Ya vai a sael lo que me pasa. ¿Creís que no los he venío siguiendo? Los traigo re sobraos(*) desde que se juntaron con los cauros.

—¿Cuándo? ¿Cuáles cauros? Si el Gitano y yo estamos aquí 'esde las dos 'e la tarde, ¿no es veldá, On Segua?

—Así es; como a las dos llegaron los grandes y a los cauros yo no los conozco. Entraron a preguntarme si vendía leche.

La carcajada fue general.

—¡Leche! Como si esto fuera un estáulo. Lo que sucee es que vos, Tuelto Pillo, le estái 'isiendo a toos lo que tienen que 'isile al juez. Te conozco, viejo 'el diablo.

—No, On Mosta, usté se quivoca. Si lo que traen los chiquillos a lo mejol se lo han encontráo botao en el río. A lo mejol no es ni choreo.

(*) Aventajados.

—¿Y seguís aleucionándolos? No digái ni' una palaura más. Te callai o te lleo detenío a vos tamién. A ver, los cauros que tomen el paquete y vos, Zanahoria, agarra la maleta. Vamos andando toos. Al que se aniñe pa' arrancáseme lo mato con esto. Le meto toitos los tiros. Obedecemos la orden y nos pusimos en fila. Panchín a la cabeza con el paquete, yo con la maleta que me había pasado el Zanahoria y los grandes detrás. Mostachín a un lado custodiándonos con su trabuco en la mano. Cuando el Zanahoria venía a ocupar su lugar en la fila, el Chafalote le tiró un vestón viejo que estaba en lo alto de una pipa: me pareció extraño el modo de recogerlo.

Salimos a la calle. Panchín se detuvo como no sabiendo hacia dónde conducir la fila.

—¿Qué te queai parao ahí como un tonto? ¿Querís que te agarre a cachazos?

—¿Pa'onde vamos, On Mosta?

—Pa'l cine no va a sel, guanaco. P'al cuartel pos.

—¿Y'ónde quea el cuartel? —preguntó angelicamente el Zanahoria. Tenía las manos dentro de uno de los bolsillos del vestón que le tirara el Chafalote. Hurgaba, ganando tiempo.

—Hasta los caallos de los pacos te conocen y venís a preguntal pa'onde quea el cuartel. ¿Me'stái agarrando p'al fideo?

—Oiga, On Mosta: ¡mi cao, mi cao! —llamó alguien de atrás.

Todos miramos, menos uno.

Mostachín no pudo hacerlo.

Lanzó un grito atroz. Tan doloroso y absurdo que las casas, la calle, los peatones y vehículos que pasaban se me hicieron pequeños. El grito humano había sido más grande y potente que cualquiera otra sensación. Se diría que alguien

había metido la mano por entre el pecho del policía hasta ubicarle la arteria aorta y de un manotón se la hubiese estirado hasta cortarla. Zanahoria y el Gitano huyeron calle abajo seguidos por Panchín, quien apretaba fuertemente el paquete.

Lelo, estupefacto, con la boca muy abierta —sin comprender aún lo sucedido—, me quedé parado mirando a Mostachín, que se revolcaba en el suelo de dolor.

A los gritos vino corriendo otro policía que coincidentalmente iba en dirección a su cuartel. Se detuvo. Miró a Mostachín y viendo al frente el convento cruzó la calle, llamó, habló con un hombre anciano. Regresó de prisa trayendo un balde lleno de agua y jabón. Sin miramientos vació el agua sobre el rostro del caído y se lo jabonó. Corrió por más agua y lo enjuagó, poco a poco. Fue por mas.

Sólo entonces caí en la cuenta de lo que había ocurrido. En el vestón que el Chafalote tirara al Zanahoria había un paquete de pimienta molida. Cuando nos hicieron mirar hacia atrás, Mostachín la recibió en pleno rostro y más todavía en los ojos. Sé de varias personas que han quedado ciegas para siempre luego de haber recibido el impacto de esta especie de bomba mortífera e irritante.

El policía volvió con más agua. Le ayudé a enjuagar el rostro y los ojos de su compañero. Mostachín gimió ya con menos dolor y por sus propios medios se paró. Estaba rojo. No podía abrir los párpados. Se pasó el dorso de la mano por las cuencas y recién pudo hablar.

—Sé quién jue: el Zanahoria. Sí, el Zanahoria —repitió indignado y abriendo un poco los ojos—. El que venía 'etrás de vos, cauro. ¿Y vos, qué'stái haciendo acá? ¿Pol qué no ti'arrancaste también?

—Este pelusa me ayudó, compañero. ¿Qué pasa con él?

—Si' éste es uno de los que' lleaa pail cualtel.

—¿Por qué? ¿Qué hizo?

—Casi na; un robo. Mire: todavía tiene una palte de la mochila. Esa maleta...

—¿Y por qué no arrancaste también, niño? —me preguntó el otro policía con un no sé qué de ternura en el acento.

Porque... Porque... Mentalmente me hice la misma pregunta: ¿Por qué no arranqué también?

—Güeno, cauro, vamos. Me duele hasélo, pero tengo que llealte. ¿Cómo te llamái?

—Toño, don Mosta.

—¿Toño? Ahora caigo. Todavía estoy medio tonto. Claro, pos. Si vos soi el compañero del Panchín. Si éste es un cauro del río, compañero. Güeno, vamos andando. En el cuartel tenís que isil ónde poemas hallal a tus compañeros. ¿Mi'acompaña, coleguita? Usté me puec selvil de testigo de too lo que ha pasao.

Tomé la maleta y nos fuimos los tres.

Más adelante Mostachín se detuvo.

—Oiga coleguita: parémonos un poco. Párate, caurito. Estoy pensando que...

—Que no se lo debe llevar, ¿verdad, compañero?

—No. Estoy pensando en lo que voy a isil en el cuartel.

—Cuando los jefes lo vean y escuchen esto, se le van a reír en las barbas.

—Sí. Y en vez de felicitame me van a arrestal.

—Y le preguntarán cómo fue la cosa. Dígame, compañero, ¿qué fue lo ocurrido?

Mostachín le hizo un resumen de lo sucedido.

—Compañero, está fregado. Antes de proceder, debió ir en busca de refuerzos. Ese vestón debió revisarlo cuando lo tiraron en esa forma tan sospechosa. Al menos eso habría hecho yo.

—Sí. Estoy jodío. ¿Qué pueo hasel?

—...No se lo lleve. Olvide todo esto.

—¿Y la maleta?

—Diga que la encontró en la calle.

—... Usté no sae, compañero. Los mismos jefes dirán que yo me chorié el resto. Estos cauros no callan na.

—Cierto es, pues, don Mosta. ¡Y como ganamos tan re poco!

—Igame una cosa: ¿cómo sae mi apodo?

—¿Hay alguien en Santiago que no lo conozca a usted? Por algo lo tienen de servicio permanente en el puente. Y eso lo perjudica más aún porque usted es considerado un policía muy hábil. No creerán que se le fugaron.

—¿Qué quiere isil, compañero?

—Yo no quiero decir nada. Pienso lo que pueden pensar "arriba". Si usted llega con el puro muchacho y sin los que robaron... Esto que hizo el cabro nadie se lo va a creer. Bueno, usted verá lo que hace. Me voy. Es hora que entre a mi turno. Decida algo, pero decida bien.

Mostachín y yo quedamos parados en la acera.

Más que parado, Mostachín quedó paralizado. Miraba hacia la lejanía. Ausente, inmóvil. Estuvo así cerca de un cuarto de hora. Segufa a su lado. Volvió. Me miró fijamente. Se metió en mi humanidad y dijo:

—¡Andate: vos sabrís!

Con esa calma con que desatracan los barcos de los muelles me fui calle adentro con la maleta en la mano. Fui al río.

Desde ese día Mostachín, con o sin razón, fue amado por todo el río. Y fue respetado incluso. Hubo veces que no delinquimos en su presencia. Y no lo hicimos por miedo, sino por respeto. Nos dejó la impresión de que tenía una honda calidad humana

No fue necesario para él vigilarnos tanto.

RECUERDOS DEL REFORMATARIO

Un día caímos varios en una redada policial y nos llevaron al Reformatorio. Ingresamos como tantas otras veces. Panchín cayó conmigo, por lo que no pudimos “sacarnos” el uno al otro como solíamos hacerlo. Cuando era él quien caía solo, me las arreglaba para conseguirle un familiar ficticio que lo reclamase ante el Juzgado de Menores. Lo mismo hacía él cuando caía yo, de manera que nunca permanecíamos detenidos más de tres o cuatro días. “¿Pero cuántos hermanos, tíos, abuelitos y papás tienen ustedes?”, comentó una vez el juez.

Así nos defendíamos. Las autoridades no tenían interés en prolongar nuestra detención y nos hacían el juego. No les convenía retener a “unos pelusas que no tenían salvación, verdaderas lacras sociales”, como sostenía el director del Reformatorio.

En esta oportunidad Panchín me presentó a la Monja, un menor delincuente que sostenía amores con otro menor apodado el Zunco, criado en el río y que siempre andaba planeando fugas, por lo que pasaba casi la mayor parte del tiempo de la reclusión en el lugar destinado a los castigados.

La Monja dormía en la cama número siete del dormitorio de los “pelusas” y yo en la número seis.

—Toño ...

—¿Qué?

—¿Sabís una cosa?

—¿Qué?

—Al Zunco se lo llearon castigao.

—¿Cuándo?

—Reciencito. Vos estáai dulmiendo.

—¿Y por qué?

—Por lo de siempre: le encontraron una lima deajo del colchón.

Reflexioné. En la lejanía se escuchaba una música suave. Los otros pelusas dormían a pierna suelta. Nos encerraban quitándonos antes el mameluco de manera que no pudiéramos fugarnos. El inspector salía, una vez que nos veía durmiendo y le ponía candado por fuera a la puerta. Miré a la Monja:

—¿Una lima? ¿Para qué la tendría?

—Pa' pirálse, pus Toño. Con ésa se coltan los barrotes de la ventana. ¿Las parái?

Nueva pausa. La luz de la luna iluminaba débilmente el pabellón.

—Toño...

—¿Qué?

—Leántate despacito y te vai pa'l baño. M'esperái ahí. Te voy a contar como jue too. Anda...

Pabellón de baños. Gran ventanal al fondo. La luna: ojo pálido y fijo. De un caserón contiguo al Reformatorio, se dejaba oír el rezongo dulzón de un tango de la época: “...La noche triste junto a nuestro gran dolor. Juntitos los dos, etc., etc., etc...” Alguien había dejado sobre el alféizar de la ventana una pastilla de jabón ordinario, cuyo

perfume barato, como las ideas de los tontos, se propagaba ampliamente confundándose con la fetidez del ambiente del WC.

Cabizbajo y melodramático, la Monja se me vino encima:

—Me pueo queal sola. Abandoná, botá.

—¿Y por qué?

—Queste desgraciao del Zunco quería fugalse. Toa mi vía hei estao tan re sola. Ni siquiera supe quien jue mi maire.

—Cuenta cómo fue la cosa de la lima.

—¡Me siento tan re mal! Seme'stá dando güelta la caeza...

—Inició un desmayo conforme convenía al instante.

—No te vayas a caer, maricón del diablo.

—Asujétame vos pos jetón. ¿O las parái? Ayúame: me caigo. —Lo ordenó en forma varonil. Se me vino ya en forma definitiva, y con la boca pestilente, húmeda por el deseo, me baboseó la cara. A lo lejos seguía oyéndose: "...Juntitos los dos, la noche triste junto a nuestro gran dolor..." La luna se escondió un poquitín. Regresamos a nuestras camas.

—Toño...

—¿Qué?

—¿Tai enojao?

—Quéate dormido, maricón.

—Hasta mañana, Toño...

—Duérmete, déjame dormir.

—Toño...

—¡Hasta cuándo jodes!

—No le contís a naiden.

—¿Qué no voy a contar? ¡Si no pasó nada!

—¿Y vos queríai que hubiera pasao algo?

—Duérmete y deja de joder.

—¿Vamos a seguirl siendo amiguitos?

—Sí, duérmete.

—¿No le vai a isil na al Zunco?

—No, pero duérmete. Oye, ¿cómo supieron que el Zunco tenía esa lima deajo del colchón?

—¡Güen dal que soi gil! ¿No las parai? Yo mesmo la sapié. ¿No veís cómo me cuida de noche? Yo quería convelsal con vos...

—¡Disgraciado! Mañana mismo les cuento a todos que soi sapo.

—Eso isís vos. Yo sé que no vai a isil na. Te gusta. Hasta mañana, Toñito. Que duelma y que sueñe con su Monjita.

Se arrellanó en el lecho y se durmió.

Sentí vergüenza y rabia.

Un día el Capellán nos regaló unas monedas. El Zunco compró ácido muriático, lo colocó en el platillo en que bebía el tiuque vigilante y el pajarraco murió quemado. El Zunco fraguaba una fuga en masa. Su sueño dorado.

La Monja comprendió inmediatamente para qué habían asesinado al bicho y dedujo quién había sido el autor. Quería retener a su Zunco a cualquier precio y habló confidencialmente con el Guatón Mazuera. El director no se hizo de rogar para ordenar un baile. Si hubiésemos sido los mayores los llamados a él, el **baile** no habría tenido emoción porque los pelusas sólo golpeábamos a uno de los nuestros cuando era delator o invertido. Por consejo del señor Bello —el inspector de los grandes—, Mazuera aprovechaba y explotaba el odio que los delincuentes sentíamos por los “chicos difíciles” internados con nosotros: los giles que sólo pensaban en comer, vivir y esperar que la familia los viniera a rescatar. Cuando un gil se comportaba mal, Mazuera o Bello lo llevaban de noche a nuestro dormitorio para que lo hiciéramos entrar en razón, y lo contrario ocurría al tratarse de uno de los nuestros: era enviado a dar un paseíto nocturno por el dormitorio de los giles. Ambos bandos se pegaban a matar. Táctica científica de reforma.

Uno de los “teléfonos con patas”, que le tenía un miedo cerval al Zunco por temor a ser culpado de la delación hecha por la Monja, habló con él y le dijo la verdad. Empezamos a urdir la manera de darle al homosexual una lección ejemplar. Yo participaba en el proyecto intentando congraciarme con mis compañeros.

La Monja anunció que se iría a trabajar en la lavandería del establecimiento: “No quiero chorial más. Me regeneraré”. Comentó el Zunco, al saberlo: “Espérate no más. Te irás del río, pero bien **solfiao**(*). Robamos varias sábanas de la lavandería y las introdujimos en el colchón de la Monja. A pesar de sus arrebatos de honorabilidad no había querido cambiarse al dormitorio de los giles. Hablamos con un “teléfono” y como al pasar le preguntamos si no habían revisado los colchones del dormitorio grande. La acuciosidad del delator fue extraordinaria. Esa misma tarde nos llamaron a todos. Mazuera nos esperaba en la puerta:

—Póngase caa uno frente a su cama.

—¿Yo también? —preguntó la Monja, sin sospechar.

—Sí, vos también. Esto es pa toos.

Ayudado por dos giles empezó a revisar cama por cama, descosiendo los colchones. Descubrió el botín. Al ver que había triunfado miró con odio a la Monja y no lo dejó hablar siquiera. Fue donde el señor Bello para ordenarle que esa noche acompañase al acusado a dar una vuelta por el dormitorio de los chicos difíciles. Estos, cuando lo supieron, brincaban de gozo, pero Bello aconsejó que el baile se hiciera en el dormitorio de los grandes: sabía del odio que le teníamos al invertido. Pidió, además, dirigirlo personalmente. Mazuera accedió.

(*) Golpeado.

Llegaron, esa noche y el señor Bello.

De su calvicie se había librado un mechón que le nacía en la nuca. Es de imaginar que dedicara un discreto cuarto de hora para peinarlo: lo hacía recorrer la base del cráneo hasta conducirlo en forma de onda a su frente; de ahí, siempre lustroso y engominado, lo devolvía al parietal derecho para esconderlo melancólicamente en la corona franciscana. Más robusto que gordo, alto, carirredondo, obispal para andar, nunca miraba a los ojos. Su voz era pausada y filosofal, con un acento tétricamente tierno. El día antes vimos cómo le daba la “bienvenida” a un pelusa fugado de su pabellón.

—Irás al pabellón de los grandes. Donde estabas antes que nos abandonaras, hijito. Sabes que soy tu inspector. Cama N° 3. La tercera entrando por la derecha, querido. Comerás en el segundo pabellón, tu puesto aún está vacío. ¡Supieras cuánto deseaba tu regreso! Taller: mimbtería. Tomarás clases en las tardes de dos a tres, te resultará más cómodo y útil. Turnio, llévalo a la lavandería para que le den el mameluco que nos dejó al irse. Yo mismo lo guardé cuando lo encontré bajo tu cama. ¿De dónde sacaste ropa para fugarte, niño? Ya me lo dirás un día. No olvides que acá hay dos clases de chicos: los que se portan bien y los que se portan mal. Nada más, hijito. No olvides que te portas bien o revientas. Véte, querido. ¡Ah!, espera, precioso. ¿Por qué el niño se nos había largado? ¿Por qué lo hizo, precioso? ¿Qué niño tan malo! ... Y paf, paf, paf! —tres veces paf—, luego de acercársele con pasitos tiernos le propinó tres furiosas cachetadas. El pelusa cayó al suelo. ¿Verdad que jamás lo volverá a hacer? Levántese, preciosura... Se agachó, lo tomó del pelo, lo alzó bruscamente y ¡paf, paf paf!, otras tres cachetadas... “Ya, hijito, vaya para la lavandería...”

Y todo aquel recibimiento acompañado por esa eterna sonrisa suya que hacía dar escalofríos; en él, eso de reír era

una mueca de máscara griega. Parecía que unos ganchos engarfiados en las comisuras estuviesen tirándole los labios desde las orejas.

Tenía a su cargo el pabellón de los grandes, donde estábamos los menores "sin salvación". Eramos cincuenta: con el señor Bello completábamos un total de cien infames. Jamás se perdía el espectáculo del baño común que nos obligaba a tomar en invierno a temperaturas bajo cero. Le decíamos "El Precioso".

Y ahí estaba junto con don Romo, el ecónomo, y con don Monte, el director. Nos preparamos. Los cincuenta chacalillos formamos dos filas dejando en el medio un amplio corredor humano. Por ahí tenía que pasar la Monja:

—Buenas noches —dijo con las narices el director Monterrey. Traía sus gafas en la mano, lo que indicaba que quería ver.

—Buenas noches, señor director.

—Las autoridades de este Instituto de Reforma hemos decidido castigar ejemplarmente a uno de ustedes que fue sorprendido cuando robaba y ocultaba algunos bienes del Estado. Acá está, ustedes le dicen la Monja. ¿Cómo te llamas?

—...Juan Muñoz, señor director.

—Juanito. Venga, precioso. Acérquese, hijito. Cariñito, sus compañeros quieren acariciarlo. Venga, hijito.

—Espere un momento, señor Bello: la orden debo darla yo.

—Muchachos —graznó don Romo, el ecónomo—, nuestro amado director, el señor Monterrey, hace la gracia de veniros a visitar. Debéis sentirnos orgullosos por tanto honor.

—Bien, ahora sí, que empiece el **baile**. Hay que enmendar a estos chicos —concluyó el director. Su tono

quejoso sugería que hablaba mientras hacía fuerzas para calzarse un zapato muy estrecho.

—Monja... Monja... Te traigo una naranja. Me voy antes que me pillen. —Dejé la fruta encima de la cama y salí corriendo de la enfermería. ¿Acaso me sentía responsable o identificado con él? No supe en aquel entonces. No lo sé ahora.

La Monja ya podía moverse. Fue llevado en estado inconsciente. Esa noche debe haber dejado en su alma tal recuerdo de amargura y una tal impresión de piedad por sí mismo que por muchos años no podría olvidarlas. Con los ojos vendados lo hicieron pasar por el medio de la doble hilera que formábamos. En la mano cada uno esgrimía un bestial zapatón de soldado. Le dimos todos con el tacón. Sentíamos profunda ira contra los delatores y homosexuales declarados, así fuesen de los nuestros. Le dimos todos, menos el Zunco.

—El Zunquito no quiso pegar, ¿eh? ¡Qué bien! No sabría hacerlo, seguramente. Acérquese, preciosura. Yo le enseñaré: ¡Paf, paf, paf! ¿Quién iba a creer? Tan inútil, con un bracito estropeado y tan valientito, y... ¡Paf, paf, paf!

Delgado, ascético, transparente. Rostro albo y agradable. Nariz y perfil griegos. Ojos de azul profundo. Palomas, en vez de manos. Cabeza bien moldeada, cabello escaso, hablar lento y modulado; voz dulce, serena y convincente: generoso, leal, humilde y cordial. Producía la impresión de pasar por la vida como temiendo molestar con su presencia. Se esforzaba para que nadie se diera cuenta que él existía. Cuando nos miraba veíamos que se compadecía y deseaba oponerse a la inmundicia que reinaba en el establecimiento, y si no lo hacía no era por cobardía. Un día nos trajo un

receptor de radio. Alguien que se fugó lo llevó... "pa' tenel pa'l carro". Nos obsequiaba libros, cuentos, historietas: las cambiábamos por cigarrillos. Nos daba dinero; comprábamos limas para evadirnos. Al Zunco le trajo calcetines y camisas: vendió todo para comprar el ácido muriático con el que envenenó al tiuque. Una vez que había "baile" nocturno, se las arregló para iniciar un ciclo de charlas, que prolongó hasta que el director recibió la orden de preparar el Reformatorio para la visita semestral de las autoridades. Trajo una docena de calzoncillos y los repartió entre los que más le odiaban: los vendimos y el producto lo enviamos a una ancianita que se había avicinado en el río y que venía todos los domingos a visitarnos enviada por los que estaban en libertad. Cierta vez que el ecónomo andaba de jarana, él se las compuso para que una comisión de médicos visitara el establecimiento. Don Romo jamás le perdonó lo que llamó "golpe bajo". Tiempo después sorprendió al Zunco en la capilla, en amoroso arranque con su Monja. Lanzó a los dos dentro de una pileta que había en el patio central. Como Panchín lo mirara con odio, se le acercó:

—¿Querías decirme algo?

—Sí... este...

—¿Qué?

—Que me diera una meallita.

—Sí, tómala. Sacó de sus enormes faltriqueras la medalla y cuando Panchín estiraba la mano para recibirla lo tomó de los calzones y lo mandó a reunirse con el Zunco y la Monja. Se limpió las manos y después tiró la medalla en la pileta.

Así era nuestro capellán, el Padre Fermín.

—Toos los guanacos de este paellon van pal almacén
—dijo una tarde don Romo.

—Rapidito, rapidito —agregó Mazuera, que corriendo venía acompañado del director y del secretario.

—¿Qué será? —pregunté a Panchín.

—Visita.

—¿Visita? ¿Para nosotros? Nunca hemos tenido visita.

—No entendís de estas cosas: toos los años vienen de allá arriba, del gobiello. Inspeccionan esto, pasan, miran y se van. No hacen na. Pero ese día nos dan di'un too: güena comía, güen trato...

—¡Ya! ¡Dije que vamos los guanacos! ¿Qué convelsan ustees dos ahí?

Llegamos al almacén que servía de guardarropía. El ecónomo fue preguntando a cada uno:

—Zunco, ¿tenís colcha?

—No, señol.

—Agarra: ahí va una. Cuidao con ensuciala. Tenís que degolvélmela hoy mesmo. Toma esto tamién: una bacinica, un jarro, cuatro camisas, dos pares de calcetas, dos mamelucos nueos. Se los ponen hoy. Empaná, ¿qué te falta a vos?

—Casi too, señol Romo.

—¿Y a vos, Panchín?

—Tamién: casi too.

—¿Y vos? ¡A vos te'ígo, maricón! ¿Qué te falta, Monja?

—Terminemos luego con este asunto, don Romo —dijo el director. Déles de todo a los tres primeros de cada pabellón. La visita inspecciona las tres primeras camas nada más.

Se hizo lo ordenado y nos reunieron en el patio central. El director se paró al frente y con voz meliflua preguntó:

—¿Alguno de ustedes quiere hacer un reclamo a la visita? Silencio.

Repitió la pregunta.

Silencio absoluto. Don Romo, Monterrey, Mazuera y el secretario empezaron a recorrer la fila como el estado mayor de un ejército revisa prisioneros recién capturados en el frente.

Monterrey ya estaba inflando el pecho victorioso para dar la orden de retirarse, cuando el Zunco dio un paso al frente:

—Yo, señol, quiero reclamal.

¿Qué ocurriría si en un templo estallase un petardo, justo en el momento de elevación del Cáliz?

Un hecho dividía en dos épocas la historia del Reformatorio, tal como nosotros la concebíamos: era el reclamo que hiciera antes el Zanahoria. Expuso a la visita muchas cosas, habló bastante, pero nada pudo probar. Los acusados no dejaron huellas, y eso lo perdió. Desecharon su denuncia, y lógicamente se pensó que mentía el delincuente, no el acusado. Un funcionario venal confía que el investigador partirá de ese supuesto. Se sabe victorioso de antemano y hasta desafía al que quiera denunciarlo.

Pasada aquella visita, el Zanahoria ingresó a la enfermería. El traumatismo craneal se consideró de gravedad, por lo que lo enviaron al hospital, con un informe: "... el delincuente intentó atacar a las autoridades y hubo que reducirlo a golpes"... Cuando estuvo mejor, el director de la época se dio maña para provocar un descuido artificial en la vigilancia. El Zanahoria comprendió. Se fugó.

Cuando en el Reformatorio alguien quería tener un punto de referencia para recordar cualquier cosa, decía: "Sucedió antes o después del reclamo del Zanahoria".

—¿Vos? ¿Tú vas a reclamar, Zunco? —el director se le acercaba incrédulo y con pasos lentos, siniestros—. ¿Contra mí vas a reclamar?

Los directivos del Instituto de Reforma lentamente se iban acercando al muchachón. Había en los ojos de los jefes algo trapo, morado, biliar.

—Párate bien —bramó el Guatón Mazuera

El Zunco tenía un rostro trágico y cómico a la vez; se le veía el mismo gesto que pondría un bizco antes de desmayarse, o el de un esclavo de galeras a la espera del latigazo, o el del payaso que hace un chiste estrujando el retrato de su hijo muerto. Don Romo había sacado sus gafas y con un pañuelo las limpiaba mientras miraba al reclamador. Shhhhs... Shhhhsss... Shhhhsss. Sentíamos cuando la tela frotaba los cristales: shssss shssss... Seguía limpiando con la devoción que un asesino pondría en afilar su puñal. Y reía. El muchachón seguía inmóvil, angustiado porque no le llegaba el primer bofetón. No temblaba; se diría que estaba diluyéndose dentro de esos frascos con alcohol en que se conservan los fetos. Era un instante eléctrico, nuboso, con raíces que llegaban hasta el fuego interior de la tierra y con ramas que alcanzaban hasta la oscuridad abismante del cosmos. A un costado del patio había un álamo centenario: una hoja seca empezó a caer. La seguimos todos con la vista. Cuando la hoja hizo contacto con el suelo, un feroz estampido repercutió en nuestros cerebros.

—¿Qué vas a reclamar? —preguntó con calma aplastante el director.

—¡Habla! —exclamó en débil susurro don Romo mientras continuaba limpiando sus gafas, nerviosamente.

—¡Habla, desgraciado! —gritó ya fuera de sí el director. Fue un grito gutural, de fiera que se enfrenta con otra. Se lanzó sobre el Zunco y empezó a remecerlo como si hubiese sido un árbol frutal—. ¡Habla! —Seguía remeciéndolo. Levantó el puño para dejárselo caer en el rostro:

—¡Un momento, señor Monterrey! Suelte ese hombre: ¡canalla!

La voz venía de atrás. Tronaba. Nos galvanizó a todos. Miramos: el Padre Fermín.

—¡Suéltelos, cobardes! —empezó a acercarse transfigurado por la ira—. Dejen a ese pobre muchacho. Lo he oído todo. ¿Creen que intimidándolo acallarán los gritos acusadores que noche y día cada uno siente en su conciencia? El grito que él desea lanzar jamás podrían silenciarlo ustedes, ni nadie. Pueda ser que por miedo no hable, pero lo dirá todo con sus ojos llenos de odio, con su rostro cejijunto y ensombrecido. Cuando este muchacho salga de aquí seguirá lanzando por el mundo su protesta. Protestará robando, asesinando, destruyéndolo todo. Así buscará el juguete que no tuvo; a cada ser humano que ataque lo estará confundiendo en su mente con el monigote de trapo que a otros niños les produjo sabor a niñez y maravilla. Sin saberlo estará negando el martirio de la crucifixión, y Cristo no lo condenará por eso: condenará a quienes inyectaron el odio en su alma avejentada desde la misma infancia. Creerá que Cristo se equivocó, que murió en vano y de ello sólo ustedes serán los responsables. Ustedes, que con el latrocinio desvirtúan la ley moral que representan. Robará porque vio que otros robaron; y con la cobardía que vio acá tendrá ejemplos para ser él también un cobarde. Estos muchachos vinieron procedentes del río o el suburbio. Y aquí, ¿qué encontraron? Una cloaca más pútrida que aquella en que nacieron. Vinieron a este antro de la infamia porque un juez les dijo: “En el Reformatorio se les enseñará a vivir con dignidad, como se debe vivir en la ciudad. Allá los amarán y orientarán”. Vinieron. Los recibieron con el látigo en la mano. ¿Qué les enseñaron? A delatar y odiar. Y robaron su

pan y su vestido. Donde había una esperanza, ustedes pusieron odio. Al destrozar la niñez de un ser están construyendo un criminal que mañana puede asesinar a vuestros propios hijos.

¡No es ésa la misión que les encomendó el Estado! Y ahora que uno de ellos quiere decir la verdad, ustedes tratan de silenciarlo con su bofetón. ¡No, mil veces no! No lo permitiré. Donde falla la sociedad, Dios no falla. Seré yo el que acusará por ellos.

Los muchachos estábamos lelos, absortos y enmudecidos. Panchín y la Monja lloraban. El Zunco tenía gacha la cabeza y de aquellos ojos que supieron de todas las atrocidades de la vida, surgían también lágrimas.

Mazuera había enflaquecido repentinamente. Arrugado y caído entre sus propios hombros, parecía un arbusto chamuscado. Monterrey tenía el cuerpo arrodillado, a pesar de estar de pie. Me causó la impresión de que era un cadáver sin cabeza que lentamente bajaba del cadalso hacia su propia tumba.

Se le habían caído las gafas a don Romo.

Pero se frotaba los dedos con el pañuelo, limpiándolas imaginariamente.

Cuando el Padre Fermín concluyó, sentí la irresistible tentación de rezar, y empecé a hacerlo. No pude concluir el "avemaría" iniciado: una parte se había perdido en mi memoria.

Creo que se perdió en el río...

UN INTERROGATORIO

El asunto seguía. Con sutileza me hacían ver que a pesar del paco Aceituno y los robos al embajador y al almacén no habían **olvidado** y no me aceptaban como un igual. Ya no volvieron a invitarme en las invasiones al cauce. Iba solo, tal vez para compensar el desprecio que sentía en el río. Con los chicos me sentía fuerte, poderoso y **macho**. Por otra parte, me identificaba con ellos aunque sin darlo a entender. Para el cauce —y sólo para el cauce— yo era un delincuente del río, lugar inaccesible para ellos. Panchín y todos sabían de estas visitas y eso los incitaba a continuar en sus actitudes de discriminación. Tampoco me convidaban como antes a los prostíbulos cuando iban de jarana, aunque no me rechazaban si me les acoplaba. Si venía a visitarnos algún delincuente abiertamente homosexual, lo recibían con toda clase de atenciones, como a una dama y yo tenía que servirlo. En las ruedas de choros solían cambiar intempestivamente, y a propósito, sus conversaciones sobre robos, y empezaban a recordar “huecos” de cierto renombre. Entonces me miraban sin ningún disimulo. Hervía de rabia. Esperaban mi protesta, pero nunca la expresé, sabiendo lo que me responderían: “¿Y tú qué hablái? ¿No te acordái del Cafiche España?”

En las noches los líderes del río reunían a la muchachada y le hacían narrar sus aventuras del día. Se criticaban las actuaciones para perfeccionar los métodos y señalar errores. Era un foro. El grupo se informaba y aprendía técnicas.

Una de aquellas noches, un muchachón mayor que yo, apodado **el Poroto**, relató el hurto que había efectuado en una sastrería. La policía buscaba al autor. Mientras lo escuchaba creí ver una salida a mi problema. ¿Qué pasaría si cargaba con la responsabilidad del robo y me hacía detener en vez de su verdadero autor? Sabía en qué había consistido el botín y quién lo había comprado, de modo que estaba en condiciones de “confesar”. Me propuse hacerlo en la primera redada policial que me llevara detenido. Sentía la necesidad de hacer algo grande, de mostrarme “todo un hombre”. Me dolía el desprecio de ese mundo al que yo amaba. ¿No sería un acto heroico a la vez que de solidaridad extrema, tomar el lugar del culpable? Sin duda se me admitiría definitivamente como **choro**.

Pocos días después fui llevado a Investigaciones.

—Y vos, cabro, ¿no tienes nada que contarnos? —me preguntó el detective al que le correspondía “trabajarme”.

—No, señor. Ya no choreo.

—¿Creís que somos tontos, cabro? ¿De qué vives?

—De limosnas.

—No vengái con esas. Todos ustedes roban.

Y empezaron las cachetadas. Sabía que para un menor la flagelación no era muy fuerte. A los adultos sí que los martirizaban. Los colgaban en una viga, con los brazos amarrados a la espalda, y les aplicaban electricidad en los testículos. Para que un menor recibiera el mismo trato se necesitaba que tuviese prestigio de “**turo**” entre los detectives. Yo aún no lo era.

A pesar que los golpes no me dolían mucho, gritaba más de la cuenta. Quería producir la impresión de “blando”.

—Si yo no robo —repetí—. A veces nada más... (Me detuve ex profeso).

—A veces, ¿qué...?

—Pego un escapacito, señor. (Sabía que “trabajar” a un escapero era lo que un detective más ambicionaba).

—¿Qué? ¿Escapero? ¡Qué bien! “Comandante de guardia: llévelo al tercer piso, espósele las manos por detrás e incomúniquelo. Esta noche conversaremos, cabrito...”

Perseguía eso: ser dejado para la noche. En el cuartel de Investigaciones de Santiago equivale a una paliza de la que no se puede salir invicto. Confiaba en mi calidad de menor de edad.

Llegó la noche.

Como lo supuse, mi captor había corrido la voz y una jauría de detectives estaba esperándome en el sótano del cuartel, prestos todos los aparatos con que se realiza una flagelación perfecta. Con ruido de llaves y algunas blasfemias el comandante de guardia me sacó del calabozo cuando de la Inspectoría gritaron mi nombre. Llegué al sótano.

—Siéntate ahí —dijo el jefe. Me senté tiritando, como produciendo la impresión de “blandura” excelsa—. ¿Cómo te llamas?

—Toño.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis, señor. (Me quité dos para que los golpes no fueran muchos).

—¿A qué le haces?

—Es escapero, jefe. Y parece que de los buenos —informó el que me había dejado “para la noche”.

—Ah. ¡Escapero! Tenemos mucho que conversar, amiguito. Amárrenlo. Lo felicito, detective... (no recuerdo

el apellido). A este cabro no lo teníamos en la galería(*). Empecemos: cuando quieras hablar nos haces una señal con la cabeza. La bajas y subes como si fueras una gallina que está picando maíz, ¿entendido?

Me amordazaron y vendaron los ojos. Me ataron de pies y manos. Me bajaron los pantalones y en el órgano genital me amarraron un alambre. La misma amarra hicieron en mis muñecas y me introdujeron los pies atados en un balde lleno de agua.

Vino el primer golpe eléctrico. Mil alfileres me corrieron por los globos oculares, el hígado se me hinchó y tras la mordaza creí que me estaba comiendo los dientes.

—Delen más fuerte —ordenó muy lejana la voz del jefe.

Creció el sonido de la manivela con que mueven el dínamo. El pecho se me empezó a hundir como queriéndome salir por las costillas, y el ombligo quiso reventar hacia adelante. Empecé a asfixiarme, hice la señal, como las gallinas.

—Paren.

—No vayamos a echarnos(**) al cabro —dijo alguno de los que presenciaban el hábil interrogatorio.

—¡Qué va, hombre! A usted le falta mucho por ver. La electricidad no mata a nadie. Es buena para los callos.

Los sabuesos celebraron la gracia de su jefe. Me sacaron la mordaza. Simulé más dolor y angustia de los que tenía y confesé un delito pequeño. Anotaron lo que dije. El jefe me miró:

—Otro apretoncito. El que tiene una, puede tener dos o diez.

(*) Colección de fotografías con los delincuentes y especialidades.

(**) No sea cosa que lo matemos.

Se repitió el suplicio, con más energía. Confesé otros hurtillos menores. Sabía que tenía que ir confesando de menor a mayor, pues si hubiese empezado con la sastrería me habría exigido entregar robos de más cuantía.

—No queremos raterías. Entrega cosas grandes, cabro. Nosotros te ayudaremos después.

Todos los detectives del mundo se las dan de protectores cuando quieren saber cosas. Y los delincuentes son tan imbéciles que suelen creer en sus promesas.

Cuatro nuevos golpes de corriente. La cosa se estaba poniendo más seria de lo imaginado. Al quinto “largué” la sastrería.

—Esta “papa” es buena; ahora sí. Desamárrenlo. Fue por grados la cosa. ¿Qué tal si lo largamos en el primer apretón? Esto era lo que se estaba “tragando” el cabrito. Toma, fúmate un cigarro. Háganle el parte después que recuperen las cosas.

Al día siguiente ingresé a la Cárcel de Santiago. En el Reformatorio ya no me aceptaban.

Jamás un muchacho entró más feliz a la cárcel. Me sentía héroe. Esperaba un recibimiento triunfal.

RITUALES

Esa noche, contrariamente a la angustia que habitualmente significa una celda del Cuartel de Investigaciones, me resultó llena de cosas agradables. Al día siguiente sería enviado a la cárcel pública, y mi actitud de salvador del Poroto, con seguridad me valdría la admiración del grupo. De manera que en esa celda empecé a imaginar lo que sucedería al otro día.

Entraré a la cárcel, pensaba, y como un "choro" que se estima irá a pararme en el rincón destinado a los delincuentes de importancia. No en el medio del patio ni a sus orillas como un **gil avivado**(*). Vendrá entonces el líder más notable, o el más antiguo; me saludará con ese fatalista encogimiento de hombros tan peculiar en ellos y me invitará a pasear por el patio. Sé que no hablaremos sobre lo ocurrido en la **pesca**(**). No se acostumbra. Pero trataremos el asunto en la noche, en nuestra celda.

Cuando demos unas tres o cuatro vueltas a lo largo del

(*) Ni ladrón, ni honrado: está haciendo mérito para que se le considere "choro".

(**) Cuartel de Investigaciones.

patio, los delincuentes que nos estén mirando se habrán notificado que ha llegado uno del grupo. La reticencia y el rechazo habrán desaparecido, por fin, y para siempre. Luego vendrán más **choros**. Se formará una columna, yo estaré en el centro junto a los de mayor prestigio, y todos desearán preguntar cómo fue esto del Poroto, pero como tales preguntas están prohibidas por las leyes no escritas del hampa, tendrán que contener sus ganas hasta la noche. Sentiré gran placer al ver a los “novatos” en los extremos de la columna, de la que yo seré el centro. También me tocó pasar por esa experiencia. Es bueno que la pasen ellos.

Hecho este “reconocimiento del cuartel”, el paseo se disolverá, y el choro que me sacó me invitará a tomar café. Vendrá el contrafómeque(*) y tendrá que cargar con mis frazadas. Las llevará a una de las celdas que ya me habrá elegido el jefe de carreta(**). Y al llegar la noche me servirán antes que a nadie; concluida la cena se sentarán en el suelo, al uso hindú, y en medio de una silenciosa expectativa bien disimulada, contaré todo lo ocurrido...

Mientras razonaba en esa forma, sin darme cuenta, me quedé dormido.

Era feliz: me sentía héroe.

Me paré en el rincón de los “choros”, a la izquierda de la entrada al patio.

Pronto vino el Caldo de Choclos, treinta y cinco años de delitos, ninguna sentencia condenatoria, hijo del río. Me saludó. Salimos al medio del patio. Dimos tres vueltas. Vinieron más componentes del grupo. Se formó la columna.

(*) Homosexual al que se encarga cocinar y servir a los delincuentes.

(**) Grupo de delincuentes que comen y duermen juntos en la cárcel.

Caldo de Choclos no indicó que me pusiera a su lado. Me extrañó; ocupó mi lugar el Fatal.

Lenta y sutilmente me fueron desplazando de la parte central de la columna hasta que me encontré casi al final de una de las alas.

El paseo se disolvió.

Nadie me llamó a tomar café.

Hube de ir yo mismo donde el vigilante de la galería para que me indicara mi celda. Tuve que llevar mis cosas.

Esa noche comí el último.

Después de la comida empezaron a planear los últimos preparativos para una huelga de hambre que se tenía proyectada. Nadie averiguó qué me había sucedido. Me acerqué a Caldo de Choclos: "¿Que no saben lo del Poroto?"

Otro que había alcanzado a oír mi pregunta intervino:

—Usted, mi amigo, ha hecho el feroz papel de otario. Mi compaire el Poroto no estáa condenao a ninguna pena grande, no andaa pirao de la justicia. Usted no ha hecho na en faol de naide.

—Usted lo que quiere es "limpiarse"(*), amigo —remató el Fatal.

El hampa exigía —como exige— que cada cual asuma sus responsabilidades. Cuando alguien hace lo que yo hice por el Poroto, se lo considera un daño al grupo. Elimina la oportunidad para que se sepa quién es "firme en las biabas(**)" y quién no. En el fondo, eso es ir contra el grupo.

Aquella noche fue amarga.

No era un héroe.

Habían llegado dos nuevos choros. Cuando uno de los

(*) Borrar algo.

(**) Flagelaciones policiales.

líderes los sacó a pasear, me uní a la correspondiente columna de ladrones que se armó para rendirles el homenaje acostumbrado.

Habíamos dado dos vueltas al patio cuando noté que uno de los cordones de mis zapatos estaba suelto. Me agaché para amarrarlo. Era de esperar que toda la fila se detuviera y esperara que yo estuviera en condiciones de proseguir la marcha.

No fue así.

La fila siguió sin mí.

Quedé solo en el medio del patio.

Después vinieron muestras de rechazo más sutiles, aunque no por eso menos claras. A los tres días me obligaron a que hiciera el café. A los cinco, que lavara las ollas. A los diez, tuve que empezar a hacer la comida, ayudado por el contrafómeque. Nunca un verdadero choro, estimado por el grupo, debe realizar estos menesteres en los primeros treinta días de su ingreso al penal. Después es él mismo quien toma la iniciativa y se pone a servir a los demás.

Cuando por primera vez tuve que hacer el almuerzo para todos, pensé que por el camino de la delincuencia jamás llegaría a ser héroe.

CHANCHO EN BOLSA

Estaba en aquella rueda lo más granado de la cárcel. Se le seguía un juicio al Tonto Maldonahue.

Se tenía la certeza casi total de que él había sido el delator. La noche anterior los vigilantes habían allanado la celda de los hermanos Valdivia y sin mediar explicaciones condujeron al mayor a las celdas de castigo. Luego entraron a la del Guatón Baeza y en el doble fondo de una mesa que tenía éste encontraron las pistolas que los Valdivia usarían en su próxima evasión.

A un costado de la rueda, yo escuchaba el juicio.

Presidía el Gitano. Después que los demás líderes discurrieron y se llegó a la convicción de que Maldonahue había sido el delator, el Gitano emitió la orden que da el hampa cuando se debe castigar.

—Hay que achacálo —dijo.

Era el fallo. Alguien tendría que cumplirlo. No se sabía quién, pero el ejecutor aparecería, sin que nadie le diera una orden expresa. Lo más frecuente es que surja de aquellos ladrones que recién están iniciándose y necesitan “dar prueba”, hacer un mérito.

Creí que ésa era **mi oportunidad**.

Necesitaba actuar.

—¿Cómo estás? —pregunté entrando a la celda.

—Mal. Me duele la cabeza.

“La cabeza”... Bajo el vestón traía oculto el fierro: un trozo de cañería. “La cabeza...” ¿Dónde más podía ser?

Me senté frente a su banca zapatera. Como yo era aún insignificante en el grupito, el Tonto Maldonahue no tenía grandes razones para temerme.

Debía hablar para no producir la impresión de que venía con intenciones aviesas.

—El Guatón Baeza está castigado.

—¿Sí? ¿Y por qué?

—Lo sapiaron que tenía dos pistolas.

—¿Y se las encontraron?

—Claro. ¿No lo sabías?

—¿Por qué tenía que saberlo yo?

—Creí que lo sabías.

—¿Qué me querís decir? El Tonto se paró repentinamente. Me miró con fijeza. Volvió a tomar asiento—. Si está castigado, poco me importa. Yo no lo sapié... Yo sé cosas muy delicadas, y de muchos que creen que las ignoro.

Lo miré con odio. Sabía que **él sabía** lo del Cafiche España. El delincuente jamás debe dejar traslucir que sabe algo de alguien.

—Hay varios en capilla por la zumba que se llevó el pobre Guatón. Los pacos casi lo matan anoche. —Dije esto para tranquilizarlo.

—¿Y a quiénes culpan de ese saqueo? —preguntó con ansia. Sabía él que si la sospecha se reparte, el grupo no procede contra ninguno hasta descubrir la verdad. Los delincuentes no se autoeliminan, como creen algunos al leer los diarios. El grupo se defiende eliminando a quien pone en peligro su supervivencia. El delator al final es delatado

por el mismo que se sirvió de su delación: el policía. Esto lo sabe el hampa, y espera. En correspondencia con esa "colaboración", el policía no es tan combatido ya que le interesa más al hampón que no siga en su grupo actuando impunemente quien lo puede destruir. El policía es un dato —enemigo conocido. Entra en la batalla. Lucha al descubierto. Pero el delator.

—Culpan también al Soldado, al Seis dedos y al Conde.

—Uno de esos tres tuvo que ser.

—Pero ¿cómo pudieron saber que el Guatón quería fugarse?

—¿Y quién te dijo a vos que era el Guatón quien se iba a fugar?

—Entonces, ¿no era él?

—Claro que no. Los que se iban a fugar eran los hermanos Valdi... y

Se detuvo horrorizado. Me miró con angustia y con ira. Había cometido un error más. Había revelado conocer un detalle del asunto sólo sabido por los que se iban a fugar, por el Guatón Baeza y **por aquel que los había delatado**. Ni siquiera los más notables líderes —exceptuando al Gitano— sabían que las pistolas escondidas en la celda del Guatón eran de los **hermanos Valdivia**.

Los hermanos Valdivia ya habían aclarado la cosa. Desde la celda de castigo, el mayor de ellos mandó un papel al Gitano, contándole que el Tonto los había visto un día mientras le hacían el doble fondo a la mesita. Después vio la misma mesa en la celda de Baeza, y para él —delincuente avezado— no era difícil asociar. Además, los Valdivia tenían amigos entre los vigilantes. Uno de ellos los puso al corriente de cómo pudo ser la delación e indicó los nombres de tres posibles informantes. En el primer lugar de la terna estaba el Tonto. Sólo faltaba la prueba decisiva, y ella estaba ahora

en mi poder. Sólo una persona pudo decir a la policía que las pistolas no eran de Baeza, sino de los Valdivia. Esa persona era Maldonahue. Estaba totalmente claro.

Desde ese momento empezó la batalla entre los dos. El más astuto, o el que actuase con más rapidez, saldría vivo de aquella celda. Nos miramos con fijeza. Las pupilas del uno vigilaban las del otro. Eramos dos elásticos tensos, a punto de romperse. Pensábamos lo mismo: "¿Dónde te golpeo?" Como sin querer tomó un cuchillo de los varios que había sobre la mesa zapatera, y yo tomé otro. Nos pusimos a jugar golpeando la mesa con la punta. No respirábamos. Sabíamos que el menor movimiento sería interpretado como presagio de ataque. Eramos dos estatuas que sólo movían las manos. Apretábamos las armas entre nuestros respectivos índices y pulgares derechos, y seguíamos golpeando, débil y acompasadamente, el borde de la mesa. Pensé: "Ya no te daré en la cabeza".

Golpearon a la puerta de la celda.

Ninguno de los dos se movió.

Siguieron golpeando. Desde afuera alguien comentó: "Tenía que'stal acá".

Razoné velozmente y decidí hacerle creer que era mi compañero de celda. Calculé que lo intimidaría pensar que alguien supiese que yo estaba con él.

—Es el Firpo —dije, sabiendo que no era cierto.

Tuvo efecto.

El Tonto tiró su cuchilla sobre la mesa, se paró y se cruzó de brazos. En el lenguaje mímico del hampa, el gesto significa: "no atacaré ni presentaré lucha si me atacan". Es un refugio. No se puede agredir al que adopte esa postura, así sea un delator. También tiré el arma sobre la mesa: quedaron unidas punta con punta. Me paré. Le dije que me iba. Siempre con los brazos cruzados fue hacia la puerta

para abrirla. Me esperó. Supuse que una vez que cruzara el umbral él empezaría a pasearse dentro de la celda. Todo hampón que recibe una visita queda paseándose cuando la visita se retira. Es algo irrefrenable, y pertenece al ritual presidiario. Desunió sus brazos para correr el cerrojo interior que había colocado cuando entré. Empecé a salir.

Eché mano de la cañería.

Velozmente me di vuelta y le asesté el fierrazo en plena nuca.

Cayó semiaturdido al suelo. Lo rematé con otros tres fierrazos para asegurarme de que no estuviese simulando.

Quedó semiarrodillado, boca abajo, como rezan los musulmanes.

Salí.

Sentí un nauseabundo olor a orines descompuestos. Di unos pasos por el corredor de la galería y me vino un vómito. Seguí andando lentamente con una tranquilidad llena de miedo. Me estaban mirando y lo sabía.

—¿Hecho? Güeno, vos no habís salío di'acá en toa la mañana. Si viene la Guadia me ponís de testigo. Bota el fierro.

—No. Lo voy a dejar donde me dijeron.

—¿Onde?

—Tirarlo en el buzón.

—Pásamelo. Voy yo. Quéate acá. Lueguito llegará la bronca. El Tonto va a isil quién le pegó.

—Toavía no. Lo dirá a la noche, cuando no lo vean hablar con los pacos. Vendrán por mí, pero después del encierro.

—Acuéstate. Voy a isil en la gualdia que estái enfelmo.

—Bueno.

Empecé a desnudarme. El Firpo salió, pero poco después regresó con el Gitano.

—Toño, leántate. Siéntate ahí. No te movai di'ái. —Se dirigió al Firpo—: ¿Y vós, jetón? ¿No te dá cuenta que sivai ahora a isil que está enfelmo la Gualdia lo va a **rochar**? ¿Que te creís que los pacos son tontos?

Me levanté y me senté donde ordenara el Gitano. Llegaron otros hampones, el menor de los Valdivia entre ellos. El Gitano lo saludó con mucha deferencia. Eran compadres:

—Ya, compaire, queó listo el chanco en bolsa.

—Gracias, compaire. Este alcahuetazo se lo merecía. Gracias, cauro. No lo dijo con curiosidad ni gratitud. Lo dijo: simplemente tomó el acto como un homenaje que se merecía, dada su condición de líder de prestigio.

Esa tarde el Tonto fue llevado al Hospital. Nada dijo a las autoridades. Quedó tonto para siempre.

Y aquello sucedió porque yo quería redimirme.

Lo del Cafiche España aún me perseguía.

LAS BOLITAS

Eran tres hoyitos en el áspero suelo del patio.

Estaban en hilera, separados entre sí por un metro de distancia. Había muchos más en esta cancha, que los choros destinaban al juego de las bolitas. Jugaban todas las tardes en la media hora anterior al encierro. El director de la escuela iba a verlos competir porque le gustaba estudiar y observar el comportamiento del grupo. A pesar de su juventud, poseía una gran cultura y era un explorador del alma humana.

Cada hoyo tenía el tamaño de una bolita no más grande que una cereza. Para jugar había que alejarse tres metros del primero y debía lanzarse la bola tratando de embocar en el último. Eso, raras veces ocurría. Por ello, se tomaba en cuenta cuál bola había quedado más cerca del tercer hoyo. El competidor debía calcular muy bien el empuje inicial que imprimía al arrojar la bola. La técnica del juego consistía en alejar, por medio de violentas colisiones, la bolita del contrario. Mientras más distante se la largara, menores eran las posibilidades de ganar del rival.

El Gitano era el que mejor lo hacía.

El encuentro se realizaba entre dos parejas: **Gitano y Guatón del Tajo** versus **Aguatero y Milico**.

Los tres primeros eran delincuentes, y "pillo de cana" el último. Entre los cuatro sumaban más de doscientos años de edad y condenas.

Los ladrones hacen de las bolitas una cuestión de honor. Mientras mejor se juega, mayor es la consideración en el grupo.

Quizás se sienten niños, y les gusta. Reviven cosas que en su ayer sólo soñaron, pero que no experimentaron en la infancia. Y al lanzar la bola están viviendo su batalla. Toda la lucha de vivir se resume a eso: a "achuntarle al hoyo", a "dar en el blanco".

El Gitano y su compañero ya habían dado dos vueltas embocando hoyitos y sólo les faltaba una para ganar el partido. El binomio Milico-Aguatero no podía pasar de la primera porque a cada momento el Gitano alejaba sus bolitas con unas "hachitas" que arrancaban aplausos de los que presenciábamos el encuentro. A mi lado, el Chaplín recordaba la historia de algunas bolitas célebres y encontraba la del Gitano muy parecida a la de Juan Coco—delincuente famoso—, que conservaba la suya en su celda, delicadamente guardada en un estuche de caoba que él mismo le había confeccionado.

Por cuarta vez el Gitano alejó la bolita del Milico, lanzándola a una gran distancia. La carcajada fue general. El Milico estaba rojo.

—¿Vos te creís que estáis tirando piedras al río, Gitano?

El aludido se dio vuelta bruscamente y miró de arriba abajo al hombre.

—¿Qué tenís que hablar del río vos, pilló'e cana? Límpiate el hocico primero, guanaco.

Para el pilló de cana la peor ofensa es que le digan que lo es.

—¿Qué me sacái con eso?

—Que vos no debíai estar aquí con nosotros los choros. Porque...

—¡Claro pos, campión! Con este rey que no se puee ...

—¡Te callái! Voi a hablal yo. Te'ígo que no poís abril el hocico entre los choros —cortó el Gitano acercándose amenazadoramente. Era tal el prestigio que tenía e infundía tanto miedo que el Milico no se atrevió a interrumpirlo—. “En la cárcel mandamos nosotros. Vos no. Si vivís acá y estái a veces con nosotros y si conocís nuestras costumbres y sabís las cosas de nootros es porque te lo habís pasao toa la vía en cana. El lairón de veldá viene acá cuando lo obligan. Vos obligái a los pacos a que te traigan. En la calle no te la poís, ¡y venís a hablal del río! ...

Los ladrones fueron acercándose e hicieron rueda para escuchar mejor. Uno del grupo estaba poniendo las cosas en su punto.

Aclaraba.

Hacía ver a todos cómo se podía obtener el aprecio del grupo. Indicaba quiénes eran y quiénes no. Continuó hablando.

—Venís aquí y prestái plata en la ropa que nos choriamos ajuera. Vendís pan, té, azúcal, te aprovechái de nuestra pobreza. Si a veces te damos bola es porque queremos sacalte algo: que nos prestís plata o nos larguís al fiao alguna cosa pa' comel. Selvis pa una sola cosa: como toa tu vía habís están en cana nos conocís a toos y sabís la historia de toos los choros. Ti' aprovechamos pa' **sabel la filme** y conocel cuáles son los choros con mancha y cuáles los limpios. Es pa' lo único que selvís, y venís a limpiáte el hocico con el río. ¡Y todavía te atrevís a jugar a las bolitas con nosotros!

Mientras decía lo último lo había tomado del cuello de la camisa. Cuando lo soltó, el hombre, enfurecido, tomó su bola, dio un puntapie a las otras que estaban cerca y salió del patio. El grupo de choros miró interrogativamente al

Gitano. Le preguntaba en forma muda: "¿No ha visto que pateó las bolas? ¿Tolerará tan grave ofensa?"

El Gitano, el Dandy, el Guatón del Tajo, el Chaplín, el Gato y el Gallina, el Aguatero y todos los ladrones, sin que mediara acuerdo previo, salieron hacia sus celdas. El patio quedó mudo. Todos los reclusos estaban inmóviles. Sabían lo que vendría después. Todos sabíamos a qué iban y hacia dónde se dirigirían luego. Fuimos a esperarlos a la rotonda. El profesor, a prudente distancia, nos siguió. También sabía lo que estaba por suceder.

La rotonda de una cárcel es el punto en donde concluyen todas las galerías. Se forma una especie de plazoleta. Frente a ella está la guardia interna. El Milico sabía que después de haber ofendido al grupo en la forma que lo había hecho, tenía sólo dos caminos: pelear a puñaladas con el líder más notable o ponerse bajo el amparo de los vigilantes. Pero en este caso de nada le valdría solicitar ese refugio. La ofensa había sido pública y muy grave. Teníamos la convicción que el hombre no se atrevería a reñir con el Gitano. Amaba mucho su vida. Por adelantado sabía que perdería.

Ahí estaba: solicitaba audiencia con el sargento jefe de la guardia y miraba con angustia hacia el pasillo central. Cuando los vio venir —lentos, con sus ponchos colocados— intuyó que bajo cada manta traerían los garrotes que todo choro tiene en su celda para castigar a los intrusos y defenderse de los vigilantes en los motines.

No pudo controlar el miedo y se lanzó al interior de la oficina.

El sargento lo miró. Comprendió que estaba en asilo.

El Gitano (le correspondía), agarró al Milico por la nuca, le hizo una especie de "llave" y lo lanzó al cemento de la rotonda.

De los ponchos salieron los garrotes.

Esa misma tarde el Milico fue enviado al hospital.

Tres costillas rotas, el cráneo masacrado, sin dientes,
semimuerto.

CARLITOS VALENZUELA

Los agresores ingresaron a las celdas de castigo. Carlitos Valenzuela debía morir.

El tribunal del hampa lo había condenado.

Carlitos Valenzuela era alto, joven, moreno, de pelo ondulado, ojos café oscuro, cuerpo elástico y andrógino, como convenía a su condición de homosexual. Desde niño se había dedicado al escapeo. Era tanta su habilidad que los choros hacían la vista gorda a su defectillo, pero no hasta el punto de admitirle en los cónclaves. Sólo se le toleraba en las ruedas de choros y hasta se le invitaba a los festines y bacanales, por razones obvias. Carlitos estaba siempre indicando métodos nuevos. Poco a poco adquirió la jerarquía de maestro indiscutible en su especialidad. Sus operaciones eran estudiadas, criticadas y emuladas. Los líderes extraían sabias enseñanzas.

“Lástima que sea **hueco**”, decían los líderes.

Pero en su contra había dos cargos gravísimos: **sapo** y **harinero**. **Sapo**, porque había delatado una fuga, y lo segundo porque había “dado harina” en la repartición de un botín, dejando para él la parte más valiosa.

La delación había tenido una razón sentimental. Estando

recluido en la Cárcel de Santiago supo que el Cojo Zapatero —su amante— se fugaría de la de Buin, donde purgaba una sentencia por hurto. Carlitos temía que después de la evasión su Cojo partiese al extranjero, conforme lo hace todo delincuente profesional. No podía conformarse con la idea de perderlo y quería retenerlo en Chile a cualquier precio. Pidió hablar confidencialmente con el Conejo Lucho —uno de los alcaides más astutos y crueles que hayan tenido las cárceles chilenas— y le informó sobre los proyectos del Cojo. El Conejo advirtió a su colega de Buin y por medidas de seguridad se ordenaron los traslados de rigor.

El amante tendría que venir a Santiago.

La noche anterior había llegado. Muy de mañana el Conejo le endilgó un discurso, haciendo ver que haría mejor resignándose a cumplir su pena. El Cojo comprendió de quién provenía la delación y de la Alcaidía salió dispuesto a vengarse.

El encuentro era inevitable, a pesar de que el alcaide había asegurado silencio al delator. En estos casos las autoridades carcelarias olvidan sus promesas. Existe el criterio que el hampón debe arreglar solo sus problemas: “que se maten entre ellos, así nos evitan trabajo”, sostenía el Conejo.

Por esos días yo esperaba mi traslado al Reformatorio y “oficialmente” permanecía en la Sección Menores de la Cárcel: una galería como cualquiera, a la que tenían acceso los ladrones adultos y de la que podíamos salir a mezclarnos con la población cuando se nos diera la gana. Dicho traslado se solicitó, pero se había creado un conflicto de poderes entre el alcaide y el director de la Casa de Menores. Aquél sostenía que debíamos estar en el Reformatorio “por mandato expreso de la ley”, y éste replicaba que la Casa de Menores no podía albergar a “delincuentes ya formados que

constituyen una amenaza para la tranquilidad de los chicos que aún tienen salvación”.

Cuando supimos que el Cojo había llegado a la Cárcel nos dispusimos a tomar una buena colocación para no perdernos la **función** que se avecinaba. Carlitos sabía lo que le esperaba y nada hacía por evitarlo porque confiaba en el corazón de su Cojo: “Nos queremos, niña. Verís que no pasará na”, le sostenía al otro homosexual que compartía su celda. Y por añadidura era claro que le gustaba la situación, a pesar de lo peligrosa, porque pasaría de héroe ante toda la población carcelaria y quedaría en evidencia frente al grupo, más aún de lo que ya lo estaba. Siempre había sostenido que su mayor **pedigree** resultaba de su condición de ladrón y homosexual.

A la hora del desencierro de la población carcelaria todos sabían lo que estaba por ocurrir. Cuando el Cojo Zapatero fue a la celda del Gitano para tomar su desayuno, la situación quedó más clara todavía:

—¿Llegaste anoche, Cojo? Toma pato y anda a arreglalo eso. El maricón te sapió y vos sabís que le comprobamos que “harinero”. Ahí tenís esta cuchilla zapatera. Es la mejol que hay en toa la cárcel. Envuélvela en esta toalla pa’ que no se te resbale al metésela. Colta mejol de abajo pa’ arriba.

Era el fallo.

Desde ese momento la suerte del delator estaba sellada.

La puñalada debería serle asestada a la hora del sol, espacio indicado en el reglamento para que por galerías pasáramos al patio número dos. En esa hora se comentaban cosas, se leía la prensa matinal, especialmente la **Roja**, que era para nosotros la página de “Vida Social”: el lugar para informarnos dónde estaba tal o cual delincuente de categoría, qué le había sucedido y qué se podía hacer por él.

A las once de la mañana los reos de cuatro galerías entramos al patio dos.

En mi celda, aquella mañana, habíamos comentado el asunto con el Zorrito, un joven que recién estaba haciendo méritos ante los nuestros. Estaba visiblemente entusiasmado y desesperaba porque llegase pronto el momento. Llegar a ser jefe de banda era la gran ambición de su vida.

En el patio dos, tendríamos que estar hasta mediodía, y luego llegarían otras cuatro galerías. Los primeros éramos nosotros: "Para los choros son las ventajas, para los giles el reglamento", predicaba nuestro buen Conejo.

Carlitos iba al frente de la fila. A su siga marchábamos todos. Caminábamos en silencio. En la mitad de la caravana marchaba el Cojo. Taconeaba ágilmente con su muleta que podía manejar tan bien como una pierna natural. Era una peligrosa arma de combate. En el extremo inferior le había colocado una gruesa **tapilla** de acero y solía usarla como maza de ataque haciéndola girar sobre su cabeza... "pa' pegále un muletazo al que no si'halle capaz de aguantarme una puñalá ..."

Valenzuela vestía la más hermosa de sus blusas de seda, ceñía estrechos pantaloncitos de brin blanco y calzaba inquietantes zapatillas de raso rojo. En su mano derecha portaba su bolso de los cosméticos y chismes para la cara. Como buenos chicos que marchasen a presenciar un espectáculo circense entramos al patio.

Era el cuartel general del hampa. Hoy es una moderna cancha de básquetbol. A los costados estaban situadas las celdas destinadas a los reos. Cuarenta metros de ancho por unos ochenta de largo. Sin baldosas, sucio, tétrico, rodeado de vericuetos artificiales que fabricaban los líderes con carpas y frazadas. Se jugaba a los dados y se amaba. Ciertos reclusos vendían cigarrillos sueltos. El Turco Santos tenía "la exclusiva" para internar alcohol de quemar, con el que

se preparaban los cócteles tradicionales del lugar. Bajo los galpones que quedaban a los costados, algunos recluidos tenían sus bancas zapateras, único trabajo que los delincuentes ejercen en **cana**.

Las autoridades de la cárcel ponían especial cuidado para que en este patio tomara sol toda la población, especialmente los **giles**. Les producía saludable efecto aquello de apreciar todos los días cómo era el infierno carcelario. Muchos de ellos respondían al comportamiento previsto por el Conejo: “Déjelos que vean cómo es una cárcel y lo que les espera si siguen jodiendo a la sociedad. Así se retiran a tiempo y no vuelven más”.

Terapéutica del terror.

Ya dentro del patio, el Loco Ordenes llamó a su perra Chola y con ella a la siga fue al galpón donde estaban las mesas zapateras. El gesto del Loco fue una orden para todos. Gordo, de rostro agradable, preciosa dentadura, cabeza de artista y de baja estatura. “Amaba” a los perros y a los niños.

Como delincuente sexual tenía derecho a presidir la ceremonia que se avecinaba. El hampa tiene sus jefes y ceremoniales propios a cada actividad. Este lío entre el Cojo y Carlitos caía bajo su jurisdicción y nadie se habría atrevido a disputársela.

Tomamos colocación en el galpón. Los que traían sus bancas de madera tomaron asiento para ver más cómodamente. No había grandes pistas ni sobresaltos porque la muerte —para un delincuente auténtico— es un simple espectáculo más; acaso emocionante, pero no produce pánico ni es cosa muy trascendental. Un ladrón muere un poco cada vez que delinque. La partida inexorable no le interesa; se hace tan amigo de la muerte que vive cada instante como si fuese el último de su vida.

El patio quedó vacío.

El vigilante que estaba de servicio —viejo conocedor de las costumbres de los choros— comprendió que algo serio se avecinaba y discretamente salió. Cerró con candados la puerta que nos comunicaba con el resto del penal. El Zorrito se colocó a mi lado: era el más feliz de todos. Jamás se había encontrado en algo semejante. Ya lo contaría más tarde a “su banda”.

El Cojo avanzó hasta el centro del patio. Carlitos lo esperaba un tanto nervioso, aunque emocionalmente excitadísimo. Por primera vez en su pequeña vida el grupo estaba pendiente de sus cosas, persona y problemas. Nunca volvería a tener otra ocasión como ésa y lo sabía. Nos miró con ternura y casi de a uno por uno. Creo que nos agradeció tanto interés. Miró al Loco Ordenes. No le pedía protección. Se satisfacía íntimamente de verlo ahí: era un gran honor. El Loco lo comprendió e hizo un gesto como diciendo: “Me corresponde. No pude dejar de estar”. Acarició a su perra, escupió por encima de la cabeza de un novato que estaba encucillado frente a él; la perra rió abiertamente sacando su roja lengua.

Tres metros antes de llegar junto a su amante, el Cojo se detuvo. Miró también hacia el galpón. Nos recontó. Revisaba si estaba la “crème” del hampa. Se sabía actuando para la posteridad porque la performance de aquel mediodía quedaría grabada en los libros históricos del grupo. En su mano derecha llevaba el puñal envuelto como le había dicho el Gitano. Exageradamente lo miró, meditó algo y con calma de camello viejo fue a una de las carpas dándole olímpicamente la espalda a Carlitos. Entró. Salió con un estoque de unos treinta centímetros de largo, similar a una bayoneta antigua. En la puerta de la carpa examinó la cuchilla que trajera al entrar al patio, comparó las armas y como titubeara, desde el galpón, y con rapidez de gato

salvaje, salió deslizándose uno de los asesinos más crueles que Chile tuvo en toda su historia criminal: El Chilenito. Hablaron algo y los que estábamos a la expectativa comprendimos que le alababa las bondades y dimensiones de una nueva arma que ofrecía al Cojo: una daga plana y ancha que sólo como gran honor el Chilenito cedía a un amigo. El Cojo revisó su estoque y la cuchilla zapatera del Gitano, comparó con el presente que le hacían y se decidió arrojando dentro de la carpa tanto el estoque como la cuchilla zapatera. Miré al Gitano que estaba situado un poco más allá del lugar en que me encontraba: lo noté defraudado. Un ladrón pasa su arma en muy contadas ocasiones. Rechazársela es herirlo en lo más delicado de su alma.

El Chilenito regresó a su sitio. Nadie lo había ocupado: en primera instancia estaba condenado a pena de muerte.

Carlitos seguía esperando. Se abrochaba nerviosamente un botón de su blusa que no tenía desabrochado, alisaba su pelo poniendo en el gesto suma coquetería y femineidad. El Cojo otra vez empezó a caminar hacia donde lo esperaba el delator. Sobre el patio caía un sol espeso, agresivo. Cuando ya estaba tomando impulso para lanzarse sobre su víctima tintinearón los candados de la puerta:

—¡Los hermanos! ¡Los hermanos! —anunció el vigilante mientras abría. Lo decía sin mirar al interior, bajando la vista a propósito, como si con los ojos temiera hacerle daño al patio.

Eran los prosélitos de una secta religiosa que todos los días, y a esa misma hora, venían a hacer sus prédicas. Casi todos eran reclusos, menos el Pastor. De una sola mirada apreciaron la situación.

Muy apresuraditos los recién llegados dejaron a su Pastor y fueron a tomar colocación en las tribunas. Después rezarían. Primero: ver.

Inmensamente triste el jefe religioso trató de hablar algo.

—¡Lárguese, amigo! —ordenó con su voz ronca el Loco Ordenes.

Ladeando la cabeza el pobre hombre se dirigió a la puerta, llamó al vigilante. Lento y cansado el guardia, consultó la hora en un viejísimo reloj de bolsillo que sacó como con tirabuzón, tomó de la manga al Pastor, le dio un tirón para que saliera rápido y dejara de seguir mirando hacia atrás, cerró apresuradamente y se fue discutiendo con él.

Libres ya de su jefe espiritual, uno de los “devotos” recién llegado saltó al medio del patio:

—“Yo también fui un criminal y ahora **la luz** entró en mi espíritu. Alma que me escucha...”

En torrente le llegaron proyectiles de todos los costados: hormas viejas, huesos, tarros vacíos y un martillo que con precisión le rompió la ceja izquierda. Una risa colectiva aplaudió la buena puntería del lanzador. La Chola ladró y el Loco le dio un puntapié en la rabadilla; con un alarido, el animal se le tendió a los pies, mirándolo sin resentimiento.

Con el arma fuertemente esgrimida el Cojo se acercó nuevamente al homosexual. La llevaba a la vista, sin disimulo.

Desde su rincón el Loco Ordenes hizo una señal a un jovencito que tenía bajo su **protección** y el muchacho le alcanzó un mate. Parsimoniosamente limpió el borde de la calabaza, arregló la yerba con la bombilla y se puso a chupar con deleite sin dejar de mirar al medio del patio. Prendí un cigarrillo y le di una chupada, al dar la segunda, largué el pucho con rabia: había llevado a la boca el lado encendido.

Cuando el Cojo ya estaba encima, Carlitos se dio vuelta presentándole la espalda, furtivamente abrió su bolso, sacó algo y tiró el bolso a su lado. Tuvimos la sensación de que Carlitos no quería defraudar a su amado y dramatizaba el

instante. Miraba hacia lo alto, a un punto indeciso que le producía gozo interior y no daba ninguna importancia al que estaba detrás suyo; era delincuente y sabía que jamás un hampón pega a otro por la espalda: ley del hampa. El Cojo, precaviéndose del juicio de la posteridad, no atacó, dio un rodeo para ubicar el pecho y hubo una especie de divertimento de ballet. Tuvo el sabor salvaje de aquella danza con que las fieras prolongan el acto de la entrega. Carlitos giraba sobre sus talones y trataba de hacerse entender:

—Cojito, te'stái dejando palanqueal(*) pol ese maldito Gitano...

—Date vuelta, hueco.

—Pero, Cojito, piensa bien lo que'tái haciendo. Lo hice pol vos, naa mas que pol vos...

—Date vuelta, te'ígo, maraco.

—Te lavé las camisas...

—No me vengái con grupos(**).

—L'encalgué a la Rucia Cocía que te lavara el mamelu...

—¡Qué mameluco! Es otro maricón como vos...

—Cojito, deo confesalte algo: oíme...

—Te'ígo que te dis güelta...

Del galpón surgió un murmullo de desaprobación e impaciencia similar al de los cines de arrabal cuando demora la función. El Turco Santos nos calmó un poco ofreciéndonos cigarrillos sueltos a precio de costo. La tensión colectiva había elevado sus ventas. Sonó la campana de alerta para salir y darle turno de sol a las galerías restantes: "tán-talán-tán"... Doblaban a muertos. No tenía el ritmo apresurado y policial de otros días. El murmullo aumentó, era protesta

(*) Aconsejar mal.

(**) Engaños.

abiertamente. Estábamos defraudados. A la puerta de la galería se acercó un preso por fuera:

—Rafael Ordenes: al Juzgado.

—Ahora no voy.

—Dígale al vigilante, ¿qué me dice a mí? Yo sólo cumplo con... —Despavorido se retiró. Había comprendido lo que estaba ocurriendo—. ¡Cabo!... ¡Cabo! —gritaba mientras corría hacia la guardia interna. Carlitos sonrió tristemente, como pensando: “¿Creerá que el paco no sabe?” Y en ese momento se descuidó: fue un segundo nada más.

Como gato de cloaca el Cojo se lanzó encima y le hundió la daga en el abdomen. La punta salió por la espalda a la altura de un riñón. Carlitos parecía un insecto monstruoso listo para ser colocado en el estuche de un fantástico entomólogo. Empezó a caer con las manos en el vientre; su pantaloncito parecía un trozo de nieve salpicado de sangre, acariciaba su barriga perforada mientras besaba con los dedos la empuñadura de acero que tenía a flor de carne. Miraba al Cojo: “Adiós, amor”. Se doblaba como un número tres. El atacante, inmóvil, erguido y desafiante, lo veía caer parado a su lado: un gran matador en una plaza de toros. No soltaba la daga y cuando el homosexual cayó en definitiva le revolvió el arma en las entrañas como se gira la manivela de un molinillo para triturar café o pimienta.

Empezó a retirarse. Se detuvo. Recordó los minutos de honda ternura que viviera con su víctima, se devolvió, la miró con una especie de piedad, trató de agacharse y se arrepintió. Carlitos, angustiosamente, con esperanzas póstumas, como queriendo detener la muerte para poderlo abrazar, poéticamente le pidió con los ojos que le diera el beso de despedida. De su boca brotó un vómito de sangre negra y espesa.

Por el alma del Cojo debió pasar un instante de debilidad. Se acercó, tomó el extremo de la daga para dejarlo morir menos cruelmente y se agachó un poco para sacársela con delicadeza. Cuando iba a dar el tirón, Carlitos, con un supremo esfuerzo, semimoribundo, estiró una mano y empujó la muleta e hizo resbalar a su amante. El Cojo perdió el equilibrio y cayó. Se produjo la despedida: con un pequeño cortaplumas que antes había sacado de su bolso y que aún estrechaba esperanzado, cruzó el rostro de su asesino abriéndole una enorme grieta en la mejilla. El Cojo quedó con dos bocas: la natural y esta que todos le veíamos en un lado de la cara. Se le notaba con claridad ósea el maxilar macabro y desnudo.

Carlitos expiró con los labios y el rostro tintos en dos sangres.

Estupefacto e iracundo, el Cojo se arrodilló junto al cadáver, tiró hacia atrás el arma y alzándola como un arpón la hundió, una, diez veces en ese vientre sin vida.

El Loco Ordenes con su mate en la mano y chupándolo siniestramente se acercó pausado al grupo.

Escupió el cadáver, lo dio vuelta con la punta del pie y la daga concluyó de entrar al encontrar la resistencia de la tierra. Con la misma pausa y solemnidad de antes, regresó a su puesto.

Miré a mi costado: el Zorrito tenía el rostro desencajado, la boca inmensamente abierta y los ojos fijos. Sentí que las quijadas me dolían al mirar esa boca. De su labio inferior colgaba un hilillo de baba: era una escultura de miedo.

Un delincuente, famoso por la forma estruendosa que cantaba las cuecas, tamboreando sobre un tarro parafinero vacío que tenía entre las piernas, irrumpió:

“Yo soy cho...

Yo soy choro de los buenos.

Yo soy cho...”

Era la cueca de los hampones chilenos.

Sobre las bancas zapateras y encima de algunas mesas seguimos el tamboreo marcando los compases automáticamente. Queríamos demostrar y demostrarnos que los hechos no nos conmovían

El Cojo se retiró, tomó la toalla, se secó la mejilla y saltando ágilmente con su muleta corrió donde el Chilenito, le pasó el arma y se dirigió al galpón:

—Cigarros —exigió.

Se los dimos y hasta el Turco Santos le alcanzó una cajetilla.

Gacha la cabeza y sangrando profusamente se dirigió a la puerta de la galería. Iba feliz: llevaba cigarrillos. El vigilante abrió y lo dejó pasar sin mirarlo.

La campana tocó apresurada y fuertemente. Sonaron varios pitos, formamos y empezamos a salir. Me coloqué al final de la fila. Varios policías entraron al mando de un sargento. Miraron el cadáver y el sargento prendió un cigarrillo: era lo importante en ese momento. La perra abandonó al Loco y empezó a lengüetear el abdomen sin vida. Su amo seguía chupando el mate. Esa noche, en la celda, el Zorrito me dijo:

—Yo no sigo en esto.

—¿Y tu banda?

—¡Qué banda ni qué carajo!

PUÑALES DAMASQUINOS

El conflicto de poderes creado entre el alcaide de la Cárcel y el director del Reformatorio se resolvió en mi favor. Para el alcaide había una sola cosa importante: quitarse de encima un menor que podría producir disturbios. Los menores, en esos años, éramos unos perfectos canallas. Por el simple placer de ver correr sangre agredíamos a los novatos, cortándoles el rostro. Ensuciábamos con excrementos las oficinas, robábamos los bienes fiscales, para destruirlos, no para aprovecharlos. Por cualquier pequeñez posábamos de víctimas para hacer explotar la indignación carcelaria y obligar a los reos adultos a que fueran al motín. Los reos mayores de edad no se sentían bien con nosotros porque siempre andábamos creando problemas artificiales y ellos pagaban las consecuencias, puesto que las medidas de restricción y los castigos colectivos los afectaban más que a nosotros. Un delincuente mayor de edad no promueve desórdenes dentro de un penal. Sabe que su mejor negocio consiste en portarse bien.

Como para el director del Reformatorio también lo importante era no tener encima a un menor, me dejaron libre: las dos entidades habían resuelto su problema.

Pensé en irme del país. Vivir, viajar, realizarme como ladrón. Lo sucedido con el Tonto Maldonahue me demostró que yo era capaz de actuar decididamente. Sentía alejarse de mí al cabrito del río y sólo me veía como Toño, el delincuente. Ya era un buen ladrón nocturno que podía y sabía robar solo. Para las gentes del río, después del “Chanco en bolsa” hecho a Maldonahue, dejé también de ser el “cabro” y me halagó descubrir que me temían un poco. Me hice el propósito de seguir inspirando miedo, ya que no podía producir todo el afecto que deseaba.

En Valparaíso supe que el Nato Tamayo me necesitaba y que había encargado a los ladrones que me lo dijiesen cuando me vieran. Para un delincuente constituye un gran honor que lo llame un líder encarcelado. He visto viajar de Arica a uno por el llamado de quien estaba recluido en Concepción. También vi ir de un país a otro a un ladrón que era solicitado por un **colega**. Nunca supe de alguien del grupo que se resistiese a ese llamado. Las leyes del hampa estaban saturándome los huesos y sentía la necesidad de obedecerlas. Sentí gran orgullo y satisfacción cuando me dieron el recado. Fui a visitarlo. Me dijo que no buscara que los ladrones me tuvieran miedo, que no debía tratar de impresionar al grupo. Lo importante era que yo actuara por odio a la sociedad y no para vanagloriarme ante los ladrones de lo que era capaz de hacer. ¿Sabía yo que no debía dramatizar ni posar de héroe? “Lo interesante es que cobres venganza. No que actúes para tratar de redimirte de algo. ¿Tú crees que por medio de la violencia innecesaria vas a convertirte en verdadero hombre y nosotros olvidaremos lo que te ocurrió en el río? No, amigo. Detestamos al delincuente que usa la violencia. Aún no te hemos visto luchando contra la ciudad y los giles”. Finalizó la entrevista con unos consejos que jamás olvidaré: “Si un día fuiste débil, lo que interesa es

que no sigas siéndolo, pues, si insistes en esas debilidades, pondrás en peligro todo el andamiaje en que se sostiene el grupo delictual. Como te comportas hoy, representas un grave peligro para nosotros porque puedes llegar al asesinato de uno de los nuestros —o de varios— con el único objeto de infundir pavor y hacerte respetar por medio del miedo. Y llegará el día en que no quedará otro camino que eliminarte”. Me hizo ver cuántos choros fueron muertos por gentes del grupo porque de haberlos dejado vivos ellos habrían asesinado a los mejores líderes, con el único objeto de impresionar.

Las palabras del ñato Tamayo me produjeron profunda impresión. Decidí aplazar por el momento mis proyectos de salir al extranjero.

Regresé a Santiago.

Preferí robar solo, aunque me sobraban los compañeros. No me gustaba la forma cómo lo hacían: con estupidez, monotonía, sin originalidad. Busqué y encontré nuevos métodos. El grupo me los imitó. Mía es la “prueba del sordo”. Innové. Di forma más cómoda y expedita a sistemas antiguos o incompletos. Hice filigranas con el escapeo. Soy el primer ejecutor de la señal con papel engomado en las puertas de calle. Perfeccioné el método del “cambio de maletas” en los almacenes, y al “billete brujo” le adapté una variante que los mismos detectives reconocieron como perfecta, pero, en especial, fui perfeccionándome en el robo nocturno.

Un día que en Santiago andaba de jarana, por la calle Bulnes, en un lenocinio, encontré a Julia. Mi primera reacción fue de ira. Recordé lo que me respondiera cuando le pedí que me ayudara. Pensé en los predicamentos del Zanahoria y estuve de acuerdo con el trato que debía dársele a la prostituta. Pero la exuberante silueta de la mujer y su majestad para pecar me empujaron hacia ella. Había

cambiado de casa porque la Gorda María debía pagar una deuda muy abultada que tenía pendiente con la dueña del lenocinio donde ahora estaba. Esto es muy común entre las cabronas. A veces echan mano de sus campanilleros, y los venden. El de la Gorda se había salvado porque como era tal su olfato y eficacia, valía mucho más que lo adeudado... La Gorda se puso al día transfiriéndole a la doña de Bulnes a una de las más hermosas prostitutas que hubo en ese tiempo. Julia aceptaba la "transferencia" porque ante sus compañeras ganaba en ascendiente y consideración. Representaba un valor comercial evidente y eso es lo que más impresiona a una **niña**. Se hacía pagar una parte de lo que con ella se había pagado; no lo recibía en dinero, pero sí en tratos especiales: cuando su nueva Mamy salía de juerga o debía ir a rescatar al marido en leva, Julia quedaba al frente de la casa con el rango de regente. Sólo se desnudaba ante quien le gustase a ella. En sus días de salida —lunes— se tomaba más tiempo del permitido a las otras asiladas. Regresaba los miércoles, bien borracha y hasta trayendo a la siga al hombre o amante con quien pasara su "permiso". Un lunes, precisamente, la reencontré. Me explicó que tenía una cita con un cliente, pero que la postergaría por pasarlo conmigo. Mientras miraba sus senos perfectamente dibujados bajo un vestido rosa pálido que daba más belleza a su rostro moreno, la ira fue disminuyendo. Fuimos donde la Mamy y le pedimos permiso para viajar a Valparaíso. Nos comprometimos a regresar dos días después... Julia recordó a la "señora" que el marido de su anterior cabrona había hablado muy bien de mí, indicando que era un ladrón de "mucho porvenir". La **Gorda** de Bulnes me observó con interés porque es raro que un cabrón recomiende a un delincuente. Tuve mis sospechas por aquella mirada escudriñadora.

Viajamos a Valparaíso.

Tenía bastante dinero porque pocos días antes había cometido un gran robo. Hicimos el viaje en primera clase, soportando como compañero de asiento a un caballero de aspecto muy distinguido que al poco rato nos informó ser el cónsul del Perú. Hablaba maravillas de su patria. No dejaba, eso sí, de mirar los senos de Julia: todo el coche estaba pendiente de esos senos y se quemaba en el fogón de aquellos ojos. Julia tenía conciencia de su belleza. Y yo sentía orgullo al verme tan bien acompañado.

El señor cónsul no pudo resistir la tentación de preguntarnos si éramos casados. Julia, bajando la vista, muy pudibunda respondió que sí. Me vi en la obligación de inventar cosas. Dije muchas mentiras. Tantas, que al poco rato yo mismo pensaba que eran cosas ciertas. Empecé a vivir el viaje de novios que nos imputara el señor cónsul. A la hora de estar viajando y mintiendo, medité que realmente eran maravillosas las ternuras y bellezas del matrimonio. Me sentí en luna de miel. Nadie me habría convencido que ése no era nuestro viaje de novios. Fue hermoso vivir aquella mentira y constaté que para Julia resultó sumamente edificante oírse llamar “señora”.

La cosa se acentuó más aún cuando fui al baño y en la puerta leí: “caballeros”. Cuando salí me sentí muy respetable; igual cosa le ocurrió a Julia cuando fue al baño y leyó “señoras”. Cada diez minutos ambos sentíamos enormes deseos de orinar: hay letreros que tienen la virtud de hacernos soñar.

Al llegar al puerto no pudimos convencer al diplomático para que nos dejara en libertad. Nos habló de una hija, muerta justamente durante su viaje de bodas. Nos impuso una protección más decidida que la de una perra parida. Tuvimos que acompañarlo a su consulado. En su oficina,

como al pasar, le robé un pasaporte en blanco. Seguía proyectando en mente mi viaje al exterior. Lamenté sinceramente no poder llevarme una valiosa vajilla de plata antigua que tenía en un anaquele.

Julia y yo la observábamos con la codicia del chico que está mirando un osito de felpa en una vitrina. Tampoco, después del almuerzo, pudimos deshacernos del cónsul. Ordenó que nos prepararan una pieza en los altos de su casa y me martirizó obligándome a bañarme. Julia no vencía, con todo, su verdadera condición y de vez en cuando dejaba caer sobre los oídos estupefactos del caballero sus más auténticas interjecciones prostitucionales. En la mesa, por debajo, hube de darle varias patadillas para que se pusiera a la altura de las circunstancias: el cónsul recibió una por equivocación. Por fin Julia se calló un poco y se hizo recatada.

En ese hogar había cosas muy tentadoras: su dueño coleccionaba armas antiguas y cometió la crueldad de mostrarnos unos puñales damasquinos con incrustaciones de diamantes. Y sin ninguna compasión nos indicó el precio de cada uno, ensañándose hasta el extremo de decirnos cuál era pieza única en el mundo, y cuál no.

Esa noche, Julia se comportó como toda una señora, mientras que no se le ocurrió al señor cónsul llevarnos una botella de champán. Cuando habíamos bebido la mitad —semidesnudos sobre el lecho nupcial—, Julia recordó nuevamente su lenocinio y se deshizo en un llanto conmovedor. Evocaba la grasosa silueta de la Mamy y sentía nostalgia invencible por las niñas que a esa hora estarían bailándola y tomándola. Afortunadamente el cónsul roncaba como un bendito en el cuarto de al lado. Concluido el champán dejó de llorar y apareció el amor: sin ninguna pudicia y con todos los alaridos que una prostituta no puede lanzar en el lenocinio por temor a ser calificada de “caliente”.

Una niña que se estime, se maquiniza en las cosas de amor porque no hay peor cargo para ella: si desea entregarse totalmente, debe hacerlo en sus días de salida, y en un hotel. El prostíbulo no admite paroxismos.

Aquella noche tuvo aurora.

Nos trajeron a la cama el desayuno. Pasamos por un difícil momento porque ignorábamos que no se le dice “señorita” a una mucama. La chica nos miraba extrañada. Cuando el cónsul vino a darnos los buenos días teníamos olvidados los nombres que le habíamos dado el día anterior. Llamaba a un tal Roberto y yo miraba tras de mí. Julia me dio un pellizco y recordé. Sin embargo, a ella le sucedió lo mismo poco después. Rosalbita no contestaba cuando el diplomático la nombraba.

Tanta atención estaba fatigándonos. Lo que más nos disgustaba era el vivo recuerdo que teníamos de aquellos puñales con incrustaciones. Roberto y Rosalbita miraban al señor cónsul y sacábamos mentalmente la cuenta de cuánto haríamos si pudiésemos venderlos, previa expropiación, naturalmente. Viajaríamos, alquilaríamos un cuarto de lujo en un hotel de primera clase, compraríamos muchas cosas —menos una— según coincidíamos con Julia: champán. Ese Tapa Rosa, cosecha del año veintiuno que nos trajera el señor cónsul, no nos produjo ninguna reacción agradable. Quedamos convencidos una vez más que el vino tinto era la bebida más fina y exquisita del mundo.

Al almuerzo se nos presentó un mortificante lfo: nos sentaron frente a unos servicios de distintas dimensiones. No nos resultaba muy clara aquella imposición de la etiqueta e ignorábamos que el pescado se debía comer con un servicio y la carne con otro. Robertito y Rosalbita devoraron ostras, champiñones, fricasés y varias cosas de nombres extraordinariamente difíciles. Hubiésemos preferido un

sabroso plato de porotos con chunchules. El criado pasó serios apuros tratando de arrebatarlos los cubiertos que ya no debían usarse. A los postres vino algo más grave: todo vestido de blanco entró el cocinero con una tortilla envuelta en llamas. Creímos que se había vuelto loco. El cónsul consideró propio pedirnos excusas por no haberse podido conseguir café Moka.

Después del almuerzo el señor cónsul volvió a suplicarnos que lo perdonáramos: "Debo salir fuera de Valparaíso. Llegaré a la hora de comida. Quedan ustedes en su propia casa".

Tanto crédito le dimos que esa misma tarde nos fuimos llevándonos tres puñales damasquinos. Los vendimos a un reducidor muy consciente que nos dio la sexta parte de su valor real. Nos trasladamos a otro balneario.

En el hotel soñado la noche anterior continuamos nuestra luna de miel. Robertito y Rosalbita dijeron llamarse Mario y Rosalinda. Nos prometimos no olvidarlo para evitar bochornos y líos.

El cuarto —rosa té— tenía un enorme ventanal que daba al mar. Contaba con terraza propia, completamente aislada del resto del hotel. Habíamos comprado bastante licor. Esa noche tibia y silenciosa, en la terraza, desnudos, Julia y yo, nos enfrentamos con los astros y la vida.

Sus muslos y la pelvis —arqueadas como una guitarra—; sus senos —paroxismos de las leches más húmedas y tibias—; su vientre —antorcha de nácar hundida en un lago de zafir—; sus labios, frutas maduras por mil alaridos; sus ojos desvaídos y zigzagueantes como los de una mística ardida frente a su Cristo; todo ese oleaje de carnes y espumas y salivas ácidas convertido en mujer bañada por una luna estupefacta, vino a mí. Se me acercaba como envuelta en una hoguera hecha de rojos terciopelos antiguos; estaba trémula, hirviente y desesperada; caminaba levemente cual

si hubiese sido la última nota de una melodía. Caminaba sin moverse casi y con toda la animalidad del deseo unió su boca con la mía.

Fueron quince días maravillosos, quince noches entre las fronteras de la Vida y la Muerte.

Un martes regresamos al lenocinio de calle Bulnes.

La “señora” estuvo indignadísima hasta cuando le entregamos el obsequio que le traíamos. “Estos niños parecen recién casados”. Con Julia nos miramos y sonreímos.

El escándalo de los puñales estaba ardiendo en Santiago. La policía porteña pasó la voz a la de la capital. El señor cónsul había contado su drama al jefe de los detectives. Por las señas personales que diera y luego de haber recorrido la galería de delincuentes, reconoció a Robertito. Naturalmente que nunca se supo quién era Rosalbita.

A pesar de encontrarme en libertad me sentí atrapado. Crecieron mis propósitos de abandonar el país. Se lo propuse a Julia porque me convenía su compañía, no sólo por lo hermosa, sino por lo inteligente. Le hablé para que decidiera si se iba conmigo para el Perú. Teníamos ese pasaporte en blanco y conocía a varios falsificadores activos y rápidos.

Pero ahí encontré a la verdadera Julia.

Sostuvimos un diálogo muy fuerte y vehemente por parte mía. Pensaba que tenía algún sentimiento noble y que en alguna forma podía llegar a amar. Pero estaba completamente equivocado.

Llegué a la conclusión de que esa mujer era lo que simplemente se llama “una gozadora”, según el modo de calificarse que las prostitutas tienen entre ellas. Lo primero para ella consistía en recibir el placer sexual, gozarlo hasta las heces. Era calculadora, cínica, cruel. Mi indignación llegó al colmo cuando me dijo:

—Debo irme. Sabes que el Muñeco me ha prohibido juntarme contigo. Si salimos para Valparaíso, lo hice por contradecirlo y afirmar mi derecho a ser yo. Quise hacerlo rabiar, y así ha ocurrido. Está de muerte porque supo que andaba contigo. Te conoce y lo conoces. Ambos son del río. Si estoy a su lado es porque me conviene lo que da. Necesita admiración como la necesitas tú y ambos la pagan bien. Cuando estamos solos posa de héroe porque quiere sentirse digno en alguna forma. ¡Me cuenta cada mentira! Relata los hechos más increíbles e inverosímiles y yo lo escucho en silencio, fingiendo arrobamiento supremo. Haría muy mal en matarle la sensación ilusoria de dignidad que alberga cuando está diciéndome cosas. Ustedes se saben despreciados por todo el mundo: nosotras las prostitutas les vendemos un poco de admiración. Esa es la cuestión.

—¿De manera que todo lo hablado antes fueron simples comedias tuyas? Vendías algo, ¿y lo que prometiste? ¿y esa admiración que veía en tus ojos, también era falsa?

—¿Pero qué puedo admirarte, Toño?

—Mi hombría...

—Ja, ja, ja: ¿crees que el Muñeco no me contó lo que sucedió en el río? ¿A eso le llamas hombría? Los hombres son otra cosa distin...

No pudo concluir. Me le fui encima enloquecido y la deshice a golpes. Le pegué hasta que me dolieron los pies. A los gritos vino la **señora**:

—¿Y qué? ¿Acaso lo están calumniando, jovencito? El marido de la Gorda María ya nos había dicho esto: a usted se le puede admirar como ladrón, pero no como choro.

Me pareció estar escuchando al Ñato Tamayo.

Propiné la segunda pateadura. La Mamy quedó bastante aporreada, pero yo también: cuando ya eran dos las mujeres

que gritaban en procura de auxilio, llegó el cabrón. Pocas veces en mi vida me han dado tanto y tan duro. Semiaturdido me tiraron a la calle. Caí justo al lado de un tarro basurero. Estaba lleno de desperdicios y en lo alto había una cabeza de pescado semipodrida. Sus ojos muertos me miraban, llenos de un silencioso sarcasmo. Me levanté llevándome muy metida la visión de ese pez putrefacto.

Robertito ya no tenía novia.

LA ZUMBA

"...¿**H**abré dormido? Hay cinco camas más. Tres ocupadas. Debo estar en la enfermería de la cárcel. No. No estaba en la cárcel... ¿Dónde estaba? ¡Ah!, en los sótanos de Investigaciones. Estas camas son demasiado limpias para ser de una enfermería de presidio. Y viene una monja. Con esa toca parece una marranita de cartón con anteojeras..."

—Oiga, monjita...

—Dígame **madre**. Y no se me dice "oiga".

—Madre, dígame...

—Duérmase. Trate de dormir. Tome esta estampita. Rece...

"...¡Estampitas! ¡Que le diga madre! ¡Estampitas! Dame agua. Sería mejor."

—Oiga, monji... Perdón, madre, déme un poco de agua.

—No debe tomar agua. Está recién operado. Si puede, duerma, si no, rece.

—Madre, pásame la bacinica, por favor.

—Espérese, hijo, que venga la enfermera.

...A esta marranita sólo le interesa que rece. ¡Al diablo! Doña Catalina también me decía "reza", pero me quería. Recién estoy recordando todo. Me siento como saliendo de una gruta honda y negra. ¿Lo hicieron por divertirse? ¿Por

ver sufrir? Esta vez no me amordazaron. Fue más de lo que un cuerpo humano puede resistir. Flagelaron más allá de las células. ¡Cuánto me duele la cintura! Las pagarán. En alguna forma me desquitaré. Recién tengo... ¿Sé acaso la edad que tengo? ¿dieciséis? ... ¿dieciocho?... Si yo pudiese volver a la época de San Felipe. Nadie me pegaba así. Iba al huerto, cazaba nidos, robaba huevos del gallinero, que vendíamos con Chochón para comprar confitados. Yo pegué. Sí. Los niños del cauce. ¿Sería por eso que lo hicieron? Maté un loro. El obispo dijo que se acabaría el mundo. Vienen dos fantasmas. Visten de blanco. No. ¿Traerán otra maquinita? ¿Podría arrancar? ¡Cuánto me duele la cintura! ...

—¿Cómo te sientes?

—Bien.

—Bien, **doctor**, se dice.

—Bien, **doctor**.

—¿Cuánto hará que despertó, madre?

—Parece que recién, doctor.

—Colóquenle un Sedol. Debes estar sufriendo tu poquito, ¿verdad, cabrito? Ya no eres tan cabrito. Te portaste. Casi ni gritaste. Con otro poquito te habríamos tenido que cortar el miembro. ¿Qué habrías hecho después? Ja, ja, ja...

“...Se han ido. ¿Por qué reían?...”

—Vino tu madre, niño.

—No soy niño. ¿Qué me importa que haya venido?

—¿Cómo te expresas así de tu madre? Mira, botaste la estampita. Dios castiga.

—Madre, alcánceme la bacinica. Ya me orino.

—Vas a mojar los vendajes. No es mi oficio alcanzarte la bacinica. Hay enfermeras.

—¿Qué hago? ¿Mojo la cama? ¿Me trago los orines?

—¡Insolente! ¡Atrevido! Llamaré a la enfermera. Entre tanto rece una Salve...

“... Dios castiga. Sí. Tendrán que pagarla. No sé cómo, pero la pagarán. Confesé todos los robos de este último tiempo. Hasta los puñales del cónsul aparecieron. ¿Qué más podía confesar? De ahora en adelante lo haré más en grande. Hasta mataré. ¿Seré capaz de matar? ¡Claro que sí! Ya verán. Mataré, no a uno sino a diez. Los caparé. Saldré de aquí, formaré una banda, no tendré piedad con nadie. Será **mi** combate. Me lastimaron para siempre, y por dentro. No me importan el dolor ni las heridas. La cosa me va por dentro. Esto no puede quedar así...”

—No se destape. Trate de dormir. Saque el brazo izquierdo.

—¿Cuánto tiempo llevo acá, señorita?

—No sé. Es la primera vez que lo veo. A ver... En la historia dice... Casi, casi, ¿no? Yo no estaba aquí, andaba de vacaciones. Pregúntele a la otra enfermera. Ella debe saber cuánto tiempo lleva acá. No mueva el brazo. Levántese un poco, siéntese. Ah, ¡verdad! No se mueva. Quédese así no más.

“...¡Qué senos! ¿Cómo hacer para mantenerla agachada? Blancos, verdaderos higos de nieve. Cuánto daría por verle los pezones. ¡Y por besárselos! Agáchese más. Me duele abajo. No importa. ¡Qué senos! ...”

—No se acurruque tanto. Trate de levantarse un poquito. No me mire así. ¿Qué mira? (“Sé bien lo que estás mirando, palomilla”).

“...Las arterias del cuello le saltan. Sabe lo que estoy pensando. Se lo veo en los ojos. ¡Qué fragante es!...”

—¿Qué perfume usa usted?

—No pregunte leseras. ¡Ya! Está listo, tápese y duerma.

—Páseme la bacinica, por favor.

—No me mire así, con esa cara de imbécil. ¿Qué le pasa? (“Me gusta ser mirada así”). No, no está en el cajón. Tome

el **pato mejor**. Tengo que pasar por las otras camas... Al de la cuatro debo lavarlo. ("No eres tan feo que digamos. Y eres joven. Tienes una mirada triste. Me gustan los hombres que miran con tristeza"). Duerma.

—Señorita, no se vaya...

—¿Qué quiere? No me tome el brazo. Suélteme. Tengo mucho que hacer. ("Volveré. ¿Qué pretendes? La monja dice que eres un delincuente. Suéltame, que volveré"). Hable: no me haga perder tiempo.

—Nada. Váyase. Coloque el pato en su lugar, por favor.

—Sanguinolento. Casi, casi. Casi se queda para vestir polleras, ja, ja, ja...

"... Se fue. Me dolió al orinar. Los golpes eléctricos no me dolieron. Me angustiaron; la angustia es peor que el dolor. Cada descarga eléctrica me recorría la cintura como si un cardo me estuviese raspando bajo la piel. Me amarraron a la silla desnudo, como la otra vez, pero sin amordazarme. Preguntaban por un robo que no había cometido, un escapazo al automóvil de un embajador. Me persiguen los embajadores. No había sido yo. Fue el Crespo. Yo mismo tuve la culpa, al declararme escapero en lo del Poroto. Me hicieron "ficha" como tal y quedé encasillado. ¡Imbécil! Sabiendo cómo pegan a los escaperos. Me duele el miembro. ¿Cuándo me sacarán la venda? Ahí va la monja. ¡Estampitas! Pasó de largo, menos mal. Me está dando sueño. Tengo sed, se me cierran los ojos, estoy cansado, muy cansado. Proyectaba entrar al Regimiento. Habría llegado a sargento. ¿Me presentaré cuando salga? No. Ahora sigo robando. Mataré, cobraré una por una las que me han hecho. ¡Cómo se reían cuando me aplicaban la corriente! La próstata se me partía, los riñones se me inflaban, me temblaba la cintura, sentía como si estuviesen exprimiendo jugo de limón sobre una llaga. Defequé al tercer golpe de corriente. Uno de los

detectives trajo un balde de agua y lo vació sobre mi cuerpo para limpiar los excrementos. Frente a mí, el jefe, a horcajadas en su silla, parecía estar sobre un caballo de madera. “Cruzó sus brazos sobre el espaldar y afirmó en ellos la barbilla. Entre los colmillos apretaba un habano enorme y reía. También los otros. Uno de ellos, cuando se dio cuenta que yo estaba sentado sobre un cojín de excrementos, vomitó”. “Hagan salir a ese marica —dijo el jefe—. No tiene agallas para detective”. Sobre los ojos me está cayendo una tonelada de plomo. Los párpados se me cierran raspándome los ojos y siento un chirrido en la frente como cuando cierran una puerta vieja de goznes amohosados. Me crujen las cuencas. ¡Ah! Ahora recuerdo: llevo aquí varios días. El miembro agigantado. No podía orinar. El orín inflando el miembro como a veces los niños inflan globos. De nada me sirvió advertirles que estaba enfermo. “La electricidad es buena para la gonorrea”, dijo el jefe. ¿Por qué no me vendarían los ojos? ¿Ni me amordazaron? Como tenía antecedentes penales no les importaba que después pudiera reconocerlos. Saben que un juez no da importancia al delincuente que acusa de flagelación. “¿Qué brame como un chanco! Nadie lo escuchará fuera de nosotros”. Lección gráfica de flagelación: “Para que ustedes se endurezcan. A estos carajos no hay que compadecerlos...” “¿Qué robo descubriríamos si no lo hiciésemos así?”, y seguía mordiendo su habano y riendo a carcajadas con los ojos. Me miraban con curiosidad, como a una araña antes de aplastarla. Uno ponía los ojos en blanco y ladeaba la cabeza con asco —tratando de no mirarme—, pero cuando se sentía observado por el jefe apretaba los dientes, se violentaba y lanzaba una sonrisilla estúpida. Había otro que movía vertiginosamente los labios como un conejo comiendo pasto. Creo que les pedía piedad con los gritos y la mirada. Fui

animal. Me sentí atrapado para siempre. Pero tengo que cobrar mi desquite. Formaré una gran banda. Seré el jefe. Cuando tenga cuarenta o cincuenta años seré un gran delincuente. Gato salvaje, reptil agazapado: eso seré. Haré mi guerra. Pegaré el zarpazo y huiré. Que no me cojan, que no me cojan, que no me cojan: eso será lo importante. Haré mi batalla, como el soldado en su trinchera mata sin entender bien para qué lo hace, pero sí sabe por qué. Le llevaré una ventaja al soldado que obedece, simplemente. Su voluntad y libertad quedan anuladas por su uniforme. La mía será una batalla consciente contra el hombre. Estaré solo frente a un sistema, pero haré el mayor daño posible. Sentiré el placer del ataque; ése no se siente obedeciendo órdenes o consignas ...”

“...Ahí está el de la cama cuatro. Me mira con curiosidad. Se saca una faja. ¡Qué fetidez!”

—¿Esto? Ano contra natura, amigo. Tengo el ano en la barriga. El de atrás se me pudrió. **Hago** por el ombligo, ¿sabe? La cosa se pone un poco hedionda. ¡Qué hacerle! Llevo acá dos años, en la sala de urgencia. El director del hospital no ha querido que me trasladen a una sala común. Están investigando, nos estudian, ¿sabe? Nos parecemos, amigo. Inútiles para siempre... Somos unos fracasados. A los dos nos huirán las mujeres. ¡Ja, ja, ja!...

—¿Por qué estaré aquí?

—Llegó el sábado. Lo trajeron del Cuartel de Investigaciones. El director del hospital no quería recibirlo. Los detectives lo traían. Los acompañaba una mujer. ¡Qué hermosa era! Decía ser su madre. ¡Qué senos, qué talle! Amenazó a los detectives y lloró mucho cuando supo que tendrían que operarlo de urgencia. “Lo recibiré para que no muera así”, dijo el director. Su madre se desesperó al oírsele

y agredió a uno de los detectives que parecía ser el jefe. Fumaba un habano enorme. Estaba nervioso, asustado. Dijo que él pagaría todos los gastos de su enfermedad y de la operación: "Acá no se cobra", dijo el director.

"Jamás fui su hijo". Para ella sólo fui una mercancía, algo explotable y comerciable. Desde hoy me pondré precio. Estoy saliendo de una caverna profunda y honda. No olvidaré el dolor que me produjo la inyección que me colocaron para operarme. Creí que del techo habían caído unos gatos con las zarpas abiertas y de paso se me habían prendido al miembro. Supongo que con el dolor perdí el conocimiento. Había dos hombres de blanco con mascarillas. "Elefantiasis", dijo uno. Nuevamente la enfermera de los senos. ¡No! No quedaré como usted, amigo, ¿contra natura dijo? Tengo el miembro vendado pero no seré un pobre tarado con ano de goma. Robaré, viajaré, poseeré miles de mujeres. Mi barriga jamás estará llena de excrementos como la suya. Tengo sueño: estoy cansado. "¡Crac!" Algo se me rompió por allá adentro, en el cerebro.

—Me saqué la faja. Usted... está... recién durmiéndose. Vie... ne... la... otra... en... fermera... Lo... están... lla... man... do... Respon... da ...

—¿Cuál es ese tal Toño?

"...¿Toño ? ... ¿ To ... ño ? ... Yo ... no ... Es ... el... que salió... de la... ca... ver... na... para... em... pe... zar... su... ata... que..."

—¿Pregunté quién es ese tal Toño? ¿Es usted?

"...Otra... enfermera. Los... caparé a todos... Soy libre... Muy li... Dor... mi ... ré... Los... ca...pa..."

Tengo cuarenta y seis años de edad. Me levanto de mi mesa de trabajo. Estoy cansado y desgarrado por dentro: cada vez que escribo, vuelvo a sentir lo vivido como una

navaja rasgándome las carnes. Muestro mis recuerdos hasta quedar sangrando por dentro. Cada vez vengo de más lejos; del tiempo vivido y de la distancia recorrida. Voy dejando miasmas, lágrimas y sangre: es la huella ya surcada que ahora vuelvo a recorrer.

Amanece.

Fumaré un cigarrillo...

DE FRENTE... ¡MAR!

Cuando salí del hospital estaba esperándome en la puerta principal.

Caminábamos por la calle. No nos mirábamos. Hablábamos casi en voz baja. No me sentía frente a una madre. Al llegar a una esquina y mientras los carruajes permitían cruzar, detenidos, la observé con interés. ¡Tantos años sin verla! Su cuerpo seguía siendo hermoso, pero a fuerza de todas esas cosas íntimas que usa una mujer para que el tiempo retroceda. Su rostro todavía estaba delatando la máscara de grasa que se colocara la noche anterior. Se le esbozaba ya esa doble barbilla que a las mujeres las hace maldecir ante el espejo. Y unas arrugas —tan amigas de la muerte y la vejez— le arqueaban aquellas mejillas otrora tan lozanas.

Seguimos caminando.

Me explicó su intervención para que del hospital no me llevaran a la Cárcel. Ella había hablado seriamente con el jefe de los detectives que me habían flagelado y bajo amenaza de denunciarlos ante la Justicia Ordinaria les hizo archivar los denuncios que Investigaciones había puesto en

mi contra. Me contó que vivía aún con Rafael, un hombre cuya bondad estaba cercana a la tontería. Recordé emocionado, en ese momento, que ese hombre lavaba mi ropa cuando yo estaba en el colegio.

Ella le daba un trato que él no se merecía. Incluso, en ciertas ocasiones, llegó hasta pegarle. Pero como él la amaba con desesperación le permitía esos desmanes y su conducta absorbente y tiranizante. Concluidos los relatos anteriores se puso tierna, tanto que me dio profunda pena. Su voz se quebraba en la garganta y la vi próxima al sollozo sincero. Con voz entrecortada me dijo:

—Hijo, olvidemos el pasado y comencemos de nuevo.

—No. Ya es muy tarde. La marca de ese pasado es muy honda. Tengo muchas cosas que hacer. Quiero ser completamente libre.

—Con Rafael respetaremos tus deseos de libertad. Sólo te exigiremos que trabajes. Tenemos un amigo en el Regimiento Buin. Podríamos obtener con él que te recibiera de voluntario. Después, veríamos. Rafael podría ocuparte. Trabaja en una firma comercial muy importante.

Eso de "firma comercial muy importante", me gustó. "Ahí se puede robar algo".

—¿Cree que me recibirán en el Regimiento?

—Sí. Su comandante es un viejo amigo nuestro.

Pensé que sería aquel militar de quien doña Catalina un día me dijera que podía ser mi padre. Acepté con segunda intención. No quise irme con ella a casa. Me dio dinero para que durmiese en un hotel y comiera en restaurantes. Nos separamos, quedando de acuerdo en reunirnos al otro día en la puerta del Regimiento.

Entré a hacer mi servicio militar. Todos los días teníamos que levantarnos al alba, realizar ejercicios agotadores,

limpiar pabellones, armas, trabajar. La cosa no era para mí. Me gustaba la vida fácil. Como no disponía de dinero empecé a robar cosas de mis compañeros. El comandante comprendió quién era el autor y me llamó una tarde a su despacho:

—Usted fue recibido acá para que cambiara de vida, pero sigue en las mismas de antes.

—No entiendo, señor.

—A mí no me dice señor: soy su comandante.

Lo quedé mirando y pensé que era la oportunidad para aclarar mis dudas.

—Ciertamente, **señor**; y... Ud. también podría ser mi padre.

El militar me miró sorprendido, diría que estupefacto. Sus ojos azules le brillaron como he visto que alumbran de noche las luciérnagas: parpadeos de luz y sombra. Después de meditar lo que me debía decir, en voz baja, casi en susurro me preguntó:

—¿De dónde sacó usted eso?

Mirándolo yo a mi vez con la misma fijeza que él había impreso a su mirada, despacio y hasta con un tono de sarcasmo le respondí:

—Usted estaba de guarnición en San Felipe cuando yo nací. Era un oficial subalterno. Dígame, ¿cuáles fueron, y son, sus relaciones con mi madre? ¿De qué especie? ¿Alguna vez ustedes tuvi ...?

—Conscripto: ¡Póngase firme!

—Lo que sospecho es muy firme...

—¡Le estoy dando una orden, so carajo! Fir ... Media vuel... De frente..., ¡marrrrrr!

La disciplina militar es tan fuerte que sin quererlo me vi marchando hacia la puerta. Cuando ya salía, el militar se paró y me dio un buen patadón en las posaderas: "¡Salga de aquí, insolente, bellaco, ingrato!"

Me serví del uniforme para robar con mayor facilidad. De noche saltaba las murallas del cuartel y regresaba al amanecer, antes de diana, con las cosas robadas. Las escondía en las pesebreras y en los días de franquicia las llevaba a los reducidos. Me daba la gran vida. A los dos meses me sorprendieron robando dentro de una casa: traía unas monedas de oro. Pude huir cuando me conducían a la policía. En ese entonces la policía no amarraba, como hoy. Esposaba a los delincuentes para conducirlos a cualquier parte. Y no hay cosa más fácil que abrir una esposa, si se sabe hacerlo.

Vendí las monedas, compré ropa civil y deserté.

Esa misma noche, por última vez, visité el regimiento. Salté las murallas, violenté una puerta del almacén militar y me llevé dos pistolas y cinco frazadas.

Cuando ya había gastado el dinero de las monedas, frazadas y pistolas, un detective que me conocía me detuvo. Ingresé a la cárcel. Sorpresivamente me dejaron libre. El Ejército de Chile no admite delincuentes en sus filas. Me habían recibido en el cuartel a pesar de mis antecedentes penales. Tal vez no quiso el comandante que la justicia se diera cuenta de este hecho, e intercedió para que Investigaciones no formulara denuncia.

Al genuino rencor que sentía contra la sociedad por lo de la zumba, y lo que sentí después, muy parecido a una castración, se unía la decepción que me produjo el haber constatado en la cárcel una actitud de ponerme cierto límite humillante que se subentendía basado en lo del Cafiche España: "Se creerán estos carajos que por lo que ocurrió en el río no soy capaz de hacer lo que ellos hacen. Soy capaz, y mil veces más".

Me hice el propósito de seguir actuando con violencia, arrojo y hasta crueldad. Viajé a Valparaíso con la intención de irme del país.

Hice allí un robo bastante grande. La policía cerró las fronteras. Tuve que volver a Santiago. Pensaba irme por tierra a la Argentina, cuando pasara el escándalo del puerto. Como traía bastante dinero me entretuve en algunos lenocinios. Agotado éste, regresé a mis actividades. Fui sorprendido y entré nuevamente a la cárcel.

FUGA DEL REFORMATARIO

Estaba a punto de cumplir dieciocho años.

Aún era “menor”.

Había renacido el conflicto de poderes entre la Cárcel y el Reformatorio. Dirimió el asunto la Ilustrísima Corte de Apelaciones a petición del Ministerio de Justicia, obligando al director a recibir menores. Monterrey no osó desobedecer el mandato del Tribunal de Alzada y cuarenta y cinco ladrones semiadultos fuimos evacuados de la Cárcel: el Carta Brava, la Monja, el Firpo, el Empaná, el Kaifú, el Chaplín, el Panchín, el Dandy, el Gato y tantos otros.

Desde la llegada supimos que nos darían un trato distinto que al resto de los menores. Nos habilitaron una sección especial, pidieron refuerzos policiales y nos hicieron permanecer en un pabellón de ocho metros de ancho por cuarenta de fondo, con ventanales a la calle, protegidos por gruesos barrotes interiores. Dos hombres armados nos custodiaban día y noche. Se situaban al exterior de la puerta, muy asegurada por barrotes y candados. Sólo entraban a las horas de comida, cuando los encargados del aseo venían por los tarros de la basura, al pasar lista o cuando entre nosotros se producía algún disturbio.

Decidí salir de Chile lo más pronto posible. Sentía odio y asco por todo lo que fuese ciudad, sociedad y ser humano. Quería seguir robando. Sabía que en otro país nacería otra vez y me llamaría como deseara.

Fragué un plan de fuga y lo propuse a varios de mis más antiguos conocidos.

Debíamos conseguir unas sierras de acero para cortar uno de los barrotes de las ventanas que tenía el pabellón, hacernos de unas cuerdas largas y sólidas, doblar el barrote una vez cortado para poder salir, burlar a los policías que día y noche rondaban por fuera del pabellón, y empezar la fuga a la hora más apropiada.

En la visita dominical unas prostitutas amigas introdujeron cuatro sierras, colgadas al cuello como escapularios. Las mandó el Gitano, con el que me había puesto en comunicación para pedirle ayuda. No le pedí orientación ni consejo: solicité cosas. Esas mismas prostitutas, otro domingo, trajeron las cuerdas enrolladas en el vientre. Para doblar el barrote me comuniqué con los pequeños delincuentes que estaban internados en el Reformatorio mismo. Gustosos arrancaron un trozo de cañería gruesa que había en los baños de ducha, y cuando venían a sacar la basura lo trajeron. Sierras, cuerdas y cañería las escondí en una de las tazas para defecar que había en el W.C. del pabellón. Las colgué con un cordel impartiendo instrucciones a todo el pabellón que no debían usar esa taza. Se dio la orden sin explicar nada. Eligí a los delincuentes más notables que habían venido conmigo de la Cárcel y a cada uno encomendé misiones y movimientos distintos. Les advertí que una vez lograda la evasión cada cual debería tomar el rumbo que deseara: sólo así puede tener éxito una fuga en masa. No acepté compañeros para el futuro. Exigí decisión y advertí que los confabulados teníamos la

obligación de atacar y actuar, cuando llegara el momento, para burlarnos y vengarnos de las autoridades: "Si es necesario destruirlos, hay que matar".

La hora se indicaría el jueves próximo.

Faltaban cuatro días.

A la tarde siguiente el Firpo me dijo:

—El Zanahoria mandó unas maejas de coldel delgao. Las trajo el Cojo Julero en su pata hueca. El Catrutro me 'ijo que las recibió ajuera; y las entró en el tarro 'e la basura.

—Dámelas. ¿Y el reloj?

—También lo mandó con la Carmen Plumero. ¿No la viste en la visita?

—Sí, la vi.

—Vierai vos los **ropavés** que tuímos que hasel pa' quel paco no se diera cuenta cuando lo pasó pa' entro. Jue piol que cuando las putas trajeron las sierras y los coldeles gruesos.

Me pasó un hermoso reloj pulsera. Llamé a la Monja y junto con el Firpo despegamos del fondo exterior del tarro basurero las tres madejas de cordel entradas por el Catrutro, un chico del grupo, que, como muchos, convivía con los "giles" del Reformatorio. Le dije a la Monja:

—Tú sabes tejer. Para antes del jueves debes tener una faja de quince centímetros de ancho por dos metros de largo. Hazla a cuadritos como si fuese una red. Consíguete los palillos en alguna forma; en el peor de los casos fabrícatelos.

—Le peiré al Catrutro que me los haga en la carpintería y que me los entre en el tarro basurero.

Hablé con el Empaná y le dije que hiciera saber a los delincuentes chicos de afuera que debían cambiar la hora en que acostumbraban para venir a buscar la basura. En vez de hacerlo a mediodía tendrían que venir más temprano, o más tarde.

Llegó el jueves previsto.

Era el último día del mes: la policía recibía su paga mensual: única ocasión en que al mediodía quedaba en la puerta del pabellón sólo un hombre armado. Se iban a pagar turnándose. Uno quedaba y el que iba demoraba media hora, a lo sumo. Ese era el momento de actuar.

Cuando oímos que se despedía el que iría a pagarse primero di la orden de empezar: los pasos del que se alejaba resonaban en las baldosas del pasillo.

Al Firpo le correspondió aserrar el barrote. A su lado el Empaná esperaba con la cañería sustraída de los baños. Dos días antes me había conseguido un fierro tan grueso como el barrote y verifiqué, reloj en mano, cuánto tiempo se ocupaba en cortarlo con sierra: ocho minutos. No sabía cuánto ocuparía el Empaná en doblarlo con la cañería para permitir la salida de los prófugos; presumí —castigando los cálculos— que serían cinco minutos. Total trece. Sobraban diecisiete, más o menos.

Apenas el Firpo empezó su labor, con Panchín armamos una gresca a trompadas. Los que nada sabían de lo que estaba por ocurrir comenzaron a alentar al rival de sus preferencias: "Voy al Toño... Voy al Panchín...". Armaron la batahola prevista. Vino el policía, abrió y entró, garrote en mano, al pabellón para restablecer el orden. El Chaplín saltó hacia la puerta de entrada, puñal en mano. Cuando el policía alzaba el garrote para separarnos, el Dandy —por detrás— le cubrió la cabeza con una frazada. Panchín se le fue encima y lo tumbó, yo le puse una almohada en la boca y me senté en ella: el Dandy y el Incógnito lo inmovilizaron mientras Carta Brava trajo rápidamente las cuerdas con que empezamos a amarrarlo desde los pies a la cabeza. Quedó vendado en cuerdas como momia. La Monja le metió a empujones en la boca una papa pequeña, pelada, y yo con la faja de cáñamo

que había tejido le vendé el rostro: parecía un jugador de rugby con la máscara puesta. Quedó inmovilizado, inerme, sin poder gritar ni pedir auxilio, pero sin peligro de asfixiarse. Tomé su revólver y me puse en la puerta para reforzar al Chaplín que estaba vigilando por si aparecía un intruso de última hora.

El pabellón estaba mudo y aterrado. Sólo se oía el “raj, raj, raj” de la sierra manipulada por el Firpo. Ya teníamos gastados cerca de quince minutos. Quedarían otros quince. El policía que andaba cobrando su sueldo volvería en ese lapso.

Al Firpo se le quebró la sierra. Estaba previsto. La cambió y siguió con su “raj, raj, raj”. El silencio era absoluto. Un chillido lo interrumpió: a uno del pabellón le había dado un ataque de histerismo. Seguía chillando. No estaba previsto. El Empaná corrió desde la ventana y le dio en la cabeza con la cañería. Quedó aturdido y bañado en sangre. Siguió el silencio interrumpido por el friccionar de la sierra. “Raj, raj, raaa... Se quebró la segunda. El Firpo nuevamente la cambió. Nos quedaba una sola y contábamos con diez minutos a lo sumo. “¿Falta mucho, Firpo?” “Seis o siete aserruchaditas más”, respondió. Empecé a contarlas: uno, dos, tres, cuaa... Vi que venían dos chicos con las andarillas para llevarse el tarro basurero. Pensé que el Empaná no había cumplido mi encargo de avisar al Catrutro que vinieran antes o después de mediodía. No era así: la andarilla en vez de traerla los dos chicos de siempre la traían dos “giles” de los internados junto con los pelusas pequeños del grupo que estaban afuera. Las autoridades habían ordenado ese cambio que yo debí prever. “¡Para, Firpo!”, grité.

Impresionado por el grito, hizo un movimiento falso y quebró la tercera sierra. Teníamos la última. Nos quedaban

cinco o seis minutos. Mentalmente decidí lo que haría con los muchachos que venían por la basura y ordené que siguiera. “Falta un pelito”, me dijo. “Apúrate”, le respondí. Los chicos de la andarilla seguían avanzando desde afuera. Ya estaban a menos de diez metros de la puerta... El Chaplín, a mi lado, sudaba y estaba pálido. No podíamos evitar que llegasen y se dieran cuenta que no estaba el policía y que la puerta estaba sin candado. Cuando estaban a menos de un metro de la puerta, salí y de un empujón los metí en el pabellón con andarilla y todo. Al ver al policía en el suelo dejaron caer la andarilla e intentaron correr hacia la puerta. El Chaplín dio un bofetón al primero y lo tiró al suelo. El otro se devolvió hacia el interior y se arrimó a una muralla. Estaba despavorido. Me acerqué. Vio el revólver en mi mano y se desmayó.

—¡Listo! —dijo el Firpo.

A lo lejos, por el pasillo, se escuchaban los pasos del policía que regresaba.

Todos a la vez con angustia y desesperación metimos el caño dentro del barrote cortado y alzamos. ¡Estaba suelto de arriba!

Ni siquiera habríamos tenido necesidad de aserrarlo, pero ninguno se había fijado en eso.

El Firpo primero, luego yo, después el Empaná y a continuación todos los que estábamos confabulados, por aquel hueco que tan innecesariamente nos había hecho respirar, salimos a la calle.

Estábamos libres. Según lo convenido, cada cual corrió por su lado. Oí cuando el policía gritaba desde adentro al ver a su compañero en el suelo.

Esa misma noche bajé al río. Iba para despedirme de los líderes, a agradecerles su ayuda y a devolverle el reloj al Zanahoria.

POR FIN ... Y SIN PENSARLO

Eran los mismos sauces, barbudos, majestuosos e inclinados como dioses; eran las aguas de ayer, juguetonas y bulliciosas como perrillos sueltos, y eran las mismas rocas altivas y solemnes: todo estaba igual, el confidente rumor del viento, la miseria rencorosa de las casuchas y el silencio indiferente del arco herrumbroso del puente. No había cambiado ni la estrella muda y lejana que recogiera mis sonrisas de niño ni el tûmulo que guardaba la piel y las patitas de mi perro.

Llegué al filo de la medianoche. Sentado en una roca hice más de alguna revisión. En el fondo de mi corazón reviví los gritos infantiles, las risas, las penas y angustias del ayer. La noche me prestó un sol y evoqué figuras, seres, cosas, objetos y sucesos. El río seguía deslizándose implacablemente hacia el mar. Piedras y leños carcomidos dialogaban con las aguas; ramajes encanecidos por los rayos de la luna, figuras fantasmales de gatos atrevidos y perros hambrientos.

Varios pelusas, recorriendo mi pasada trayectoria, sonrientes y confiados pedían refugio al río tan impenetrable, callado, semejante a la puerta que conduce al lecho de un moribundo.

El Gitano y el Zanahoria no estaban. Al chico que me

pareció más decidido creí oportuno encargarle que los saludase en mi nombre, que les agradeciese la ayuda prestada y devolviera al Zanahoria su reloj. El muchacho preguntó si yo era el prófugo del Reformatorio e insitió en saber mi nombre:

—Toño —le dije pasándole el reloj.

—Entriégueselo usted mismo. El Zanahoria dijo que necesitaa velo.

Me intrigó. Decidí esperar. Los chicos me miraban con respeto. Me ofrecieron café. Llegaron a la madrugada.

Venían acompañados por varios ladrones de otros barrios. El Gitano y el Zanahoria me tendieron la mano. Me desconcerté. No sabía bien cuál mano debería estrechar primero y me sentía extrañado porque no es ése el saludo de un hampón: cuando mucho lanza un escupitajo, encoge los hombros y dice: “¿Qué tal?” Opté por responder primero el saludo del más líder. El Gitano no se molestó y por el contrario ya estaba encogiendo la suya cuando vio extendida la mano del Zanahoria. La estreché fuertemente. Se quedó mirándome sin soltarla, paseó los ojos en torno de los otros que parecían soldados romanos tras de su César y con sincera firmeza en el acento dijo:

—**Ahora sí, Toño.**

Al pronunciar mi nombre puso énfasis, habló duro e hizo una imperceptible seña al Gitano para que hablara:

—Muchachos, éste es el Toño. Se poltó ayel. La hizo como too un hombre. Los juimos a buscal a ustees pa' que toos vamos a regolvela a una casa 'e putas. Sabíamos que vendríai, Toño.

Silenciosos pero elocuentes, los ladrones de los otros barrios nos siguieron: el Gitano a un lado, yo al otro y el Zanahoria al medio. Ibamos hacia el puente indicando nosotros tres el rumbo.

Cuando estábamos por llegar arriba, en uno de los viejos

arcos, colgadas de los hierros centenarios, vi varias cebollas y remolachas bamboleándose al impulso del viento:

—Algún cauro que se las chorió a una vieja y lo encanaron. Prefirió tiralas p'al río antes que peldelas. Ese cauro va a sel con el tiempo un güen lairón —comentó el Zanahoria.

Me miró muy hondo.

Había nacido un nuevo líder en el grupo:

¡Y cuánto le había costado llegar!

Fueron tres días de jarana. Doña María, su marido y todos los cabrones y cabronas del barrio nos atendieron con suma deferencia. El Gitano y el Zanahoria estaban notificándolos de algo, y ellos lo entendieron. Bailamos. Tomamos. No dormimos solos ni pagamos los consumos. Me invitaron a la calle Bulnes. Acepté para que Julia se impusiese de mi nuevo rango. No estaba. Se había marchado a un prostíbulo de Concepción.

Al cuarto día dije al Zanahoria que me iba. Expuse mis proyectos de viajar al Perú. Conservaba el pasaporte robado al cónsul, única cosa que pude salvar después de la flagelación.

—Me ledái salúos al Corpancho. Es un lairón peruano que haci' años estúo en Chile y nos hicimos re amigos. En cana éramos carretas.

Un líder sólo forma "carreta" con un ladrón que sea su igual. No importan las nacionalidades. Para el delincuente no existe la idea de patria. Antes de poner a su altura a un líder extranjero, eso sí, se informa escribiendo a los líderes que estén detenidos en las principales prisiones del país en que el forastero dice haber nacido y vivido su trayectoria delictual. Cuando llega la respuesta, si es favorable, se le invita al cónclave y se le llama a "formar carreta". Si el informe habla de que se trata de un delator u homosexual, sufre el mismo aislamiento que tuviera en su país. Para evitar

confusiones o venganzas personales, siempre se pide, además, informe a tres líderes distintos que se encuentren en diferentes prisiones. Y un jefe del hampa, en cualquier país, manda saludos a otro jefe extranjero sólo con su igual. Con tales mensajes no se pretende tanto saber de la salud y vida del saludado. El objeto es recomendar como persona de confianza al que lleva la salutación. Para evitar suplantaciones, o simulaciones, el mensaje se manda por escrito. Cuando el extranjero lo recibe, devuelve su carta al remitente, agradeciéndole el gesto, pero, más que todo, buscando la efectividad y autenticidad del mensaje recibido.

Zanahoria hizo escribir unas líneas al cabrón, las firmó temblorosamente como suelen hacerlo quienes sólo saben escribir su nombre, me las pasó y le agradecí, al recibirlas, la confianza y el honor que me dispensaba en público.

—Tenía que ser así. Ahora la peliái contra ellos — comentó mirando a todos los que estaban en el salón.

Me sentí sumamente halagado, pero ahora, en realidad, veo que no había calculado este resultado cuando organicé la fuga del Reformatorio. A estas alturas de mi vida me doy cuenta que el Ñato Tamayo tenía toda la razón cuando me aconsejó que lo importante era lograr la autenticidad en los actos. Cuando en verdad actué en favor del grupo, sin tratar de impresionarlo y cuando mi batalla fue contra la ciudad, sólo entonces el grupo me aceptó y me concedió el carácter de líder.

Con mis “cartas credenciales” en la mano me despedí y fui en busca de dinero para financiar mi viaje al exterior.

No podía ni debía arriesgarme a robar, porque, de ser sorprendido, en el Reformatorio habrían tenido muchas cosas que decirme y hacerme; y todas, por cierto, bastante desagradables para mí. Decidí pedir dinero a mi padre. Por teléfono le solicité que me recibiera. Aceptó.

UN "GIL" MAS

—Quiero irme de Chile.

—Era lo mejor que podías decidir, hijo.

—Creo que para usted también será una solución.

—¿Solución? ¿De qué, y por qué?

—No creo que le halague mucho estar viendo en los periódicos su nombre todos los días. Su familia, por consiguiente, no creo que se habrá de sentir muy cómoda con esos escándalos.

—Fue lo que jamás debiste hacer: dar tu verdadero nombre.

—Sí, verdad... pero mientras esté en Chile seguiré haciéndolo.

—Andate, en otro país puedes rehacer tu vida...

—Sabe usted muy bien que cuando dice eso está mintiendo. Mi vida ya no tiene salvación. Me gusta delinquir.

—Retrocede, hijo. Aún es tiempo.

—Otros debieron retroceder, antes.

—¿Quiénes?

—Usted... Mi madre...

—¡Sofismas distractivos! Todos los canallas acusan a sus padres.

—Pero, ¿es que yo tuve padres?

—No entremos ahora en discusiones. Estoy muy enfermo. ¿Qué deseas?

—Ya lo dije: irme de Chile.

—Andate. Yo no te lo prohíbo.

—No tengo dinero.

—Gánalo. Trabaja.

Hasta cierto punto esperaba esta respuesta, aunque albergaba el cálculo que mi padre sería el mismo de antes: generoso, tierno. Sin embargo, reconozco que él tenía sus motivos para estar herido y defraudado conmigo. Los periódicos habían citado su nombre varias veces y de ello era yo el responsable, solamente. Además, en una oportunidad quiso darme todo lo que un muchacho necesita para reconvertir su vida. Me compró cama, muebles, pagó una pensión, me vistió, consiguió que una gran firma textil me diera trabajo. No había dado vuelta las espaldas cuando yo tenía todo vendido y el dinero gastado en borracheras y mujeres. Por todo esto iba preparado para el rechazo a mi exigencia de dinero. En tal supuesto, iba completamente decidido a extorsionarlo. Comprendí que sólo quedaba ese camino.

—Sólo podría obtener dinero robando. Y al final tendré que desembocar en el asesinato.

—Es cosa tuya.

—Y suya también. Aunque no le haya gustado, llevo su apellido. Llegará el momento en que tiraré sobre usted y su familia todo el barro que pueda.

Con cinismo, que no me resultó incómodo, había dejado planteado el problema. Lo veía así en aquellos años. Ya no lo amaba, y en ese momento ni siquiera lo compadecía. Lo consideraba un “gil” más. Tenía en mis manos una mercadería que ofrecer: la tranquilidad de su hogar. Mi padre

tenía posición, hijos, reputación, fortuna. Yo “molestaba”. Era un peligro permanente para aquellas cosas. Lejos del país podía morir preso o atravesado por una bala, y eso él no sólo lo sabía sino que lo esperaba y deseaba. Por eso, únicamente, me seguía escuchando. A pesar de su anemia rebelde, las numerosas transfusiones de sangre que debía hacerse, sus afecciones hepáticas y una artritis que lo estaba consumiendo, yo lo miraba sin ninguna compasión.

Me lanzó una mirada de repugnancia. Le respondí con otra de desprecio. Pensé: “Te lo mereces, hipócrita”.

Se paró lentamente, fue a su escritorio, sacó la chequera, y aplastado por el peso de la pluma que tenía entre los dedos, arrugado, desmoronándose como esas viejas paredes cuarteadas que se derrumban después del terremoto, alzó los ojos agobiados y cenicientos y junto con verter una lágrima turbia que le cayó del párpado rugoso, preguntó:

—¿Cuánto?

—Cinco mil pesos.

Me miró nuevamente. Creyó estar oyendo mal. “El gasto mensual de la casa, mi deuda de las consultas médicas. ¿Cuántos litros de sangre? Cincuenta o cien acciones que tendré que vender, y la Bolsa de Comercio está de baja. ¿Por qué engendraría a este canalla?” Nuevamente hundió la cabeza, clavándola en el mármol negro del escritorio, cual si el martillo del pasado se la hubiese golpeado. Escribió. Sopló el cheque. Lo separó del talón y me lo extendió. Me paré del sillón en que estaba sentado. Recibí la hoja y miré el talonario que él tenía entre las manos. Alcancé a leer:

“\$ 5.000: Gastos de sangre”.

AL PERÚ

Estoy apoyado en la barandilla del barco *Patria* de la Hamburg Amerikan Linie. Voy al Perú. En Valparaíso, varios líderes del hampa vinieron a despedirme, me entregaron mensajes para líderes del hampa peruana. Voy viajando sin pasaje. Un ex delincuente mejicano, que trabaja a bordo, me ha aceptado en calidad de pasajero clandestino.

La noche, el mar, los astros y el “póqueta-póqueta” del eje de la hélice, producen una sinfonía fantástica de aventuras, dolor, cosas que parten o que llegan. A medianoche iré a dormir en uno de los camarotes de lujo que en todo trasatlántico suelen quedar vacíos en cada travesía. Cuando el mejicano me trajo la comida a su camarote —donde descanso de día— me dijo: “Mano, parece que estallará la guerra”.

Del salón del comedor surgen los últimos acordes de los Nibelungos.

Miro hacia atrás. Al través de los ventanales veo espaldas de mujer desnudas y pechos masculinos condecorados.

Frente a mí, el mar: ancho, abierto, misterioso como la misma vida.

Los altoparlantes de cubierta anuncian: “Inglaterra ha

declarado la guerra a Alemania. ¡Viva el Tercer Reich! ¡Heil Hitler!”

Un gordo y colorado caballero alemán, pasajero de primera clase, viene saliendo del salón de fumar. Con prisa, mirando de reojo hacia los lados, sale para colocarse apresuradamente el brazalete con la swástica. Cuando va a devolverse al salón me ve. Se da cuenta que me he dado cuenta. Titubea. Se mira la swástica. Me ve. Se me acerca, y en un español cortado, con sabor a paso de ganso, me dice:

—Estamos en guerra. ¡Viva el Tercer Reich! ¿Qué piensa usted sobre esta cuestión de la guerra? ¿No le parece que...?

Pienso: “¿Qué le podré robar a este cobarde?”

INDICE

LA VIDA DE GOMEZ MOREL: UNA NOVELA	7
PROLOGO DE PABLO NERUDA A LA EDICION FRANCESA	15
PRESENTACION DE ALBERTO FUGUET	19
PROLOGO DEL AUTOR A LA PRIMERA EDICION	26
MAMA ESCOBA	36
MUNDO ADENTRO	42
PAPA MONO	50
LOS PANTALONCITOS DE GOLF	65
LA BOTELLA	69
MI PADRE	78
LAS TACITAS	87
EL TRAJECITO DE TERCIOPELO	93
EL BOQUERON	99
EL PADRE FRANCISCO	104
EL RIO	112
TRANSICION	119
PANCHIN	129
JUICIO EN EL RIO	139
LAS HUASCAS	144

EL ZANAHORIA	147
EL PARAGÜERO	154
MAYITA	157
LA BATALLA	170
HERR KARL	187
PRIMERA ENTRADA AL REFORMATARIO	196
EL CAUCE	203
LOS PEGADORES	207
EXPULSION	211
LA CABRONA	215
CARCEL DE VALPARAISO	222
EL PACO ACEITUNO	231
EL BAÑO	239
EL TONY	243
ROBO ORGANIZADO	258
RECUERDOS DEL REFORMATARIO	269
UN INTERROGATORIO	283
RITUALES	288
CHANCHO EN BOLSA	292
LAS BOLITAS	298
CARLITOS VALENZUELA	303
PUÑALES DAMASQUINOS	315
LA ZUMBA	326
DE FRENTE... ¡MAR!	334
FUGA DEL REFORMATARIO	339
POR FIN... Y SIN PENSARLO	345
UN "GIL" MAS	349
AL PERU	352

Este libro se terminó de imprimir en
el mes de octubre de 1997, en Santiago
de Chile.